



EQUILIBRIO

DAMIÁN G. PONCE

Título Original: Equilibrio.

©Damián G. Ponce. Todos los derechos reservados.

Ilustración de Portada: Mónica N. Galván.©

Web:

www.monicang.com



A MB, por estar ahí, entre la fantasía y la realidad.

A Eduardo, por impulsarme siempre a escribir.

Agradecimientos

El turno de los agradecimientos siempre es duro, porque quieres meter a un montón de gente y, aunque tú eliges la extensión del folio, a veces unas simples líneas se te antojan poco espacio para todo lo que han hecho por ti toda esa gente que te rodea.

Abro, pues, el turno de agradecimientos.

En primer lugar, tras los dos nombres de la dedicatoria, a León (y por extensión a todos los Chen, y a Li), pues la novela fue concebida y escrita en horas muertas y ratos que me permitía benévolamente mientras trabajaba con él. Por cierto que fue escrita en seis libretas bellísimas de Paperblank, que me ayudaron mucho a estructurar la historia y darle un formato determinado.

A tu familia, porque siempre está ahí.

A Marina, de nuevo, por ser la mejor cuñada del mundo.

Y a todos los amigos que han sufrido cuando les he leído pasajes, cachos a medio escribir y siempre me han dado su opinión. Empezando por José Ángelus, Javi Ryder, Virginia Kirsten y Lee Monada, al desaparecido Jfu, y a toda la caterva rolera que me ha rodeado.

A Fran y Rocío, destacadamente por su lectura crítica y sus opiniones entre rollito de primavera y rollito de primavera.

A Mónica N. Galván, por ser paciente con mis opiniones y desconocimientos a la hora de fabricar mágicamente la portada de este libro de las cuatro ideas confusas que le di tomando un café, gracias por tu trabajo. Y a David, que también me ha dado siempre su más sincera opinión y ánimos a paletadas.

Y como corolario, a los dos nombres que constan en la dedicatoria:

A María MB, por inspirar, soportar, corregir, afinar la prosa y quererme y odiarme por determinadas escenas. Por sus suspiros y risas, sus siempre agudas, duras y pertinentes críticas para hacer este texto más que una simple historia. Gracias.

Y a Eduardo Iañez, el mejor profesor de literatura del mundo, que me alentó desde que nos conocimos a que escribiera, me regaló libros y no me dejó pasar ni una. Porque así he llegado a donde he llegado. Gracias Eduardo, por tu opinión, tus correcciones profesionales y aquella charla en Villa Oniria, para hacer crecer este manuscrito.

Y cómo no, a las musas y a esos personajes que pueblan mi imaginación y las letras que vendrán a continuación. Gracias por dejarme conocerlos, por inspirarme, por salir de las nieblas de mi mente y componer esta agradable sinfonía de letras con la que he disfrutado tanto.

Índice

[Preludio](#)

[1. Caza y captura](#)

[2. Fantasmas](#)

[3. Intruso](#)

[4. Encuentro](#)

[5. Dos en uno](#)

[6. Reunión](#)

[7. Información peligrosa](#)

[8. La emboscada del Sirviente](#)

[9. El Desuellamientos](#)

[10. La cita](#)

[11. Informaciones](#)

[12. Consideraciones](#)

[13. Partes Templarios](#)

[14. Junta Directiva](#)

[15. Sombras en la oscuridad](#)

[16. El Culto](#)

[17. Interrogatorios con sorpresa](#)

[18. Conversación... y algo más.](#)

[19. Encuentros](#)

[20. Cerrando el círculo](#)

[21. Equilibrio truncado](#)

[22. Frustración, traición, ensalada](#)

[23. Averiguaciones](#)

[24. Ajuste de cuentas](#)

[25. Posiciones](#)

[26. La Ceremonia](#)

[27. Abisales](#)

[28. El huevo de Pan-Ku](#)

[29. ¡MALHIM!](#)

[Epílogo](#)

Preludio

El profesor, ataviado con una largasobreveste negra y un escudete de metal en el hombro, se paseaba por la tarima con las manos a la espalda. Era un hombre entrado en la cuarentena, de cabeza cuadrada y pelo gris, con aspecto de haber vivido mucho más. Tres cicatrices irregulares y paralelas le surcaban el rostro en diagonal. Sus pasos resonaban como truenos, punteando enfáticamente sus palabras.

—Cadetes, nosotros los Caballeros del Temple, y ustedes por extensión, Pajes y Escuderos, nos dedicamos a una cosa, y solo a una: somos los Guardianes del Equilibrio, los Vigías activos del mundo de la Piel. Nuestra labor es el exterminio de cuantas criaturas malignas aparezcan: demonios trasgos, succionadores, infiltradores, o cualquier otra manifestación desde el grado diez al grado dos.

Una mano se alzó en la clase, llamando la atención del profesor, que la obvió, perdido en el cauce de su disertación.

—Observamos nuestro código, mas no solo el de conducta, el Nuevo Código Templario, sino la Estela de Elam. Sí, Cadetes, ese enorme pedrusco que hay en la entrada del recinto, traído de las arenas de los desiertos por nuestros hermanos, que está cubierto de caracteres cuneiformes. Es una de las primeras copias y es en esa estela donde se consigna nuestra labor, más allá del Bien y del Mal: el Equilibrio. Esto quiere decir... ¿sí? ¿Qué es tan urgente como para no poder esperar al turno de preguntas del final de la lección, cadete... ?

El profesor, con el feroz bigote erizado, miró al alumno. Eran veinte Cadetes en total, todos ellos con el pelo cortado y la nuca rapada (estilo tazón, lo llamaban), ataviados con capas blancas, túnicas sobrevestidas en color crudo y fajines marrones.

Los de esa aula eran los más pequeños, los provenientes de familias de la Orden y educados tras la criba. Comprendían entre los doce y quince años y todos tenían dones manifiestos. Más tarde se unirían a los “Cruces Nuevas” como los alumnos denominaban a los becados para estudiar allí.

—Gorlais, Sebastian, Paje de grado dos —respondió el muchacho.

—Tan joven... —murmuró—, excelente.

Desde luego el muchacho aparentaba dos años menos que el resto.

—Tengo una duda sobre sus palabras, Maese Paulovich.

—¿Acaso no he sido lo bastante claro, Paje Gorlais? —inquirió con un matiz duro en la voz.

—Ha sido muy claro, Maese, pero no es una pregunta exactamente, sobre algo que haya dicho, sino por lo que ha quedado sin decir, Maese.

—Explíquese —exigió el profesor, poniendo su cabeza a la altura de la del alumno, tras bajar de la tarima y acercarse al pupitre.

—Dijo usted que nuestra labor es la extinción de cualquier criatura que altere el Equilibrio.

—Sí, efectivamente —concedió el caballero, reanudando su paseo atronador—, cualquier criatura maligna que lo altere.

—Pero, ¿y si no se trata de una criatura maligna?

El profesor alzó las cejas, invitándolo a proseguir. Parecía haber olvidado la interrupción. Más tarde Gorlais se daría cuenta de que, pese a lo pertinente de la pregunta, debería esperar a los turnos dispuestos para hacerlas, pues el castigo le aguardaba, aunque él no lo sabía.

—Me refiero a lo siguiente: ¿y si quien altera el Equilibrio es una criatura del Bien? O incluso un humano dotado no descubierto, o un hada luminosa que empieza a curar lo incurable, conceder deseos...

El profesor lo miró largamente. Después habló, y sus palabras recordaron a un martillo aporreando un yunque:

—Conservaremos el Equilibrio —sentenció.

Algo, un brillo extraño, refulgió en los ojos de un vivo tono esmeralda del niño.

1. Caza y captura

Era una mañana fresca, agradable y fragante de una primavera en pleno desarrollo, pese a que el sol no llegaba a calentar del todo, y solo ofrecía una simple pátina de calor que se desvanecía al menor susurro de la brisa. Sebastian estaba sentado en la terraza de un bar, bajo una estufa de propano que se abría como un paraguas de llamas azules encarceladas en la malla de metal. Tomaba un café bien cargado, contemplando el transcurrir de la vida mundana. Siempre le había llamado la atención. Quizás, pensaba, debido a que él no había llevado una vida mundana: ni la deseaba, acaso; una vez conocías partes de los secretos del Velo, del Universo Oculto, la existencia de demonios y otras criaturas entre los humanos, dejabas de desear ser normal.

El trajíncotidiano, las madres con carros de la compra rebosantes de verduras, niños de uniforme que acudían al colegio, los autobuses atestados de estudiantes de rostro cansado y somnoliento en una mañana de lunes; los ejecutivos de abrigos caros y paso rápido, móvil en manos libres con el audífono en la oreja y charla al vacío; todo aquello, de una cierta manera, se le antojaba exótico. Exótico y tranquilizador: síntoma de un trabajo bien hecho.

A su lado estaba Kurt. Alto, rubio, de mentón cuadrado y rictus tenso. Era noruego de nacimiento, un *Cruz Novel*, pues aún no había superado las veinte misiones de rigor para la veteranía, pero seleccionado por sus dotes más que notorias para el Temple. Su gesto serio, envarado, molestaba enormemente a su compañero, que estaba repantigando en su silla relajadamente intentando pasar desapercibido, ser un cliente más tomando café.

—Kurt, relájate, hombre —le instó Bastiansin dejar de mirar al frente. Estaba asistiendo a la tensa lucha entre una madre y su hija, de unos ocho años, vestida con el uniforme colegial: las calcetas de la niña no se mantenían a la altura de la rodilla. La chiquilla argumentaba que se caían, cuando en realidad ella se las bajaba con los pies.

—El Templario que se relaja no verá el Mal pasar ante él, y en consecuencia, no estará preparado para enfrentarlo —citó mecánicamente el escandinavo.

—Si no te relajas el Mal te detectará: serás el único con un palo metido por el culo —improvisó, sentenciosamente el Templario.

Kurt era el caballero perfecto, y no estaba habituado a que le hablaran de manera tan malsonante.

La madre amonestaba ahora a su hija rebelde. Ella argumentaba que las calcetas le daban calor y picaban, además. Bastian sonrió.

—Un caballero no debe hablar de ese modo: debe ser correcto, modesto y...

—¿Aparentar ser una persona normal? Porque tú parece que vayas a presentarte al examen de conducir... —apostilló Bastian corrosivamente. No quería herir a su compañero, pero en ocasiones su actitud tirante les dificultaba la integración.

Sintieron una perturbación. La sensación era similar a cuando sales del interior fresco de un edificio al exterior donde hay cuarenta grados a la sombra, solo que momentánea.

Las palabras murieron y sus miradas se posaron en el mismo sitio: por la otra acera caminaba un hombrecillo de cabello escaso y oscuro, con un traje marrón, anodino. Llevaba fuertemente asido un maletín y cojeaba al caminar. Ambos hombres se pusieron en pie. Bastian pagó y se dispusieron a seguir al hombrecillo.

Cruzaron la calle, esquivando el tráfico colapsado de primera hora; se mezclaron entre el gentío y Bastian se arriesgó un poco más, tejiendo un leve hechizo para que les abrieran paso. La gente les evitaría y no se fijaría en ellos. Esperaba que aquel tipo no fuera un Sensible a la magia y lo detectara. El hombre seguía caminando esquivamente. Otra perturbación. La impronta de esta era conocida. Un Grigori. Observadores. Era una casta aparte de reguladores con impresionantes dotes mágicas, que vigilaban las intervenciones de las Tres Órdenes para

asegurar que todo fuera según las normas y cumpliera con lo Escrito.

Sin dejar de vigilar a su presa, quince metros por delante, Bastian se arriesgó a echar un vistazo de soslayo. Allá arriba, sobre una azotea, una figura de contornos evanescentes apareció levemente, por unos segundos: un abrigo largo, color tostado. Solo podía ser ella... Bastian murmuró una imprecación.

Pero no debía perder la concentración. El objetivo giró bruscamente a la derecha, metiéndose en un callejón. Ambos lo siguieron justo a tiempo para ver una puerta de metal cerrada. Se acercaron a ella con cautela. Estaba protegida por un sello.

En el mundo de los Templarios, una puertana era simplemente eso. Bueno, en realidad sí, pero lo que preocupaba de verdad era la cerradura. Si el mundo que nosotros apreciamos nos parece a veces complicado, saber que en realidad todo es un Multiverso conectado por capas coincidentes, solapadas o alejadas hace las cosas más complejas. Un elemento que existe en el mundo, en función de su composición e impronta psíquica o mágica puede hacerlo presente en otras capas. Estas son muchas, algunas son neutrales, otras benignas y las hay que rezuman maldad. Energía yang, o yin, negativa o positiva. En resumen, son dicotómicas. Que una sea yang no garantiza que sea inocua. Lo mejor, siempre, era no meterse y tener la menor relación posible con otras capas que no sean la propia. Y aquella cerradura era real en muchas capas distintas.

Bastian tanteó el terreno. La puerta se había cerrado hacía poco, las huellas de la mano del objetivo aún eran visibles desde el plano espectral. A muchos Templarios se les entrena para poder ver, al menos, distintas capas. Hasta dónde alcanza su vista es una cuestión relacionada con su sensibilidad y capacidad mágica, aunque la mayoría son capaces de ver hasta cinco capas distintas tras un intensivo entrenamiento.

Los ojos verdes de Bastian se centraron en la cerradura. A través de la capa espectral vio las huellas de las manos, de un rojo tenue y parpadeante. La cerradura brillaba de un funesto bermellón gaseoso.

—¿Puedes desarmarla? —quiso saber Kurt.

Bastian era un mago nato que había decidido quedarse en las filas de los Templarios en lugar de emigrar al Hospital o San Lázaro. Prefería la acción y los desafíos. Era una gran promesa para la Orden, que aumentaba su poder año tras año. Se especializó en magia práctica y de combate (lo que los magos más experimentados llamaban Magia Menor).

—Puedo intentarlo —dijo arrepintiéndose en el acto. Siempre era demasiado bocazas y temerario en sus presunciones, y lo sabía—. Total, ¿qué es lo peor que nos puede pasar? ¿Qué nos succione un plano infernal? —rió despreocupadamente. Por dentro estaba muerto de pavor. Nunca había asaltado un sello de tal calibre.

Kurt tragó saliva mientras veía a su compañero prepararse y se aprestaba a cubrirlo.

El Templario empezó por las comprobaciones rutinarias que le habían enseñado. Aspecto: cerradura camuflada. Forma real: estrella de diez puntas, móvil en combinación. Rodeada de tres círculos concéntricos separados por segmentos y con runas abismales inscritas. Estos tres círculos hacían las veces de combinación. Sin embargo, la estrella no era sólida. Era una proyección. Por lo tanto, Bastian tuvo que empezar a mirar capa por capa, hasta que la encontró sólida en una de ellas. Por desgracia no era una de sus capas favoritas: el plano Estigia. Un lugar oscuro lleno de sombras púrpuras. En él los humanos vivos parecían espectros blanquecinos que pululaban de un lado a otro. Pero solo aparecían aquellos que tenían serias preocupaciones: depresivos, maníacos, gente profundamente desequilibrada, además de aquellos que habían estado demasiado cerca de la muerte.

La estrella podía moverse entonces. Podía empezar a buscar la combinación. Salvo que en este caso, si no acertaba, no saltaba a alarma: podías morir. Básicamente, sin entrar en detalles desagradables. Que los había y muchos, por cierto.

Empezó utilizando un hechizo que leyó una vez en la biblioteca y que en este momento asaltó su mente. Solía pasarle que, cuando se trataba de magia, su modo de actuar se basaba en algo parecido a los *reflejos*. No sabía cómo, pero sabía lo que tenía que hacer. Instinto Mágico, le habían dicho. Esa broma le costó caro: por su cumpleaños, Rashid, su mejor amigo, le regaló un picahielos y una faldita blanca, junto con un poster de Sharon Stone en *Instinto Básico*.

Su mano se iluminó y un aura blanca se desprendió de ella, colándose por entre los símbolos abismales. El hechizo saltó de uno a otro hasta que se quedó aposentado en tres caracteres de cada círculo. Bien, con eso eliminaba sospechosos. A continuación tenía que saltar el bloqueo que le impedía mover la pieza central, la estrella. Recurrió a su arsenal de hechizos hasta que finalmente la cerradura chasqueó.

En total no habían transcurrido más de cinco minutos, pero una buena porción de Poder, su reserva de energía, había volado. Más de lo que correspondía a aquellos hechizos. Uno de los motivos era la estancia en ese plano, cuya capacidad drenante lo convertía en un lugar peligroso. Salió de él. Como siempre, le acompañó una ligera nube purpúrea que olía a hojas en descomposición y lluvia forestal.

Kurt le cogió justo en el momento en que le fallaron las piernas.

—¡Joder! —protestó Bastian—. Estoy más agotado de lo que debería —dijo, indignado, secándose el sudor frío de la frente con la manga.

Solocuando abrieron la puerta obtuvieron la respuesta: atornillado en el picaporte interior había un talismán de drenaje. El mecanismo era sencillo: se instalaba algo que requiriera el uso de magia y un porcentaje de esta era asimilada por el talismán y encerrada en él. Sencillo, práctico. Bastian tendría unas palabras muy serias con quien lo hubiera instalado. Sí unas palabras que tendrían que versar sobre el filo de su espada y ciertas partes blandas.. Ir por ahí drenando la energía de la gente... qué poca vergüenza. Vale, él se había saltado la cerradura, pero... Usar esos recursos debilitantes no estaba nada bien, y en Bastian empezó a crecer la semilla del enfado.

Entraron en una portería pequeña que daba a los trasteros del edificio. Caminaron por un oscuro pasillo hasta llegar a la entrada principal. Las huellas casi se habían enfriado, pero el leve trazo podía verse aún desde una zona un poco más profunda del plano espectral. De pronto, el velo que separaba los planos tembló levemente y sintieron el estremecimiento que lo acompañaba. Fue entonces cuando sacaron sus espadas y comenzaron a subir cautelosamente las escaleras, siguiendo el rastro espectral.

Una de las características más notorias de los Templarios, es que sus espadas son reales en más de cien planos, pues están ligadas a sus almas, y aparecen a voluntad. Cualquier Templario puede invocar la suya, pues es un poder aprendido una vez superados los cuatro niveles de Paje, y los dos años de Escudero, para después ser confirmado como Caballero en una solemne ceremonia presidida por el Gran Maestro.

He aquí que los dos Templarios, el alto escandinavo y su compañero algo más bajo de talla (comparado con los dos metros del noruego) llevaban sendas hojas encantadas: la del primero era una clásica espada de hoja ancha, una réplica de las templarias del siglo XII. La del segundo era una hoja réplica de las espadas japonesas, una katana de bella factura. En un principio su arma había sido como la de Kurt y la de la mayoría de sus compañeros. Pero con un esfuerzo de voluntad pudo cambiarla.

«Inspiración divina» alegó cuando le preguntaron por tal extremo. Bueno, él al menos consideraba así el hecho de haberse prendado del arma de los McLeod tras ver la serie *Los Inmortales*.

Subieron el último tramo de escaleras. Las huellas en el plano espectral habían desaparecido, y necesitaban encontrar su pista, saber dónde se había metido. Bastian recorrió otros planos con la vista. Encontró lo que buscaba en Nekrotomos, un lugar de energía evanescente. Las huellas

refulgían trémulamente, mortecinas, en un mundo de sombras azules, surcado de copos verdes brillantes, como luciérnagas. Ese era uno de los motivos por los que se apreciaba tanto a Bastian en misiones de rastreo y seguimiento, así como de eliminación: además de por la magia de combate, por su poder de entrar y salir aun parcialmente de la Miríada de Planos.

El pasillo al que desembocaron era anodino y frío. La moqueta estaba limpia, las puertas eran todas iguales, con los números de los apartamentos en latón dorado. Ninguna de las cuatro puertas revelaba nada especial. Una ventana que se abría al final del pasillo dejaba entrar una corriente de aire desagradable y fría, procedente del callejón letal. Un matiz en el aire hablaba de historias agrias, sentimientos encontrados, desazones y desesperación por igual, amargura en el aire y tristeza en la moqueta. Algo en ese pasillo hacía que todos los que vivieran en esa planta tuvieran vidas desdichadas.

Una tenue emanación surgía de debajo de una de las puertas si se miraba desde uno de los planos cercanos.

Lapintura desvaída y desconchada descubría en algunas partes el enyesado primigenio de las paredes. Las puertas tendrían unos veinte años, aunque no todas. En algunos puntos del pasillo se veían nuevos modelos blindados. Las primeras puertas quizás resistieran una buena patada, pero no la embestida de dos hombres corpulentos. Tomaron posiciones de ataque. Algo eléctrico empezó a dejarse notar en el aire, una tensión previa a una tormenta no natural. La puerta, vista de cerca, revelaba una serie de glifos en el marco y la hoja misma que emanaban una tenue luz.

Los medallones que pendían de los cuellos de los Templarios, en forma de cruzgriega, les advirtieron, con un brusco tirón, de la realización de un hechizo. Y la puerta se abrió de golpe, contra su sentido normal, esto es: hacia afuera, combándose en el centro y haciendo saltar las bisagras con un estallido en la madera del marco. Los colgantes reaccionaron antes que ellos creando una hemiesfera que se punteó de luz en los lugares donde la metralla impactó, siendo desviada y absorbiendo el choque sónico. Aquellos medallones podían llegar a protegerles del impacto de una bala a bocajarro (durante un corto período de tiempo antes de que se gastaran), pero la fuerza cinética los arrojaría al suelo o estrellaría contra una pared. Al menos estarían vivos. Mientras pudieran reaccionar. Los amuletos fluctuaron, retroalimentándose de la fuerza del conjuro. Bastian se sintió orgulloso. Aquello era obra suya, de su interés de por la experimentación talismánica.

Kurt sacó un objeto mientras estaba parapetado en uno de los lados de la puerta desaparecida. Era ovalado, parecido a una gema pulida, de un azul profundo. En ella titilaron tres luces. El escandinavo se dirigió a Bastian, por gestos: «un humano; dos engendros. Clase cinco.» El Templario hizo un ademán exasperado. Con una mano sacó un enorme pistolón. Kurt abrió los ojos, sorprendido. «*Exagerado pretencioso*» pensó. Inmediatamente se retractó de esos pensamientos. «*Un Caballero no debe criticar abiertamente a otro. Debe esperar y, humildemente, corregir a su hermano por el bien de la Orden y el Equilibrio.*» Para Kurt, pensar sobre un compañero podría definirse como criticar abiertamente.

Bastian se asomó brevemente por el hueco donde antes estaba la puerta. Una sala, paredes cubiertas de inscripciones no identificables a simple vista, el tipo tras una mesa preparando un hechizo de corte ofensivo, uno de los engendros a su derecha: grande y feo, colmilludo, cuadrúpedo de garras afiladas, cola aguzada, talismán de esclavitud incrustado en el pecho, entre las patas delanteras. Posiblemente un topacio negro de irradiación negativa. Un leve gruñido. El otro engendro, igual al primero, en la otra esquina de la habitación presto a saltar. Como toda respuesta, montó la Desert Eagle y le pidió cobertura a Kurt. Este asintió con su grave gesto. Y entró. Entonces se desató el caos.

Dirigió un potente tajo con la diestra al engendro agazapado, y le acertó en pleno hocico, haciéndole aullar... o gritar... lo que quiera que hicieran esas criaturas. Consiguió que

retrocediera por un momento. Alzó la gran pistola y disparó dos veces, dos estampidos tan potentes que las ventanas vibraron y la habitación se estremeció por un momento. Tras el gran fogonazo, vio que había alcanzado al hombre en el pecho, y de sus manos, mientras caía al suelo, se elevaba una leve columna de vapor: el hechizo inconcluso. Una sensación extraña empezó a recorrer al Templario justo cuando empezaba a atacar el segundo engendro. Este saltó con un objetivo claro: arrancar la cabeza de Bastian con sus grandes y desencajadas (además de apestosas) mandíbulas. Pero la carne encontró acero. Kurt aprovechó el mismo impulso de su enemigo e interpuso su espada entre las fauces de la bestia mientras evitaba el choque con un paso lateral. La física hizo el resto.

Bastian retrocedió para dejar caer a la criatura, a la que le faltaba la parte superior del cráneo. El Templario imprimió un giro brusco a su espada y la insertó a través de la cuenca ocular de la bestia herida que había atacado al entrar. El engendro que se retorció y empezaba a descomponerse.

Se acercaron lentamente al hombre que yacía tras la mesa. Estaba tumbado con los dos grandes agujeros causados por los gruesos proyectiles en el pecho. Unos susurros emergían de su boca ensangrentada. Ahora tenía un aspecto más colmilludo, vagamente sonriente. De ambas heridas, que podrían haber acabado en el acto con un elefante, rezumaba un icor negro.

—¿Lo reconoces? —preguntó la voz grave del escandinavo.

—Creo que es algún tipo de parásito. Quizás un Gorgoki. Mira el color de la piel.

Las venas le azuleaban el rostro creando un mapa irregular. Los ojos empezaban a girar en las cuencas, revelando un orbe sanguinolento. La sangre parecía fluir en sentido antinatural, como si estuviera siendo drenada hacia el pecho. Las manos le temblaban espasmódicamente y estaban blancas y levemente amoratadas.

De pronto algo saltó de entre las ropas del hombre, con un crujido violento. Una repulsiva masa gelatinosa se proyectó hacia adelante en un vertiginoso impulso acompañado de un sifonazo de sangre. Bastian elevó una mano rápidamente y soltó la pistola sobre la mesa en el mismo movimiento y mientras musitaba una palabra. Un potente fulgor dorado le sacudió la visión y le hizo temblar. El hechizo había sido lanzado, pero Bastian sintió una fuerte sacudida y vio toda la habitación relumbrando, los diagramas y las extrañas fórmulas. Nunca le había ocurrido algo así, un latigazo místico de ese calibre. Un dolor agudo y sordo le taladró las sienes por un momento, provocándole un fogonazo en la visión. Por un momento se sintió recorrido por un brusco calambre, una sensación de electricidad recorriendo tu cuerpo, y un profundo aguijonazo que le estremeció el costillar. La sensación se desvaneció tan rápido como llegó.

Sacudió la cabeza y se forzó a concentrarse mientras el brillo se apagaba. Tenía ante sí a la viscosa criatura suspendida en el aire por el conjuro de estasis inmovilizador. La gelatinosa babosa se quedó sorprendida y emitió un chillido de frustración con una boca circular y plagada de colmillos diminutos. No debía de ser más grande que una pelota de béisbol, contraída sobre sí misma como estaba. Y aun así, Bastian sintió dos fuertes embates en el campo de contención que había desplegado. Levemente aturdido, el Templario cerró aún más la mano. El campo se estrechó obligando a la sabandija a contraerse más.

Kurt se acercó por detrás del «rehén». Sacó una bolsa cuya superficie había bordadas una serie de runas entrelazadas, formando un intrincado patrón, y la abrió. Con un gesto rápido, a una mirada de su compañero, metió criatura y hechizo dentro del artefacto, que así lo mantendría activo en su interior. En el preciso momento en que lo cerró, empezó a agitarse. Las runas relumbraron con un fulgor verdoso, y el movimiento perdió fuerza hasta detenerse. Del interior salió un chillido de protesta.

Los dos Templarios se relajaron levemente. Bastian sintió una opresión en el pecho por un momento, que le hizo apoyar la mano en una mesa. Las sienesle latieron de nuevo y le silbaron los oídos. Le palpitaban los ojos, y acudieron a su mente unas borrosas visiones. Se

desvanecieron tan rápido como llegaron.

—¿Estás bien? ¿Te han herido? —preguntó Kurt.

—No, estoy bien, estoy bien —dijo mientras se agachaba a recoger su pistola para devolverla a la funda sobaquera. Sacó un reloj de bolsillo de la trasera del pantalón—. Cinco minutos y estará aquí el escuadrón de limpieza —informó.

Kurt asintió. Salieron del apartamento dejando tras de sí una Estela de Olvido, un hechizo menor que provocaba una desmemorización del lugar, eliminando marcas psíquicas. Extrañamente, no apareció ni se asomó ningún vecino curioso. O estaban muy asustados o no había nadie en casa. En todo el bloque...

Fueron hasta su vehículo y arrancaron, en dirección a las afueras de la ciudad, a la base.

2. Fantasma

Entró con el imperioso taconeo de una mujer poderosa, capaz de pisar al mismo Buda si se interponía entre un objetivo y ella; sin miedo, decidida, fría y calculadamente.

La amplia entrada acristalada dejaba entrar el sol matutino, reflejándolo en las baldosas blancas y pulidas. La decoración era mínima a lo largo de toda la estancia, dispuesta en una diáfana elipse. En el centro estaba la recepción, un mostrador ancho y también en elipse, dividido a lo largo por un panel. Del lado que daba a la entrada estaban las recepcionistas. Del otro, uno de los controles de seguridad en el que dos guardias revisaban los monitores.

El lugar olía a productos de limpieza suavemente perfumados y ambientadores, que le daban las notas profundas al olor reinante. Las paredes estaban pintadas en tonos suaves y acogedores; se distribuían cerca de los ventanales una serie de acogedoras sillas y mesas de café, elegantes y funcionales. En estas mesitas, en abanico, se distribuían varios números de la revista de empresa.

Como cada mañana, la mujer se detuvo a tres pasos de la recepción y realizó el examen visual rutinario, cerciorándose de que todo estaba en orden. Lo aprobó con un leve gesto de aquiescencia y se acercó al mostrador, tendiendo una mano enguantada, dio los buenos días, saludando a los presentes por su nombre, y recibió la bienvenida, el correo y dos periódicos.

—Giselle —llamó a una de las recepcionistas—, el desayuno en media hora en mi mesa. Ponme con Honoré al teléfono y pásame los balances, si los de contabilidad han terminado ya, que eso espero. Quiero las últimas muestras de gres 345 y 528 con cobalto. Las porcelanas en hora y media. Renovad los expositores de la sala de muestras; y para la semana que viene quiero a un artista exponiendo en la galería dos. Pero un buen artista, no importa de qué corriente, pero que no sea un muerto de hambre pretencioso de los que junta dos palos y dice que es el espíritu humano encarnado. Gracias.

Dicho lo cual, rodeó la recepción y entró en el ascensor.

Cuando se cerraron las puertas doradas vio su reflejo vagamente distorsionado por el bruñido chapado. Una mujer de piel blanca —aunque el reflejo se la ofreciera con una pátina áurea—, de casi metro setenta, con el pelo corto y castaño, a *logarçon*. Ojos grandes y castaños, labios rosados y las orejas ornadas con unos pendientes de cristal, representando dos diminutas rosas.

Ese día se había puesto un traje pantalón negro y tacón mediano, y se cubría con una gabardina gris. Llevaba el bolso y un maletín; el correo bajo el brazo. Se abrieron las puertas. Su rostro, que por un momento se había relajado, mostrando su profundo dolor, una rosa trágica esculpida en el corazón, que volvió a tornarse tan pétreo como mármol carmesí. Sus ojos se oscurecieron por el velo del sufrimiento, duros como la obsidiana más pura.

Cuando las dos hojas se hubieron apartado del todo, vio a su secretaria, Doris, que se adelantó a coger su cartera mientras le tendía el micrófono-auricular del teléfono.

—Tengo a Honoré al teléfono —empezó.

La frase, como un detonador, dio comienzo a la vorágine laboral diaria.

* * *

Languidecía la tarde. El naranja llameante vespertino lamía las paredes perezosamente, entrando a raudales, una tromba de color, por las grandes cristaleras.

Andrea Saint-Luc se había dejado caer en su enorme sillón ejecutivo, que se meció hacia atrás un par de veces por la misma inercia. Tenía en la mano una aromática copa de cálido armañac, y el sol le bañaba el rostro; cerró los ojos y suspiró.

La sirena de la fábrica había sonado hacía media hora, y ya no quedaban más que los rezagados y los capataces revisando los últimos asuntos antes de cerrar. Los hornos habían dejado de rugir, salvo los cinco destinados al turno de noche, que permanecían encendidos hasta la mañana siguiente, manteniendo así la producción. Los chimeneas de los hornos, ojos anaranjados en el cielo del anochecer cobáltico, que se apagaban parpadeando, dejarían de brillar pasada una hora, perdiendo poco a poco la potencia del propano incandescente en sus vientres. Los ventiladores enfriaban con un zumbido sordo desde sus casetas. Desde el tercer piso de oficinas, era un susurro lejano.

Sudespacho era un gran espacio de paredes blancas y con una gran cristalera que daba a todo el complejo. Desde allí podía ver trabajar a todos sus hombres. Aquella enorme fábrica de suelos cerámicos era todo lo que le quedaba en este mundo. Ese era su negocio; allí creaban desde baldosas de todo tipo y material de base cerámica, pasando por las nuevas importaciones de mármol y otros materiales utilizados en el ramo. Ahora esperaba allí abajo un camión blanco, silencioso bajo la fina lluvia, con el primer pedido de la línea en trámite de creación de parquet. Para desarrollarla tuvo que pelear duramente con dos de los más importantes distribuidores hasta hacerse con un hueco en el duro mercado de los suelos de madera.

Cinco años de duro trabajo, un lustro de lucha continua y dura solo para potenciar la fábrica atrayendo inversores, proveedores y clientes.

Sobre la mesa de reuniones descansaba un millonario acuerdo gubernamental con la tinta aún fresca. Un contrato con el que podría expandir exponencialmente sus horizontes. Lo había visto llegar en sus oscuros vehículos oficiales, salpicados de lluvia. Su secretaria y factótum los recibió en el inmenso lujoso vestíbulo, y los condujo por el enmoquetado pasillo hasta el despacho donde ella hablaba con el dispositivo manos libres en la oreja y mirando por la cristalera, finalizando otra operación.

Pero, tras una breve resistencia, se había hecho con ese contrato, que estaba destinado a la competencia... *aellos*. Su boca se torció en un rictus amargo, la hiel inundó su ánimo...

El vestíbulo, la suntuosa entrada que tan cara había salido, que tantos comentarios había levantado entre el personal y la junta de inversores, fue el primer paso que inclinó a aquellos hombres y mujeres hacia ella. El lujoso pasillo y el immaculado, correcto y funcional despacho, en los límites de un suntuoso minimalismo sobrio, fue el segundo paso. La reunión, el café con un ligero relajante, los precios y las vistas de la fábrica que se disfrutaban desde la mesa de reuniones acabaron de hacer el resto: que la estilográfica gubernamental rubricara el papel.

Las apariencias suponían un factor fundamental. Aquel vestíbulo decía: «nos va bien, no mendigamos contratos basura: queremos exigencia y seriedad en nuestros clientes. Con la seriedad damos resultados satisfactorios. Con la exigencia, excelencia.»

No importaba que el piso de abajo, el intermedio, verdadero núcleo administrativo, tuviera el suelo de linóleo y mesas Ikea. Lo que contaba eran las apariencias. Siempre lo había dicho su marido... su marido.

El dolor volvió, tan real como una puñalada en el corazón. Hizo que se incorporara con un alarido contenido a duras penas en su boca; la copa cayó al suelo mientras se clavaba las uñas en su propia pierna. Su rostro se congestionó, se le marcó una gruesa vena en la frente y empezó a ver fogonazos de luz tras sus párpados, fuerte, dolorosamente cerrados.

Una lágrima. Una sola, pesada y ardiente lágrima, brotada desde la herida más sangrante de su alma, se deslizó y cayó durante lo que pareció una eternidad de dolor, hasta estrellarse en el pulcro suelo. En cuanto entró en contacto con él, una mano abofeteó sin piedad, con odio, la mejilla de Andrea Saint-Luc.

Abrió los ojos. La mejilla le dolía como si se hubiera golpeado con un martillo. Una voz raspada, sibilante y gutural la devolvió a la realidad.

—Ama —susurró la voz—. Tenemos una contingencia, por desgracia para nuestro plan. La mujer volvió la cabeza, furibunda. Sus ojos chispeaban, destilaban ira, venganza y un dolor sordo que daba paso a la furia cruda y fría, poso del odio más profundo y remanente del dolor. La figura que tenía ante ella era translúcida y su contorno rielaba intermitentemente. Andrea murmuró algo, palabras arcanas en un idioma antiguo como las inmisericordes arenas del desierto.

De pronto su ojo derecho cambió el color de su habitual iris castaño por el rubí profundo y ardiente.

—Habla —conminó secamente. Sonó como un ladrido, el restallido de un látigo. Ahora había aparecido un extraño dibujo a lo largo de su mejilla derecha, desde el ojo al labio, trazando un intrincado grabado sobre la piel. Recordaba a las marcas tribales surgidas de un patrón provenientes de las mismas venas.

La criatura movió la cabeza levemente a un lado y empezó a hablar. Para ella era visible ahora desde su ojo derecho: un hombrecillo de piel carbonizada, cabeza alargada hacia delante, que recordaba un pico de ave; una cresta de pelo anaranjado surgida de entre los ojos reptiloides y amarillos, desapasionados de los asuntos del mundo. Las manos eran ágiles, acabadas en pequeñas zarpas y tenía una pequeña cola ahorquillada.

Ciertamente se trataba de una contingencia. Necesitaba pensar. Ella lo despidió con un gesto imperioso de la mano. Desde luego, cuando se trataba de encontrar secuaces más o menos eficientes, aquellos diablillos se contaban entre los mejores. Abundaban en muchas capas de los abismos, pero solo cuando se escogían desde las camadas de su plano de origen se podía encontrar a los más disciplinados, antes de que cumplieran los dos decenios y hubieran matado a sus progenitores en una avalancha salvaje.

Sacudió la cabeza. Sentía cómo le hervía medio cerebro por el impulso del oscuro poder canalizado con y a través de su cuerpo. Una marea de fuerza de energía palpitante que clamaba por ser liberada. Hacía tiempo que el poder no se le revelaba, clamando por su libertad de esa manera. Lo que aquel esclavo, ese —lo había buscado en el diccionario demonológico— orco le relató alteraba sus planes, y para encontrar una solución necesitaba una visión más global del conjunto de posibilidades. Necesitaba la opinión de una potencia superior. La opinión del Fuego.

Se levantó y observó, por los ventanales, cómo aún tremolaban algunas chimeneas de los potentes hornos industriales. El cristal crujió pero no se quebró cuando su oscura mano derecha lo acarició un instante. Apareció en la comisura derecha de sus labios un esbozo de sonrisa, carente de humor. Dándose la vuelta abrió uno de los cajones, cerrado con llave, y sacó una pequeña bolsita de tela blanca, guardándola en uno de los bolsillos de su chaqueta.

Recogió su gabardina y se encaminó hacia el pasillo, y en lugar del ascensor, abrió un falso panel y se metió en un montacargas que bajaba hasta los talleres. Salió por una oficina y sus pasos resonaron por la nave, entre el silencio de las máquinas y la oscuridad de los depósitos de material. Allí, al fondo, tras el espeso olor del gas en combustión, del polvo cerámico y los esmaltes, en la nave adyacente, se sentía el olor acre, picante, del último horno encendido. Al girar y entrar en el lugar, vio el número seis en marcha. A esas horas estaba acabando de cocer una pieza del artista conceptual más de moda de la ciudad, por la cual le iban a cobrar una buena cantidad. Quizá debieran pedirle que montara una exposición en una de las galerías de la empresa. Total, poco importaba desde qué ángulo se observara la mierda que modelaba: si eso era arte, no es que el Arte hubiera muerto, como decían algunos críticos: se había suicidado. *Seppuku*, como los japoneses. Un tajo en el vientre y tripas fuera, dolor purgante y muerte honorable. Y al resto que les zurzan.

El gran horno parecía un gigantesco oráculo durmiente con un ojillo de luz naranja e incandescente entreabierto en el centro de un inmerso corpachón cuadrado. El calor la lamía.

El horno se encontraba a mil cien grados y subiendo. La mujer se acercó a la puerta blindada con una capa de amianto y fibra de vidrio aislante de casi treinta centímetros de grosor, y puso las manos sobre las ardientes ruedas de seguridad que anclaban la puerta al cuerpo del horno con un grueso tornillo. Musitó unas palabras y se viocorrespondida por el sonido de un avatar de fuego gritando, un alarido a medias agudo como las aristas de lava coagulada, a medias grave como el ronquido del fuego pasando por las guturales toberas y tuberías del entramado industrial; abrió la enorme puerta sin quemarse, y un cuadrado de dos por dos metros, naranja incandescente, iluminó todo el taller con la sola excepción de los brazos extendidos, en medio de aquel infierno dotado de consciencia, en cuyo interior la pieza de arte se iluminaba al rojo vivo, como un corazón extraño, palpitante de la bestia oracular que ahora era.

—¡Escucha mis palabras, Razón del Fuego, Señor Ígneo, y permíteme ver a través de tu alma! ¡Los sacrificios son hechos! —dijo arrojando al interior de aquel infierno dos objetos cubiertos de puntas, como una bola acorazada de pequeñas pirámides de un raro cristal.

Reverberó con un rugido, el Fuego, al recibir los dos presentes. Por un momento pareció contraerse, como examinándolos, y luego estalló una lengua ígnea y unas palabras retumbantes y zumbonas articularon una pregunta en un idioma casi olvidado por los dioses.

La mujer calló, bajando los brazos. Su ojo rojo titiló por un momento y, proyectando su brazo diestro, trazó un extraño símbolo que se marcó en el aire por un instante. El signo entró en las llamas.

—¡Porque soy sacerdotisa del Rostro de Arhún y Vankil, te ordeno que me muestres lo que quiero ver y que en tu sabiduría anida! ¡Los sacrificios han sido hechos! —gritó con indignación. Entonces el fuego palpitó dolorosamente y se apagó tan rápido que le dolió la vista a la mujer. En su lugar, ahora había un negro hueco desde cuyo centro la estatua irradiaba el rojo de la incandescencia, como un ramillete seco e ígneo. Al fondo, los dos pequeños pilotos con sus llamas azules y tenues tremolaban levemente. De pronto, contra toda lógica, empezaron a crecer en dos columnas de fuego y se entrelazaron en un *ballethelicoidal*, formando poco a poco una espiral. Y dentro de esa espiral imposible se reanimó el fuego incandescente del horno, concentrado en ese punto. Y Andrea vio. Y temió, pues la ecuación pura en la que había trabajado había incorporado un nuevo factor que lo complicaba todo exponencialmente, con una multiplicidad de resultados amenazadores que hicieron que temblara. Pensó en retirarse, pero algo en su interior, como un cáncer colmilludo de ira, venganza y dolor, consciente por sí mismo, mordió sus entrañas con rabia, amenazando con destruirla, con reducirla a un despojo humano. Se revolvió con rabia y eligió por ella el siguiente paso hacia su plan, ahora modificado, con el que hallaría por fin la ansiada paz.

Y esa esencia temerosa de ira, venganza y dolor, realizado ese siguiente paso, se retrajo en una esfera, en su interior, a rumiar su futuro triunfo, ajena a los movimientos que la humana estaba realizando, al margen de su voluntad. Andrea se acercó a uno de los bancos de trabajo y cogió de una de las mesas un afilado y pequeño buril para porcelana, guardándolo entre los pliegues de su gabardina.

La figura de la mujer con dos esencias, la humana perdida y el durmiente vengador, se alejó por el solitario taller hacia la salida. El horno, cerrado, volvió a rugir con furia.

* * *

A la mañana siguiente el irritante zumbido del despertador la sobresaltó. Se sintió débil, dolorosamente carente de energía y fuerza. Su determinación yacía perdida, desoladoramente ausente de ella, que en ese momento, como una niña naufraga de sus propios sentimientos, se abrazaba las rodillas en aquella enorme cama de blancas sábanas. Y como un rayo cegador aquella desconsolada calma se vio golpeada por el brutal e impío mazo de la Realidad. Y como

cada mañana, su corazón volvió a romperse y a aullar en el silencio de su dolor, a su mitad perdida.

Se levantó, tambaleante, y sobre su mesa de trabajo, allí, en aquella habitación moderna de tatami y luces indirectas, vio el gastado grimorio.

Y poco a poco, el fuego volvió a arder, cauterizando la herida del corazón aullante, que se estremeció cuando sintió la cercanía de la oscura conciencia que por allí rondaba, emergida del dolor y la ira.

3. Intruso

Cantaba bajo los abrasadores chorros de agua de la columna de hidromasaje, feliz, desafinando como un demonio. Podríamos decir que berreaba, si no fuera una vejación injusta tal comparativa para con los becerros y otras criaturas berreantes.

Salió de la ducha finalmente tras dos arias de tenor destrozadas alegremente hasta extremos torturantes, se envolvió la cintura con una toalla y con el mando a distancia activó el equipo de música, que empezó a bramar una alegre canción del grupo Smash Mouth.

Se vistió. Devoró de pocos bocados un sándwich de atún y vació de un trago un vaso de zumo de naranja. Se había ataviado con unos pantalones anchos y un jubón de entrenamiento, y se dirigió al pequeño espacio que tenía en sus habitaciones para realizar sus ejercicios diarios. Dentro del gran complejo del Temple, conocido como Acre II, existía una serie de construcciones alveolares semienterradas. Cada dependencia estaba conformada por entre una y tres habitaciones —salón, cocina, baño y una espartana sala de entrenamiento con bancos adosados en la pared, suelo de tatami y una pequeña cúpula por la que entraba luz diurna a raudales.

Bastian entró en su sala de entrenamiento y comenzó su ronda diaria de ejercicios. Flexiones, abdominales, pesas y calentamientos diversos de cara al entrenamiento real. Hizo una serie de acrobacias y saltos, practicó los quiebros y flexiones de tronco. Después, con una espada *bokken* en la mano se fue a la sala de prácticas común.

Al salir de su apartamento caminó por un alto pasillo de las zonas comunes, con jardineras en las balaustradas de las que pendían verdes macetones. Cuadros y algunos pasillos se abrían, dando a varios salones de estar comunes.

Los Templarios y Hospitalarios compartían aquel complejo perdido en la campiña y que albergaba a casi trescientas personas —la mitad de los efectivos de ambas órdenes en todo el país—. Fue construido con los beneficios obtenidos en diversas actividades que la Orden llevaba a cabo: a fin de cuentas debían sobrevivir y tener un lugar en el que descansar, entrenar, dormir, estudiar, investigar y reunirse lejos de los ojos de la gente mundana. Pues solo el gran Colegio August del Temple —centro de reclutamiento encubierto de las Órdenes— estaba bajo la lupa pública, dado que era un colegio residencial. El complejo llamado Acre II era más exclusivo, ya que solo los Templarios de mayor reputación en servicio activo podían acudir al lugar, salvando una pequeña concentración de niños, los Pajes, que se iniciaban en el complejo por alguna razón.

Bastian se cruzó con varios conocidos. Algunos lo miraban extrañados, otros con el ceño fruncido o abierta censura —no llevaba la sobreveste oficial templaria—, y otros tantos lo saludaban con simpatía manifiesta. Muchos eran Templarios junto a los que había combatido y sangrado, sufrido noches en vela y entrenamientos y pruebas agotadoras. Llegó hasta la gran sala donde el ruido de los golpes, caídas y entrechocar de armas componían la sinfonía que acompañaba a la forja de los guerreros que eran.

Aquí, sobre las colchonetas, se entrenaban en cuerpo a cuerpo con una gran mezcla de estilos: aikido, kárate, tae kwon do, muay thai, kickboxing, capoeira, krav maga o jiu-jitsu. Allí, las espadas de entrenamiento se cruzaban: bokken y shinai, katanas de filo embotado contra espadas anchas o bastardas europeas *ojianydaochinas*; espadas y floretes de esgrima, sables, roperas y cuchillos de combate, katar, kukri o kriss, vizcaínas, navajas y machetes.

Los tres cuadriláteros que tenía la sala estaban ocupados, y, poco a poco, los soldados se arracimaban en torno al ring central. Allí se dirimía un combate lo suficientemente llamativo como para detener los entrenamientos de los demás.

—¿Quién pelea? —preguntó Bastian a un Templario de oscura tez. Era un viejo conocido, un

jamaicano de nombre Luc Malreaux. Este le sorprendió con una amplia sonrisa de reconocimiento.

—¡Hombre, Bastian! ¡Vaya manera de saludar a quien lleva cinco años fuera! —lo amonestó mientras le estrechaba la mano efusivamente—. Pues un Cruz Nueva. Un chino que se llama no-sé-qué Long. Llegó hace un par de días. Y cómo no, Armand le ha retado.

Armand era uno de los mejores luchadores cuerpo a cuerpo del complejo. Con una constitución física similar a la de un oso siberiano, pero en francés de nacimiento. Sus buenos dos metros diez y la musculatura de un percherón belga, los brazos de un oso y el tórax de un gorila eran el prolegómeno ominoso ante el pequeño oriental de metro sesenta que se afianzaba, tranquilo, en una postura de kung-fu.

El muy animal de Armand avanzó. El chino pareció bailar; saltó a un lado y golpeó el costillar del francés con un movimiento rápido y preciso. El desconcierto sembró el rostro del pequeño combatiente. Armand sonrió y dirigió un brutal golpe con el enorme codo a la cabeza del oriental. Este rodó sobre sí mismo evitando el golpe. Armand cambió de posición, moviendo la pierna. Mientras la afianzaba, el chino dio un pequeño salto usando la rodilla como punto de apoyo y proyectó un violento rodillazo en la barbilla. Al caer, clavó una rodilla en el suelo y elevó el puño hacia la entrepierna del sorprendido francés.

Todos los componentes masculinos allí congregados acusaron el golpe y sintieron tensarse la piel de cierta parte de su anatomía. El chino se levantó ante el silencio dolorido y expectante de sus camaradas. Le siguió el retumbar de los ciento cincuenta kilos de francés osuno cayendo en posición fetal entre varios de sus dientes; las manos en la entrepierna. Dos Hospitalarios subieron al ring.

—Era un combate amistoso... —murmuró alguien, al paso del oriental.

—Qué dolor... —dijo otro.

—Pobre Armand...

—Efectivo...

—Doloroso...

—Los buñuelos, siempre los buñuelos —murmuraba por lo bajo el chino con una sonrisa incisiva, mirando al público.

Bastian siguió su entrenamiento con *elbokken*. Hizo un par de combates contra conocidos y otros tantos con Templarios y Hospitalarios que estaban entrenando allí, hasta que al final dejó el gimnasio.

Estaba en sus habitaciones cuando recibió la llamada de Marisa, del departamento de Análisis de Efectivos y Misiones. Se personó en el lugar a los cinco minutos ya ataviado más decentemente: pantalón negro y camisa blanca.

—Marisa... —saludó abriendo la puerta acristalada.

Marisa era de origen español, norteña, de larga melena y ojazos oscuros. Frisaba los cuarenta y era una de las jefas de operaciones más veteranas de la Orden en el país. Su reputación de exigente, dura y hábil era leyenda. Normalmente esta merecida reputación solía amedrentar al personal convocado ante ella, pero Bastian era una de las excepciones. Se sentía cómodo, incluso, y era la comidilla el rumor de que se habían visitado en sus habitaciones privadas; la Orden no lo prohibía, pero tampoco veía la confraternización íntima entre Templarios con buenos ojos.

—Siéntate, Bastian —le invitó con un gesto, indicándole un sillón de la mesa de reuniones.

—¿Qué ocurre? —inquirió este.

—Es sobre vuestra última misión; Kurt y tú en el apartamento de aquel invocador. Hemos analizado lo que le extrajisteis y...

—No se lo extrajimos —puntualizó Bastian—. Creí que era un Gorgoki, pero no encajaba.

—¿Cómo?

—Lo dicho. No se lo extrajimos. Saltó. De su pecho, concretamente, en plan «Alien». Lo atrapé con un globo de estasis. Y encima me vaciló.

—¿Cómo que te vaciló? —inquirió con voz preocupada.

—Intentó romperlo. Tiene una psiquis potente. Lo habréis aislado, ¿no?

—¡Mierda! —Marisa dejó la palabra flotando en el aire. Se había levantado tan rápido que había tirado el asiento al suelo. Salió presurosa del despacho.

Bastian la acompañó, corriendo por los largos pasillos que se les antojaron interminables.

—¿Dónde narices lo habéis metido? —preguntó el Templario en plena carrera.

—En el Departamento de Pruebas. El lector de vida daba punto cero, estaba muerto al sacarlo de la bolsa contenedora —respondió Marisa.

El Departamento de Pruebas era un pequeño complejo con unas fuertes medidas de seguridad. Una gruesa puerta de cristal oscuro, con varios y potentes hechizos instalados —si no incrustados— en su estructura. Sin embargo, Bastian aún se detuvo, indicándole a la jefa de operaciones que aguardara allí, junto a la puerta.

—No puedes lanzar sondas a través de esa puerta, está protegida —informó Marisa.

—Pero es que no pienso hacerlo —le dijo.

Tejió un hechizo y lo liberó en el diminuto teclado numérico que bloqueaba la puerta. Canalizó otro de compulsión y el primer hechizo viajó por el cableado hasta el interior del departamento. Al poco, volvió hasta Bastian, en forma de una pequeña esfera azul que salió, como en gotas azules y densas, cayendo sobre la mano del Templario. Marisa lo miraba entre la censura y la mal disimulada admiración ante la idea.

—¿Qué? —preguntó Bastian a la defensiva—. La puerta está muy protegida, el teclado, no.

—¿Qué has sacado en claro, Templario? —inquirió Marisa, usando el apelativo formal para evitar que el joven pensara que aceptaba sus métodos.

—¿Qué turno estaba dentro?

—El sexto. Cinco de análisis, un director y tres asistentes. Hoy había trabajo.

—Eso hacen nueve en total. Capto señales de seis. Tenemos tres a oscuras.

La mujer invocó su arma espiritual: una espada castellana. Bastian hizo aparecer su katana. Marisa tecleó su código de acceso y la puerta se abrió con un siseo. Utilizando el Lenguaje Gestual de Acción y Comando (LGAC), ordenaron salir al personal que encontraron y llamar al Grupo de Contención. Avanzaron por el departamento, embaldosado en negro y muy pulido. Luces fluorescentes y múltiples despachos y salas, subdepartamentos y almacenes en cromo y negro, hasta llegar al laboratorio identificado con una placa metálica en la que se leía JTVI-2; con sumo cuidado abrieron la puerta. La Recepción de Pruebas estaba desierta. Bastian comprobó el estado de las líneas de hechizos que debían fluctuar por el interior de la zona como una corriente luminosa, y comprobó que todas estaban reventadas. No solo reventadas, sino que tan solo quedaba el surco residual. Habían sido sobrecargadas para después ser drenadas.

«Drenar» no es un término que se hallara en el léxico del LGAC, por lo que Bastian improvisó. Miró a su jefa y le indicó el gesto «magia» y a continuación hizo el ademán de descorchar una botella de vino. La mujer lo miró con incompreensión por un momento, y asintió cuando entendió. A continuación, negó con la cabeza y puso los ojos en blanco por un momento.

Traspusieron la Recepción. Tres puertas se abrían en el pasillo. El Templario se acuclilló y liberó un hechizo en el suelo, tras cerciorarse de que la fuerza drenadora había cesado su actividad. En unos tres segundos avanzó con un fulgor tenue y dorado. La luz se apagó ante la tercera puerta. Los dos Templarios se acercaron lentamente. Bastian cruzó rápidamente ante la puerta intentando atisbar algo del interior a través de un resquicio. Su vista captó un ronquido y una espalda nudosa y encorvada, de piel oscura y lustrosa. Se lo comunicó a la española. Echó en

falta el peso y las probabilidades que su gran pistolón le ofrecía en aquellas situaciones. A una orden de Marisa preparó un hechizo potente para derribar a la criatura. A la de tres...

La puerta se abrió con un estampido. El hechizo fue liberado, y como una tromba de luz azul y brillante tumbó a la criatura. A la izquierda, por donde Bastian entró, un esqueje de cuerpo humano, consumidos sus órganos, tejido adiposo y voluntad, pero animado por una infernal presencia, trató de atacarle. Las uñas, rotas, le habían crecido cinco centímetros; los colmillos, negruzcos, chasquearon. En las cuencas hundidas brillaba una luz anaranjada y maligna. El Templario, en tan reducido espacio, lanzó un violento golpe de revés, y la katana vuelta cortó a la criatura de abajo a arriba. Se desplomó en una nube de cenizas.

Marisa entró. No miró a su derecha, donde se encontraba la otra criatura, una réplica de la primera. Mas allí fue donde dirigió la estocada, avanzando, agachándose, clavando e irguiéndose de golpe, partiendo en dos a la criatura. Rápida y eficaz, como siempre.

Ahora tenían delante a un Templario, o más correctamente, su cuerpo mortal, mutado por la maligna presencia de la babosa infernal atrapada por Bastian y Kurt. Había dado paso a una criatura de poderosa complexión, mandíbulas desencajadas, repletas de colmillos, dos pares de ojos anaranjados y brillantes. Resultaba bastante simiesca, y poderosamente musculada. La piel era negra, pero brillaba como la obsidiana: las zarpas parecían de acero. Palpitaba de energía infernal, funesta, maligna.

Se encontraba al fondo del laboratorio, tras una mesa fluorescente ahora destrozada, y que arrojaba mortecinos fogonazos sobre la bestia. Bastian y Marisa se acercaron. Comenzaron a sentir la pesadez y desazón a los cuatro pasos. Bastian contrarrestó el efecto incrementando su aura, lo cual lo escudaba virtualmente frente a ese tipo de influencias.

—Deberías quitar el conjuro, Templario. Solo enfrentándote a su aura maligna aprenderás a hacerte más fuerte, no escudándote de ella.

—Sí, maestra —replicó. Lo de “maestra”, reconoció para sí mismo, fue un desliz. Hacía mucho que no era ni paje, ni escudero, y no tenía por qué llamar a Marisa por ese cargo que, por ende, ya no ejercía salvo puntualmente en un par de asignaturas.

Con un movimiento de la mano deshizo el embrujo y volvió a tener la misma sensación de duda e inquietud. Tuvo que esforzarse, aplicar los conocimientos que le habían impartido durante varios años sobre cómo enfrentarse a esas situaciones. Por supuesto, había hecho prácticas, pero el aura que ahora le atenazaba era diez veces más potente que cualquier otra que experimentara antes, en misiones o prácticas.

El combate empezó con la mesa intermitente volando con un gemido bronco de metal contra ellos. El Templario preparó un hechizo de desvío. Alzó la mano y con un gesto casi despreocupado, como quien aparta un copo de nieve o una moscarda pesada, deflectó el pesado mueble. Se dio cuenta tarde de su error: el hechizo fue demasiado potente. Desvió la mesa, pero cuando su mano quedó mirando al suelo, por un gesto demasiado teatral, dado el ímpetu del conjuro, este siguió siendo ejecutado y trató de apartar... el suelo. Al no poder, la misma ley de reciprocidad de la energía y los principios de la magia, apartó lo único que pudo: el conjurador. Bastian fue alzado, sin control alguno, a un metro por encima del suelo. Volvió a mover la mano descuidadamente y fue impulsado de nuevo, ahora contra una pared.

Estrellitas. Mira tú, ahí está Marte. Y eso grande y gordo debe de ser Júpiter. Solo que no era Júpiter, sino el bicho mutado que peleaba ahora contra Marisa. Los antebrazos de la criatura parecían estar blindados, viendo cómo detenía con ellos el filo de la espada templaria y arrancaba chispas que brillaban tenuemente ante los ojos de los contendientes, como mortecinos fuegos artificiales.

Bastian recuperó su espada y se lanzó a la refriega. Los espadazos volaban a una velocidad cegadora. Marisa era precisa, siempre tratando de saltar la guardia que aquel enorme antebrazo bloqueaba una y otra vez. El Templario adoptó una serie de ataques rápidos

destinados a atraer la atención de la criatura y a darle una oportunidad a su superiora. Pero ninguna de las dos tácticas parecía dar resultado. Es más, la criatura empezaba a coger fuerza y poco a poco ellos pasaban a la defensiva. Por lo tanto cambiaron su sistema. Los golpes resonaban ahora secos y espaciados. Empezaron a centrarse en golpes amplios, alternando localizaciones altas y bajas: cuello y rodillas, esperando que así su guardia se abriera. Y sucedió; ambas hojas avanzaron y tocaron el cuerpo de la criatura. Creyeron haber encontrado su oportunidad cuando, de repente, atrapadas las dos armas en la carne demoníaca, la criatura asió las hojas con sus manos blindadas y las arrancó de las manos de los dos guerreros con un brusco movimiento. Triunfal, el monstruo emitió un brutal alarido, un rugido plagado de colmillos desde una mandíbula desencajada y mortal. Mal. Marisa tenía un arma en la mano, una daga vizcaína que voló hasta el accesible paladar de la criatura, que no se esperaba un ataque de ese tipo. El acero encantado se clavó profundamente y le alcanzó el cerebro de pleno. Puso los ojos en blanco y cayó desmadejadamente.

Fue entonces cuando Bastian, agotado por el esfuerzo mágico, clavó una rodilla en tierra.

Marisa lo miró con desaprobación.

—Malgastas mucha energía en los hechizos. Debes moderarte más. Endurécete y no dependas de ellos.

Un sonido viscoso provino del engendro. De pronto la babosa oscura saltó en dirección a la jefa de operaciones con un chillido furibundo. Lo que a continuación se escuchó fue el sonido metálico y sordo de una bandeja de acero estampando a la babosa en cuestión en pleno vuelo. El pequeño engendro cayó al suelo y Bastian sacó un cuchillo.

—Mátala —dijo, secamente, la mujer—. A estas alturas no nos es útil viva, está demasiado hinchada de sangre y fluidos, ya ves la mutación.

El Templario no esperó a oír una disertación sobre el bicho en cuestión: dio la vuelta al cuchillo y lo se clavó; y del viscoso cuerpo salió un silbido potente que rompió cristales a su paso.

Varios Templarios llegaron en ese momento, espadas en mano, acompañados de tres Hospitalarios, que atendieron las heridas de los guerreros: zarpazos y contusiones.

* * *

Retrepado en el sillón de piel, Bastian, hora y media después, contemplaba la sala de juntas. Llevaba un vendaje en el brazo, y las vendas estaban impregnadas en un ungüento fragante con extraños símbolos arcanos inscritos. El garrazo aún le dolía, y la cura le provocaba molestos escozores. Había sido demasiado descuidado en el combate. Marisa había escapado sin un solo arañazo y él tenía contusiones por toda la espalda, un dolor sordo en una rodilla y además lo del brazo. Miró la gran mesa de madera pulida, meditabundo. Los sillones negros estaban alineados, las paredes anaranjadas, los focos cálidos e indirectos, obras de arte moderno en las paredes y el cañón proyector suspendido del techo; la pantalla, enrollada. El Templario había mordisqueado sin ganas cuatro galletas salpicadas de virutas de chocolate y tenía un café entre las manos cuyo calor, algo, le reconfortaba. Empezó a entrar gente que fue tomando asiento.

Cuatro personas se congregaron alrededor. Marisa, en la cabecera de la mesa y con un traje chaqueta negro, el pelo ya sin cristales rotos, aún mojado por la ducha vivificante tomada después del combate. Parecía, con todo el pelo peinado hacia atrás y engominado, una alta ejecutiva a punto de abroncar a su equipo comercial. Sus pómulos afilados le daban un aspecto agresivo pero seductor. También tenía una taza en las manos, negra, de la que salía el olor de un chocolate espeso y fragante.

En la mesa, también sentada, estaba la Caballero Arcángel Clytemnestra—Cly para el resto de la humanidad y parte de los Planos Ajenos—; una mujer de casi treinta años, pelo blanco cortado a la usanza templaria, es decir, nuca rapada y muy corto. Sus ojos, grises y duros, tenían un

brillo calculador; la gente no imaginaba cuánto. Su porte y comportamiento eran los de un experimentado y duro militar, pero cuando se relajaba, cuando salían y tenían un vaso de cerveza, abundante comida y un ambiente agradable, resultaba una grata compañía. No en vano era la mejor amiga de Bastian desde que ambos eran Pajes en la Casa. Era experta en combate cercano sin armas y en el uso de armas de fuego. Vestía en ese momento una sobreveste añil y un escudete de metal sujeto al hombro con la insignia de la División de Rastreo y Acción Rápida. Dirigía unas palabras breves y concisas a Kurt, sentado a su lado y con el rostro severo, como siempre.

Frente a Bastian había un doloroso asiento vacío. Allí era donde debería haberse sentado Lucasz. Estelazareno había caído mientras se enfrentaba —según el Boletín Interno del Temple— a un demonio poderoso al que pudo matar, aun a costa de su propia vida y, casi, de su propia alma, en una batalla en algún punto de las islas del Mar Egeo. Había sido un buen compañero de armas para la escuadra, eficaz, sereno, planificador y buen estratega, además de un horrible jugador de dardos. Había estado en Bosnia-Herzegovina durante la guerra de los Balcanes —él mismo era originario de un punto impreciso de dicha geografía—, eliminando una infestación demoníaca que le reportó grandes méritos y oportunidades que declinó para seguir en los comandos operativos de su Orden. Sí aceptó un puesto de enlace puntual en temas de Política Internacional, dado que hablaba siete idiomas y se había criado en una miríada de sitios antes de ser reclutado para la división de Marisa de la Cruz.

Bastian dejó vagar la mirada hasta León, el Templario ancho de hombros y bigotudo. Era un Caballero Arcángel Sargento, un instructor de amplia experiencia cuya reputación le precedía. Se le solía llamar cuando algo funesto se avecinaba, como al parecer era el caso. León rondaba los cuarenta y cinco, tenía infinidad de cicatrices, como una carta náutica de hace tres siglos. Su experiencia le había permitido tratar con gran número de demonios y otras criaturas, y era una eminencia en los comportamientos de los infernales y sus secuaces. Su larga coleta gris, atada con una tira de cuero, era conocida tanto en el campo de instrucción, al que solía ir con la sobreveste templaria de hombros acorazados, como en la biblioteca, donde su erudición era fuente de referencia en temas demonológicos y también angelicales.

—La Luz del Temple nos asista en esta reunión de los Comilitones —empezó Marisa. Algo grave se cocía, pues no solía usar la solemne frase de apertura de conciliábulos a la ligera, sino en las ocasiones en que la gravedad de los asuntos a tratar la instaba a marcar el protocolo *Bellorum*. Inmediatamente todos se enderezaron, incluido Bastian, poco amigo de los formalismos. A fin de cuentas se debía comportar como lo que era: un Caballero del Temple—. Hoy hemos perdido a tres de nuestros hermanos Templarios a manos de un Vermillion introducido en el Complejo. Los pormenores de la investigación rebelan que fue etiquetado como Prueba Muerta, debido a un hechizo de estásis que la criatura lanzó sobre sí misma. En resumen: un intruso. Pero esta reunión no es para determinar y dirimir responsabilidades, sino para establecer la línea de actuación que seguiremos.

»Estos son los hechos —dijo, y, durante treinta minutos explicó la actuación de los Templarios punto por punto, así como los antecedentes del caso, que se basaban en una alerta de posible culto de Grado Nueve, desarticulada hacía tres años. Un Grado Nueve era un culto a un demonio desconocido que se desvaneció antes de que pudieran identificar a todos los cultistas y al demonio. Resumiendo, culto asustado y ausente—. Por tanto, —prosiguió—, habiéndose escaneado la vivienda, techos y suelos, paredes y mobiliario, a partir de ahora se procede a declarar Procedimiento Venator, lo que, como todos sabéis implica la aceptación del Senescal como Alta Instancia.

»Caballero Arcángel Sargento León de Aranda y Vinuesa, estudiará las escrituras de las paredes de la vivienda y buscará las referencias oportunas de acuerdo con la línea de investigación

recabada en los archivo y las bibliotecas. Reclute a los Arcángeles necesarios para la labor.

»Caballero Arcángel Sebastian Gorlais, acompañarás a nuestro hermano de San Lázaro a examinar el cadáver de la criatura y el Vermillion a fin de extraer sus últimos pensamientos. Posteriormente usaréis todos los contactos de que disponemos, así tengáis que abrir las Puertas del Pozo para averiguar quién o qué ha sido el origen de la babosa.

Bastian sintió un súbito calor producto de tan tajante orden. Clytemnestra, prosiguió Marisa, debería acompañarla a la Casa de Endor, en busca de más respuestas. Con una solemne invocación al Temple y a la Luz, acabó la reunión.

El aire acondicionado ronroneaba suavemente quitándole a la atmósfera varios grados generados en su mayoría por los potentes halógenos que iluminaban la estancia. Bastian oscilaba en el sillón negro, mirando a su enlace con la Orden de San Lázaro. Este había entrado en la sala una vez acabada la reunión. Marisa lo había presentado como el Caballero de San Lázaro Gaetano. Era un individuo tétrico, alto, de pelo largo y oscuro recogido en una cola baja, con una mueca sardónica y los ojos brillantes y oscuros. Llevaba al cuello el amuleto de San Lázaro con la inscripción *Mors et Anima*.

Finalmente el Templario se incorporó y se acercó al Lazareno.

—Caballero Gaetano —dijo, inclinando levemente la cabeza—. Acompañeme, por favor, iremos al depósito —le invitó mientras indicaba la puerta para que le anteciedera.

—Sí, me lo dicen mucho —murmuró el otro caballero con una sonrisa ácida.

Anduvieron por el pasillo, en silencio. El Lazareno le sacaba una cabeza de alto, pero Bastian era más fornido. Bajaron hasta un corredor embaldosado en negro. A ojos de Bastian, el lugar era un ir y venir de hechizos fluctuantes que discurrían por paredes, suelo y techo como serpientes brillantes de lomos dorados. Toda esa amalgama, tamaña red de hechizos, se debía a la seguridad extrema para proteger a los difuntos de las influencias demoníacas. Tanto los depósitos de cadáveres como los cementerios del Nuevo Temple estaban fuertemente protegidos: a fin de cuentas existía un gran número de demonios y necromantes con los conocimientos necesarios para extraer información de los cadáveres recientes, aquellos que llevaban hasta cuatro años muertos, aun a pesar de los encantamientos y rituales hechos a los difuntos.

La Orden de San Lázaro era experta en asuntos de esta índole: su reino era la muerte, próxima o lejana. Fue fundada por Grimeus, el primer Lazareno. Solían tener sus monasterios en lugares apartados, y eran construcciones amplias y soleadas, pues consideraban que otro tipo de ambiente podía ser perjudicial para la salud del alma. Eran conocidos por su extraño sentido del humor, por ser buenos camaradas de armas, grandes organizadores de fiestas y estudiosos casi obsesivos. Si alguien conocía cómo exprimir y aprovechar la vida de manera efectiva, esos eran los chicos de San Lázaro, los que trasegaban con los muertos y hablaban con ellos, los que sacaban los secretos de los cadáveres. En batalla hacían gala de una amplia variedad de recursos, como su habilidad esgrimista: un marcado estilo, eficaz y muy peligroso, creado para eliminar amenazas más resistentes a los golpes habitualmente mortales. Su estilo abundaba también en el uso de cuchillos de combate y se combinaba con hechizos menores pero muy efectivos, que implicaban por lo general dolor, desmembramiento y potentes explosiones en el mejor de los casos. Decían los Templarios que llevar a un Lazareno contigo a una redada podía ser sinónimo de demoler un edificio y sacar a los detenidos despiezados. Su única paciencia, solían aducir, era para los muertos.

Bastian abrió la puerta y algo restalló en su visión, una luz dorada e intensa, potente. Relieves de plumas. Alas grandes y bellas. Una mirada cruel y blanca, de justa ira que...

—¿Estás bien? —inquirió el Lazareno.

El Templario sacudió la cabeza y se restregó los párpados. Su vista se recuperó al instante. Estaban ante el corto y ancho pasillo del Tanatorio. Todo normal. Embaldosado negro, paredes

blancas, techo del mismo color con sus tubos fluorescentes enrejillados. Cambió la visión. Los hechizos seguían pululando con su brillo dorado.

—Sí, perdona —contestó. Sentía cómo le palpitaba el ojo derecho. Lo ignoró—. Es ahí —indicó—, puerta tres.

Se acercaron, después de que Bastian se identificara ante los guardias. Empujaron las puertas; estas se abrieron con un siseo de presión.

La sala estaba ocupada por dos Templarios más, cuyo aspecto cansado no impidió que, al verlos entrar se pusieron tensos, uno de ellos en posición de combate, relajada, pero presta. Bastian trazó un signo en el aire que se iluminó levemente. Los otros dos asintieron. Cualquier Templario podía realizar este tipo de acción aprendida durante los últimos años. Más efectivo que una huella digital y que un escáner de retina. Este símbolo era una marca-espíritu que tras un largo entrenamiento aprendían a trazar como marcador único e intransferible. Con el adecuado conocimiento se podía averiguar, por las líneas de las marcas, el rango y competencias del individuo en cuestión.

El lugar era de planta circular, con una serie de puertas de acero herméticas y aislantes, tras las cuales se confinaban los cadáveres con los primeros rituales ya celebrados. En esta sala reposaban los restos de caballeros Templarios caídos en combate. Las exequias requerían bastante tiempo, y una serie de cuidados para que el cuerpo y el alma descansaran adecuadamente. Por fortuna, en ese preciso momento, se hallaba vacía. Traspuesta esta sala, se encontraba la de Especímenes, donde se albergaba a las criaturas fallecidas o eliminadas en operaciones de combate y que requerían estudio. En este lugar había tres mesas de disección, todas ellas ocupadas.

De una de ellas sobresalía la gran y oscura mole del Templario mutado. Unas gruesas cadenas ataban las extremidades firmemente ancladas al suelo.

—A partir de ahora nos encargaremos nosotros —indicó Bastian a los dos Caballeros, asomando la cabeza a través de la puerta. Estos asintieron, firmaron el registro y salieron de la sala en silencio.

Dos caballeros, tres cadáveres y una babosa demoníaca atravesada por un largo puñal de bella guarnición sobre una pequeña mesa de acero. Aquello parecía el principio de un chiste.

Sin más ceremonias, el Caballero de San Lázaro se aproximó, dejó a un lado su chaqueta, se remangó la oscura camisa, revelando unos antebrazos surcados de cicatrices y sacó un péndulo cuyo extremo era una estrella de diez puntas. Esta giró un momento y de pronto se paró en seco, como si pesara varios kilos. No osciló, ni se movió un ápice.

—Prepárate, Templario —dijo el Caballero de San Lázaro. Rezó una breve plegaria para preparar el encantamiento. Se puso delante del cadáver del Vermillion y puso las manos sobre la babosa apuñalada.

Un potente fognazo de luz verde y profunda salió de la sala, acompañado por un violento gutural grito de dolor.

* * *

El Lazareno había conminado a aparecer al espíritu de la babosa esa que yacía, aplastada, en una de las mesas de disección. Bastian se encontraba mal. La criatura había adoptado, espectralmente, una forma abominable, y el Templario lo achacó a eso, pero su malestar iba creciendo. Dejó de escuchar al Lazareno, que interrogaba en un extraño idioma a la criatura, cuando las protecciones de la habitación empezaron a arrojar violentas palpitations de luz hasta que lo inundaron todo en un violento fognazo.

Entre brumas anaranjadas, Bastian vio surgir de sí mismo, por su pecho, una enorme cadena ígnea que conducía a los sellos de la estancia, que ahora relumbraban poderosamente. El

Lazareno gritó algo, una serie de órdenes u oraciones. Daba igual. No lo podía escuchar, pues en sus oídos bramaba un viento espectral procedente de la grieta entre planos que ahora se estaba abriendo. Mientras el dolor lo recorría, se clavó de rodillas tratando de resistirse. Y de pronto vio cómo aparecía una extraña criatura. Sintió arder su ojo derecho cuando apareció una figura a través de la brecha. Era gigantesca, alada, con una armadura extraña surcada de glifos que no reconoció.

El Lazareno trató de reaccionar cerrando la grieta, y, como si espantara un mosquito, la criatura luminosa lo aplastó contra una pared, matándolo en el acto. El espíritu del Vermillion se esfumó y su cuerpo de babosa siseó y se consumió. El Templario vio al ser avanzar hacia él, ayudándose de esa cadena anaranjada que surgía de su pecho hasta que estuvieron cara a cara. La faz que tenía ante sí era una máscara perfecta de despiadada determinación, cincelada por la voluntad más pura y el fanatismo más extremo. No tenía ojos, sino dos llameantes orbes sin pupila. Y contempló, sin poder moverse, cómo, con un brutal estallido, se introducía a través de su ojo, y su cerebro de llenó de dolor.

Súbitamente la luz cesó. Bastian cayó al suelo. De su mente fue borrado el acontecimiento que ataba a una poderosa criatura a su alma. Sólo recordaría, cuando despertara, la sesión fallida de nigromancia.

4. Encuentro

La puerta del apartamento se abrió sin un quejido, silenciosa, oscura, casi espectral. Entró, y el tacaneo apenas se escuchó al descalzarse rápidamente. Cogió con dos dedos las tiras de los talones de los caros zapatos de tacón. Dejó la gabardina en el perchero, en la oscuridad, sin molestarse en encender la luz. En una mesa cercana depositó el maletín. No quería luz. La luz revelaría que nadie la esperaba, nadie, salvo la sombra de su dolor, agazapada tras una fotografía, un mueble, una puerta abierta a la habitación abandonada y blanca de un niño desaparecido de entre sus brazos, de su pecho, de su vida, mas no de su alma.

El agua de la ducha, ardiendo, abrasaba su piel, confundiendo el camino de las lágrimas negras que arrastraban pedazos de su ser. Su cuerpo, el de una mujer de treinta y pocos años, saludable, atractiva, estaba impregnado del olor pesado y acre del horno de propano incandescente, el silbido y las reverberaciones de las voces de los Oráculos de Fuego, que la habían lamido sin quemarla, alimentándose de su dolor, intentando, sin conseguirlo aún, poseerla y hacerla suya, una concubina de algo peor que un demonio. Pero Andrea, muerta por dentro, fría, indiferente, aguantó el escrutinio y formuló sus preguntas al Fuego, que le otorgó las visiones mientras lenguas incandescentes jugueteaban, intentando distraerla y llevarla al interior del horno, poseerla perversamente. Pero no se inmutó y la visión acabó.

Salió de la ducha, el vapor emergiendo de su piel durante más tiempo de lo normal. Desnuda, cuerpo rosado y oscuro, vello rizado perlado de agua, cabellos empapados, se sentó sobre las blancas sábanas de su soledad. Allí fue donde los fantasmas la abrazaron, uno grande, masculino, otro pequeño, un niño. Y tras ellos, tras la negra y afilada sombra de la ausencia, el dolor y el recuerdo clavaron sus colmillos acerados hasta hacerla gritar.

...La razón devenida de su existencia...

Él era guapo, o eso le decía siempre ella. Lo cierto es que tenía la nariz grande y los ojos algo saltones, pero azules como un cielo de verano. Era un hombre dulce, pero con carácter. Románticos paseos, alguna dura pelea —la familia, el trabajo, el dinero—, pero unas muy apasionadas reconciliaciones; proyectos, largas conversaciones, desnudos, abrazos bajo la luna por encima del tragaluz del techo. Risas, amor, detalles y flores, baños de espuma, y el niño. Aquel ser pequeño, salido de sus entrañas y que se llevó una parte de ella al nacer —adiós a la posibilidad de tener hermanitos—; la depresión, el amor de su marido, las nanas, el sol, el quinto cumpleaños, invierno, nieve, juegos, el coche, la carretera, la oscura noche, el lobo de ojos amarillos, el chillar de los neumáticos.

Y el golpe.

Un grito que, nuevamente, resuena en las paredes. Andrea y los dos fantasmas se balancean, estremecidos de dolor.

El hospital. Los tubos, la operación. Él muere allí. El niño salió disparado por la luna delantera —le explicaron a aquella mujer rota de ojos grandes y castaños, perdidos en el infinito infierno del dolor—, y murió al golpearse contra un gran árbol. Su sangre estaría aún allí, ennegreciendo la corteza.

¿Lobo? No. No hay lobos en esta zona. Imposible. Fue un coche. Los echó de la calzada. Se está investigando.

Otra operación a un corazón que quiere dejar de latir, a un cuerpo que se niega a seguir funcionando. Pero algo sale mal, y sobrevive. Una consciencia oscura apartó la de ella y bombeó sangre y voluntad en las venas. Y su alma de nuevo en el cuerpo. Ofreció algo, y entre el desgarrar del dolor, Andrea escuchó.

Vuelta a casa. Sola. No quiere ver a nadie. Dos días en los que apenas se mueve de la cama. Y después, la policía. Intento de homicidio, dicen. El vehículo que los echó de la carretera pertenecía a la empresa rival de su marido. Perdón, difunto marido.

Ookami Ceramics Corporation. No había nadie en el vehículo, ni huellas u otros rastros que pudieran seguir. Lo encontraron a diez kilómetros del siniestro, en una hondonada. La empresa había denunciado su robo la misma mañana. La mujer, sentada en el salón, descalza, con un grueso jersey irlandés, no dijo nada. Miraba fijamente el suelo. El cabello le cubría la cara. Gracias, pueden irse.

Se cerró la puerta. Las lágrimas cayeron de nuevo, y una voz grave y raspada susurró en su oído. Ella no quería oír, y, vestida, se metió en la ducha, agazapada, muerta en vida, empapada, seca por dentro. Los fantasmas de un hombre y un niño, cogidos de la mano, la observaron, mudos y dolientes, desde una esquina, a través de la mampara de cristal que casi los refleja.

Andrea abrió los ojos y miró el tragaluz cegado con una pintura blanca y espesa cegándolo. La luna bañaba el tejado, pero no su alma. Ya no. Habían pasado no menos de siete años. Dos de ellos estuvo retirada del mundo, sumida en sí misma y su dolor, acorchada; la empresa de su marido quedó en manos de la Junta de Accionistas, que fallaban una decisión tras otra, un pedido tras otro, un contrato tras otro. Y en su fuero interno aquella voz había tomado fuerza aprovechando su debilidad. Le había mostrado imágenes de sus enemigos felicitándose. Encendía el televisor, y vio cómo Ookami Corp. obtenía premios y reconocimiento, hombres embutidos en trajes caros, sonrientes, empresarios del año, solidarios, mecenas.

En un principio los contemplaba con mirada hueca, indiferente; conforme pasaba el tiempo, una diminuta brasa prendió y en su interior apareció un torbellino de dolor lamido por el fuego de la ira, la sed de venganza producida por lo que ya no tenía y añoraba más que cualquier otra cosa. Y los martillazos del dolor y la furia, de la venganza y la ira, forjaron una voluntad implacable.

Las tijeras brillaron en el cuarto de baño y su largo cabello cayó en mechones sobre el lavamanos de cristal. Se vistió y arregló, y puso rumbo a la empresa. Irrumpió en la Junta de Accionistas y tomó las riendas aplastando con su voluntad forjada cualquier duda u oposición; y en el silencio quieto de un despacho, empezó a elaborar su venganza.

La situación era un desastre. Pérdidas de calidad, de contratos y de clientes. Y aquella voluntad ajena que llegó hasta ella en su convalecencia en el hospital le susurró una vez más. Pero esta vez sí estaba presta a escuchar.

Y aprendió. Noches en vela, susurros y visiones. Todo empezó con unas simples palabras. Los conocimientos se vertieron sobre ella. Su tutor de ultratumba la instruyó en secretos oscuros que no habían tocado la tierra en milenios. Ese misterioso instructor la guió por los oscuros y tortuosos senderos de un tipo de poder, una magia a medias entre lo demoníaco y lo desconocido. Un saber desarrollado eones atrás, antes del Equilibrio, antes de la Estela. La llevó de dimensión en dimensión, noche tras noche, consiguiendo artefactos extraños de gran poder, reclutó sirvientes y derrotó enemigos en su camino al poder, a la venganza. Rituales extraños, miembros de un conciliábulo reunidos, presididos y dirigidos por ella. Favores a cambio de fe, dones a cambio de sacrificios y ofrendas.

Dirigía la empresa con la fuerza de su voluntad, y después acudía a celebrar un ritual en túnica escarlata, pronunciando palabras arcanas y conjuros, hablando con espantosos seres. Y quedaba el pago que su tutor reclamaba, una oscura petición...

Conforme avanzaba en esta oscura materia de conocimiento —brujería acadia, averiguó que se llamaba—, más se definía su plan. Ahora aplicaba lo aprendido y obtenido para la ejecución de su venganza. Los oráculos le habían mostrado que los verdaderos culpables de todo, de la muerte de su marido y su hijo, habían sido los miembros directivos de Ookami Corp. Ellos tomaron la decisión de apartarlos por cualquier medio del mercado, y cuando la oferta de compra no tuvo resultado, pasaron al juego sucio. Se lo habían quitado todo, de un solo golpe. Ahora ella respondería: les arrebataría el negocio, los clientes... y la vida. Así, provocó incendios usando los arcanos que conocía; fugas en los hornos, derrumbes, robo de clientes y

proveedores. Y en la medida de lo posible, ellos respondían: nuevos productos, más horas de trabajo, material más barato, ofertas...

Hasta que de pronto sus sistemas de sabotaje ultraterreno dejaron de producir efecto. Miró, desde su despacho, al edificio de la dirección de Ookami Corp., al otro lado del polígono: una alta aguja de acero y negro cristal esmerilado. Y su visión le permitió percatarse de que había algo que rodeaba la empresa: un escudo. Habían descubierto su forma de atacarles y ahora tenían a un asesor, un experto en la materia. Redobló sus esfuerzos y casi vuela el edificio por los aires, con un tremebundo sortilegio. La defensa aguantó a duras penas. Tuvo que reelaborar su plan. Lo puso en marcha... y ahora tenía un serio problema.

El gemido de una sirena la sacó de su mudo ensimismamiento. Su piel estaba helada. Se levantó, ajustó el termostato, que en poco tiempo caldeó agradablemente la habitación. Meditó seriamente su siguiente paso, a la luz de las noticias recibidas.

La entrega había sido hecha, lo que, en principio, suponía un alivio. Ahora le faltaba el Especialista. Pocos dominaban aquella tenebrosa rama del saber, abandonada tanto tiempo ha, sustituida por una hermana más aséptica y lógica, carente de todo esoterismo. No tenía nada en contra de la Ciencia, pero a sus ojos, carecía de alma. Su antecesora, antigua y venerable, era más profunda y misteriosa, seductora pese a su oscuridad. Encontrar otro especialista podía ser difícil. No abundaban y ella necesitaba a uno o tendría que cambiar de procedimiento... No podía ni quería acudir a entidades paranaturales: demasiado tortuosas para hacerle un favor a las claras. Y su lista de favores era demasiado valiosa. Debería moverse. Quizás encontrara algo en el cubil del Especialista que le sirviera. De lo contrario estaría obligada a tratar con la calaña hasta dar con alguien capaz. Otra vez.

* * *

Lo cierto era que el término “cubil” podía ser fácilmente sustituirse por el de “suite presidencial”, comparado con lo que acababa de encontrar. La puerta estaba... bueno, estaba en muchos lugares a la vez, totalmente reventada. Advirtió dos agujeros de bala y, en algunos lugares montones de ceniza. Entró, sorteando las cintas policiales. En las paredes vio una gran profusión de letras extrañas y fórmulas, invocaciones, estrellas de entrada y salida. Una de estas, con una fuerte marca, como si hubiera estallado, salvo que la pared estaba entera. En la otra pared, las partes más importantes del trabajo del ahora difunto: los pseudoportales y los magioramas, los diagramas mágicos destinados a incrementar la potencia de un hechizo o ritual. Todo estaba escrito con un tipo de pasta oscura y espesa, que Andrea pudo encontrar en un cubo, cerca de los restos del escritorio. Hedía, y tenía una ligera capa de moho amarillento.

La mayor parte de la vivienda estaba iluminada por potentes pero pequeños rayos de sol que entraban por los resquicios de unas pesadas cortinas opacas. Comprobó que, allí donde chocaban los rayos de sol contra la pared, la escritura se desmenuzaba y caía en un fino polvillo que se acumulaba sobre el suelo y el rodapié.

Continuó rebuscando, despacio, sin prisas, entre la pila de libros y raros artefactos que había acumulados por doquier. Gruesos códices, grimorios auténticos y falsos —nada que Andrea no hubiera visto antes—, y sobre todo notas, miles de cuadernillos de notas manuscritas, plagadas de la misma escritura irregular y garrapateada, urgente.

Un carraspeo tras ella.

Lejos de sobresaltarse, discreta pero rápidamente palpó con una mano los bolsillos interiores de la gabardina. Dos bolsillos, dos armas. Una daga oculta como un pasador, con una piedra en el pomo, y una pistola, una Walther P99. Miró de soslayo, sin dejar de hojear, con la mano libre, el libraco que tenía delante, sobre el escritorio.

—¿Quién es? —preguntó, sin volverse.

—Ha traspasado una cinta policial, señorita, y eso es un delito. Afecta a una investigación en curso.

—No vi ninguna vigilancia. Imaginé que ya estaría resuelto todo, agente —repuso.

Apartó lentamente la mano de los letales contenidos de uno de sus bolsillos. Se dio la vuelta. Entonces su corazón la traicionó.

Era alto, rubio, con perillasuave y una mueca simpática en los labios; vestía un abrigo negro y largo, vaqueros y una camisa clara. El hombre sacó lentamente una placa con la respectiva identificación.

—Sebastian Gorlais, Interpol —informó.

Andrea se había quedado pasmada. Algo en su interior no funcionaba correctamente, le había privado del habla, de la voluntad, de su resuelta y decidida personalidad. Y lo había sustituido todo por una estúpida y boba sonrisa. Sus ojos fijos en él captaron algo extraño, disruptor... los ojos. Uno verde y otro marrón. Una esmeralda y miel tostada bajo los arcos de oro de las cejas. «¡Guau! Arcos de oro, que bonito», susurró una voz tontuela en su mente.

Esto la hizo reaccionar. Avanzó hacia él, tendiéndole la mano. Los ojos del hombre brillaron por un instante para pasar a una expectante cautela. Le estrechó la mano. Ambos sintieron de golpe una fuerte vibración, un golpe nervioso en su interior, un vuelco. Apartaron las manos educada, pero rápidamente. La de ella era pequeña, menuda y suave. La de él grande, un poco áspera y caliente.

—Un placer —boqueó Bastian.

—Todo mío —apostilló ella—. O sea, el placer. El de conocerle, digo...

Silencio incómodo de nuevo por las dos partes. Imágenes por las mentes de ambos que autocensuraron férreamente y desecharon, restándoles importancia.

—Soy Andrea, Andrea Saint-Luc, propietaria del edificio —informó—. Me dijeron que hubo un altercado en uno de mis pisos alquilados y me acerqué a averiguar exactamente hasta dónde llegan los daños.

—Ya ve que no son muchos —opinó el hombre.

—Apenas —dijo con un punto molesto en la voz—. Una puerta volatilizada, agujeros de bala, el estropicio que el inquilino hizo con esos graffitis... no, no muchos, agente.

—Inspector.

—Lo que usted diga.

—¿Café?

—Sí, por favor.

De nuevo el mundo seguía girando. La terraza del bar, cubierta y con altas estufas que quitaban el helor de la mañana primaveral. Durante la noche, mientras los fantasmas, ahora invisibles, latentes, la abrazaban, había llovido, y aquella mañana se antojaba fría, con la sombra de los dedos del invierno aún recorriendo las calles. Sin embargo, en la terraza había tres mesas ocupadas, personas con las sillas pegadas a las altas estufas que lanzaban su cálida manta sobre ellos.

Andrea tomaba un café, solo; o lo habría hecho si aquella incómoda sensación de su estómago —nervios por la reunión que tenía en un par de horas con dos altos directivos japoneses de Ceramics Akanawa Consolidated, estaba segura— le hubieran dejado. Él también tenía el té enfriándose —*earl gray* de importación, sin leche ni azúcar.

—¿Conocía personalmente al inquilino? —preguntó, rompiendo el silencio. De los pliegues del abrigo oscuro sacó una libretilla encuadernada en piel negra, y la dejó, abierta, en la mesa.

—No. Solo me habían llegado sus referencias a través del conserje, que es quien gestiona el inquilinato. No lo conocí ni llegué a verlo. Ha sido una desagradable sorpresa —el tono de su voz implicaba verdad en aquella afirmación, pero a otro nivel, con otra referencia y contexto. Sorpresa, sí, pero por otro motivo.

—¿El conserje no le había comentado nada? Conductas extrañas, visitas, traslado de muebles, quejas de los vecinos, impagos de la comunidad, estas cosas, ya sabe...

—Nada. Soy una persona bastante ocupada y, a menos que sea estrictamente necesario, el conserje no contactaba conmigo, contando con mi confianza y beneplácito para la gestión.

—¿Y a qué se dedica? Si no es indiscreción... Ya sabe, ejem, para que conste en el informe —añadió atropelladamente.

—A la cerámica; tengo una empresa de...

—Seguro que unas manos tan delicadas como las tuyas modelan bellas obras de...

—Industrial. Cerámica industrial.

Bastian sonrió como el imbécil que se sentía. Ella rio, y el sonido fue como una catarata cristalina, pura, como si desenterrara de pronto una forma de reír largo tiempo oculta. Agachó la cabeza, sonrojándose. Él se dio cien patadas mentales. Una detrás de la otra, así, en fila.

—Mucha gente piensa lo mismo —dijo ella—. Me refiero al arte, no a mis manos. O sea, que piensan que me dedico a la cerámica artística y no a la industrial. En realidad no se ni hacer un cenicero de arcilla.

—Seguro que podría —dijo Bastian.

¿Seguro que podría? ¿Pero qué clase de halago es ése, panoli? Pareces un quinceañero soltando la primera chorrada que se te viene a la cabeza... le criticó duramente una voz en su mente.

Ella le miró a los ojos. La corriente que sintieron fue mútua. Una sensación cálida, agradable, profunda.

Por supuesto lo interpretaron como lo que era: Bastian, convencido de que alguien cercano estaba canalizando un hechizo, se preparó para elevar un perímetro de defensa, sin llegar a ejecutarlo, esperando el momento oportuno para que no lo detectara. Andrea, por su parte, metió la mano en el bolsillo y asió la daga, y escrutó los alrededores buscando la procedencia de la sensación. Había mirado al inspector de la Interpol a los ojos cuando lo sintió, por lo tanto la fuente debía provenir... ¡del interior del local, lógicamente! Se piso en pie. Él casi tira la silla al suelo al incorporarse.

—Tengo que irme... —musitó ella sin dejar de mirar al interior del bar.

—Yo invito...

—No puedo consentirlo...

—Es un hecho —dijo él, casi abstraído, observando los alrededores.

—Gracias —dijo ella, ausente.

—Le dejo mi tarjeta —dijo Bastian, mientras se la tendía.

—Y esta es la mía —correspondió Andrea—. Me marcho al... —señaló el local imprecisamente.

—Sí, y yo a mi... —indicó él, apuntando a un coche que no era el suyo.

—Un placer.

—No, mío, ha sido mío.

—Nos vemos.

—Sí, eso espero.

Se cruzaron, ignorando el postrer diálogo de besugos que interpretaron, y cada uno siguió en su propia dirección, hacia el peligro, o lo que fuera que había activado sus entrenados sentidos. Los dorsos de sus manos se rozaron levemente. Otra cálida sensación aún más arrolladora, un vuelco del corazón. Prestos para la lucha, ambos corrieron hacia su destino.

Cupido no sabría si cortarse las venas o pegarse un tiro.

* * *

Andrea se encontraba mal. Bueno, más concretamente, se sentía extraña. Estaba en su todoterreno e iba camino de la reunión con los de Ceramics Akanawa conduciendo por una

carretera flanqueada de árboles. Su mente divagaba, tratando, sin conseguirlo, de centrarse en el próximo encuentro. El café, el apretón de manos, no, no, no, reverencia en este caso, que son japoneses... los ojos de él... ¡no!; los hornos nuevos. Su olor a sándalo y café... Sacudió la cabeza, furiosa consigo misma. De pronto sintió un fuerte dolor en el pecho. Una punzada seguida de una quemazón. Debía de ser su escarificación ritual, una cicatriz realizada en uno de los rituales para con la criatura mayor, el Poder con quien ella trabajaba. Este pensamiento le llevó a centrarse de nuevo. El horno de su furia y su venganza rugió de nuevo. La palpitación en la herida, si es que el dolor era eso, se acalló.

Meditaba. La cicatriz que tenía entre los pechos, la escarificación, cicatriz sobre cicatrices: las de las operaciones tras el accidente... había pasado ya bastante tiempo. Cuatro años. Por suerte esa marca solo era visible desde un par de planos. Estaba en su cuerpo, pero era una marca en el alma. Así, en una infausta noche de invierno, a solas en su casa, en el despacho, desnuda en un círculo de velas, prometió a aquel Diablo lo que quería a cambio de su venganza completa. Y como sello del pacto se realizó aquella marca.

De pronto una figura empezó a materializarse a su lado. Al principio, como una condensación de niebla rojiza, hasta que empezó a tomar un cuerpo más físico. Ella sacó la daga, sin dejar de conducir, y la colocó donde segundos después apareció el cuello de la criatura.

—¡Mûrk! Te tengo dicho que no aparezcas jamás en un vehículo en movimiento —dijo con el tono tan frío y oscuro como el ónice. El aire jovial pero tímido que había mantenido hacía unos minutos mientras hablaba con Interpol, el tal Sebastian, se había esfumado. Volvía a ser la mujer consumida por el dolor. Esa maldita criatura que había aparecido había acabado de recordárselo. Ella era la invocadora de demonios, aquella cuyo único propósito era destruir a quienes la destruyeron a ella, como persona, mujer, esposa y madre.

El Fuego de Némesis volvía a arder en sus entrañas yermas. Era curioso que lo hubiera desencadenado ese pequeño demonio sirviente, de piel oscura y con una hirsuta cresta naranja que se prolongaba por la espalda nudosa.

—Mi Ama—silabeó, gorgoteando, con la terrible daga acariciando su demoníaca garganta—, la reunión... de esta noche... necesito saber...

Andrea le interrumpió. Primero se cercioró de que llevaba el talismán de encubrimiento, a fin de que no fuera detectado por ninguna fuerza. Eran numerosas las organizaciones, más o menos efectivas, que se dedicaban a cazar demonios, por uno u otro motivo. Por suerte lo llevaba puesto, lo que le daba cierto margen para no ser descubierto. La criatura le contó los pormenores de la ceremonia de ofrendas que se celebraría aquella noche.

A lo largo de los años transcurridos desde que, tras volver a casa de sus padres, el ancestral hogar de la familia, salió por primera vez del despacho privado de su abuelo, con un grimorio arcano en los brazos, había investigado mucho, y una de sus acciones de pacto con el Señor Diablo fue el de crear un culto hacia la criatura preternatural.

Andrea, en su ansia de morir, acudió en una tormentosa tarde de otoño, sin poder dejar de escuchar los susurros crueles de aquella voz rasgada y sibilante, a aquella estancia de la casa. Decían los rumores de la familia que el abuelo se había encerrado en ella la mayor parte de su vida, dedicado a funestos quehaceres hasta su desaparición. Desapareció a ojos de la familia. Pero fue Andrea quien descubrió lo ocurrido: Trascendió.

Desde el lugar en que moraba ahora, su abuelo la había consolado en su dolor. Siempre había tenido una muy profunda relación con él. Ella era la única razón por la que consentía abandonar su estudio, y la única persona a la que admitía en él. Allí, en el viejo sillón de cuero añoso, que aún arrojaba ecos de los olores que rodearon al anciano, tabaco de pipa, incienso fuerte y jabón áspero, Andrea se cortó las venas, presa de la desesperación más absoluta y el dolor más profundo, en el nadir de su vida. Usó para ello el afilado cortaplumas de plata, aquel que tanto le gustaba al abuelo, cuya hoja estaba repleta de extraños símbolos y la empuñadura ricamente

elaborada. Fue en el límite de la inconsciencia cuando se le apareció. No el demonio, sino el abuelo. Habló con ella, y esta le contó lo de las voces crueles que plagaban sus sueños, sus pesadillas; le habló del dolor y la desesperación. De los rasposos susurros que escuchó durante el coma, durante el entierro, en su soledad, en el momento de la visita de los policías para informarle de que todo había sido un frustrado intento de homicidio.

El abuelo la consoló. La escuchó. Y le dio una razón para seguir viviendo: la venganza. ¿Vas a permitir que aquellos que te han hecho esto sigan su vida tranquilamente? Con sus familias, sus reuniones... sus hijos... Sonrió. Oh, sí, espectralmente, pero el viejo sonrió a su manera. Torcida, con los dientes desiguales asomando por su espectral boca rodeada por la espectral barba de su entidad espectral. Por un momento le pareció que las palabras de su abuelo eran iguales que las del Diablo.

Sin embargo le habló de su Trascendencia, un lugar al que, pese a todos los ruegos, no podía llevarla: la Esfera del Anillo Negro, donde acudían a estudiar eruditos de muchas realidades, donde podían contactar con los Paranaturales, los Supraexistentes, los Primigenios y los Ancestrales, los Antiguos, los Ascendidos y los Descendidos. Le dijo dónde encontrar los instrumentos de la venganza y cómo usar el poder que aquellas funestas voces le ofrecían y así no estar sometida a ellos. De ahí Andrea obtuvo no solo el poder que el Diablo le imbuyó y, también, despertó, sino los conocimientos para que este no la poseyera ni pudiera someterla a su voluntad. Fue así como Andrea lo forzó, si quería su ayuda, a revelar su verdadero nombre, un acto que podía condicionar al Señor Diablo. En cuanto a su demanda..., bueno, era algo que quedaba, por ahora, entre ellos.

Así arrancó el plan en el que ahora estaba inmersa. El culto reunido, que congregaba dos escritores de best-seller, un diseñador de moda, cuatro niñas ricas que, paradojas del destino, eran las más entregadas al culto en sí, una periodista en súbito ascenso desde que pertenecía al conciliábulo, dos asesinos profesionales, tres importantes nobles europeos y una actriz, surgió de entre los círculos esotéricos derivados de los tan de moda gurús espirituales que acompañaban a gente famosa en fiestas y otros eventos sociales. Fue Paul, un viejo amigo de la facultad, el que la llevó por primera vez a un evento de este tipo permitiéndole determinar la estrategia para atraer a los futuros cultistas. Pobre Paul. Creyó tener alguna posibilidad... la última vez que lo vio estaba casado y con un hijo. Así empezó el conciliábulo, acercándose al primer reclutado y enseñándole lo que era el verdadero poder. Con su adoración alimentaban a la fuente de poder del pacto de Andrea, y ella usaba ese poder para ejecutar, progresivamente su venganza.

Hasta que, un mes atrás, los de OokamiCorp. sospecharon —solo los dioses sabían cómo llegaron a la conclusión— de los métodos con que estaban siendo atacados. Fue entonces cuando requirieron los servicios de un hombre ducho en la materia.

Seguía conduciendo, perdida en los nubarrones de problemas que le esperaban en los próximos días.

5. Dos en uno

El fogonazo le sorprendió entrenando. Tenía algunas molestias desde que aquel maldito Lazareno... Lo ocurrido en el depósito cruzó de nuevo su mente tras una neblina brillante y anaranjada. El fogonazo y el dolor. Unos garfios extraños pinzándose en su alma. Una violenta lucha con algo que se debatía dentro de él, una presencia ajena. Aquello no estaba bien. Al principio tenía molestias, desde la redada en el apartamento, y cada vez las molestias eran mayores.

Normalmente no habría tenido problemas en despachar a su oponente, un novicio al que le habían encargado que entrenara particularmente, pero el ataque, el fogonazo le hizo bajar la guardia y el muchacho lo aprovechó asestándole un violento mandoble en las costillas que le cortó la respiración.

Cayó al suelo. Los oídos le zumbaban con un intenso pitido a través del que le llegaban las voces, amortiguadas.

—...No tan fuerte...

—...¡Bastian!

—...Enfermería... rápido...

—...no lo sé... está KO...

—...ojo... ¿desde cuándo?

—...Ni idea.

La luz desapareció, sumiéndole en la oscuridad. Poco a poco empezó a distinguir pequeñas chispas de luz. Copos dorados que aparecieron y fluctuaban, moviéndose en líneas rectas.

Fue consciente, una hora después, de que estaba en una habitación de la enfermería. Los copos dorados reaparecieron, correteando por las paredes y el techo, la puerta y las ventanas. Atravesaban muebles, paredes y mamparos.

Se miró las manos. Una de ellas estaba dolorosamente hinchada. En torno a ellas se arracimaban los copos, formando extraños patrones. Unos pasos en el exterior de la habitación lo sacaron de su ensueño. Miró uno de los monitores a los que estaba conectado y vio la silueta de su cabeza y un punto, un fulgor dorado en donde debería estar su ojo derecho, según la sombra. La puerta se abrió y entró un hermano Hospitalario, encendiendo las luces.

No habían averiguado la causa del desvanecimiento médicamente. En lo físico, estaba sano, y no tenía ni una caries. Le hizo una serie de preguntas para descartar problemas psicológicos. Los escáneres y TAC reflejaban normalidad.

¿Culpabilidad por tener que matar individuos? No. ¿Depresión? No. Alegre como unas castañuelas. Feliz de hacer mi trabajo. ¿Impactos emocionales por lo sucedido en el laboratorio? Esas cosas pasan hasta a los más precavidos. Son las consecuencias de tratar con demonios. El enemigo también se cobra sus víctimas. ¿Problemas personales? No. ¿Alguna situación traumática en los últimos días? N... quizás. ¿Quizás? Si, bueno, ¿cómo llamaría usted al hecho de que abran un canal de comunicación con un demonio eliminado de esta capa y que para hablar, lo hace a través de un cadáver destripado?

Él médico pestañeó. Lo miró muy seriamente.

—Una putada de situación traumática —certificó, categóricamente—. Tengo una sospecha. Creo que es una dolencia de tipo... sobrenatural. Le aconsejaría que visitara al Maestro Wilhelm. Es mucho más experto en estos temas.

—¿Significa eso que ya me puedo poner los calzoncillos?

* * *

Maese Wilhelm era conocido por ser uno de los más extraños invitados de la Casa. Era un

miembro de San Lázaro destinado como asesor en asuntos necrológicos y necrománticos. Se le podía encontrar en la biblioteca, la morgue o el solárium. Concretamente, Bastian lo encontró en este último.

—¡Te gané, bicho infecto! —sonó una voz, proveniente de detrás de unos tupidos arbustos.

El Templario se asomó, curioso. Allí había un juego de mesas de jardín en metal, pintadas en blanco. Una fuente cercana refrescaba agradablemente el ambiente, caldeado por el sol. Sentado en una de las mesas estaba un hombre de unos cuarenta y tantos años, pelo largo y gris y bigote canoso y caído. Vestía de negro. Ante él no parecía haber nadie más. En la mesa había un tablero de un tipo extraño de ajedrez, con tres terrazas elevadas sobre el tablero, a cada lado. Dos figuras que parecían ser el rey estaban tumbadas en las terrazas, ambas del mismo color, rojo, si bien en lados distintos.

—¡Oye! —se quejó una voz—. ¡Que tú eres un mono sin pelo y yo no te lo ando echando en cara!

Bastian sintió una fuerte presencia. Le acuciaba el impulso de echar un vistazo a otra capa, pero algo, a su vez, le impulsaba a no hacerlo: una vocecilla que, en nombre del sentido común le decía que era mejor, y más en su estado, estarse quieto. Muy quieto.

—¿Maese Wilhelm? —preguntó, prudentemente.

Él se levantó.

—Tú debes de ser Sebastian Gorlais, Caballero Arcángel Templario. Encantado de conocerte —se adelantó y le tendió la mano.

Inmediatamente, al estrechársela, sintió una tremenda corriente de energía mágica. Tanta que casi se sintió estallar. Soltó bruscamente la mano. Su instinto pugnaba por invocar la espada y partir en dos al maldito Lazareno.

—¿Has sentido eso? —preguntó de nuevo la voz poderosa.

—Sí —respondió el aludido—. Podría ser interesante el resultado —opinó, crípticamente.

—¿Os dejáis de memeces y me contáis lo que ocurre? —jadeó Bastian—. ¡Perdón, Maese! —se retractó de inmediato—. Y, por cierto, ya que estamos, ¿quién es el poltergeist? —inquirió.

El dolor de las costillas había remitido y empezaba a respirar, de nuevo, normalmente.

—Cada cosa a su tiempo, Templario —dijo Wilhelm con una sonrisa—. Ahora cuéntame por qué te han mandado aquí exactamente.

Bastian se lo explicó, incluyendo los episodios anteriores, que él definió como “sobrecargas”.

El Lazareno lo miró largamente. Empezó a ametrallarle con una rápida serie de preguntas, más de las que luego el Templario fuera capaz de recordar. Los temas saltaban de uno a otro como un relámpago de nube a nube. Poco a poco empezó a embotársele la mente. Requería menos esfuerzos cognitivos y se vio contestando preguntas extrañas.

¿Cuántas escaleras tenía el zigurat de Ur? Nueve, una por cada terraza. ¿Cuántos escuadrones componían las Alas de Bronce de Noche? Ocho. Cuatro en el desierto de Ammûn, dos en los Cielos, uno en el Río y otro entre los Hombres. Y preguntas mucho más extrañas aún. De pronto Bastian se sintió como un espectador en su propio cuerpo, embargado en una extraña sensación de desplazamiento.

—¡Sebastian! —lo llamó una voz.

Se estremeció. Sacudió la cabeza, como despejándose de un sueño despierto.

—¿Con qué Lazareno has estado últimamente? Nómbralos a todos y lo que hiciste.

—Estuve... —titubeó un momento, pero se repuso—, con Méntor, en una operación de redada contra un grupo de adoradores de un demonio asiático. Con Emmelinde, por un asunto de una sacerdotisa oscura de un relicario mesopotámico. Y con Gaetano, hace dos días, interrogando a una sabandija difunta.

—Lo imaginaba. Gaetano te dio un susto, ¿verdad?

Le costó reconocerlo, pero afirmó.

—Dime, ¿has estado en alguna operación donde hubiera algún tipo de ritual de entrada en curso? Puertas, círculos, pentáculos, magioramas o pseudoportales...

—No..., bueno, sí —hizo memoria—. En el que eliminamos a un objetivo, el parasitado por la sabandija que después la lió en el laboratorio; quiero decir... —se corrigió—, que hubo un problema de seguridad, mutaciones y posesiones que...

—Sí, ya —atajó el Lazareno—, las guarrerías asociadas con las sabandijas-parasitarias. Dime, ¿desde cuándo manejas magia?

—Desde los cuatro años.

—Muy pronto.

—Sí, bueno, la verdad es que me dio problemas en la adolescencia... a los quince años insistía en llamarme Obi Bastian Kenobi...

El Lazareno estalló en carcajadas.

—Contármelo todo debes —dijo en una magnífica imitación de Yoda, el anciano y verdense Maestro Jedi—. ¿Alguna vez has visto apariciones?

—No.

—¿Problemas de personalidad?

—No, salvo Obi Bastian.

Se levantó el Lazareno y Bastian lo siguió mientras empezaba a caminar por el inmenso solárium repleto de plantas.

—¿Y las molestias? ¿Te había sucedido antes?

—Como le dije, me viene ocurriendo desde hace unos días.

—Repítame punto por punto tu última misión. Pero esfuérzate, dame detalles.

Bastian empezaba a sentirse saturado, pero hizo lo que le pedía. Cuando acabó, el hombre permaneció callado y quieto. Estaban en una de las zonas más despejadas del lugar, rodeados de plantas que conformaban un gran círculo. En él había un Paje repitiendo los interminables movimientos de combate con la espada con que los maestros torturaban a sus pupilos esgrimistas. El Templario dejó al Lazareno cavilando y fue a encontrarse con el joven. Era uno de los pocos entrenados en el complejo desde pequeños, y para un niño, aquel lugar repleto de graves caballeros podía ser duro. El Maese cavilaba en silencio, así que Bastian se acercó al muchacho y le corrigió los llamados “vicios”, movimientos incorrectos y más cómodos en ocasiones, que pueden llegar a condicionar al guerrero y convertirse en serios problemas en combate real.

Estuvo no menos de treinta minutos. Finalmente el muchacho se disculpó, agradeciéndole a Bastian la ayuda, y se fue a la siguiente clase. El Templario volvió con el Lazareno, que seguía con una mano en el mentón y la otra cruzada sobre el pecho.

—¿Alguna conclusión interesante? —inquirió pasados unos minutos.

La tarde declinaba. Ante ellos, el disco rosado de un sol agonizante buscaba refugio tras las onduladas colinas. Ya se avistaba el lucero de la tarde; allí, suspendido, como una lejana joya, un Silmaril inspirado.

—Sebastian, ¿sabes lo que es un Malhim? —tronó la grave voz invisible que parecía acompañar al Lazareno.

* * *

En un tiempo anterior a las Eras de la Segregación entre lo Divino y lo Humano, los Ángeles y los Arcángeles se paseaban entre los hombres. Los Rebeldes y los Ángeles se encontraron para combatir en la Prima Confrontatio. No era una guerra violenta, no había holocaustos ni hecatombes, sino intercambios de pareceres entre los dos bandos.

Todo cambió en el Tiempo de la Furia y el Dolor. Las filas se cerraron y empezaron los

combates. Aparecieron más dioses, se crearon altares donde la sangre corrió y alimentó, corrompiendo la esencia de los Ángeles Rebeldes. La Humanidad adoró a muchos de ellos, convertidos en sucedáneos y padres de los futuros demonios. Y la Hueste reaccionó.

Un eclipse en un cielo rojo sangre; profetas poseídos, un valle de calaveras de humanos... hombres: los detonantes de todo. Y la Hueste se abrió, dejando paso a los nuevos combatientes que enfrentarían a la Legión: los Malhim, comandados por los míticos Gabriel y Miguel.

La Legión abrió sus filas y se revelaron a la luz del cielo carmesí los Diablos, formados en los Fosos del Furor y que defenderían y servirían a los Rebeldes. Criaturas de armaduras de negros y espinados metales, armas horriblemente poderosas y ominosas runas grabadas en ellas. Y los comandaba Asmodeo, la Perdición.

La Muerte, mientras tanto, lo contemplaba todo desde su sitial de Obsidiana, en un lejano montículo, con las alas grises replegadas en la espalda. Lo que sucedía dentro de su capucha era indescifrable, pero por un momento, dos ojos brillantes expresaron pesar. Un gran cansancio, y un futuro pesar.

Y el Choque hizo temblar la sangre de los humanos, los cimientos de los continentes, las órbitas de los planetas y sus satélites.

La guerra no acabó. Pese al Diluvio y al Exterminio. Las guerras, hambres y pestes, las multitudinarias mareas de muertes, no acabaron. No del todo. La mayoría de la Hueste volvió a planear, vigilante, en el cielo. La Legión en un principio decidió esconderse bajo tierra del férreo acoso al que los Malhim los sometían, atacando como halcones a los conejos. Lo hicieron a un nivel dimensional. Pero ambos bandos no contaron con un factor: el Hombre. Su presencia y evolución creó una capa, una muralla que aisló a ambos bandos de la Realidad humana. ¿Cómo fue eso posible? Los filósofos etéreos afirman que en todo ser humano, del más vil al más elevado, existe una semilla de poder en bruto. Algunos son conscientes, otros no, y unos terceros, la gran mayoría, no se preocupan de ello; esa semilla es una partícula ínfima de Poder. Algo derivado de su creación, del hálito divino insuflado en un microorganismo que evolucionó hasta el hombre en esta Realidad, para que pudiera albergar el alma, junto con el advenimiento subsiguiente del Raciocinio y su propia Consciencia. Y la semilla de Poder acompaña al espíritu humano, y para protegerlo, emanó la Capa. Ese muro que impide el desbordamiento de unos poderes que podrían aniquilarlo.

Sucede que ese muro, la Capa, tiene filtraciones, es permeable en algunos puntos, con costurones, pliegues y desgarros. Y es a través de ellos como Demonios y Ángeles mantienen sus disputas terribles, lo mismo que entidades de otras Realidades, seres supra o preternaturales, dioses y otros entes llegan a este mundo del Ser Humano.

Pero Ángeles y Demonios no pueden permanecer mucho tiempo en su forma pura y original en el mundo. Y la forma que tienen de sortear este obstáculo, al menos la más sencilla de ellas, es aferrarse y anclarse a la semilla de Poder contenida en el Ser Humano y así entrar en él.

Pero los Humanos que son conscientes de esa semilla, de ese fragmento de Poder, esos que lo tienen activo, que poseen dones como la Magia, la Videncia y otras manifestaciones de aquel son los anclajes más apetitosos, aunque también más difíciles. A menos que se encuentren, por un momento, demasiado débiles, extenuados o al borde de la muerte.

La posesión no es tan sencilla como asegura la superstición. Ni por un bando ni por el otro. A menudo los espíritus puros son demasiado grandes para entrar por las filtraciones y resquebrajaduras de la Capa. Por ello se valen de sus cultos que, con sus adoraciones y ceremonias, ayudan a ampliar la brecha, sobre todo cuando son correctamente alineadas y canalizadas las briznas de Poder. Pero esta brecha es como una partida de ajedrez: conforme se agranda, otra correspondiente e igual aparece para equilibrar la situación. Y no solo está el arduo asunto de encontrar el recipiente: los Guardianes del Equilibrio los pueden expulsar, desterrándolos de vuelta a su lado de la Capa.

Aparecieron los Malhim y los Diablos, que son los que en su belicoso afán de destrucción mutua patrullan todas las brechas que encuentran a la espera de poder cruzar y completar su misión. Los Malhim, contrapartidas de los poderosos Diablos son Ángeles fuera de la Jerarquía, son combatientes, seres de alas y espadas de fuego, determinación férrea e implacable, fulminantes poderes y tan estrechos de miras como un Diablo, pues, ¿qué ponderaciones caben cuando una fuerza superior te creó como fuerza exterminadora, sin otro pensamiento, sin otra intención ni capacidad ni voluntad para tenerla?

¿Fue un error crearlos tan poderosos, tan implacables? ¿Erró el Demiurgo? No. Si el Demiurgo errara, el Universo perecería. Así, debemos preguntarnos por qué existen seres como estos, como los Malhim y los Diablos; y el Ser humano, que en cualquier momento y lugar de su propia historia los puede, salvo en poderes preternaturales, aventajar en implacabilidad, exterminio, cerrazón y estrechez de miras, bondad y piedad, y, sobre todo, en lo que realmente les diferencia de estos seres: que cualquiera de estas acciones es capaz de realizarlas con gran entusiasmo y exaltación. Ya sea para bien o para mal.

Al menos, esta es una versión de la historia. Hay más, por supuesto, pues la Verdad no es solo una.

* * *

Mil palabras bullían en la mente del Templario Sebastian Gorlais. Mil preguntas se arracimaban en torbellinos de ansiedad, de sospechas y de inseguridades.

El volumen se le había caído de las manos. Se levantó y anduvo, como borracho, buscando un espejo. Se encontraba en la penumbra de sus aposentos. Había leído aquel pequeño tomo encuadernado en piel grisácea y con el lomo negro con una estrella de siete puntas verjurada. Ahora realizaba ejercicios de respiración, y cuando recuperó la calma, se recostó en su diván negro favorito, en su habitación. El ambiente, las paredes de color adobe, iluminadas por luz indirecta de plafones y una lámpara en la mesilla, que se reflejó sobre las hojas amarillentas del libro era cálido y acogedor.

Cuando aquella voz tronante le hizola pregunta: «Sebastian, ¿qué sabes de los Malhim?», no se le habría ocurrido tan tremebunda revelación. Si había unido bien las piezas, y creía que así era —pocas piezas, y numeradas por detrás, hasta un licántropo sumido en las rojas olas palpitantes del frenesí asesino podría solucionarlo, si no se las comía primero—, lo que arrojaba esa información le impactó profunda e inquietantemente.

Él, Sebastian Gorlais, Caballero Arcángel de Cuarto Grado, albergaba un terrible ángel exterminador anidando en su alma esperando a ser liberado en un momento de debilidad. Empezó a sumar los factores que lo habían propiciado mientras se miraba en el espejo, desde el diván.

La detención del Vermillion. La exposición en su cubil a las puertas interdimensionales con las que había invocado a aquellos dos guardianes, para que le defendieran; el empleo por parte de Bastian de grandes dosis de magia que llamaría la atención del Malhim que rondara aquellos sellos de paso; el drenaje de energía que había sufrido por el dispositivo de la entrada le permitió al asesino alado —pues estaba convencido de que era poco más que un *berserker* con alas flamígeras y varios miles de años a cuestas— anclarse en su alma y, finalmente y por casualidad, el ritual necromántico de Gaetano, que hizo cobrar fuerzas al Malhim, alimentado de la fuerza necrótica del ritual. Los primeros ataques de “sobrecarga” no habían sido sino tentativas del espíritu de tomar el control. La exposición al ritual de muerte que animó a un Vermillion, a un sirviente de los ancestrales enemigos del exterminador lo había dotado de una celestial ira que casi logra poseer a Sebastian, provocando a posteriori más intensos episodios de “sobrecargas”.

Todo ello conllevó un cambio a nivel físico de Sebastian. El ojo derecho le había pasado de ser verde a marrón. Un marrón ambarino, que variaba en función de la excitación de su "pasajero". Pero el Templario no estaba dispuesto a dejarse arrebatarse el alma así como así. Él era un Caballero Arcángel, no un Malhim sociópata y fanático, y no se dejaría vencer por aquel ser que, ahora, agazapado, anidaba dentro de sí. No lo consentiría. Lo tenía dentro y sabía que cuanto más usara la magia más se alimentaría, se haría más fuerte, pues de cada hechizo, de cada conjuro o arcano sortilegio, se quedaba una parte para alimentar su esencia. Se alimentaría, crecería... Se sentía igual que... ; no, mejor como un...

—Sinceramente, Sebastian Gorlais —le dijo al espejo—, estás embarazado.

Como un torrente, barboteando al principio, hasta desbordarse al final, Bastian empezó a reírse casi histéricamente.

Le costó trabajo serenarse, que las notas histéricas abandonaran su tono y su garganta. Agachó la cabeza. La volvió a alzar y contempló su propia mirada de jade oscuro.

—Aparece —le dijo a su reflejo—. Vamos, sé que estás ahí, bicho inmundo, aguilucho pirado, aparece. Apareceapareceapareceaparece ¡APARECE!

Un brillo, naranja como las llamas de un horno, se asomó en la pupila de su ojo derecho. Y todas las luces de Acre II titilaron, y las defensas, los hechizos incrustados en puertas, paredes, rejillas, fuentes y techumbres refulgieron con un funesto y palpitante brillo.

6.Reunión

El abuelo se lo tenía dicho: un fallo de concentración te puede costar caro. Claro, que se lo decía con respecto a montar en bicicleta. Lo de ahora era mucho más grave; pero aun así no dejaban de aparecérselo de entre sus recuerdos de niñez aquellas palabras de plata de la voz grave de su abuelo.

Temblaba. Había anochecido y ella estaba languideciendo, tirada en el parking de su empresa, en un charco de sangre. Un corte profundo cerca de la peligrosa arteria subclavicular. Se estaba enfriando, perdía sangre.

Por todo el aparcamiento podía verse las huellas de la batalla. La reunión con Akanawa Ceramics había resultado una celada tendida por un mago taoísta que trabajaba para Ookami Corp. que casi la mata. Su concentración, rota por mil preocupaciones, por poco le resultó fatal. El ataque se produjo allí, en el mismo p rking...

Había llegado algo tarde, apenas cinco minutos. Se distrajo conduciendo y había cogido la siguiente salida. Ahora sabía que realmente no había sido así, pero pareció que llegaba a la vez que los Akanawa. Casi atropelló a un gato negro, que se le cruzó mientras entraba. El aparcamiento estaba prácticamente desierto, dos vehículos al fondo y otro cerca de donde ella dejó el suyo. Había entrado delante del convoy de vehículos oscuros.

Intercambios corteses de saludos, reverencias, y cuando les dio la espalda para guiarlos hasta el ascensor, el único talismán activo que llevaba palpité. Repelió dos de las tres balas, y la tercera le agujereó el bolso. Los disparos sonaron como los ladridos de enormes y retumbantes sabuesos de muerte. Reverberó y la cabeza le tembló por un momento mientras su cerebro trató de hacerse a la idea de la situación, mientras sentía el súbito empujón de los balazos. Trastabillaba hacia atrás cuanto de pronto se detuvo en seco y bajó la mirada hacia delante, hacia sus enemigos. Y respondió.

Creó un muro de protección que detuvo la mayor parte de las balas escupidas por aquellas armas automáticas. Tras los fogonazos vio a los tres hombres que la atacaban. Todos con traje negro y corbatas finas, alguno con gafas de sol. Todos ellos orientales.

Trazó un rápido contraataque, pero el poder que normalmente burbujeaba en su interior, a través de su ira, parecía deslizarse perezosamente por los anchos caudales de su potencia. Desconcertada, buscó la cobertura de un todo terreno de la empresa mientras los sicarios intentaban flanquearla, cambiándolos cargadores con fuertes chasquidos. Ella cerró los ojos por una centésima de segundo y una espiral de pensamientos se arracimó, bailando ante sus ojos. La tranquilidad que había sentido en su coche, mientras acudía a la cita, se trocó en un odio feroz. Desde esa espiral, el torbellino de pensamientos, unos ojos fijos, los de un lobo en medio de una carretera, la observaban, tratando de hacerla sentir un pedazo fácil de carne. La ira burbujeó en sus venas, terrible y abrasadora. Gritó. Dos hombres la habían flanqueado por ambos lados del coche. Abrió las manos y de ellas brotaron dos olas de calor piroclástico que los abrasó en el acto, dejando en su lugar dos esqueletos negros, carbonizados, con pedazos de metal negro y fundido en las manos. La munición había estallado, pero la potencia del calor hizo caer las balas perdidas que podrían haberla alcanzado.

Se levantó, iracunda, y salió de su cobertura. Cuatro hombres alineados la esperaban, armas en ristre, delante de la limusina. Abrieron fuego a la vez. Andrea recurrió a un viejo hechizo desarrollado por su abuelo: el Escudo de Entropía. Las balas, al tocar la barrera alteraban su trayectoria sin rozarla. Algunas, incluso se volvieron contra sus disparadores. Uno cayó al suelo con la rodilla destrozada. Le tocaba a ella atacar. Trazó un símbolo rápidamente en el aire, y en sus blancas manos apareció una guadaña negra. Sonrió sin humor, con desprecio. No tuvo que acercarse. Solo un barrido y dos hombres cayeron cortados por la mitad. Aquel arma

demoníaca proyectaba su filo hasta el objetivo cortándolo absolutamente todo, hombres, metal y hormigón. El tercero se había tirado al suelo. Andrea hizo girar la enorme herramienta; parecía no pesar en sus manos, pese a su tamaño. Con un símbolo trazado por la mano libre elevó dos dedos hacia arriba, casi violentamente —índice y corazón—, dos estalagmitas de piedra surgieron del suelo y atravesaron al último atacante.

Andrea jadeó, aún en guardia, recuperando el aliento, pues el lanzar esos hechizos podía consumir mucha energía. Sintió una poderosa presencia, la captó en el interior de uno de los vehículos. La puerta se abrió. Surgió un hombre alto, asiático, vestido de negro con un traje barato. Era feo, la verdad, y sonreía con una amarillenta dentadura irregular. Esa sonrisa no prometía nada bueno. Tenía el rostro picado de viruela y olía a una extraña mezcla de polvo y hierbas secas.

Saludó con una cortés inclinación de cabeza. A Andrea apenas le dio tiempo a parar el fulgurante espadazo: el arma, una espada china con colgantes en el pomo apareció aparentemente de la nada. Sonó como una campana al ser detenida por una hoja curva de la guadaña. Dos, tres, cuatro movimientos más. La mujer se vio obligada a recular, a la defensiva. Solo uno de los cortes había llegado hasta ella, abriéndole una dolorosa línea carmesí en las costillas. Gritó, furiosa, y reculó. Varios hechizos se deslizaron por su mente. Murmuró algo mientras el hombre sacaba de entre los pliegues de su ajado abrigo un papel con letras chinas escritas. Farfulló algo y lo lanzó hacia ella. Un viento huracanado surgió de repente arrastrando miles de papeletas iguales a la primera, que la rodearon. De no ser por el hechizo invocado por ella, al mero contacto de los papeles habría empezado a arder. Pero la esfera protectora paró el ataque; así que, con un esfuerzo, empezó a agrandarla. Para ello acumuló más energía y empezó a condensar una serie de hechizos tejidos con rápida destreza. El coche que había a su lado comenzó a moverse con un chirrido, una protesta formal de sus neumáticos. Dos potentes explosiones salieron por dos agujeros, que se abrieron paso por entre los papeles. Una lengua de fuego, subsiguiente, limpió la superficie del hechizo defensivo, calcinando el resto.

El taoísta vio la cólera en los ojos de la mujer, un brillo infernal. El gato maulló en la profundidad del aparcamiento, y el oriental se tensó. La mujer trazaba una serie rápida de signos en el interior de la esfera. Estos empezaron a dar vueltas en torno a ella con un brillo rojizo, hasta que estalló. El ensordecedor sonido, multiplicado por la arquitectura del aparcamiento, reverberó hasta sus huesos. Los coches volcaron, en medio de una lluvia de cristales. Los cadáveres se estrellaban y partían con repulsivos crujidos contra los pilares de hormigón. El taoísta se cubrió poniendo su espada vertical frente a sí, apoyando dos dedos en la hoja. Cuando llegó la plena potencia del hechizo, el arma se combó hacia él por la presión. Los caracteres chinos escritos a lo largo de la hoja empezaron a iluminarse con un verde brillante, absorbiendo poder.

Andrea, inmersa en la corriente de canalización vio cómo el arma retenía el hechizo. Si acumulaba toda esa energía y luego la blandía contra ella, podía darse por muerta. Incrementó la presión con dos hechizos más, pero no tuvo más efecto. La espada tenía doce caracteres inscritos y ocho de ellos ya estaban iluminados. Recurrió a un viejo encantamiento leído en un grimorio. Cuando lo hubo liberado ya era demasiado tarde para rectificar. Un torrente carmesí de poder surgió de sus manos y se fundió con el restallante conjuro ante la estupefacta mirada del taoísta. Los caracteres empezaron a estallar, sobrecargados, con una lluvia de chispas. Un hechizo de acumulación y condensación. Había sobrepasado su capacidad de absorción.

El fuego paró de repente, tan rápido como había sido convocado. El torrente de poder se extinguió. El oriental, aún en guardia y musitando plegarias y maldiciones, miró a su alrededor. Los fluorescentes parpadearon y volvieron a iluminar el garaje. La vio allí, flotando a medio metro del suelo, con los brazos en cruz. Era una bruja muy poderosa, pero lo que estaba viendo sobrepasaba la magia para adentrarse en el reino puro de la locura. Debía detenerla. No ya por

el contrato, sino por su propia supervivencia. El gato maulló otra vez. El taoísta recorrió la hoja de su espada con un suave cántico, miró a la mujer, empuñó la espada como una lanza y la arrojó. El acero voló, entró en el campo de fuerza que la envolvía, desviándose. Le hizo un profundo corte encima de la clavícula, hasta llegar a clavarse en la pared.

La mujer abrió unos refulgentes ojos naranja, como orbes magmáticos. Y de ellos salieron dos rayos de poder irregulares y sinuosos que alcanzaron al taoísta de lleno, inflamándolo a la par que le arrancaban la piel del cuerpo, carbonizándolo.

Un grito; oleadas de poder en anillos concéntricos. Una vez que se aferró y susurró en su mente, Andrea cayó.

* * *

Su coche estaba destrozado, lo mismo que casi todos los vehículos. Agonizaba. Sentía el eco del poder derramado, cosquilleando en su conciencia. Se estaba muriendo y lo sabía; en el último ataque había canalizado suficiente energía como para encender todos sus hornos durante varios años. Empezaba a costarle respirar. Bueno, podría encontrar alguna paz con su muerte, el final del dolor atenazado en su corazón y su alma. Apoyó la cabeza en la chapa del vehículo volcado, el techo, le parecía. Cerró los ojos. Escuchaba el hormigón enfriándose, algunas barras de acero al rojo, olas de calor tremolando en la atmósfera.

Una mirada verde esmeralda, una sonrisa tímida y sincera.

Abrió los ojos, su visión estaba desenfocada.

Aromas a sándalo y café.

Entreabrió sus labios rosados, manchados de sangre y resecos. Una mano cayó pesadamente al suelo.

La voz suave y sensual, grave y arrulladora.

El dedo corazón tocó el charquito de sangre que se formaba a su lado. Lenta pero decididamente dibujó un pentágulo y unas inscripciones a su alrededor.

«Le doy mi tarjeta.»

La otra mano buscó algo en su bolso, tirado a unos metros, cerca de ella, atraído con un simple conjuro que le arrancó una profunda punzada de dolor. Había una piedra blanca y plana. La había conseguido hacía poco y pretendía dejarla en su armario de artefactos. Nunca pensó que la utilizaría. La arrojó a sus pies con un gesto agotado. Sintió la mirada del gato negro clavada en ella, desde un rincón oscuro, inmóvil. Pronunció unas palabras en un idioma extraño y cacareante. Un círculo de luz se abrió a sus pies.

«La llamaré.»

No podía verlo así. El círculo se iluminó totalmente. Su otra mano puso los dedos en los vértices del pentágulo del suelo.

El ser que apareció no tenía nada de humano. La insultó en su idioma abisal y se rio de ella, negándose a ayudarla, mofándose de su situación.

—No te he pedido que me ayudes —fue todo lo que dijo su maltrecha e hinchada boca.

El pentágulo se había pegado a sus dedos, con un brillo carmesí y elevó el brazo, proyectándolo hacia la criatura. En el pecho oscuro del ser se marcó la estrella como una marca ígnea fulgurante. El círculo que la enmarcaba giró como un cierre de combinación, extrayendo los nodos de existencia, componiendo una palabra de cinco letras. Letras que aparecieron en las puntas interiores del pentágulo. Andrea la pronunció, junto a una frase ritual de origen cananeo.

Los hilos de existencia de ese ser se condensaron en una neblina roja que empezó a moverse: un grito apagado y lejano emergió de las oscuras esquinas del arrasado lugar.

Andrea inspiró fuertemente y la neblina entró en ella por boca y nariz como un torrente

abrasador de poder, vida, voluntad y fortaleza. Extática, con el pecho ardiente, gritó. Era tanto poder que creía que iba a estallar. Sus manos, crispadas, la espalda arqueada, los pulmones al límite. Poco a poco lo canalizó lo calmó y lo controló. Era la primera vez que devoraba la esencia de un demonio.

Su cuerpo recuperó la compostura. Pero en su sonrisa brillaba una mueca afilada y cruel. Su teléfono móvil sonó. Era increíble: estaba intacto. Alzó una mano, y el aparato voló hasta ella.

—¿Sí?

—¿Andrea Saint-Luc? Soy Sebastian Gorlais, Interpol.

—Sí, claro, me acuerdo...

—Me preguntaba...; esto, mire, necesitamos algunos datos de su anterior inquilino, el desaparecido. ¿Podríamos quedar y así cerrar la primera parte de la investigación? Claro, si no le importa y tiene un hueco libre. En su despacho, si lo prefiere.

—Me parece bien —dijo ella, como si acabara de olvidar dónde estaba, lo que había ocurrido y que se había comido un demonio—. ¿Qué tal si quedamos el miércoles para cenar?—*¿Cenar, es que estaba loca? ¿Pero qué le pasaba?*

—¿Cenar? Ehm... Sí, claro, cenar...

—Le llamo el martes. Ahora debo dejarle, tengo una reunión por terminar. Hasta entonces.

Pataleó como una quinceañera. Sabía que eso no era natural. Se debía a la cantidad de energía que ahora corría por sus venas, desbocada. ¡Por todos los infiernos! ¡Pero si estaba viva de milagro! Debía quemar energía de inmediato. Empezó curando sus heridas. La sangre dejó de manar y estas se cerraron. Más, debía hacer más cosas, consumir potencia sobrante.

Miró en derredor. Todo hecho un desastre. Daba asco. Cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos y los abrió súbitamente, extendiendo los brazos. Un torrente de poder sacudió la Realidad y alteró su propio entramado.

De pronto el garaje estaba limpio; Andrea flotaba en el aire por todo el poder acumulado. Los cadáveres habían desaparecido. Las manchas, los agujeros de bala, explosiones y armas, la limusina y el esqueleto negro del taoísta. Excepto dos cosas: el cráneo y la espada. Decidió conservarlos. Podrían serle útiles. El gato salió corriendo de allí, con un maullido angustiado como una sombra ligera, peluda y maltrecha.

* * *

La ceremonia acabó tarde, casi a las tres de la madrugada, una hora realmente indecente. El olor del campo a esas horas, la hierba, el viento, los árboles, refrescaron su cuerpo y su rostro. Había sido una de las más intensas y poderosas ceremonias que había dirigido, y todavía quedaba la siguiente. Su congregación, el culto, casi sintió un éxtasis colectivo. Y mientras esto se producía, su mente trabajaba en otra capa de consciencia dando forma a varias e importantes directrices del futuro próximo, trabajando a una velocidad lumínica.

Todo cambió cuando llegó a su casa. Nada más atravesar la puerta, una ola de dolor estalló dentro de su alma, hincándola de rodillas. Su cuerpo brilló e hizo arder sus ropas. Desnuda, acuclillada, gritó con los dientes apretados. El demoníaco poder invocado trataba de superponerse a su voluntad. Unas manos, más unas garras que unos apéndices humanos, la acariciaron, por debajo de la piel, provocándole un brutal y agónico dolor.

Pero se resistió. Sabía que los dos fantasmas la miraban, pero no podía distinguir si en sus ojos había aliento o piedad. Este último pensamiento la sacudió entre el dolor. ¿Sería inútil todo lo que hacía? ¿Tenía sentido aquella venganza? A fin de cuentas todo acto vengativo se desentiende de la justicia, pues es el sentimiento egoísta de devolver dolor por dolor, más intereses a un nivel exponencialmente alto. ¿Querían aquellos fantasmas esa venganza para poder descansar? ¿Qué, si no? La acompañaban desde después del accidente. Por tanto debían

requerir ese esfuerzo para poder descansar. Era lo único que tenía sentido. Estaban atados a ella... Si la venganza no era ese ancla, ese grillete, entonces carecería de sentido, y por lo tanto, su vida también. Por ello necesitaba el poder de ese demonio. No había conocido un instante de paz desde el accidente... salvo... ¡No! ¡Venganza! ¡Debían sufrir lo mismo que ella sufrió! Su voluntad, con estos últimos gritos, se impuso a la conciencia del demonio; en el páramo de su espíritu, las dos fuerzas cobraron forma, deslizándose en la corriente de poder que la había inundado. Un viento ardiente y poderoso los rodeó en aquella extensión de su Voluntad, rodeada de las nubes tormentosas de su Deseo, Poder, Ansia y su Pensamiento. Se encontró con él, una entidad oscura y de gran envergadura, una mole de músculo negro y cabellera anaranjada; lo enfrentó y lo dominó aferrando la cabeza astada con ambas manos, hasta que la hizo estallar aplicando todo su poder, su rabia, su ira, y una alegría oscura y desenfrenada que la inundaba.

Parpadeó. Estaba tirada en el suelo de la entrada de su casa. Jirones negros de ropa quemada la rodeaban; se levantó tambaleándose y caminó hasta la ducha, deshaciéndose por el camino de los restos de la ropa. Allí, entre los vapores de agua y los chorros a presión, olvidó la negra amargura por un tiempo.

* * *

Ese día se levantó tarde. Por primera vez en mucho tiempo, llamó a su secretaria y le dijo que no iría a trabajar, que se tomaba el día libre. Debía pasar todas sus citas al día siguiente y posponer la visita de la fábrica nueva a la semana siguiente.

Tenía que analizar todo lo que estaba pasando. Lo que suponía aquella fuente de energía en su interior, que le permitió sobrevivir en un momento crítico, y que ahora era como una locomotora rugiente, constante, pistones, bielas, levas, fuerza.

Se puso una bata de seda azul que ni siquiera recordaba tener y caminó, descalza, por el parquet oscuro hasta su despacho, preparándose en una parada táctica en la cocina un té y un bocadillo.

Entró en la habitación. Se sentó en la pesada butaca negra tras el largoescriptorio de madera oscura, saturado de papeles, libracos y artefactos diversos. Este despacho era muy distinto al diáfano espacio de su fábrica, o al elegante de su oficina central sito en el centro de la ciudad. Estaba fuertemente protegido. En el marco y la puerta, en el suelo, las ventanas, paredes y estanterías aparecían grabados, símbolos extraños y diagramas, magioramas y fórmulas de poder, incrustaciones de gemas y metales. De la casa funcional y moderna se pasaba a un suelo de madera negra y espesas alfombras que ocultaba numerosas marcas trazadas en las tablas mismas. Las estanterías estaban atestadas de libros e inquietantes piezas de arte. Bancos de madera ante mesas llenas de parafernalia ocultista se repartían entre algunos de los huecos, y al fondo de la amplia estancia, un gran y pesado escritorio ante el cual se veían, en el suelo, tres círculos con estrellas de cinco, siete y diez puntas a un lado, y enfrente otros tres círculos concéntricos inscritos.

Andrea hizo trasladar todo aquello desde la casa de sus ahora difuntos abuelos. Era una réplica, una recreación exacta del despacho de su abuelo, aunque algo ampliado. Era allí donde realizaba sus investigaciones en lo paranatural. Nadie podía entrar salvo que fuera invitado o que fuera más poderoso que ella y que todas sus defensas, las cuales debería echar abajo una por una, las trampas y sistemas de autodestrucción inscritos por todas partes y en varias realidades. Muchas de ellas muy desagradables.

No podía depender de su voluntad para retener encarcelado dentro de sí a un demonio. Sorbió algo de té. *Earl-grey*. No recordaba tenerlo en la despensa. Los tonos afrutados de la bergamota danzaron en su lengua. Hacía tiempo que realmente no saboreaba nada, presa de su afán, de su

misión, su venganza. Decidió en ese preciso momento aniquilar al demonio y retener todo ese ardiente torrente de energía. Una guerra de voluntades. Eso iba a doler, estaba segura. Pese a haberlo vencido una vez, mientras su esencia estuviera en ella volvería a cobrar forma y a enfrentarse con el afán de hacerse con el dominio. Definitivamente eso iba a doler.

Hizo un gesto, y las velas que plagaban la habitación se encendieron. Otro más y las cortinas gruesas y tupidas ocultaron la luz de la mañana.

Una distracción podía costarle cara.

El sol siguió su rumbo, ignorando los gritos de la mujer, y los rugidos infernales, los bramidos del Averno que salían de detrás de los gruesos cortinajes. De pronto, estos se descorrieron a un lado. Una mujer desnuda apareció en el ventanal. Tenía aspecto cansado y marcas rojas en su cuerpo. Bebió un sorbo de una taza, temblando ligeramente.

Se agachó, y se alzó de nuevo, poniéndose una bata de seda, un poco desgarrada. Una sonrisa afilada y poco humana se enmarcó en sus labios.

* * *

Se había puesto guapa por primera vez en mucho tiempo. Más de lo que normalmente osaba recordar sin que una punzada violenta azotara su alma. Blusa, falda y sandalias. Se tocó con un lindo sombrero blanco y un bolso a juego. Y decidió salir a la ciudad.

Anduvo horas, pasando por boutiques, tiendas de ropa y calzado, joyerías y librerías. El aire fresco le sentaba bien, disfrutando de los olores que acudían hasta ella procedentes de las cercanas montañas, de los parques y las avenidas flanqueadas de árboles.

Almorzó en una terraza, cerca de una estufa que quitaba el helor de la brisa. Un aura de extrema seguridad en sí misma y algo más inquietante rodeaba a esa mujer que tomaba succulentos bocados de una ensalada mientras leía un libro dispuesto junto al plato; hecho que disuadió a dos hombres que se habían interesado en “acompañarla”. Estaba segura, —meditó, divertida—, de que el estado de ánimo se debía a toda esa energía que corría por su cuerpo. Por eso se sentía... emocionada, casi eufórica.

Por la tarde, tras entrar en un par de librerías de viejo, compró unos volúmenes en los que estaba interesada: *Turba philosopharum Angelorum Tractatus* de Von Tamm. Y de camino a la caja, escogió una novela llamada *El Highlander Oscuro*. Un poco de lectura ligera tampoco le iría mal. En otra tienda cercana adquirió tres películas y se las llevó a casa junto a las no menos de quince bolsas que se acumulaban en el asiento trasero.

En cuanto llegó, se descalzó, repartió las compras por las habitaciones y entró en la cocina, donde abrió una botella de vino y la dejó reposar. Preparó un baño con mucha espuma y el agua muy caliente, velas, música de fondo —algo de Chopin— y se llevó la copa a la bañera.

Se relajó durante unas dos horas, vistiéndose cómodamente, con un grueso jersey de lana y unas mallas, calcetines gruesos y una felpa. Había tenido el pelo más corto, pero el flequillo, que dentro de poco podría recogerse a un lado, le molestaba. Aquella pieza elástica con la que ahora se ceñía el cabello había sido relegada en el olvido del dolor al fondo de un cajón, junto a jirones antiguos de su felicidad.

Una hora más tarde, se preparó algo de cenar: salmón ahumado, queso fresco, aceitunas, una ensalada simple con salsa griega y alcaparras, lonchas de jamón ahumado y albahaca; todo ello regado con un dorado vino blanco, seco, fuerte y aromático. Puso dos de las películas. Una de Hitchcock y otra con una esplendorosa Marlene Dietrich. Preparó un gran bol de palomitas una vez acabada la cena, y se cebó a gusto, abrazándolo mientras las imágenes se sucedían. Acabó carcajeándose y acabando la botella mientras veía *Arsénico por Compasión*.

En su fuero interno sabía que debería estar haciendo ruegos a dos demonios mayores para que le concedieran las gracias prometidas a sus sirvientes, pero aquella noche no estaba para nadie.

No la molestarían. Ni dos demonios mayores, ni dos sirvientes, empleados ni sectarios, ni tan siquiera esos dos quejumbrosos fantasmas la molestarían allí, agazapados como estaban en la penumbra, sus ojos brillando con extraños reflejos de emociones que aún los ataban a este plano, suplicantes y enfermos.

Acabada la película, tras estirarse como una gata, lentamente, se levantó y se dirigió a su habitación. El suelo estaba fresco, y sus pies, y toda ella, se estremecieron. Al entrar subió la calefacción. Estaba segura de que esa noche llovería. Unas nubes plomizas y pesadas amenazaban a la ciudad con retumbantes colisiones. Se quitó la ropa y se metió entre las sábanas frías. Entró rápido en calor y sacó un par de libros. Leyó hasta tarde, cuando la lluvia ya se había desatado y caía por las ventanas en una cascada. Abandonado en el suelo el grueso tomo de ciencia hermética, se deleitaba a hora con una tableta de chocolate amargo con almendras y con las andanzas de los protagonistas de la novela rosa que había comprado aquella tarde. Finalmente apagó la luz.

No podía dormir. Daba vueltas en el lecho. Los acontecimientos del día bailaban, zumbones, en su memoria. Pero, siendo realistas, al día siguiente tenía dos reuniones importantes y varios asuntos pendientes sumados a los del día de hoy que había dedicado a sí misma.

Recordó las noches en vela en la facultad, leyendo por placer hasta altas horas, estudiando como una loca para los parciales y los finales. De juerga con Rose, Freja y Claudia, bastante bebidas y cantando a voces por el oscuro parque delante de su piso de estudiante, seguidas de monstruosas resacas, mantas y caldos espesos. Cuando, en esa época, se inquietaba las noches en que dormía sola, recordaba una manera eficaz de conciliar el sueño. Y ello implicaba en su caso, quitarse el short y la camiseta que usaba a modo de pijama.

Sus manos habían perdido práctica, pero pronto redescubrió su cuerpo. Sus labios, sus pechos pesados pero aún firmes —por muchos años—, de pezones anchos y granates, que se estremecían antes los roces y lengüetazos de sus varios novios y algún escarceo con su mismo sexo que descartó: las mujeres eran demasiado complicadas, pero sí era cierto que sabían un par de cosas para satisfacerlas por las que muchos hombres pagarían.

Su vientre ya no era el de la chica de veintipocos años de la universidad, aquel totalmente terso y algo musculoso del ejercicio continuo en distintos deportes, pero volvía a pulsarle y a entibiarse. Sus manos siguieron redescubriendo el trayecto hacia los muslos hambrientos. Sus manos empezaron a repetir aquel ritual casi olvidado. Se estremecía. Los pezones duros rozándose contra las sábanas, sus dedos ocupados en el palpitante nido. El primer orgasmo le vino a los pocos segundos. Dos más fue todo lo que pudo aguantar antes de dormirse, sumida en un mar de endorfinas con una sonrisa enmarcada y su cuerpo ardiendo que calentó la cama entera. Y por primera vez, no necesitó a nadie a quien abrazar. Solo a sí misma.

La silueta de la mujer estaba recortada por la trémula luz de una vela. Dormía desnuda, la calefacción rugía en el sótano y caldeaba toda la casa; su cuerpo realzado por la suave sábana blanca, la respiración regular y profunda, tranquila.

Una leve brisa cálida corrió por el salón y el pasillo hasta llegar a la puerta de su habitación. Y allí se estrelló. Una cortina de encantamientos retuvo la forma vagamente humanoide, algo retorcida y deforme. El cuerpo se revolvió en esa cortina de hechizos. Al suelo cayó un objeto, una daga de elaborada empuñadura; la criatura se enroscó más, hasta acabar carbonizada por los poderosos conjuros de protección. La estela brillante, de extraños caracteres herméticos, desapareció poco a poco dejando retazos dorados destellantes.

La mujer se agitó lentamente en sueños, sonriendo.

* * *

El despertador sonó rompiendo la quietud de la habitación. Andrea se estremeció, apagó el

aparto donde una radiofórmula mañanera berreaba los buenos días, masacrando los oídos de la audiencia.

En quince minutos, Andrea estuvo lista. Apenas dedicó una mirada al objeto caído en el suelo ante su habitación, que recogió con una tela y guardó. Salió de casa tras engullir una pasta y beber un té, y llamó a la oficina desde el coche. Organizó el día, las citas de la tarde —sindicatos y proveedores de gres— y habló con Contabilidad.

—¡Mûrk! ¡Aparece! —tronó una vez colgó. La figura de su sirviente se materializó en unos segundos a su lado—. Coge a dos servidores de bajo nivel. Un infiltrador y un músculo. Añade también a otro más, un oliscador. Llévatelos al piso del Alquimista y averigua quién lo ha quitado de en medio. Después informa. Habla también con Gahazagh y dile que quiero verle, tengo un encargo. Me da igual la excusa que te ponga, pero quiero a ese desuellantes esta noche en mi línea, ¿entendido?

—Sí, maestra —los labios del servidor se contrajeron imperceptiblemente dejando por un instante a la vista sus aguzados colmillos—. ¿Cómo habéis conocido a Gahazagh? Es un tipo peligroso, Ama...

—No te importa —la respuesta restalló como un latigazo—. También quiero saber qué rumores hay en los círculos de Pesshaak sobre cazadores de demonios activos.

El sirviente alzó las cejas blancas, sorprendido.

—Lo averiguaré, mi Ama —una nota de respeto apareció en la voz de la criatura.

—Tenme al tanto; presiento que hay algo escondido pero a la vista, y que se nos está escapando. Y por cierto, averigua de quién es esto —dijo tendiéndole la daga encontrada por la mañana, envuelta en la tela.

—Es de un asesino Ashgaeron, Ama. Son hábiles y silenciosos, y... muy caros. Y si uno no cumple, el resto de la Camada salvará su honor.

—Genial. ¿Dónde se les encuentra?

—En el Interregno Rojo.

—Es un suicidio ir allí. Se ofrece recompensa por el contratante. Ya la determinaré. Ahora esfúmate y haz lo que te he ordenado.

El sirviente infernal desapareció visiblemente impresionado por el impulso que tenía su Ama aquella mañana, decidida y cruel. Andrea sonrió. Era ya hora de pasar a la acción. Su venganza así lo exigía. Su plan había sido trastocado. Demandaba entonces otro que lo supliera de manera eficaz. Pero siempre se había considerado poseedora de ideas más... refinadas en ese sentido. Mejores que un ataque directo contra los enemigos, que podía salir bien o no.

Averiguaría qué interrumpió el plan original y solucionaría el problema. Y llegaría a la hora a su cita. Reunión. Lo que fuera, con el inspector Gorlais.

7. Información peligrosa

La situación no podría ir peor. Bueno, técnicamente sí, podría. Pero para eso debería aparecer un Señor Diablo, un Dios Oscuro de las Arenas o un comercial de seguros, de esos sin piedad que te hacen la póliza a punta de pistola y chantaje emocional. Muy profesionalmente, hay que decirlo.

La cuestión era que Bastian y Cly estaban parapetados contra un cajón de metal, cubriéndose del fuego sulfuroso que les arrojaban desde el otro lado de la nave industrial.

¿Y cómo habían llegado a esa situación?

* * *

Unas horas antes...

Bastian llegaba la tarde a la sala de reuniones. Corría por los pasillos con poca o ninguna formalidad, esquivando, fintando e incluso saltando algún que otro obstáculo, o Templario, Hospitalario o Lazareno que se encontrara en medio.

Derrapó en una esquina, sobre el suelo pulido, y se detuvo ante una puerta. La voz que salía de la sala de reuniones le resultaba familiar. Duncan, el Senescal. La cosa iba muy en serio, más allá de un Vermillion mutador. Abrió la puerta y, humildemente, bajó la mirada cuando los ojos oscuros y brillantes, duros como el mármol negro, de Duncan lo azotaron. Sin hacer ruido se sentó en la mesa, frente a su compañera Cly. El Senescal era un hombre de unos sesenta años, duro, flaco y ascético. La barba y bigotes grises y erizados le enmarcaban una boca seria. Llevaba un sobrio traje negro, aunque todos sabían que prefería vestir con sobreveste y placas. Llevaba toda una vida de duro servicio en la Orden, y no era conocido por su paciencia, sino, más bien, por sus métodos expeditivos y rápidos. Cercenantes, incluso. Su leyenda era conocida, y era uno de los pocos que tenían acceso inmediato a la llamada Torre del Maestrazgo, un lugar indeterminado donde se encontraban los Grandes Maestres de las Órdenes y donde se custodiaban los más importantes artefactos, las Crónicas. Duncan era un hombre fiero, un Templario que se había enfrentado a todo tipo de amenazas y peligros. Y su palabra era ley.

—Señores, Caballeros del Temple, como iba diciendo antes de la interrupción del Arcángel Gorlais, a quien todos damos la bienvenida y agradecemos su presencia inestimable, y cuya tardanza achacamos, lógicamente, a su convalecencia, y por ello lo vemos excusable —el tono sugería que era tan excusable como atropellar a una ancianita a propósito y luego detenerse para ayudarla a levantarse—, la información extraída a la criatura, entidad de grado cinco, nos indica, pese a ser parcial, que existe un culto organizado en torno a un llamante capaz, lo cual es más preocupante. Cuál es la finalidad de la secta o grupo, su grado de implicación y las capacidades de dicho llamante aún no lo sabemos, aunque se puede asegurar que no son precisamente la caridad y la paz entre los hombres. La impronta sacada al Vermillion nos remite a un plano intermedio cerrado, por lo que fue invocado hace bastante tiempo. Según esta información, la criatura ya estaba en este plano desde hace un mínimo de setenta y cinco años. O sea, un residente oculto. ¿A qué se ha dedicado? No lo sabemos, pero una línea de investigación partirá de ahí.

»En cuanto al análisis: el huésped era un hombre de cincuenta y tantos. O lo mantuvo joven o cambió de recipiente. El objetivo presentaba una marcada desnutrición: estómago tubular, consunción del tejido adiposo... Pero seguía teniendo energía.

»Por el material encontrado en el cubil sabemos que era un experto: un Alquimista especializado. Pero su especialidad, de tipo oriental, aún se nos escapa en cuanto al ámbito

particular de la materia. Necesitamos más pistas, más indicios sobre la labor que se está desarrollando. Seguiremos procesándolo debidamente.

»Cabe preguntarse si este Alquimista está ligado a la misma esencia de la aparición del culto. La respuesta es que de alguna manera lo está. El dispositivo de seguimientolo vio entrar en las residencias de dos personas que podrían ser miembros de congregación o aquelarre: un escritor y una modelo. Posteriormente el sujeto tuvo ciertas relaciones mercantiles con varios objetivos que nuestro servicio de inteligencia sospecha —lo cual, dicho sea de paso, lo ha confirmado— que suministran objetos y artículos de esoterismo serio. Hemos interrogado a uno de ellos y nos ha hablado de unas reliquias que el Alquimista trataba de conseguir: *laesfera de Xuey* algo llamado *escama de Tian Long*. Como es fácil inferir, estos detalles nos conducen de cabeza a la alquimia oriental, un trasunto oscuro y difícil.

»Por lo tanto, las líneas de investigación deben centrarse en esas pistas, desgranar las informaciones para ver a dónde nos conducen. Hay que apretar más a los informadores, pues a lo mejor un detalle intrascendente para ellos es una mina para nosotros. Distribúyanse en grupos de a dos y rastreen la información. La Jefa Trono Marisa de la Cruz coordinará el operativo.

»Señores... —recogió los papeles, despidiéndose.

En la pared del fondo parpadeaban las imágenes de varias fotografías del Alquimista por varias calles del centro, con aspecto huidizo y furtivo, caminando entre la gente o estrechando la mano de individuos de rostros borrosos.

Marisa se levantó y sustituyó al Senescal en la cabecera de la mesa sin llegar a sentarse.

—Los grupos serán los siguientes: León y Kurt irán a la vivienda del Vermillion para revisar sus posesiones. Aún no se ha tocado nada hasta saber de qué narices se trataba. He destinado a otro grupo de hermanos Templarios para que acudan a la biblioteca de los Taoístas, en el barrio chino.

—No les dejarán acceder, mi señora —objetó Kurt. Su pétreo rostro apenas parecía moverse cuando hablaba—. El caballero Principado Angus McHenry lleva años intentándolo.

—Lo sé. Hace dos días llegó un Caballero Templario que nos puede facilitar un acceso. El Caballero Rembrandt.

—¡Rembrandt! —Bastian se había levantando de repente, haciendo volcar la silla—. Marisa... er... Señora —se corrigió, recordando las formas de golpe—. ¡No puede hablar en serio! Rembrandt es peligroso, es un buscálíos. Sus misiones siempre han acabado en masacres inexplicables...

—Note lo estaba consultando, Gorlais, pero gracias por la opinión —que lo llamara por el apellido sonó como un latigazo. Bastian acusó el golpe—. Él conoce algo de ese mundo y lo respetan.

—Después de que asesinara a tres maestros.

—Defensa propia.

—¡Y una...!

—¡Esto no es una democracia, Gorlais! —bramó la mujer apoyando las manos en la mesa—. ¡Acata las órdenes Templario!

Esta era la admonición más seria que un superior podía darle. Ante ellasolo quedaban dos respuestas: acatar o abandonar la operación, lo que podía conllevar dejar también la espada y el Temple. Marisa sabía que, si no ponía a Bastian en esa tesitura, no colaboraría. En contestación el Templario se llevó el puño al pecho y se inclinó con las mandíbulas fuertemente apretadas.

—Mientras—prosiguió—, Clytemnestra y Gorlais irán a ver a los informantes habituales y, en su caso, interrogarán a los sospechosos de pertenecer al aquelarre. El objetivo es sencillo: información.

Sin mediar palabra se levantaron y se dirigieron hasta los garajes. Con el paso del tiempo la orden del Temple había cultivado una amplia red de informantes. El mundo sobrenatural siempre había tenido una selecta clientela: El verdadero mundo sobrenatural, ajeno a los tarotistas de tres al cuarto y santeros ciegos de ron y habanos baratos. Las criaturas preternaturales habían campado por la Tierra desde los principios de los tiempos, por lo que, en los núcleos de población humana existieron, desde ese mismo instante, lugares de intercambio de información, demanda y oferta de secretos y productos; menudeo de talismanes, compra de artefactos, venta de deseos y tráfico de almas. La aparición de los Templarios, también llamados popularmente Reguladores, no afectó para nada a este submundo al que el 99,7 por ciento de los habitantes de la Tierra era total y felizmente ajeno. Sin embargo supusieron un antes y un después. Para empezar, los destinados en estos lugares fueron totalmente neutrales y se acabó acudiendo a ellos (Caballeros de las Tres Órdenes) como mediadores en conflictos. En muchos de estos sectores incluso existían bastiones de alguna de las órdenes.

Así Cly y un taciturno y lóbrego Bastian pusieron el vehículo en marcha y enfilaron hacia el barrio ruso de la ciudad, donde encontrarían una de las entradas a este submundo que ellos llamaban Los Limbos.

Había estado lloviendo y la carretera relucía como una lustrosa serpiente negra y zigzagueante entre alamedas verdes y frondosas. Mediado el camino sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, Cly suspiró.

—Eres gilipollas, Bastian —sentenció.

—¿Qué? —el aludido la miró por un momento pese a ir conduciendo.

—Que eres un gilipollas. ¿A qué vino ese exabrupto ante Marisa? Sé que Rembrandt es un estúpido y un buscapeleas, pero te creía con más autocontrol. No recordaba que se te saltaran los fusibles tan rápido.

El Templario, contrariado, cambió de marcha bruscamente.

—Ese tipo es un peligro. Después de lo de Praga...

—Lo de Praga fue hace cinco años.

—Quince Templarios muertos, ocho Hospitalarios, dos Vampiros alineados con la Estela desmembrados y un Lazareno perdido... —se interrumpió, con un nudo en la garganta.

—... tres Lazarenos más en el psiquiátrico y cuatro magos neutrales arrancados del Tejido. Todos conocemos su hazaña —acabó Cly temnestrá.

El coche rugió de nuevo.

—¡Su hazaña! ¡Casi rompe nuestra mascarada! ¡Los especialistas tuvieron que encontrar una excusa similar a Chernobyl para que los Durmientes se lo tragaran!

—Pero eliminó el Portal, dañó irremisiblemente al Dios Dormido y casi aniquiló a todo el culto; y sus seguidores más acérrimos quedaron marcados...

—Casinos mata a mí, y... y a Lucasz... Si se hubiera atendido al plan....

—Pero es bueno y poderoso.

—E irreflexivo, impredecible... ¿Se puede saber por qué haces de abogada del diablo? —la pregunta fue escupida con violencia. Por un momento los ojos de Bastian refulgieron con un dorado intenso, incandescente. Una segunda voz se acopló a la del Templario. Más clara, pura, dura, fría y cruel... letal.

Cly lo miró con los ojos desorbitados. En su mano apareció una hoja de metal, un puñal largo con un halo blanquecino. El rostro de Bastian, levemente iluminado por un aura del mismo dorado que se había asomado a sus pupilas, volvió a la normalidad. El Templario inspiró profundamente; tenía la respiración alterada.

—Ya está. Controlado.

—¿Pero que coj...?

—Unpequeño incidente... espiritual —y le refirió lo que sabía, los problemas y las ventajas.

—¿Y no te lo puedes... extirpar? —inquirió.

Típico de Cly. Si se podía arreglar algo, mejor por la vía violenta. O expeditiva, como ella misma la llamaba. Era más... realizador, decía.

—Ya hemos llegado —anunció Bastian, eludiendo responder.

Se bajaron del vehículo en una nave industrial de un polígono poco conocido, a la vuelta de un recodo de la autopista, tras un frondoso bosquecillo. Aquel era el lugar de la colonia de Los Limbos. Una colonia contra la que los Templarios no tenían nada que hacer mientras no transgredieran los dictámenes de la Estela, mientras no rompieran el Equilibrio.

En cuanto pusieron los pies en la grava mojada, sus “alarmas” —protecciones mentales y talismanes— se dispararon. Avanzaron con cautela. La razón por la que aquella zona era evitada por los industriales humanos consistía en que era un lugar colonizado por unos individuos en apariencia neutrales. Los Templarios los conocían como Slyver. Eran altos, huesudos, con cabellos grises, y vestían largas togas o túnicas del mismo color, en todos sus tonos. Muchas de estas estaban ribeteadas en piel marrón, y otras llevaban bocamangas del mismo color. Sus rostros no evidenciaban emociones, serios, adustos, graves y contemplativos. Caminaban aparentemente sin rumbo por las anchas avenidas bien cuidadas y ajardinadas, casi como bulevares coquetos, con bancos y parterres. En aquella zona industrial. Donde no se desarrollaba industria alguna.

Este era el aspecto formal. Pero este lugar tenía un trasfondo en otra dimensión. Los humanos que por algún casual llegaran hasta allí verían una zona industrial oxidada y ajada, con naves que se caían a pedazos y hierba que crecía en haces en el asfalto agrietado. Pero no para los que eran capaces de ver más allá, los que habían sido tocados de alguna manera por los Poderes.

Los Slyver comerciaban con todo tipo de artículos de otras tierras y con información. No tenían simpatía por nadie: simplemente hacían negocios. Sin lealtades. Sin más honor que el profesional. Constituían una raza práctica, con una religión basada en el intercambio de fe por su parte y dones o favores en contraprestación por la de sus dioses, suerte o éxito con un cómodo interés. Pero no competían entre sí. En ese aspecto eran poseedores de un instinto de colmena, salvo que carecían de reina. Tenían propiedad privada, pero existía un fondo común. Provenían de un lugar perdido entre las dimensiones, pero jamás hablaban de él. Eran poderosos en la magia, longevos de manera natural y nadie les había visto comer jamás.

Bastian y Cly caminaron por las avenidas —sabían de antemano que los vehículos dejaban de funcionar en las calles del polígono—, hasta localizar la nave industrial que les interesaba. Tenía un desvaído color rojo, con grandes manchas de óxido, como heridas sangrantes, secas y chorreantes de edad decantada. Las grandes puertas de mercancías estaban cerradas y no parecían haber sido abiertas en mucho tiempo. De la pequeña puerta de la oficina, en cambio, salía el rastro de un aroma fuerte y fragante; un sonido de campanillas y el de agua corriendo.

Esperaron en la puerta treinta segundos. El hechizo de detección verificó sus identidades —clientes habituales— y la puerta se entreabrió con un chasquido. Entraron. Apartaron un grueso y pesado cortinaje carmesí y desembocaron en la oficina de negocios de Nalaya, el contacto de Bastian entre estas extrañas y grises gentes. Era obvio que estaba ocupada, pues de lo contrario habría acudido a saludarles.

El interior parecía una acogedora y algo caótica *haima* árabe. Estaba repleta de artículos extraños, agolpados en estanterías, mesas bajas, colgados del techo o dentro de grandes arcones. Parecía un lugar salido de la fábula del *buhonero del diablo*. Por doquier se veían yelmos para extrañas cabezas, máscaras, armas de bizarra factura, guantes, petos, babuchas y botas, pipas, libros abiertos o cerrados con candados, pergaminos sujetos por garras de bronce, rollos de bambú antiguos y tablillas de arcilla, placas de piedra repletas de todo tipo de arcanas

escrituras, plumas brillantes dentro de urnas, botellas con una ciudad dentro o un reloj de arena con dos cráneos en su interior.

Caminaron sorteando las buhonerías hasta dar con un grueso cortinaje que separaba la entrada de la zona de espera. En el interior de esta zona, iluminada por grandes velones, encontraron una gran fuente con una cascada de piedra musgosa por la que el agua saltaba y chapoteaba alegremente. Una figura ataviada con pesados ropones grises estaba al otro lado de la estancia. Era de género femenino —pues en esta raza se distinguían los sexos—, con los cabellos recogidos en dos largas y gruesas trenzas, gesto plácido y solemne y las manos cruzadas sobre el vientre. Al verlos entrar hizo una leve inclinación de cabeza y, sin mediar palabra, les indicó unos mullidos sofás. Pero una ceja se arqueó, inquisitiva, cuando vio iluminado el rostro de Bastian. En su tranquilo rostro apareció el esbozo de una sonrisa.

—Bastian —dijo. Su voz era grave y profunda.

—Nayala, me alegro de verte —saludó.

La Slyver inclinó la cabeza ceremoniosamente.

—He conseguido que Kurala-moi te reciba. Espero que honres este esfuerzo como satisfacción de la deuda.

Bastian la miró. El ojo esmeralda le brillaba.

—Así lo consideraré, apreciada Nayala. Te lo agradezco—inclinó la cabeza ligeramente.

Los dos Templarios se sentaron donde la Slyver indicó. La mujer desapareció por un grueso cortinaje.

El chapoteo de la fuente era todo el sonido que se escuchaba en aquella estancia iluminada por pesados lamparones árabes de hierro negro, y decorada con ricas y pesadas telas, así como alfombras densas y tupidas. El ritmo del agua, inconstante en tempo pero continuo, producía una extraña sensación de sosiego; la reverberación del líquido al romper la superficie del pequeño estanque se extendía por la estancia, acariciando las paredes de tela y los asientos, las otomanas y las lámparas. Una quietud sonora, envolvente y rítmica. Bastian sacudió la cabeza y le dio un suave codazo a Cly, que se estremeció. Los Slyvers solían usar estos recursos antes de las reuniones, para calmar —sosegar, decían ellos— las tumultuosas emociones de los visitantes.

Una campanilla de plata sonó del otro lado de los cortinajes. Con un movimiento estudiado, Nayala apartó las pesadas telas haciendo un delicado gesto aquiescente. Los Templarios se levantaron y atravesaron el tupido separador, quedaba a un pasillo cuyas paredes eran más cortinas, y cuyo suelo estaba cubierto por alfombras espesas, y la iluminación escapaba de las lámparas de forja, por sus estrellas horadadas en el metal.

—Bastian, ¿me vas a decir ahora por qué vamos a ver a un Slyver, cuando nos ordenaron entrevistar a los sectarios? —quiso saber Cly, algo molesta. No tenía problemas en forzar o transgredir tangencialmente las normas y órdenes, cubrir a un compañero o meterse en una pelea, pero prefería saber los motivos por los que lo hacía.

—Kurala-Moi es una vieja conocida mía que en ocasiones ha proporcionado artículos... extraños, en todo caso, a algunos cultos auténticos. Tal vez sepa algo sobre este culto en particular que nos dé alguna ventaja a la hora de tratar con los sectarios, algo con lo que apretarlos.

Clytemnestra vio correcto el razonamiento. Una ventaja informativa podría suponer que el testigo, sectario o informante aflojara la lengua antes. Llegaron al final del pasillo y el último pesado cortinaje se abrió para dejar a la vista una estancia amplia, de suelo cubierto por baldosas de barro crudo, dos fuentes de mármol blanco, simples y lisas, con una gran bola de porfirio que bailaba sobre la corriente de agua que emergía bajo ella. Alrededor, múltiples macetas arrojaban su olor por toda la habitación. La sala estaba iluminada por grandes ventanales y cortinas de ligera gasa que filtraban la luz. Era un fuerte contraste sobre los

recargados escenarios anteriores atestados de frisados espesos entrar a ese espacio abierto, de altas columnas blancas y capiteles con motivos árabes.

Allí, al final, ante un gran ventanal cuyas vistas estaban ocultas por las cortinas de gasa, había un gran escritorio en el que una figura se inclinaba al parecer examinando unos documentos.

Llevaba los mismos ropones grises, que según todos los indicios era la moda... o el uniforme.

El individuo levantó la cabeza y dos ojos oscuros restallaron, como dos faros de oscuridad. Cly se detuvo, dudando un segundo. Bastian avanzaba con estudiada despreocupación hacia las sillas romanas de tijera, sin respaldo, que se hallaban dispuestas ante el macizo escritorio. La Templaria lo siguió apenas un paso por detrás, pero, para mantener las formas, y por pura paranoia inherente por ser una de las mejores luchadoras de los Templarios, se quedó detrás de Bastian, de pie, dos pasos por detrás y uno a la izquierda, adoptando un aire marcial con las manos detrás de la cadera.

Vistiendo un jersey negro, de cuello vuelto sin mangas, de lana, unos vaqueros y unas altas botas, no daba el aspecto de avezado y peligroso guardaespaldas, pero algo en su actitud desmentía esa primera impresión, con su mirada dura de acero y su cabello blanco, rapado por la nuca; parecía más una fanática de su causa, de su profesión, que una joven de apenas veinticuatro años y un regimiento de criaturas infernales eliminadas y misiones de rastreo a sus espaldas.

Bastian había abierto su largo abrigo negro, en señal de que venía desarmado. Llevaba una camisa verde y vaqueros.

—Kurala-Moi, es un placer verte. Lo siento, si me he entrometido en tu apretada agenda —saludó el Templario.

La Slyver se limitó a asentir. Su boca era apenas una línea fruncida.

—He acudido a ti por el respeto que me inspiran tus conocimientos, tu sabiduría y...

—...porque necesitas información —acabó la aludida con una mueca.

—Sí —corroboró el Templario. Acto seguido sacó un objeto del bolsillo del abrigo—. ¿Sabrías decirme de dónde puede venir esto? —quiso saber poniendo el bulto en la mesa—. Está desactivado, no temas. Puedes comprobarlo.

El objeto estaba envuelto en un pedazo de tela cruda, sin adorno alguno salvo un sello de tinta. La Slyver se sobresaltó un instante, para recuperar el control acto seguido. Pasó la mano por encima del sello y este relumbró con un parpadeo; después cogió una daga y con la punta abrió los pliegues. Hecho esto quedó a la vista un círculo de madera con hilos moviéndolo y otra serie de cuerdas creando un intrincado dibujo en su interior. Casi recordaba a un cazasueños indio. Era el talismán drenador. Prueba sustraída del depósito, infracción de unas cinco normativas de seguridad y sometimiento y manipulación por alguien ajeno a la Orden. Genial. Podrían sufrir una fuerte sanción, si no los exiliaban. Bastian lo había hecho a sabiendas. Cly no tenía ni idea. Pero sí tenía una cara de póker digna de un campeonato profesional. O sea, que ya lo mataría después.

—Es un objeto manufacturado fuera de aquí —*porfuera de aquila* Slyver se refería a *interplanar*—. Es un drenador.

—Tiene una marca de impresión psíquica de este lugar, Kurala-moi.

La mirada de la Slyver se volvió abiertamente hostil.

—Nosotros no dejamos impresiones psíquicas...

—Lo sabemos—dijo Bastian, quitándole importancia con un gesto—. Pero el poseedor, que era humano, al menos en parte, sí las dejaba, y entre las múltiples capas descubrimos un hilo de recuerdo que nos trae hasta aquí.

Kurala-moi dejó la daga en la mesa y juntó las yemas de los dedos. Cly sabía que su compañero estaba tentando a la suerte, jugando a la culpa y disculpa.

—Ambos sabemos que son ilegales en este plano, y por tanto su adquisición...

Los ojos de la Slyver se abrieron. No tenían pupila. Su larga melena empezó a elevarse agitada por un viento inexistente.

La cosa se pone fea, pensó Cly. Y Bastian tan tranquilo, insultantemente tranquilo.

Su compañero elevó una mano enguantada, conciliadoramente.

—Kurala-moi, lamento de veras si te he ofendido conocemos tu reputación y he acudido a ti por información, por ayuda, como tantas veces los Templarios hemos ayudado a los tuyos cuando se os ha torcido una operación, sin hacer preguntas, como un equipo de limpieza. No pretendía romper esa calma que todos los Slyver tenéis en vuestro carácter y para con vuestros amigos, clientes y aliados —explicó tranquilamente.

«Este tío es un chantajista de primera», pensó Cly, «primero calienta el ambiente y luego la avergüenza aduciendo ue ha perdido la calma. Menudo cabrón.»

La Slyver pareció serenarse. El pelo volvió a caer pesadamente sobre su espalda, pero los ojos siguieron carentes de pupila, como dos esferas de tinta.

—Sebastian —habló—, ciertamente nos hemos ayudado, pero temo que me he mostrado susceptible en extremo por mi reputación, lo que representa en la realidad mi credibilidad en los negocios. Ciertamente nos hemos ayudado en el pasado. Como cuando te metiste en líos con los semiinfernales de la primera capa...

—...o cuando exportasteis aquellas dos vasijas malditas por un Exxodus —alegó el Templario.

—...o cuando te persiguieron los Monjes del Pesar...

—...la Estela Carmesí, aquella tan ilegal que se olió desde el centro de la ciudad...

—...los diamantes de Apofis-Xadur...

—...que luego nos vendisteis...

—...los ídolos negros que ofendiste en la operación contra los Manicors...

Y así continuaron durante no menos de diez minutos, tirándose trapos sucios a la cara como si se hubieran traído la cesta de la lavandería a cuestras. Hasta que sonó el móvil de Cly. Ambos la miraron reprobadoramente, ofendidos incluso mientras la Templaria contestaba, y empezaron a intercambiar abiertas miradas de censura.

Cly sentía cada vez más la opresión de aquellos dos, hasta que colgó y, harta de sus estupideces de a-ver-quién-mea-más-alto, explotó.

—¡Vale, se acabó! —ambos, Templario y Slyver, dieron un respingo—. ¡Tú, —señaló a la Slyver—, dime quién te compró el maldito chisme! ¡Tú —turno de su compañero— calla la boca y no toques las narices!

—¡Yo...! —empezó el Templario.

—¡No te he dado permiso para hablar! —tronó.

—Sí, señora —murmuró ocultando una sonrisa.

—Slyver, contesta a la condenada pregunta. ¿Quién, por qué y para qué?

La Slyver saltó en su silla. No estaba acostumbrada a que un soldado entrenado para matar le hablara tan terminantemente. Era costumbre el regateo, no la acción directa. Y eso la asustaba.

—Yo... ehm... la vendí... o sea, trasasé. A un alquimista. Lo quería para protegerse. De qué, no lo sé, pero era un eslabón de un tipo de culto de entidad alineada. Se le fue un poco la lengua. Me dijo que concederían dones por fe. Obviamente intentaba reclutarme —los ojos de la Slyver eran ahora blanco pánico—. ¿Puedo irme ya?

—¡No! ¡Nos vamos al coche! ¡Gracias por todo! —dijo dirigiéndose a la Slyver mientras cogía del hombro a su compañero.

Bastian se levantó de golpe y, a paso ligero, salió de la sala. Cly le siguió refunfuñando por lo bajo. Cuando abandonaron la habitación, Kurala-moi se derrengó en su butaca, para volver a enervarse cuando vio asomar entre los cortinajes de la entrada la cabeza de la Templaria. Esta le guiñó y le lanzó un beso. A la Slyver casi le da un infarto en por lo menos dos de sus corazones.

—Has tardado mucho en estallar, ya pensaba que no funcionaría —dijo Bastian apoyado en el coche mientras ella llegaba.

—¿Me has manipulado? —gritó—. ¡Cómo te atreves, somos compañeros! Te voy a... —empezó a perseguirlo alrededor del coche cuando, de repente, ambos se pararon en seco dejando el juego a un lado. Del interior de una nave industrial les había llegado a ambos una potente distorsión con regusto sulfuroso. Los Templarios no se lo pensaron. Corrieron hacia allí.

* * *

Y a raíz de esa decisión la cosa pintaba ahora tan mal. Porque en el interior de la nave, Nayala estaba traficando con tres sirvientes infernales y un demonio desollador clase 4 la entrega de una escama de Tian Long. Y, claro, nada más aparecer los dos Templarios, empezaron a llover las bolas de fuego sulfuroso como guantazos en un bar de moteros: en gran cantidad y a lo bestia.

8. La emboscada del Sirviente

Aquella tarde no parecía acabar nunca. Las labores del día anterior se le habían acumulado, pero a Andrea, una Andrea, sin duda alguna, renovada, no le importó. Al principio.

Consiguió solventar casi todos los problemas, engatusó a los compradores de la última reunión y llevó a cabola planificación varias reestructuraciones de la fábrica. El siguiente movimiento contra la Ookami ya se había iniciado, y para ello había obtenido los fondos necesarios. Abrir una fábrica de componentes tecnológicos cerámicos no había sido fácil, pero la empresa japonesa tenía enemigos y ella supo cómo convencerlos.

Ahora, descalza y con los pies en alto, bebía, mientras contemplaba el ocaso, una copa de armañac. Se miró las uñas de los pies, pintadas de rojo oscuro, y se concentró, desenfocando la vista. Su ojo derecho se abrió con el iris color rubí, brillante. No vio la impronta de Mûrk por ningún sitio, cosa extraña. Trazó con la mano derecha un símbolo de llamada y esperó. *Ytuvoque* esperar. Normalmente el esclavo debería haber acudido rápidamente, pero no compareció. Iba con retraso con respecto a su parte del plan.

Concentrada como estaba, casi se cayó de la silla cuando sonó el teléfono. Ciertamente la tarde no parecía acabar. El almacén no había recibido la partida de porcelana en polvo para los pedidos de la semana. Con el ojo aún refulgiendo como un carbunco maldito, tecleó —o más bien aporreó— el número del almacén.

Discusiones y malas excusas. Estaba claro lo que había ocurrido: Ookami había sobornado o comprado la mercancía a un precio mayor. Le habían pisado el pedido. Era un golpe de efecto, desde luego. Por suerte no era su único distribuidor. Siempre debía tener recursos suficientes para no depender de una sola fuente, por fiable que esta fuera. Realizó un par de llamadas más y consiguió todo el material. Después avisó al almacén de que dispusieran un turno nocturno a doble remuneración para que a la mañana siguiente estuviera el amasado listo y las planchas preparadas. Solo por pura precaución pidió más del necesario para disponer de una reserva propia; se le ocurrió que, para la próxima reunión de la junta, propondría la juiciosa medida de adquirir una empresa fabricante de materiales necesarios para su labor, para, así, no depender de fuentes externas.

Se acabó el armañac de un trago. Había oscurecido. En poco más de dos horas tendría que acudir a la cena con el agente Sebastian, de la Interpol... ¡Y no sabía qué se iba a poner!

Volvió a trazar el conjuro de llamada, que se desmaterializó al poco tiempo. «El sirviente demoníaco al que llama está apagado o fuera de cobertura. O muerto», pensó con sorna. Sacudió la cabeza y cualquier manifestación de fuerzas paranaturales de su anatomía desapareció, volviendo sus ojos al color castaño habitual.

Se calzó de nuevo los carísimos tacones, se alisó la falda blanca, ajustándose al cinturón color tostado, y salió del despacho. Dejó impartidas las órdenes pertinentes a contabilidad de cara al turno extra de aquella noche e informó a seguridad y a personal de que se pasaran los informes y autorizaciones de seguridad para los empleados.

* * *

Mûrk estaba de un humor de perros. Un sirviente de alto nivel como era él, y debía desperdiciar sus talentos en vigilancias y emboscadas. No era digno. Debía hacérselo entender al Ama... Él era mejor que eso, al menos las misiones de espionaje eran más divertidas, y percibir las miradas de miedo, alimentarse de ese sentimiento en las reuniones del culto del Ama resultaba grato y realizador. A fin de cuentas, era un demonio. Sirviente, sí, pero demonio. Eso era lo que él conocía: el miedo, el terror, sumisión, dolor, envidia y traición. Y no conocería otra cosa ni

aunque se lo propusiera. Los antónimos a esos conceptos se le antojaban extraños y etéreos, teorías en el aire, antinaturales y, por ello, deleznales.

Estaba en el interior del apartamento del Alquimista. Junto a dos demonios de menor nivel se habían apostado en diversos lugares: él, tras el escritorio, el músculo del grupo, un orco Agalor, conocidos por su ferocidad y poca inteligencia, en un hueco de la cocina; y el infiltrador, una criatura con más articulaciones de la cuenta, piel lechosa surcada de venas negras y moradas, con dos ojos grandes, uno en la parte frontal y el otro en la parte posterior del cráneo, que recibían en lengua abisal el nombre de Kúrulu, estaba camuflado en el techo perfectamente mimetizado. En cuanto al oliscador, aquel demonio ciego con unas enormes fosas nasales incrustadas en la cara, y una boca repleta de dientes en vertical, Mûrk lo había destinado a hacer su guardia —malditas guardias— en el rellano de la escalera, desde un plano próximo. A un chillido suyo, inaudible desde las Tierras de la Piel, sabrían que el enemigo estaba cerca.

Transcurrieron dos horas, dos eternas, largas, aburridas y fastidiosas vueltas completas de la manecilla pequeña de reloj de la sala de estar. Pese a su longevidad, los demonios como Mûrk no se caracterizaban por la paciencia precisamente. El Agalor se había dormido, lanzando espantosos ronquidos entre los que barboteaba palabrejas de su brusco dialecto. Estaba seguro de que en uno de esos ronquidos podría partirse en dos, de no mediar una caja torácica de blindado exoesqueleto y poderosos músculos de acerado relieve.

De pronto, sonidos de conversación en el portal de la vivienda. Pasos. El oliscador chilló como un cerdo en una matanza. Mûrk recurrió con presteza a su infernal poder para someterlo con una orden, así como a retener los primarios impulsos de sus otros dos compañeros. Antes de atacar debía averiguar lo posible, tal como le había encomendado su Ama sobre este enemigo que ahora amenazaba sus planes.

A los pocos segundos vio entrar a los dos hombres. Uno era alto, con el rostro macizo y cuadrado, esculpido en roca blanca y sin pulir. El otro era algo más bajo y ancho de hombros; tenía el largo cabello gris sujeto en una cola y lucía una recortada perilla gris. Su mera presencia amedrentaba, pues se movía con sumo cuidado, con una violenta cautela en sus pasos y gestos. Mûrk sabía que su escudo ocultaría su presencia y la de sus compañeros el tiempo suficiente mientras les dejaba hacer.

Ambos examinaron la habitación con un prolongado vistazo antes de entrar. El alto se dirigió hacia un alejado estante, cercano a la ventana, mientras el imponente bajo registraba las mesas del Alquimista. Era inteligente, para ser aparentemente humano —no descartaba nada—, pues movió pocos objetos, y cuando lo hacía usaba un largo y pulido puñal surcado de runas en la hoja. El arma parecía brillar con distintas intensidades, según qué objeto tocara. Un chisme útil, pensó el demonio orco, mientras se relamía. Llegó a la conclusión de que valdría la pena robarlo, de tener la oportunidad clara.

Y fue este humano el que lo encontró. El cuaderno de notas del Alquimista. Lo empezó a hojear despacio, usando el puñal y un guantelete de metal que se calzó rápidamente.

Lo tenía. Era el momento.

La acción no duró más de tres minutos. Ciento ochenta segundos de caos y poder desatado en una vorágine destructiva.

Mûrk liberó el hechizo. El *Agalor*, que llevaba el mismo rato que los hombres en la habitación, babeando y enseñado los dientes de su cabeza alargada y de caimán, los ojos brillantes de odio eneguedor, fue el primero en reaccionar. No rugió. No pataleó ni amenazó. Atacó. Atacó como una avalancha de músculos. Una criatura, si tal nombre podía darse, de casi dos metros con la fuerza física de un rinoceronte agraviado. Se lanzó sobre el hombretón, el más bajo. Este reaccionó tarde y dos puños del tamaño de jamones le golpearon de pleno. Fue el *Agalorel* que cayó al suelo. Los talismanes cinéticos que el humano llevaba en el pecho estallaron. Mûrk no pudo menos que admirar —y tomar nota— desde su seguro escondrijo de la previsión del

guerrero. Pues eso era. Lo vio dejar el puñal en la mesa y calzarse con un movimiento experto el otro guantelete, adoptando una cerrada posición de combate. Ambos artefactos brillaban, surcados de runas, de un rojo abrasador.

Mientras, *elkurulu* había caído del techo y aprisionado entre sus nudosos brazos al humano más alto. Este se debatió, furioso. Cuanto más lo hacía, más apretaba el infiltrador. Se movió compulsivamente, intentando romper la presa. Fue una suerte, y nada más que la pura suerte, la que hizo derramarse, por un golpe, un reactivo que hizo hervir la piel del orco. Chilló, aflojando la presa un instante. Ello hizo que Mûrk almacenara una de las informaciones más valiosas. En el constrictor abrazo del Kûrulu se abrió un hueco. A la vista del esbirro refulgió una corriente de poder, inapreciable desde el mundo de la piel. Y en la mano del hombre apareció un arma, una espada espiritual invocada para aparecer expresamente justo en el hueco dejado en el forcejeo, entre el cuerpo del humano y la extremidad del demonio. Extremidad que se soltó violentamente amputada con un experto giro de muñeca. La criatura volvió a chillar, y el hombre se liberó solo para ver, estupefacto, cómo volvía a crecerle aquel nudoso brazo a su contendiente. Entró, entonces, derrapando, corriendo a cuatro patas, el oliscador.

El Agalor había atacado de nuevo al humano de los guanteletes. Estos, cubiertos de runas y espinas de metal, provocaban un dolor brutal al contacto de aquellas púas contra la carne abisal. Y el hombre estaba lejos de ser un mero humano poseedor accidental de un artefacto. Por algún extraño motivo, Mûrk pudo apreciar que tenía una fuerza descomunal, capaz de brutales proezas, como, tras esquivar un ataque, arrancar, dislocándolo, un brazo a la bestia demoníaca, tirarla al suelo de una patada que habría partido en dos a un pilar de hormigón. Al agacharse para destrozarle con sus acorazados puños de forma metódica —era un experto, Mûrk estaba seguro, pues neutralizó *alagalar* con golpes que lo incapacitaron: le dislocó los brazos y luego le destrozó la musculatura de las mandíbulas para desencajárselas—, el oliscador, que había entrado de súbito y estaba en pleno salto, pasó por encima, estrellándose ante los pies del otro humano.

Estelo vio. El pequeño demonio lanzó un fulgurante ataque y clavó sus dienteillos pequeños y agudos en la pierna del humano larguirucho. Su mordisco era extremadamente doloroso. Mientras gemía entre dientes —algo impensable para Mûrk, que había visto a otros humanos desmayarse de dolor—, lanzó un rápido molinete bajo la espada que decapitó al oliscador, y aún, usando la misma inercia, le seccionó la espalda, clavando el arma recta hacia abajo. Era un guerrero entrenado. Se agachó a medias por el instinto, a medias por el dolor y la aturdidora ponzoña de las babeantes fauces de la criatura, que paralizaba a sus víctimas. La espada trazó un círculo que sajó las articulaciones del infiltrador, que ya lanzaba otro mortal y constrictor abrazo. El orco cayó a un lado, chillando.

Muerto el músculo, y reducido el Agalor a una obscena pulpa de sangre espesa y pegajosa, el fuerte guerrero acudió en socorro de su amigo. Se desveló en ese momento, otra de las cruciales informaciones: Mûrk pudo ver, mientras el poderoso humano caminaba hacia el herido, un refulgente colgante en su cuello. Una cruz roja suspendida de una cadena, que había quedado a la vista por el desgarramiento de la camisa. El humano se acucilló.

—¿Estás bien, Kurt? —preguntó. Sin esperar respuesta, su gran acorazado y brutal puño destrozó la gran masa ocular del infiltrador. Lo sacó con fuerza y, violentamente, hizo girar con un crujido espantoso el demoníaco cuello.

—Tengo la pierna dormida —informó el llamado Kurt entre dientes—. Debe de tener propiedades anestésicas de algún tipo —concluyó.

—Sí, es un oliscador de bajo nivel. Esos bichos van en manadas, anestesian y se comen vivas a sus víctimas.

El humano se sobresaltó, pero su rostro permaneció impassible; aferró fuertemente su hierro encantado.

—¿Debemos esperar más de esos? —inquirió.

—No. Era un grupo mixto. Un Agalor, un infiltrador y un oliscador. Es un comando. Pero falta algo. Falta... el cerebro...

Ese fue el momento, la señal para lanzar un ataque arrasador. Aprovechando la debilidad del tal Kurt, Mûrk lanzó un hechizo demoníaco con objeto de destrozarle. Era una corriente de energía que atacaría las fibras de su cuerpo hasta separarlas del hueso. Pero el orco no estaba preparado para ver cómo el encantamiento, al rodear al humano y clavar aquellos crueles garfios de energía, se empezaba a disipar. El humano lo acusó, frunciendo el ceño e inclinándose hacia delante. Dudó un instante, y casi le costó la vida. Al lanzar el hechizo, el orco se hizo visible, y el compañero de feroces puños avanzó rápidamente y lanzó su macizo brazo con el fin de aplastarle contra la pared. Vio las terribles púas y funestas marcas de perdición demoníaca en cada nudillo volar hacia él. Su instinto le hizo huir mientras escuchaba el muro agujerarse. Se escurrió recurriendo a todas sus reservas de energía y saltó entre realidades hasta materializarse en el otro extremo de la habitación entre una nube de cenizas. El cuaderno, el diario del Alquimista ya no estaba. Pero sí la daga del grandullón, que ahora se abalanzaba sobre él.

Mûrk guardó la reserva de energía suficiente para tirar de su amuleto de atadura y poder reaparecer en el lugar donde fue invocado —allí podría reposar hasta recuperarse— además de utilizar el sobrante para liberar el hechizo que había robado del despacho del Ama, inserto en un anillo dorado y rojo, y acompañado de siguió una devastadora deflagración. Con un movimiento calculado, tuvo tiempo para aferrar el arma y desaparecer mientras el fuego devoraba a los Templarios.

9. El Desuellamientos

Las bolas ígneas se estampaban, siseantes, contra los contenedores de metal, haciendo que reverberaran. Bastian tenía su espada en una mano y el pistolón en la otra. Por su parte, Cly tenía en las manos dos de sus pistolas favoritas. En una orden donde primaban las armas blancas, ella era una fanática de las de fuego. Podía encontrársela, siempre, adiestrando a otros Templarios en las galerías de tiro. Ciertamente también ella tenía un arma blanca para ser invocada, pero sus capacidades la hacían tremendamente útil con las de fuego.

Ese poder es el que anida en el alma de cada humano, y solo el orbe puede sacar a la luz. Es en los siguientes años cuando aprenden a usarlo.

* * *

A Clytemnestra le habían sido concedidos dos extraños dones: el primero era llamado “Síntesis de Combate”. Un tipo de precognición le permitía analizar las variables y durante una escaramuza o batalla. En su visión aparecía una retícula que, en microsegundos, le informaba de la mejor estrategia a seguir. Si conocía a los atacantes, sus posibilidades de acierto —tanto para bien como para mal— aumentaban exponencialmente. Claro que la casuística y los aliados podían alterar la situación sobre la marcha y las estrategias no siempre eran claras, lo cual se veía complementado a base de instinto y experiencia. Pero esta capacidad le había salvado el pellejo en múltiples ocasiones. Además de su segundo don.

Su afición a las armas de fuego se debía a este don, además de su tendencia natural. Era capaz de cubrir energía sobre un arma o proyectil y convertirlo en un arma más mortífera todavía. Así, una bala de 9mm. podía abrir agujeros del tamaño de un plato en una plancha de metal. Su visión estratégica también le suministraba información sobre la posible composición y densidad, siempre que identificara el material positivamente

En conjunto esto la convertía en una temible contendiente y gran aliada. Entre sus amistades en el Temple se conocían sus dones el «Modo Terminator».

Tres lanzadores; uno tras un contenedor —ráfaga de tres con potencia energética alta—; el segundo sobre la pasarela, tiro limpio con alta potencia, 85% de posibilidades de blanco; tercero sobre contenedor 2: cinco balas en barrido hacia la derecha, sexta bala a media potencia 75% cabeza, 90% en torso.

Último objetivo: desollador= +15% de probabilidades totales.

1º 60%

2º 70%

3º 60% / 75%

**Aliado: +50% Vs. Desollador*

**Ego: +5% Vs. Desollador con Arma de Fuego; +8% Vs. Desollador con arma blanca.*

—Bastian, el Desollador es tuyo, los lanzadores son míos. Esperaa que me cargue el primero y empléate a fondo. No dejes que me aturda o lo tendremos crudo.

±85% Muerte por aturdimiento. Ego y 2 lanzadores. Activo ±65% Muerte por aturdimiento. Ego y 1 lanzador.

Defensa total Aliado hasta restablecimiento ±47% probabilidades de supervivencia.

—Oído cocina. ¿Te cubro?

+2% a 10 metros. Probabilidades de aturdimiento 16% +2% por segundo = Máximo 20%;

Lanzador 1=2%; 2=85%; 3=35%.

PELIGRO: DESOLLADOR.

RESOLUCIÓN: 5 metros. 1 Disparo media potencia a 2 con 45º; 7 metros 2 disparos 1 potencia total a 1=blanco 8% = -96% de blanco contra EGO.

Esto era un ejemplo descodificado de lo que pasaba por el cerebro de la Templaria a la velocidad del pensamiento, en apenas unos microsegundos de análisis de la situación.

—Sí, dispara al Desollador con el pistolón. Dos balas al menos.

Bastian no esperó, confiando plenamente en las capacidades de su compañera, más que comprobadas a lo largo del tiempo.

Sintió los tentáculos espinosos de la mente del Desollador, aquel humanoide de cuencas oculares vacías y calvo vestido con túnica.

Se apresuró a escudarse rápidamente. Sabía que pese a sus poderes mágicos, no aguantaría mucho tiempo expuesto ante esa criatura. Apuntó la pistola y con dos fulgurantes ladridos equivalentes a los de un mastín de los infiernos, lanzó dos proyectiles del tamaño de bellotas contra el Desollador. Por fortuna esto le pilló por sorpresa y por un instante la potencia mental de este se retiró para formar una barrera y detener los proyectiles. El impacto le hizo tambalearse.

Por su lado, Cly disparó en cuanto hubo recorrido cinco metros. Las balas salieron de su arma y el poder de la Templaria las envolvió en una pátina blanca de energía chisporroteante. Mientras ella avanzaba dos pasos más y se inclinaba en un quiebro para coger ángulo y disparar de nuevo, las balas encontraron su blanco. El lanzador, un demonio pequeño pero musculoso, vestido como un seguidor acérrimo del sado, puso cara de sorpresa al recibir los impactos que le destrozaron medio cuerpo al explotar dentro de él. Vio estupefacto cómo un brazo se volatilizaba y sintió una ola de calor al segundo impacto, en la base del cuello; antes de que su cabeza estallara vio cómo la humana disparaba de nuevo. Esta vez los proyectiles semejaban dos crepitantes balas de blanca energía que impactaron sin piedad en el pecho del otro lanzador, subido en la pasarela, destrozándolo.

Cly se agazapó tras el contenedor, sintiendo estallar la bola ígnea lanzada por el tercer demonio. Bastian la miró, estaba blanco por el esfuerzo, pues el desollador le había golpeado psíquicamente con la fuerza de un martinete. Visualizó la nueva ecuación. Debían distraer al desollador el tiempo suficiente como para que bajara las defensas.

Cebo: 45% de probabilidad en su contra.

Miró a Bastian y le hizo una serie de indicaciones mediante LGC. Este negó fehacientemente y Cly lo ignoró de pleno, se puso en pie y alzó sus armas.

Bastian no podía creer en semejante cúmulo de insensatez. Su compañera disparó dos balas contra el lanzador; sin inmutarse por la bola que este le había lanzado que Bastian detuvo mientras el demonio estallaba, ella concentró sus fuerzas y energía en sus balas y vació los dos cargadores sobre el desollador. Ni siquiera eso era suficiente para acabar con él. Los cargadores cayeron al suelo con un repiqueteo sordo y metálico, las armas tenían la corredera retirada. Bastian ya no estaba.

Cly se movió, intentando recargar sus armas, cuando el primero de los espinosos tentáculos alcanzó de pleno su cerebro y entró. Se sintió violada como si una extremidad surcada de púas hurgara en sus carnes. Chilló, pero no logró escucharse. Casi vio el otro tentáculo psíquico abalanzarse sobre ella.

El desollador disfrutaba, entreabierta su boca de ennegrecidos dientes, babeabante. Experimentaba una sensación casi sexual, exponenciada y poderosa. Tanto era así que, mientras sajava capa a capa la mente de la humana, no era consciente de que una de las balas le había abierto el hombro, sobrepasando su barrera: el goce extático de invadir una mente humana lo tenía absorto. Los matices, los recuerdos. Vio el hato de fibras que ataban la cordura de la mujer y lo rozó con una púa de su tentáculo mental, suavemente. El grito colmó su mente

por un instante. El suficiente para ver sobresalir de su pecho la hoja curva de una espada. Mientras esta se retorció, miró con curiosidad su propia sangre purpúrea y giró inquisitivamente la cabeza. La hoja se retiró.

«No, ahora no». Casi había llegado a las capas subconscientes ligadas con delicados y bellos nudos a esos impulsos primarios, sexuales e instintivos, los más satisfactorios de estas razas. La herida empezó a cerrarse cuando otra vez vio la hoja salir de su pecho, más a su izquierda. Los impulsos psíquicos de la mujer pulsaban por su lengua psiónica como oleadas de placer puro que lo estremecían. La espada desapareció y volvió a salir. Las heridas escocían, pero se cerraban rápidamente. De pronto vio algo en la mente de la mujer.

Probable impacto ±80%. Muerte 45%. Decapitación 50%.

La hoja cortó el aire, furiosa, como su dueño, y se adentró en la quitinosa carne del cuello. Un frío helor sacudió al desollador y sus lenguas se retrajeron. La mujer chilló una vez más, pero, por suerte para ella, las espinas no alcanzaron el hato de cordura y no quedó ni una sola escama en su mente, lo que garantizaba que no se transformaría en uno de ellos.

El desollador había caído al suelo con la hoja atascada en el cuello. Bastian enarboló un poderoso hechizo, uno de los más destructivos que conocía.

—¡Espera! —gritó la voz sin temple de Cly.

Estase acercaba despacio, afectada. Su mente era un extraño revoltijo; por un momento se apoyó en un gran contenedor de carga. Sacudió la cabeza y vomitó en el suelo. Un minuto después se recuperó centrándose. Subió sobre los dos contenedores en que se hallaban parapetados y sacó otra pistola de su funda de cadera, negra, modelo VR70 de Heckler Koch. Con un grito salvaje, plagado de furia, vació el cargador a plena potencia de carga energética, algo capaz de echar abajo un edificio pequeño. El escudo psíquico cedió con la última bala mientras Cly caía sobre sus rodillas tras saltar del contenedor casi destruido. Bastian gritó de ira, y lanzó el potente conjuro. Una a una, las hebras de la existencia del desollador se deshicieron, provocando su desaparición entre chillidos de agonía y dolor.

Bastian cayó junto a su compañera, desmayado y con una neblina dorada y vaporosa saliendo bajo el párpado derecho, luminiscente.

* * *

Quince minutos después el cuerpo de Bastian sintió una cálida energía que lo desentumeció de golpe. Por un momento se sintió flotar por encima de todo y unos arcanos conocimientos, interhilaciones del destino y el devenir de los acontecimientos se asomaron a su mente como ecuaciones extrañas. De pronto, un brusco tirón lo devolvió a su cuerpo. Abrió los ojos.

Cly estaba a su lado: su rostro, sucio de polvo y surcado por las lágrimas; sus ojos con el dolor infinito que produce saber que tu cordura ha pendido de un hilo, que la consciencia del yo, la personalidad, su esencia podía haber sido dolorosamente truncada, arrasada, extirpada. Se sentía violada. Habían entrado en su mente, se habían paseado por ella tocando cosas, impregnándolas de una asquerosa impronta, como el sabor deleznable de una lengua extraña en la suya, un miembro extraño, no deseado, y odiado, dentro de ti.

El Templario se incorporó. El dolor, la vulnerabilidad de su compañera le dolió en el alma. Por un momento algo distinto tomó el control. Un aura dorada cubrió su mano y puso la palma en la mejilla de ella. La mujer, renuente al principio sintió la energía. En cuanto la tocó cerró los ojos y suspiró. Y en ese suspiró exhaló entre sus labios como una voluta gris, todo el dolor, la sensación de suciedad y de miedo. Cuando volvió a abrir los párpados, su mirada era la de siempre, de nuevo, acerada y calculadora.

—Bastian —dijo la Templaria con voz cansada—. ¿Desde cuándo tienes los ojos bicolors? Eran verdes...

—Desde que tengo esto —explicó mirándose, fascinado, la mano brillante—. Fíjate, Cly, he controlado una veta de su energía...

Un ruido. Metal contra el suelo. Los dos se pusieron en guardia. Cly había recuperado sus dos pistolas y las había recargado. Bastian tenía su katana paralela al cuerpo, en una postura de defensa.

Por gestos convinieron en acercarse por distintos ángulos, convergiendo. Rodearon el lugar, hasta la gran caja tras la que habían escuchado el ruido. Allí, Nayala, de los Slyver, con las cuencas de los ojos vacías y carbonizadas, y un puñal exótico en el pecho, enterrado hasta la empuñadura, estaba sentada contra la pared, manchada de su propia sangre.

Al mirar en derredor, Cly atisbó una figura en la pared, cerca de las sombras del techo. Estaba adherida él, con los brazos y las piernas dispuestos desde los lados del tronco, como los de un lagarto; unos ojos blancos y sin pupila, la sonrisa plagada de colmillos. La Templaria, espoleada por la visión, abrió fuego casi a plena potencia, quemando su propia reserva de energía. La criatura fue alcanzada de lleno, y cayó de la pared. Cly apoyó una rodilla en el suelo, jadeando. Bastian se acercó, despacio, con el arma preparada. Cuando llegó, la criatura empezó a descomponerse entre un humo violáceo y espeso en el mismo suelo.

Cuando se disipó, ambos Templarios —Cly hizo un esfuerzo por llegar hasta donde estaba su compañero— vieron algo en el suelo. Era grande, de más de un palmo de ancho, de color madreperla y forma de hoja, con los bordes irregulares y dentados. Podía parecer una escama quitinosa, pero su poseedor debía de ser grande, bastante, de hecho. Bastian la tanteó con la espada. Nada. Se sentía demasiado agotado pese a su despertar, tan cálido y reparador, como para lanzar un hechizo.

—¿Te suena? —le preguntó a su compañera.

Esta, pálida y con los cortos cabellos pegados a la piel por el sudor, negó con la cabeza. Bastian se quitó el largo y maltratado abrigo y lo tiró sobre el objeto. La prenda no ardió, lo cual era un buen presagio, así que recogió el objeto envuelto en ella y ayudó a Cly a incorporarse. Decidieron que la comunidad Slyver podía muy bien malinterpretar lo sucedido, así que era más prudente salir en “retirada táctica” como alma que lleva el diablo.

Lo cual no fue nada fácil. Cly estaba extenuada y Bastian, una vez pasada la sensación que siguió a su vuelta a la consciencia, empezaba a darse cuenta de que tampoco estaba mucho mejor. Necesitaban encontrar un refugio seguro donde reponerse.

Él tenía un piso franco en la ciudad, cerca del casco antiguo, que no estaba a más de media hora (más tráfico), así que dirigió allí el vehículo.

* * *

Cly se había quedado dormida tras una ducha. Se encontraban en el apartamento que Bastian usaba como centro de operaciones para sus misiones en la ciudad. Era un apartamento bien situado, algo caro y ordenado con buen gusto, funcional y bonito. Bastian se encontraba en el salón, sobre una estera de bambú, vestido con ropa holgada, meditando en la posición del loto. Junto con el sueño profundo, la meditación era otra de las formas de recuperar la energía y consumía menos tiempo. Ante él estaba su katana espiritual, desenvainada, con el filo hacia arriba, sobre una percha de cerezo. Un gran ventanal dejaba ver la ciudad, que se sumergía en el atardecer brumoso y gris mientras, uno tras otro, diminutos ojos anaranjados empezaban a puntear la vista de la urbe conforme el alumbrado público se activaba.

Poco después el reloj de pulsera de la Templaria lanzaba pitidos, sobre la cómoda. Cly tanteó, sin alzar la cara de entre las almohadas. Tenía que irse de nuevo al cuartel general, Acre II, a

entregar el informe de actividad a Marisa. Se levantó. Llevaba una camiseta de hombre, de manga corta, y unos shorts. Se encontró a Bastian vestido para una gran ocasión, ajustándose el nudo de la corbata.

—Bonita vista. ¿Dónde vas, Casanova? —le preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Tengo que ver a alguien que puede tener información sobre el Alquimista.

—Ah. Ya. Muy buena debe de ser esa información, si tienes que ir de tiros largos —dijo, ácidamente—. Apuesto a que hombre no es, y que como poco vais a cenar a un sitio caro...

Bastian la miró de hito en hito.

—¿Celosa, Cly? —preguntó con una sonrisa afilada.

—Eso quisieras tú —dijo obligándolo a darse la vuelta y haciéndole bien el nudo rebelde.

—Porque podrías haberlo dicho antes —siguió Bastian.

—No tendría ni para empezar contigo, Casanova.

—No dirías eso si lo hubieras probado —Bastian dio un paso al frente, seductor, seguro.

Clytemnestra acabó el nudode la corbata. No era ninguna cobarde. Pasó una mano por su hombro, para acercar más su cabeza. Su aliento la sacudió de pronto, así como la mirada incitante de sus ojos grises. El Templario desenchajó los ojos, que se tornaron vidriosos. Abrió la boca en un quejido mudo. La garra de acero de su compañera estaba aferrando sin piedad sus atributos masculinos.

—Querido —dijo suavemente—, si hubiera tenido algún interés, que no es el caso, te lo habría hecho notar hace tiempo. Vete, no sea que llegues tarde... Casanova —y lo soltó bruscamente.

El Templario anduvo dos pasos hacia atrás, recuperando el aliento e inclinado hacia delante.

—No te preocupes, me habréidopara cuando la traigas al picade... apartamento. Que disfrutes esta noche —y se metió de nuevo en la habitación, y de allí al cuarto de baño.

Al poco escuchó cerrarse la puerta principal. Se desnudó, arrojó la ropa a la cesta de la sucia y se dio una segunda y más larga lucha reparadora.

Cuando acabó, tras ponerse una muda —tenía varias en ese apartamento—, salió y, una vez en el ascensor, con una sonrisa malvada lamentó haber sido tan descuidada como para haber dejado tirado el sujetador en la cesta, con tan mala puntería que una de las copas quedó colgando fuera de ella.

10. La cita

Llegaba tarde. Había invertido más de una hora en elegir modelito adecuado para su cita... esto... reunión de trabajo. O informativa... Finalmente se decantó por un traje gris de lana fina con escote discreto pero prometedor. Se maquilló suavemente y salió de su casa justo cuando el reloj marcaba las ocho. Había quedado en la puerta del restaurante a eso de las ocho y media, y tardaría no menos de cuarenta y cinco minutos en llegar. El coche arrancó con prisa, arrojando una lluvia de grava.

* * *

Entre las sombras del callejón, un grupo de ojos de brillo peligroso y depredador observaban las luces de la calle, los coches que pasaban por el oscuro asfalto que devolvía el reflejo de las farolas y los vehículos, así como del animado restaurante. En este había un flujo continuo de gente, entrando y saliendo.

«*Sacoss de carne*», pensó una de las entidades.

«*Sssí*», convino la otra.

«¡*Sssilencio! ¡Obsssservad y callad!*», murmuró tajantemente una tercera.

Había un humanodetenido en la puerta esperando; paseaba de un lado a otro de la roja alfombrilla, flanqueada por una valla blanca de madera, baja, que separaba un espacio ocupado con macizos de flores y pequeños frutales en grandes macetones de piedra iluminados por los pedazos de luz amarilla que salían del local.

Un vehículo grande, un todoterreno gris, avanzó rápidamente por la calle y se detuvo ante él. Uno de los aparcacoches del restaurante salió del local, mientras una mujer se bajaba del coche, y recogió las llaves, marchándose en él.

El hombre que esperaba se acercó a ella. Dijo unas palabras, que provocaron una reacción en la mujer, un aumento de la presión sanguínea y ritmo cardíaco; ella lo tomó brazo que le había ofrecido y entraron en el local. Antes de que la puerta se cerrara, ella dirigió una mirada al callejón, una mirada escrutadora cargada de significado.

Las presencias allí guarecidas saltaron de sombra en sombra, abandonaron el escondite descubierto y flanquearon el restaurante.

* * *

Andrea aceleró a fondo cuando llegó a la calle del local. Sintió rugir broncamente el motor y frenó justo en la entrada del restaurante. Allí estaba él, ante la puerta, como un caballero, en lugar de esperar en el cálido interior. Andrea se bajó y entregó sus llaves al aparcacoches, junto con un billete discretamente doblado. Ocho y cuarenta. No llegaba tan tarde. «Que esperen los hombres», le había dicho siempre su abuela, en la gran casona de campo, en aquella cocina repleta de olores.

Rodeó el vehículo. El inspector Gorlais lucía un magnífico atuendo, en el que imperaban los tostados y blancos —apuesta arriesgada frente al seguro y clásico negro. Cuando llegó a su altura este le sonrió abiertamente.

—Está usted espléndida, señora Saint-Luc —le halagó Bastian.

—Lo sé. Producto de horas de trabajo, créame, Inspector —le espetó. No podía creer lo que acababa de decir. Internamente no sabía si aplaudirse o patearse. ¿Qué pensaría ahora de ella? Mientras él adelantaba un brazo, ofreciéndole pasar, ella dirigió una mirada aguda al callejón que tenían delante. En la oscuridad algo acechaba. De pronto la sensación se esfumó.

Reclamaron su mesa, al final del salón, junto a la ventana cubierta con una cortinilla discreta, y se sentaron en los cómodos sillones de madera labrada y acolchado suave pero firme.

Los ojos bicolores de él recorrieron el local en un instante, haciendo una valoración. Realmente era un veterano, pensó ella: reparó en los detalles, se fijó en la gente, las salidas, el bar en apenas unos segundos. ¿Llevaría las esposas...? En cuanto el pensamiento afloró en su mente, fue brutalmente reprimido. No podía creer que estuviera pensando en esas cosas..., definitivamente no era ella misma —ya lo creo que sí, susurró una vocecilla malvada dentro de algún recoveco olvidado, en el apartado M de Mujer, polvoriento y casi anecdótico de su mente.

Bastian retiró el asiento caballerosamente cuando ambos se sentaron y cruzaron momentáneamente sus miradas. A Andrea se le aceleró el corazón cuando los ojos de él la recorrieron. Sintió el palpitar allí, debajo de la cicatriz, que ahora se le antojaba como un peso extraño. Por suerte la había podido hacer desaparecer con un esfuerzo de voluntad, pues el carácter de la marca lo permitía. Por fortuna, ¡qué desastre para un escote como el suyo, si no! Durante una hora todo quedó aparcado. La magia, los orcos, la espada, la venganza, las amenazas preternaturales y los demonios sedientos de fe y almas. Durante esa hora solo había en aquella mesa dos personas, un hombre y una mujer que charlaban animadamente. El inspector Gorlais fue sustituido por Sebastian; la señora Saint-Luc, por Andrea. Fluctuaron de un tema a otro, habiendo empezado por la excusa que los había reunido, despachada antes de que se sirviera el vino. El delicioso borgoña regó una cena compuesta por una gran y jugosa ensalada de hortalizas y fruta fresca laminada, seguida de un plato de pavo marinado con salsa de setas de los Alpes y, en el caso de Bastian, dos medallones de faisán en salsa de finas hierbas y frambuesas. Fue rematada por dos copas, una de calvados y otra de un amaderado coñac, tras los dos postres: una *moussede* yogur con moras y níspero fresco, y un aromático *strudel* que desprendía el olor de la canela molida, la vainilla y la manzana caliente.

Siguieron charlando durante media hora más, durante la cual Andrea contempló desde una perspectiva casi ajena de sí cómo aquella mirada de esmeralda y roble la desarmaba y, poco a poco, su helada coraza, su volcánica resolución se sumergía en otro mundo, en una espiral bicolor absorbente.

Él sonreía. Miraba sus labios, sus hombros, y se hundía en sus ojos oscuros, respiraba cada vez que ella sonreía. Sus manos estaban sobre la mesa, en la copa de coñac, calentándolo, la otra apoyada sobre el mantel. De pronto su dedo índice, mientras el camarero retiraba los platos de los postres, tocó los dedos largos, finos y rosados de ella. Por un momento una poderosa emoción asomó en la mirada de ambos. Un alocado golpeteo en el pecho de los dos. Andrea, aturrida, se levantó y aún con una sonrisa boba, encantada en los labios, se excusó.

«*El vino me tiene que haber afectado más de lo normal*», pensó. Abrió la pesada puerta del cuarto de baño de señoras y entró. Sintió un súbito frescor. La ventana de cristales translúcidos estaba abierta. La estancia era profunda, con cuatro reservados de paneles verde abeto, en madera labrada; lavamanos blancos en una encimera de mármol rosado y un gran espejo flanqueado por dos espejos redondos de aumento montados sobre brazos extensores. Junto a la puerta había una butaca de tres plazas de estilo inglés. Respiró hondamente. Dos grandes jarrones con flores frescas esparcían los olores del espliego, la rosa y la lavanda, enmascarando el olor químico de las pastillas del inodoro.

Se lavó las manos y se refrescó ligeramente la nuca. Cuando alzó la cara vio venir lapuñalada en las costillas, cruel y artera. Algo en su interior rompió el encanto de la cena, un pensamiento que olía a azufre, un recuerdo de dolor.

Reaccionó más rápido que el pensamiento. Su mano se desplazó mientras movía el cuerpo, evitando el mordisco de la daga enjoyada. La mano voló, atrapó la nuca del atacante y estrelló la cabeza contra el mármol con un ruido seco, un chasquido. Se iba a abrir la puerta. Andrea

mandó un golpe de energía a impedirlo, atascándola. Retorció el brazo de su embozado atacante. Este se movió, y a resultas de ello se dislocó el hombro. No pareció importante, pues siguió forcejeando. Andrea no tenía tiempo: su mano libre golpeó con fuerza demoníaca y partió las negras vértebras del esqueleto del asesino Ashgaelon. La piel rojiza surcada de venas azules empalideció al momento y la criatura abrió los ojos, sorprendida. Con un sencillo movimiento vaporizó a su atacante, cosa que le consumió una valiosa parte de energía.

Mientras tanto, Bastian miraba por el ventanal a través de las discretas cortinillas. La calle oscura tras los potentes focos halógenos de la fachada. El edificio de enfrente, un bloque antiguo, restaurado y limpio, con una bella fachada modernista, estaba totalmente oscuro. Anteriormente había sido un edificio de cuatro viviendas y un ático, a domicilio por planta, en la práctica destinados a la poderosa alta burguesía, rica y millonaria, astronómicamente alejada de los hacinados obreros del extrarradio. Hoy, aquellos pisos habían sido reciclados y compartimentados en oficinas de alto nivel, próximas al corazón financiero de la ciudad pero lo suficientemente lejos como para no estar inmersas en el bullicio diario de las calles más céntricas.

De pronto le pareció ver algo. Una figura blanca, en la azotea del edificio. No podía ser... Aclaró su mente e hizo que los vapores alcohólicos desaparecieran con un sencillo conjuro, más un esfuerzo de voluntad que un encantamiento. Volvió a mirar. Sí, allí estaba. Su ojo verde brilló un momento y su vista se enfocó de pronto. Allí estaba ella, mirándole a los ojos directamente. ¿Por qué? Bastian y ella, la Grigori, Amanda, habían roto su relación hacía más de medio año. ¿Por qué les perseguía? ¿Celos? Se suponía que los Grigori se cubrían de una capa de insensibilidad cuando Observaban, que eran objetivos y no usaban su poder —que no era poco—, cuando no estaban de guardia.

Bastian no solo la había detectado —lo cual no sucedía si ellos no querían—, sino que además había descubierto que le estaba vigilando. Si había roto los preceptos de su organización, si acaso eso era posible, le esperaba un serio problema. Arriba, en la azotea barrida por el viento, una sonrisa irónica curvó los labios de la *Grigori*, adivinando los pensamientos del Templario.

Un fuerte portazo atrajo la atención de Bastian. En el cuarto de baño de señoras. No quiso enturbiar la tranquilidad de la cena usando más magia, así que se limitó a pedir y abonar la cuenta. El Templario tuvo una sensación de alarma súbita, y cuando fue a levantarse, en el exterior, una motocicleta pasó frente a la fachada modernista, a escape libre, impulsada a una velocidad estúpidamente vertiginosa. El conductor no pudo frenar a tiempo y colisionó contra el camión de basura que sobresalía por el callejón, dando marcha atrás, con sus pitidos de advertencia.

Caos, gritos, llamadas a la policía y a emergencias. Un cliente que decía ser médico, o más bien lo gritaba, se precipitó a la puerta y corrió calle abajo los quince metros que lo separaban del accidente. En ese momento de confusión, sus sentidos se alteraron totalmente, así que “desconectó” su percepción sobrenatural que su poder le proporcionaba. Por un momento se sintió desnudo, indefenso, pero la Realidad volvió a acogerlo, como al principio de la noche, cálidamente.

Andrea había llegado hasta su lado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó. Volvía algo ruborizada, con aspecto de estar cansada. Bastian pensó que seguramente se debería al vino.

Así, sin esperar respuesta, sugirió:—¿Nos vamos? —sugirió Andrea. Hizo ademán de volverse hacia el camarero para pedir la cuenta.

—Deja, ya he pagado yo —informó Bastian.

—¿Cómo? No deberías haber...

Él se llevó un dedo a los labios.

—Invita la Interpol. Vayámonos antes de que lleguen las ambulancias.

—¿Tan grave ha sido? —preguntó mirando por la ventana.

—Horrible. Un motorista quería jugar a parecer un cromó y se estampó contra el camión de la basura.

—Qué torta —comentó Andrea, ya en la puerta, mientras dejaba que Bastian le ayudara con el abrigo.

Al salir, el aparcacoches les esperaba con las llaves de ambos vehículos, aparcado al otro lado de la calle, pues la aglomeración de gente, sanitarios, basura y sirenas casi imposibilitaba salir por aquel lado de la vía. El Templario acompañó a Andrea hasta la puerta de su todo terreno. Allí, Andrea se volvió, mordiéndose el labio inferior, al sentir de nuevo una cálida sensación en la mirada bicolor de él. Puso su mano en la mejilla del hombre, acariciando la suave aspereza de su barba incipiente, sus latidos. Acercó su arrebolado rostro y lo besó suave, tiernamente, en los labios.

—Otro día ven a recogerme, y puede que esto acabe de otra manera —le dijo, apenas a dos centímetros de sus labios, sintiéndolos como un vórtice: atrayentes y seductores, pero peligrosos. Sus ojos bicolors parpadearon, tratando de traer su consciencia superior al presente, rescatándola del mar de hormonas. Lo único que consiguió fue la sonrisa boba, que se compuso en otra más franca, segundos después.

—Vale —repuso en el culmen de su lucidez—. Digo... como quieras, sí, claro, nos llamamos... ¿la semana que viene?

—Miraré la agenda. Yo te llamaré.

Se metió en el coche, reculando, y arrancó el motor. El vehículo se movió, casi contra la voluntad de los dos.

Andrea condujo entre la ensoñación y una etérea realidad dibujada en su sonrisa, en la que aún palpitaba la sensación de los labios de él. Llegó hasta su casa, entró y se descalzó, esperando que el suelo, la madera fresca, bajara su temperatura, sus pulsaciones y sus alocadas hormonas. Despacio, caminó por la casa vacía. A su paso se encendían velas y velones distribuidos por doquier, iluminando suavemente el lugar. Se desvistió y, desnuda, andurreó cantando entre dientes. Ya en el cuarto de baño, se lavó los dientes. Al salir, en una silla de su habitación vio algo brillar en el interior de su bolso. Se acercó. Era la daga enjorada del Ashgaelon. Alargó la mano hasta la percha y se puso un batín de seda, fresco al tacto. Sus pezones se endurecieron al contacto con el frío tejido. Pese a que no quería, apartó la sensación de su torrente principal de pensamientos y se centró en el arma. Sus pasos descalzos resonaron por el suelo y franqueó la entrada de su despacho privado, el que usaba para los asuntos demoníacos.

Vio uno de los círculos-nexo encendido. En él dormitaba su lacayo, visiblemente agotado. Fue hasta su escritorio y allí, en un pentáculo inscrito en un círculo y rodeado de pequeñas piedras y otros objetos, depositó el arma. Esta refulgió tenuemente y la mujer entrecerró los ojos. Tendría que descifrar aquello. Mañana; ahora mismo, lo último que deseaba perder era el recuerdo y las sensaciones de aquella cena...

—Ama —llamó la voz de Mûrk.

Andrea se sintió cansada. Infinitamente agotada: por el día, por su venganza, su tragedia, el trabajo y los malditos demonios, el perpetuo estado de alerta. Quedaba poco para la consumación final de su venganza; pero ciertamente todo ello podía esperar. Al menos unas cuantas horas de sueño.

—Mañana —murmuró tajantemente.

—Pero Ama, eran...

—He dicho mañana, Mûrk.

—Yo... creo que no...

—¿Te lo tengo que repetir, lacayo? —bramó. Su ojo derecho refulgió con el iris de rubí. Su bata ondeaba bajo un viento de poder. Su brazo derecho ennegrecía a ojos vista y adoptaba formas angulosas y punzantes bajo la prenda.

Mûrk nunca había visto a su ama esgrimir todo ese poder por una minucia. Antes, consumida por la pena y viva por pura testarudez y ansias de venganza era más... dócil, más maleable. Aquello le había permitido trazar sus propios planes, planes ahora amenazados por aquella mujer fuerte y resuelta. ¿Qué había producido aquel cambio tan sustancial, tan... peligroso? Siseó levemente. Ahora ella se erguía como un puntal de poder, dura y poderosa.

—Obedezco —dijo, inclinándose, humillado.

El poder menguó ostensiblemente.

—La última vez que me contrarías, Mûrk —dijo con un tono que habría quebrado las piedras del Infierno.

Cuando Andrea Saint-Luc atravesó el umbral, dejando atrás las defensas del despacho y cerrando de un terminante portazo, volvía a ser ella misma, la agotada Andrea. Caminó arrastrando los pies hasta su habitación. Dejó que la bata cayera en una ola de seda hasta sus pies, y se tumbó en la cama, cansada. Dos lagrimones emergieron. Lo sintió latir. La pena planeaba sobre ella, en los morbosos círculos de los buitres de la tristeza. Pero entre la oscuridad divisó un rayo de luz. Una imagen leve, pero capaz de iluminar toda la habitación y su mente. Ella acercando sus labios rosados a los de Sebastian, tocándolos y besándolo con la presión de un soplo de primavera sobre una flor solitaria. Y volvió a sentir calor en su cuerpo, su cama, su casa y su existencia.

En el techo, un fragmento de la pintura blanca que tapaba el tragaluz se había desprendido, y una mancha irregular de rayos blancos, la luna creciente, iluminaba y acariciaba la piel de una Andrea Sanit-Luc que dormía mejor de lo que había hecho desde había cinco años, agotada, feliz.

* * *

Unos cálidos rayos de sol tocaron el cuerpo de la mujer, entibiando sus pies primero, sus piernas y su desnuda espalda. Ella, en un plácido duermevela, reptó por la cama buscando el ángulo en el que más luz recibiera. Quince minutos después abrió un ojo. La luz inundaba quietamente, casi suspendida en un hálito, la estancia. Un parche azul parecía prendido del techo. Suspiró.

Jueves. Mucho por hacer. Por suerte podría demorar una hora, quizás dos, su entrada en la oficina. Ya se había encargado el día anterior de darse ese margen. Saltó de la cama, fue a la cocina, conectó el hervidor de agua y se dio una ducha relajante. Al salir con el pelo mojado y una toalla alrededor del cálido cuerpo, fue a servirse un té. Puso el televisor, cosa que no hacía desde por lo menos tres meses, y vio una noticia que parecía ser el tema central. Con el té en una gran taza se sentó en el mullido sofá y prestó atención.

El aparato reproducía imágenes de un edificio ardiendo. No se sabía porqué las llamas no se habían extinguido hasta el amanecer, con la primera luz. Los bomberos —explicaba una presentadora con el pelo lacado hasta parecer un casquete de adorno o una peluca barata— estaban desconcertados. Ignoraban qué producto químico podía haber allí almacenado, que impedía apagar el fuego; el agua fue inútil, así como el CO₂ y otros agentes químicos, incapaces de acabar con las llamas. Presumiblemente —imágenes de bomberos con aspecto impotente viendo arder el edificio— el agente químico se había agotado al amanecer, ya que fue entonces cuando el fuego pudo ser dominado.

«El hecho de que solo ardiera una planta, y la estructura no quedara dañada aún desconcierta a

las autoridades, que por ahora rehúsan hacer cualquier declaración.»

«¡Qué cosas!» murmuró para sí Andrea. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el edificio era el edificio, y que la planta que había ardido era la planta, el lugar donde se había alojado el Alquimista. El Alquimista...

—¡MÛRK! —tronó su voz, vibrando de furia.

Mientras el lacayo se materializaba, pensó en que no había recibido llamada alguna como propietaria. Miró el contestador: trece mensajes. Su móvil estaba apagado desde antes de la cena. Entonces sonó el telefonofijo. Por decimocuarta vez.

11. Informaciones

El teléfono, con un tono incordiante, obligó al Templario a casi querer arrojar el aparato por la ventana. La habitación estaba en silencio, salvo por los pitidos de los monitores.

Después de que Andrea hubiera arrancado, dejándole con el fantasma de un beso en los labios y dos palmos en las narices, y tras haberse quedado dos minutos mirando el sillar del bloque de enfrente, hasta que las sirenas de las ambulancias lo sacaron de sus ensoñaciones, volvió a su vehículo. Conforme entraba, su móvil sonó. Lo había dejado allí, para no ser interrumpido. Descolgó mientras arrancaba. Iba pasando por una serie de calles hasta llegar a una que daba al río que discurría como una cinta negra y pesada, punteado por las farolas de la ciudad.

—Gorlais.

—Soy Marisa —escuchó al otro lado del teléfono.

—Dime, ¿qué se te ofrece tan tarde?

—¿Recuerdas dónde se han ido Kurt y León?

—Sí, al piso del Alquimista, si no me equivoco.

—Les estaban esperando.

—¿Qué?

—Una emboscada; cuatro engendros de clase cinco. Puede que uno de clase cuatro.

—Artillería... —murmuró Bastian.

—León identificó un Agalor.

Silbido.

—Eso es muy duro.

—León lo es más. Pero al final de la operación, con tres contactos eliminados, apareció otro. Se había escudado, y lanzó una maldición sobre Kurt. una Lengua de Carne.

—¡Joder! Aun así se llevaría una sorpresa con Kurt. ¿Le hizo mucho daño...?

—No, por fortuna. Kurt conocía el conjuro y aún le quedaban fuerzas para resistirse.

Risa seca.

—Eso no fue lo que lo ha mandado al hospital.

—¡¿Qué?!

—Al último no pudieron cazarlo. León solo lo vio de refilón, pero cree que es un orco. El muy asqueroso lanzó un Plasma Rojo. Los talismanes reventaron. León pudo escudarse de puro milagro. A Kurt le dio de lleno. Su resistencia le permitió ignorar la mitad del conjuro, pero tiene quemaduras graves por todo el cuerpo... ¿Bastian?

Silencio. Diez segundos después el Templario contestaba.

—Sí. Todo ocurrió en el piso del Alquimista, ¿no?

—Sí. Oye, Clytemnestra me ha dicho que esta noche tú ibas a...

—Cenar con la dueña del bloque. No, no la encontré sospechosa. No la perdí de vista. No estoy seguro de si es una mundana total, a veces creo que tiene cierta... sensibilidad, pero no puedo detectar mucho más.

»Oye, el tráfico esta fatal, ¿en qué sede está Kurt?

—Bastian, cálmate. Está en la Casa Azul, distrito norte.

—Dime que se cargaron al orco.

—Escapó. León te contará los detalles. También lo están atendiendo allí.

—Entiendo. ¿Qué dicen los Grigori?

—Nada, como siempre.

—Esta noche me pareció ver a Amanda...

—Ahora no, Templario.

La súbita admonición le hizo erguir la espalda. Algo no iba bien.

—Sí, señora. Gorlais, fuera —cerró la tapa del móvil y aparcó al lado del río. Tenía que ordenar sus pensamientos. Salió del coche y se apoyó en él mientras clavaba su mirada en las aguas oscuras. La brisa húmeda enfrió su rostro y su ánimo. Bastian meditaba lúgubrementemente. Muchas señales para una sola noche. Marcó el número de Andrea, pero antes de pulsar el botón de llamada cerró el móvil. Técnicamente debería avisarla, pero el beso, ese acto cuasi casto, justo antes de la llamada, aún hormigueaba en sus labios... Luego el gualdrapo blanco de la azotea y el rostro sardónico de la Grigori. ¿Por qué se había dejado ver? ¿Estaba relacionada con el ataque? ¿O con Andrea? ¿Labor profesional o sentimental? Odiaba estar tan confuso. «Lo único que quiero es una hila de cabezas de orcos y un hacha bien afilada», dijo el enano en el Abismo de Helm. Las palabras aparecieron en su mente y no pudo menos que sonreír de lado. Pero, ¿y el ataque? Un orco no debería ser capaz de activar un Plasma Rojo, excedía su capacidad y sus conocimientos, lo que sugería que alguien se lo había preparado o lanzado por él... Incoherencias. Como la de un Slyver trabajando con un Desuellamientos. Demasiadas cosas raras para tan poco tiempo. Y por su experiencia, Bastian sabía que algo más gordo se estaba cocinando. Lo peor del Plasma Rojo era que borraba mediante una explosión mística y física toda traza de encantamientos, actividad espiritual y banal, así como cualquier impronta psíquica residual. ¡Maldito orco! Sin embargo, Andrea, la dulce y segura Andrea, descarada pero adorable, interesante, culta, no parecía el tipo de persona interesada lo más mínimamente en cualquier cosa relacionada con lo sobrenatural. ¡Por todos los dioses, si se dedicaba a la cerámica! Industrial, nada menos. Lo había comprobado. Levantó la empresa tras un periodo de declive —los informes no mencionaban por qué declinó, tras su auge seis años atrás—; trabajaba como una esclava, apenas tenía vida social ni hombres en su vida. «Hasta ahora», se sorprendió pensando Bastian. Una ráfaga heladadespejó su corriente caótica de pensamientos. ¿Quién gastaría tantos recursos en contratar —o arriesgarse a esclavizar y perder— un grupo así para cercar la casa del Alquimista y convertirla en una trampa mortal? Una vez más, necesitaba respuestas. Pero primero iría a ver a Kurt. La Casa Azul de la Orden del Hospital quedaba cerca.

* * *

La Casa Azul era una antigua residencia señorial cuya fachada había resistido los cañones napoleónicos, nazis y soviéticos; se erguía cerca del centro de la ciudad, y era un emblema de una arquitectura desconocida, pero con reminiscencias de los Modernismos de Gaudí, si ello era posible. Estaba construida entera en piedra de color cobalto, y una maraña de enredaderas trepaba por la fachada, como las patillas de un prusiano, dándole toques de color, verde y rojo, de la hiedra común y la venenosa. La Orden del Hospital lo ocupó como una de sus principales sedes en la ciudad y en Europa. Su emplazamiento, decían, era único; su capacidad, extraordinaria. Bastian lo había visitado pocas veces, pero siempre le sorprendía. Tras la entrada azul, la fachada con múltiples ojos amarillos, ventanas con luces encendidas, a cualquier hora y las vidrieras multicolores, estaba la recepción. Esta era una entrada amplia y acogedora, iluminada por grandes lámparas de araña que arrojaban una luz dorada y etérea. Las paredes estaban forradas de madera y el suelo cubierto por una espesa alfombra rojiza. Numerosas butacas en torno a mesas bajas, muebles antiguos y escritorios con útiles para escribir y folios. Una pequeña estantería con libros y música suave. Más parecía un club inglés que una Casa de Curación. Bastian se acercó al mostrador de recepción. La Hospitalaria que allí se afanaba vestía un traje

chaqueta negro con una banda en el brazo con la cruz blanca del Hospital. El Templario sacó de debajo de su camisa su emblema, la Cruz Templaria roja, en un colgante discreto. No conocía a la muchacha, pero era joven y diligente, al parecer.

—Buenas tardes, hermana Hospitalaria—saludó formalmente.

Ella levantó la vista y sonrió.

Cinco minutos después estaba ante el panel esmeralda de la habitación de Kurt. Este se encontraba postrado en cama, sin respiradores ya, pero con numerosos y aparatosos vendajes por todo el cuerpo. Bastian apenas cruzó palabra alguna con los Hospitalarios que pululaban por los pasillos, que tanto distaban en apariencia de los hospitales mundanos. Aquí todo estaba forrado en madera, había numerosos apliques de pared y cuadros con bellas escenas. Las enfermeras y médicos, así como las sanadoras Hospitalarias tenían un código de vestimenta: las primeras iban de verde claro con el delantal y pañuelo en la cabeza azul añil; los segundos, con un traje de dos piezas de corte oriental con botones en diagonal sobre el hombro, túnica alargada y puños vueltos, blancos o negros, en contraste con el traje correspondiente. Por último, los sanadores llevaban una sobreveste larga carmesí con detalles en negro, y un escudete de metal ligero en el hombro derecho, así como su bolsa de remedios de piel colgada al hombro.

—¿Cómo está ahora? —preguntó el Templario con la cólera fría enroscándose como una serpiente de hielo en su pecho y tras su mirada bicolor.

La sanadora, que lo había visto llegar y lo conocía, le respondió a todas las preguntas sobre su estado. Estable. Sí, se recuperaría. No, no tendrá secuelas por ser él, precisamente. Claro, me explico: su capacidad, su resistencia a la magia eliminará todo trazo de la maldición revocadora que el Plasma Rojo lleva intrínsecamente ligada. Por desgracia cada vez que se le cura hay que retirarle la sedación. Ya sé que lo hace más doloroso, pero si no está consciente, no puede bajar sus defensas naturales para que nuestra sanación mágica tenga efecto. Es un trabajo del paciente y nuestro. Sí, tenemos la impronta de quien lanzó el hechizo; lo han analizado y pertenece a un demonio de nivel intermedio que fue eliminado por una fuerza masiva hace unos meses. De nada. ¿Café?

* * *

La cafetería era un sitio tranquilo, con olores a bollería artesana, pan recién hecho y café fragante. Bastian y Cly se habían sentado en sendos sofás, cómodos y mullidos. Llevaban grandes tazas de café en las manos. Bastian se había encontrado con su compañera en uno de los pasillos, apoyada en la pared con gesto enfadado y duro y con los brazos cruzados. Ambos fueron hasta la cafetería, donde confluyeron con Marisa, la Trono Templaria, jefa de operaciones de la Unidad Siete, y por lo tanto la responsable directa de estos Templarios. Le seguía un León de Aranda, magullado con varias quemaduras y uno de sus gruesos brazos vendados. Lo que peor llevaba era lo del medio bigote quemado.

Juntos hablaron de la situación y de la operación.

—Lo que es seguro —dijo Marisa— es que la situación cambia ahora a Alerta Tres. Hemos traspasado el umbral de la sospecha hasta el de la certeza. Quien sea que contrató al Alquimista —no hay otra, lo que había en ese piso, según los informes, responde a un uso muy particular de ese saber, y los Alquimistas, además, no gustan de esta dimensión—, quiere borrar las huellas para seguir con su plan, como demuestra el hecho de que hayáis obtenido el objeto del encuentro con los Slyver y que durante vuestra confrontación, uno de los infernales lo matara para que no hablara. Además, quien esté detrás de esto cuenta con una ayuda poderosa: un orco capaz de esgrimir una Lengua de Carne y un Plasma Rojo, desolladores, lanzadores...

»Pinta mal, caballeros, muy mal. Debemos reaccionar. Hay que encontrar el punto de origen y parece que vamos por buen camino.

—Un camino a ciegas, por corazonadas, que solo produce ataques y heridos. Previsibilidad —apuntó una voz dura y fría, suficiente incluso, con un cierto acento.

—Rembrandt —saludó Marisa con un gesto de aquiescencia, sin mirar al Templario recién llegado, que se encontraba a su espalda.

Ante ellos estaba un hombre ancho de hombros, de metro ochenta y cinco, cabellos oscuros y perilla perfectamente cuadrada recortada. Llevaba un abrigo largo y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Bastian apretó los dedos sobre los brazos del sofá, pero rápidamente los aflojó. León lo miró con dureza. Cly con cálculo. Nadie más le saludó.

—¿Tienes alguna idea mejor, Templario? —inquirió Bastian, midiendo la voz en un alarde de frío autocontrol.

—Sí, la tengo. Me ha dado tiempo a hojear el cuaderno encontrado por el Sargento De Aranda en la guarida del Alquimista, y he trazado un plan. Factible —apostilló, viendo brillar violentamente los ojos bicolors de Bastian, extrañado momentáneamente por ese detalle.

—Adelante, explíquelo, Templario —le invitó Marisa.

—El diario encontrado no versa sobre la pista seguida anteriormente por mis hermanos; es decir, si se dirige hacia la alquimia oriental. La Esfera de Xue y la escama de Tian Long, son artículos que participan en varios y poderosos rituales. La investigación hasta ahora se ha dedicado a seguir la pista de los artículos. Conjuntamente con un hermano Lazareno bastante entendido en estos asuntos, hemos concretado tres posibles objetivos, uno de los cuales, por su extrema dificultad y requisitos, queda descartado. Me estoy refiriendo a...

—Un momento, Templario —cortó León de Aranda. Su voz raspada y pesada detuvo de inmediato la suficiente exposición de Rembrandt—. No creo que este sea el mejor lugar para trazar estrategias. Baste con saber que habéis revisado nuestra actuación dirigida por el mismo Senescal y la habéis encontrado insuficiente o poco acertada y que vuestros planes son mejores... —sentenció, dolido.

—Yo no pretendía decir...

—Pero es lo que aparenta —apostilló Bastian—. Pero si ayuda a atrapar al bastardo que le ha hecho eso a Kurt, me apunto, siempre que nuestra Jefa de Operaciones lo rubrique, claro.

La aludida se limitó a asentir.

* * *

Se habían trasladado a una sala de reuniones cedida por los miembros del Hospital. El silencio se había asentado como una losa. Rembrandt había tomado asiento y tenía una taza entre las manos. De no ser por su entrada agresiva, advertirían los cercos oscuros bajo sus ojos y un cierto cansancio en su postura. Los Templarios, sentados en torno a aquella mesa de madera lacada tenían el gesto serio, concentrado. Rembrandt había establecido una presidencia francesa y había situado su asiento en medio de la mesa, con los demás alineados frente a él. Casi parecía la defensa de un proyecto de licitación.

—Lo que antes me llevó a dirigir unas duras y parcialmente desacertadas críticas *almodus operandi* de esta operación —comenzó. «¡Retrátate, rata!» pensó Bastian—, aún se puede encauzar. Me explico. Maese Duncan, el Senescal, siguió el protocolo en una situación, pero la actual, con dos Templarios heridos y uno de ellos muy grave, unido a lo que he averiguado de los *sifutaoístas*, me ha llevado a unas precipitadas palabras, en mi ímpetu por mostrar a mis hermanos Templarios el camino, el rumbo de acción subsiguiente a la situación que nos compete.

—Brillante exposición, retírese, tiene un tres —murmuró demasiado alto, Bastian.

—¡Templario! ¡Disciplina! —bramó Marisa, harta de machadas.

—Yo le doy un cuatro —murmuró Cly.

Marisa la miró con los ojos chispeando de furia; parecía a punto de ordenar una ejecución sumaria.

—Un cinco —dijo la voz grave de León—. Perdónanos, Marisa, estamos todos cansados y cuando nos vienen y nos llaman imbéciles en plena cara, a nosotros y al Senescal, después de lo ocurrido...

Antes de que la jefa de operaciones abriera la boca para mandar a su subordinado directo al potro de tortura, la voz de barítono de Rembrandt volvió a oírse.

—La culpa es mía, por mis modales y mi excesivo celo, que me ha llevado a criticar al Senescal y a mis compañeros sin tener todos los datos; acepto la responsabilidad.

»Como decía, antes de que el tribunal me pusiera nota a la introducción —señaló con un brillo malicioso en la mirada—, los maestros, los *sifutaoístas* escucharon mis palabras y no sin reticencia; son celosos de sus arte y de la Alquimia en particular. Pero finalmente consintieron en hablar conmigo.

»A partir de los movimientos sectarios actuales no se puede interrogar mucho, pero cuando mencioné la Esfera de Xue se pusieron como locos. Se volvieron majaras, murmurando plegarias. Pero con un poco de persuasión pudimos entendernos.

»Al parecer la Esfera es un tipo de catalizador mórfico o algo así. Algo que, con una correcta combinación de instrumentos e ingredientes, puede ser imbuido de una sustancia preternatural para que tome forma en ella. El problema es que es muy inestable y por ello necesita una serie de estabilizadores. Les seguí presionando. Vamos, no se habrían puesto así de nerviosos por un simple catalizador. Y me hablaron de alguien ligado a la esencia de la Esfera. Cuentan que el primero en investigar sus propiedades fue un chino al servicio de una dinastía de emperadores muy breve. Lo llamaban Lao Nong Tse, y al parecer fue un gran erudito. Investigó la teoría de la Esfera y, con el tiempo, y el patrocinio de un emperador muy supersticioso, se hizo con una de ellas. Parece existir un número determinado de estos artefactos; y no fue el único que la buscaba. Un alquimista japonés llamado Himura Kano también la buscaba, y se enfrentó a Lao Nong Tse. Dicen que la batalla mágico-alquímica fue brutal, y que mediante la Esfera, el japonés forjó un artefacto de gran poder.

—Un momento, un momento ¿Ya está? —preguntó Cly—. ¿En un momento se enfrentan y luego el japo hace un artefacto?

Rembrandt la miró largamente, acariciándose la perilla oscura.

—Templaria, Himura era un seguidor de una oscura secta dedicada a Emma-O, el dios de la muerte de la mitología japonesa. Es normal que Lao Nong Tse no sobreviviera. Aunque cuentan los taoístas que incluso invocó un dragón. La cuestión es que eso me han dicho. Si quieres ir a sacar más información, por favor, no te prives, ve y luego nos iluminas.

»Como iba diciendo, Himura creó un amuleto. Según los *Anales de la Actividad Demoníaca en Tierras Humanas* de Alerius Klivenport, una gran fuerza de demonios menores y orcos llegaron a formar ejércitos mixtos, que los japoneses llamaron *bakemono*. Así, deducimos que ese artefacto, cuyo componente principal era la Esfera, puede ser un foco y parte de un tipo de portal libre.

—Mucho sentido no tiene —murmuró Bastian—. Cualquiera puede hacerlo con un círculo de invocación, hoy en día.

—Cierto, Templario —convino Rembrandt—. Pero el poder de ese artefacto permite hacerlo más, mejor y en mayor cantidad. Aunque no supieron decirme nada más. Salvo el nombre. El Ojo de...

—Emma-O —acabó la frase León. Entre sus manos, abierto, tenía el diario del Alquimista,

sacado de su casa durante el final de la refriega—. Tiene forma de icosaedro repleto dekanji. Está hecho en bronce dorado, y lleva tiempo prepararlo. Pero no solo eso: además, solamente un ojo puede eliminar a otro. Es el requisito imprescindible.

Así como los ojos de la misma cara no pueden mirarse de frente, los de Emma-O se pulverizan al enfrentarlos.

Mas debe invertirse el flujo: lo que uno es Yin, el otro es Yang, creando dos corrientes que se complementan, pero que enfrentadas en invocación, se destruyen.

»Lo he traducido a grandes rasgos —se disculpó, mirando por encima de sus gafas de montura redonda y metálica.

—¿Sabes japonés? —preguntó Cly.

—Sí. Bueno, una de mis aficiones es aprender idiomas y...

—Sabes japonés, muy bien —cortó Rembrandt—. O sea, que según eso, un ojo destruye a otro. Y ellos ya lo están montando...

—¿De dónde has sacado esa información? ¿O es solo una conjetura? —inquirió, fríamente, Marisa.

—Deducción lógica. Si el Alquimista muerto tenía ese libro de notas en japonés y se han movido informes sobre mercancías exóticas, ello me hace llegar a la conclusión de que lo que pretenden es crear ese artefacto para formar un ejército o usarlo como amenaza contra grupúsculos o bien contra organizaciones como la nuestra.

»Vamos, en definitiva, que lo que tenemos que hacer es crear nuestra propia versión con las indicaciones ahí expuestas —señaló con un dedo enguantado en negro el diario que León sostenía—, para poder contrarrestar lo que ellos hagan.

—¿Y no sería más fácil que se lo encargáramos a los taoístas? A fin de cuentas ellos manejan todo este asunto —propuso Cly.

—Quizás no quieran colaborar, ya que —vio cómo Bastian sacaba el móvil y hablaba por él, con una total falta de protocolo— se pusieron como motos con lo de la Esfera... —añadió en voz baja.

—Debemos averiguar la polaridad o energía, o lo que sea, que ellos van a utilizar —sentenció Marisa, considerando el asunto.

—Cierto. Lo único que podemos hacer es dejarles mover ficha, y entonces, en función de lo que vayan a solicitar y adquirir, desarrollar nuestro prototipo —propuso Rembrandt.

—Sigo diciendo que, aunque no lo hagan ellos, los taoístas...

—Descartado —Rembrandt hizo un gesto terminante con una mano, como un hacha cercenante—. Nocolaborarán. Les da demasiado miedo o respeto el asunto...

—De un Templario que ha entrado en el barrio, ha machacado a dos aprendices y herido gravemente a cinco monjes, invadido seis locales que han quedado destrozados y amenazado con asolar el barrio si no obtenía respuestas —informó Bastian cerrando la tapa del móvil y poniéndolo sobre la mesa.

—¡Un momento! —gritó Rembrandt— ¡Eso no sucedió así! Me atacaron ellos primero...

—Un conjuro de defensa no es un ataque —explicó Bastian.

—No estuviste allí. Fue correcto. Si no, los Grigori habrían intervenido. No fue así, no vuelvas a intentar ensuciar mi nombre, Templario —argumentó Rembrandt en un tono amenazante. La estancia pareció oscurecerse.

—Recapitulemos —la voz de Marisa sonó como un martillo destrozando una lámina de cristal, y rompió en pedazos la tensión entre los dos egos enfrentados, como dos bisontes que luchasen por una hembra. Lo penoso del asunto, a su modo de ver, era que no había hembra—. Rembrandt, ya hablaremos de esas agresiones. Y tú sabes, como nosotros, que los Grigori solo

intervienen para preservar el Equilibrio de las Realidades, lo que está escrito en la Estela de Elam.

»Por lo demás: debemos conseguir información de la polaridad que estén desarrollando, y obtener los elementos necesarios.

—En cuanto a la Esfera, no hace falta que la adquiramos —informó León.

—Explícate.

—El Ojo no la tiene integrada como estructura, sino que la utiliza como puntal y vórtice de extracción.

—Como pila —aclaró Cly.

—Más o menos. Si conseguimos montar nuestro artefacto, podemos usarlo con la misma esfera que ellos, en cuanto sepamos el lugar del ritual.

—¿Alguien ha considerado ir a una reunión de esos bastardos, decapitarles a todos y pegarles fuego, así, sin tanta ceremonia ni reunión?

Todos miraron a la puerta, donde un hombre negro, rapado y que lucía una sonrisa ancha les dirigiera una mueca divertida a la par que repleta de violencia.

—Bienvenido, Rashid —saludó Marisa.

12. Consideraciones

Decididamente no iba a tener la tan ansiada tregua.

Mûrk se presentó, le dio el informe.

—Llegamos, Ama, pero no pudimos evitar que se llevaran el diario. Por suerte no repararon en mí... ¿Los demás? Muertos, Ama. Los aniquilaron. Deben ser un tipo de cazadores de nosotros. Les identifica un símbolo, este —le señaló un dibujo de la habitación, enmarcado. Representaba a Jacques de Molay, y sus compañeros ardiendo en las llamas de la hoguera ante el Papa y Felipe IV de Francia».

—¿Templarios?—murmuró la pregunta para sí.

—Sí, Ama. Eso parecían. Con espadas brillantes y fuertes. También resistentes.

Venga lacayo, pensó ella, cava tu propia zanja, por orgullo.

—Uno resistió la Lengua de Carne.

El Ama abrió los ojos, admirada. El demonio sintió el orgullo en su pecho.

—Mataron a los otros tres, pero obtuve eso antes de irme —informó, enseñando la daga surcada de runas—. Se lo quité a un Templario fuerte. Brazos enormes. Como troncos. No estaban bien, así que cubrí mi huida y volví a mi círculo. Bueno, Mûrk, bueno.

—Muy bien, lacayo. Has perdido el diario —el demonio asentía lúgubrementemente—, huido de dos Templarios que cazaban demonios —ahora, animadamente, con expectación—, robado una daga —quedaba claro, dos contra una, el Ama sería buena con él... pero, ¿por qué tenía ese brillo afilado? Mierda—. Cuando tu labor era observar sin intervenir ni aunque mataran a los demás. Ese era el plan —mierda, mierda, mierda— y has provocado a mi enemigo con un conjuro dolorosísimo y letal al que, además, añadiste una Bola de Plasma Rojo ¡que no estás capacitado a hacer! Dime, lacayo —la palabra sonó como un latigazo—, ¿cómo lo hiciste? Tú no tienes poder suficiente para liberar ese hechizo. La Lengua de Carne debió haberte consumido casi toda la energía, tras usar varias horas la Capa Mimética que te puse... Así pues, contesta, lacayo —mierda, iba a morir, estaba seguro.

—Ama, yo...

—Tú, mi lacayo —le cortó. No estaba de humor para escuchar la enrevesada perorata y mentiras del sirviente infernal. Mûrk la vio entrecerrar un momento los ojos y abrirlos de golpe. El derecho volvía a ser rojo como un carbunco volcánico y la mejilla se cubrió con esquirlas de lava oscura—. Falta algo en esta estancia, Mûrk. Lo cogiste, pensando que no me daría cuenta. Andrea dio unos pasos por su despacho. Había acudido allí tras colgarle el teléfono a la policía y a los bomberos, y su sirviente demoníaco la esperaba con la ansiedad en el rostro.

Se situó en la estantería en que había depositados diversos artefactos, en su mayoría talismanes de contención. No había retirado el sello de protección que impedía que alguien pudiera llevarse algo. Sintió el temblor de la membrana mágica, pero no la forzó. Se veía sin problemas el hueco donde debía estar el anillo en el que había almacenado un conjuro Bola de Plasma Rojo. ¿Qué había pasado? ¿Cómo un orco había puentado o forzado aquella protección...? Y lo vio. La daga. La daga de aquel primer asesino Ashgaelon. El pomo, la piedra brillante, estaba fuera del límite del conjuro. Si se movía el artefacto, como ella estaba haciendo, podía empujarse un objeto fuera de los límites del encantamiento como, efectivamente, ocurrió con otro anillo que ella sacó del estante. O tal vez fuera la piedra. Tendría que investigarlo. La sortija cayó. Era un sello con una esmeralda sin tallar. En su interior burbujeaba un poder mágico que hizo estremecerse al orco, que no dejaba de mirarlo. No sabía que podría ser, pero seguro que dolería. Y sería desagradable.

Nada que se agitara así y fuerade color verde podía ser bueno. Solo había que pensar en la Ira de Ishtar, por ejemplo, el Dedo de Agamenón, la Maldición de Agag... la Rana Gustavo... todo ello era repulsivo. Y verde.

—Fue entonces con el anillo de mi abuelo con el que ejecutaste el Plasma Rojo. Entonces —empezó a enumerar— me desobedeciste, fallaste, robaste, huiste... y me mientes ahora. ¿Qué crees que debería hacer ahora, Mûrk?

Por la mente del orco pasaron brutales y oscuras imágenes de dolor, tortura, fuego, mutilaciones. Le habían hablado, otros sirvientes, de dueños, amos y señores de los infiernos, impíos que castigaban cualquier falta con bestiales castigos y hasta la destrucción. Miró a su ama, vestida de blanco, alta y terrible con su ojo de rubí destilando ira y dolor.

—Esclavo, orco y lacayo. Yo te invoqué. Me perteneces. Y recibirás un castigo. Puede que dentro de media hora, medio día, medio año... y será ejemplar, Mûrk, porque me has fallado y traicionado. Lleva mucho tiempo entrenar a un lacayo. Pero no creas que me da pereza. Eres, escúchame bien —se agachó y se puso cara a cara—, prescindible. Ahora dame el informe completo, y dime por qué hiciste estallar el piso.

Durante media hora el pequeño demonio le refirió todo lo acontecido, esta vez explicado punto por punto. Cuando calló, tan solo rompía el pesado silencio el tic-tac de un viejo reloj cuyo mecanismo desgranaba implacablemente los dolorosos segundos en los que los pensamientos se sucedían en la oscura mente de Andrea.

Finalmente salió de la habitación. Hizo un gesto, y el círculo que rodeaba a Mûrk se hizo más resistente y opresivo, como agua en una pecera, impidiéndole moverse.

Andrea salió de casa. Tenía mucho que hacer todavía, y un asunto que resolver: identificar por fin a su enemigo.

* * *

Toda la mañana en danza, pero al final pudo reservarse por la tarde unas horas, para una breve investigación.

Pero no podía consultar los datos en cualquier parte, no. Debía acudir a un recinto en el que disponer de informaciones arcanas pero fiables. Después del almuerzo (ensalada y pita de arroz toscano y pavo) acudió a una zona de viejas escuelas medio abandonadas en el extrarradio. Allí las casas eran sustituidas por enormes bloques obreros de encofrados, diminutos pisos de la posguerra que aún alojaban a los descendientes de sus moradores originales. Dejó el coche al lado de un parque. La tierra estaba cubierta de hojas que trazaban un fantasmagórico ballet punteado por el agudo crujido de las cadenas de los maltrechos columpios, que se mecían al viento.

Avanzó a paso seguro por entre los edificios de ladrillo visto; a su paso, las persianas se cerraban y las ventanas eran presurosamente trancadas. Una sonrisa incisiva apareció en la comisura de su boca. Tras un par de calles desérticas, de colchones quemados y coches oxidados, con sonidos de pasos apresurados y ruidos de portales bruscamente cerrados, giró en un callejón. En él, una escalera bajaba a un sótano con un cartel que proponía sexo y perversiones de la más enfermiza índole. No había nadie en la puerta. Una puerta, por cierto, lujosa y cuidada, negra con una aldaba dorada: un lobo sujetando una corona de espinas en las fauces. Llamó una sola vez. El cartel de neón se apagó, dejando de producir aquel molesto zumbido. Aguardó. Tras cinco minutos la puerta chasqueó.

Bajo la mirada del ojo de rubí, la puerta no era una superficie negra, sino que estaba surcada de anaranjados conjuros, estrellas que daban vueltas y caracteres en diversos idiomas de la magia arcana e infernal.

Del interior surgió una vaharada apestosa a humanidad y vicios oscuros de las peores y más variadas clases. Entró. Ante ella surgió un pasillo oscuro repletode habitaciones de las que salían gritos, chillidos, gemidos y gruñidos. Algún rugido que otro. Y trató de convencerse de que lo del rebuzno no acaba de ser posible. Luces rojas y naranjas enmascaraban parcialmente

los desnudos que se asomaban y a mujeres con corsés que dejaban los pechos de pezones maquillados a la vista, y con pelucas estilo María Antonieta.

Pero Andrea, que saludó a la cortesana dieciochesca con un gesto de la cabeza, giró a su derecha y subió una escalinata en espiral a lo largo de dos pisos. El primero era una mazmorra en la que varios encapuchados azotaban a hombres y mujeres por igual, y en la superior se celebraba una fiesta libertina decimonónica.

La planta superior tenía también una puerta, y en esta la cabeza de lobo sostenía un pergamino entre sus fauces. Andrea movió, girando levemente, el pergamino de metal, y la puerta se abrió. Ante ella apareció una gran sala. El suelo era de piedra, formado en contrastes entre obsidiana y alabastro, arcanos sellos y dibujos de significados inmemoriales. No había avanzado cuatro pasos cuando surgió una figura vestida con túnica púrpura de largas mangas vueltas y runas bordadas. De la profunda y amedrentante capucha oscura surgía un siseante susurro. Por un momento una fría sensación, una helada niebla invisible pareció amortecer las cálidas luces anaranjadas. Ella levantó la mano, dejando la palma a la altura de la cara embozada y el dibujo de una estrella brilló sobre un refulgente rojo sobre la misma carne. La figura encapuchada retrocedió e hizo una reverencia. Andrea entró con paso firme.

Vioun largo pasillo, con atmósfera cálida y varios scriptorium dispuestos a lo largo de él, en diagonal. Enormes estanterías surcadas de hechizos rielantes formaban, colosales, en silencio; en la gran galería se advertía un segundo piso, también repleto de estanterías a las que se accedía por unas escaleras metálicas de caracol. Como siempre que recurría a este lugar, la mujer primero saludó al serio e inescrutable bibliotecario. Vestía como un monje benedictino —de negro riguroso—, y su cabeza destacaba sobre un curvo cuello de nuez prominente, emergiendo de aquella una nariz aguilena, unos ojos saltones e inquisidores, oscuros y brillantes, y dos penachos de pelo erizado y tristemente indomable en sus sienas. Esbozó, al ver a la mujer, un amago de sonrisa torcida que mostraba dos hileras de dientes pequeños y agudos. Inclino la cabeza, en señal de saludo, cuando Andrea hizo lo propio, y consultó el índice, un pesado libraco atado con una gruesa cadena. Encontró el título que buscaba y lo solicitó.

Era la llamada Biblioteca del Saber y el Pesar. Recibía muchos nombres más, pero Andrea la conoció por aquel, en una carta de la abundante correspondencia de su abuelo, remitida por otro erudito. Estaba, en realidad, asentada en un lugar entre Realidades, y se podía encontrar solo mediante el estudio y el mérito en la propia sabiduría. Era un lugar eminentemente neutral donde era tabú usar armas y ofensas de cualquier tipo, lo que acarrearía sin duda la expulsión inmediata y castigo severo.

Muchos eran los temas allí registrados, tratados, compilados y analizados. De ello se encargaban unos misteriosos seres llamados Vigilantes, a cargo de un tal Cronista.

El pago por consultar la biblioteca era siempre el mismo: información nueva que añadir. Era más caro de lo que parecía. De no pagar, la información obtenida era borrada de la mente del consultante y de cualquiera que la compartiera la misma, persona, objeto, documento o hechizo. De ello se ocupaban los terribles Cosechadores del Saber, al servicio del mismo dueño de la biblioteca.

Andrea había pagado con creces por sus consultas pasadas, presentes y futuras y para un lapso posible de años, quizá decenios, si lo pensaba bien.

Pasó la mano por la madera de la mesa, negra, manchada de tinta por algunos lugares. Más que negra, podríamos decir, estaba oscurecida por el uso y los años incalculables. Todos los volúmenes parecían contar con viejas encuadernaciones, de apariencia similar, por temas, épocas o autores. Variaban en color y decoración, grosor y, a veces, en altura, pero todos estaban encuadernados con tapas gruesas, delicadas en su mayoría, con nervaduras y papel grueso y crujiente. No importaba que entregaras tu pago en manuscrito a pluma, impreso por

ordenador o en cananeo sobre arcilla: siempre tenía el mismo formato escrito.

Novum Ordo Templarii, rezaba la primera página. Andrea se adentró en el texto; sobreponiéndose a la seducción que sobre ella ejercía, tomó notas del volumen en una libreta. Esto es lo que copió:

«Orden surgida en 1.815 de mano de Jaques Raoul (¿?), varón, huérfano. Deriva de la liberación de un malebolgiano ligado expresamente a la Estela de Elam, lo que motivó la aparición de un contrapeso, un Malhim; este, dado que el demonio no actúa directamente para no romper el Tratado de la Estela y para ello se vale de agentes menores y humanos, decidió optar por una estrategia igual a la demoníaca: imbuir poder en humanos e influenciarlos para que se opusieran a su contendiente.

»La Estela está aceptada como regulación para todos aquellos que transiten o residan en las Tierras de la Piel con esta Orden como regulador inmediato, si bien los Grigori son los que realmente tienen la Potestad. La Orden Templaria y sus dos hermanas, la del Hospital y la de San Lázaro, actúan con reconocimiento de casi toda criatura como fuerza de control y represión. En su origen se opusieron a los agentes malebolgianos y consiguieron eliminarlos a casi todos, aunque un núcleo sigue existiendo.

»Usando su poder, el Malhim se fusionó en una reliquia que se supone es el germen de los poderes de los Templarios, despertando líneas de poder en ellos.

»Las Órdenes tienen casas madre en todos los continentes y en varios planos. Su capacidad organizativa es muy elevada, y su índice de intercepción y represión de actos fuera de la Estela es del 75-85%.

«Aprende de y sobre tus enemigos, y así, somételos» solía decirle el abuelo. Este y muchos pasajes, esquemas y notas más fueron a parar a aquel cuaderno. Nada de lo que leyó la preocupó excesivamente, pues sus planes, en marcha, no se veían más que levemente afectados por la identificación de sus enemigos. Se recostó en el asiento, sopesando variables.

Por un lado estaba Mûrk. El orco era útil, y no se hacía ilusiones, ni era estúpida: ese sirviente empezaba a demostrar una preocupante independencia, y sabía que estaría tramando algo, a la par que temiéndola más si cabe en tanto que un castigo pendía sobre su cabeza. No pensar así tratando con infernales era de estúpidos. Estaba en la naturaleza demoníaca. Así como el arma perfecta contra ella: el miedo. No lo había castigado —por algo que ella había calculado y provocado de hecho: no era ninguna descuidada y sabía de las capacidades de una daga Ashgaelon, es más, lo había provocado porque mejor traición conocida...—. El orco, sin saberlo, había cumplido su parte.

En otro de los volúmenes que consultó comprobó la procedencia y capacidades de la daga robada por su infeliz lacayo. Era llamada Daga Ashanti. Un artefacto empleado para, al contacto, comprobar la existencia de magia, su tipo y potencia. Vaya cacharro. Podría serle útil en el futuro. Con una serie de conjuros esclarecedores y adivinatorios podría determinar los códigos y significados de las numerosas filas de runas inscritas en la hoja, el mango y el pomo, y de ahí obtener lecturas. Pero que muy buen cacharro...

Una brisa cálida, cargada de estática de la inminente tormenta, la estremeció al salir del lugar. Caminó rápidamente hasta el coche. Varias manchas oscuras en el suelo, alrededor del vehículo, revelaban que su sistema de seguridad funcionaba. Lo habían intentado robar tres o cuatro veces; las almas de los ladrones estarían ahora almacenados en las gemas que tenía en el maletero. Podría darles buen uso. O usarlas como moneda de cambio. Nunca se sabía.

Conforme conducía por la ciudad, meditaba. Templarios, demonios malebolgianos, ángeles destructores y sin piedad... había oído historias sobre aquellos Malhim. Los Destructores Dorados, ángeles de alas de fuego que quedaron atrapados por su misma esencia en el limbo de las Primeras Guerras.

Cuando ángeles y demonios, cuando las entidades derivadas de la concentración de conciencia

sobre masas de energías paranaturales, o como quiera justificarse aquel principio de todo, con otras palabras, mitologías o fundamentaciones; cuando aquello ocurrió, en la noche de los tiempos pretéritos, antes de Todo (es demasiado presuntuoso por parte del ser humano tratar de suponer la Tierra como escenario y ellos como detonante), se produjo un violentísimo conflicto, conocido como El Primero. Todas las mitologías lo han tratado de justificar, relatar y aclarar, y todas y cada una de ellas tienen una semilla de la Verdad, de lo que ocurrió: las Energías se enfrentaron. Lucharon, atraídas hacia su opuesto irremediamente. El Universo se forjó en ese marco durante ese flujo y reflujo de energías. La vida surgió de las chispas de esos choques. Todo se ordenó conforme a una serie de leyes emitidas en las confrontaciones. Hubo rayos y energías fluctuando; orden y caos impuesto, supernovas y agujeros negros, galaxias y quarks. Numerosos planos de predominio se formaron y destruyeron.

Pero.El gran Pero. Derivado de todo ello, apareció trémulamente la chispa de las almas, de las vidas supuestamente superiores, formadas con cantidades variables de esas energías. Y esos dos principios contrapuestos, de pronto, ya no eran tan grandes, pues con cada obra, con cada chispa y fundamento perdían entidad, masa y concentración. Hasta que tras millones de años de confrontación y lucha, no fueron más que tenues reflejos de lo que en un tiempo constituyeron. Ahora para enfrentarse, tenían que aglutinar entidad suficiente, como mercurio sobre una mesa desnivelada. Sin embargo, la lucha, siguió. Esas pequeñas entidades derivadas de las primigenias, y no reclamadas por masas más grandes, también buscaban a sus contrarios, y se enfrentaban impulsadas por su polaridad antitética.

En un punto de las Realidades se formaron entidades con una gran cantidad de energías primigenias. Pronto desarrollaron, por azar, destino o caos, orden y conciencia. Pero eran demasiado grandes para actuar como hasta ahora iban haciendo. Y descubrieron, cada una en su refugio o dimensión, que podían, imbuyendo parte de su esencia, materializarse en algunos lugares y reanudar la lucha.

El enfrentamiento proseguía. Mas también existió la aleación. La neutralidad. Grandes cantidades de las dos energías fusionadas por las presiones de realidades, dimensiones y otros fenómenos para los que aún no existen nombres. Y al igual que las materias puras, podían intervenir. Era el tercer factor. El que no se veía atado por su polaridad, arrojado a la brutal confrontación, así que se erigió para lo único que podía hacer: moderar. Reforzó, para frustración de las otras dos partes, las barreras que les impedían arrasarse la Creación derivada de su enfrentamiento y ese fue el germen de la Estela de Elam, que no era más que un código aprehensible que permitía reforzar a menor escala el Equilibrio. Pues todo lo Grande está ligado a lo Pequeño.

Todo ello danzaba en los recuerdos de Andrea. Lecciones que su abuelo le impartió, lecturas tras un ventanal que la separaba de un jardín lluvioso de un otoño triste.

Se descubrió sentada en su sofá. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Cubierta con una manta de lana tejida por su madre, con un grueso jersey y unataza de té entre la manos. Y la única luz de una lamparita en la mesita del sofá, junto al teléfono, y frente a una película sin sonido. Con la barbilla sobre las rodillas taladró la oscuridad para descubrir a los dos fantasmas de mirada implorante en un rincón. Su pecho ardía de melancolía, de añoranza de la calidez de una mano o la tibieza de una sonrisa de amor. ¿Tenía sentido tanta energía Primigenia y tanto Equilibrio, orden y caos en el dolor de una mujer destrozada, sola, anhelante de un calor apagado en el frío rescoldo de las cenizas muertas de la desesperación? Un propósito, una misión: descolgó el teléfono y dio una orden, tras ser atendida al segundo tono. Y tras colgar, otro factor evolucionó la ecuación, y el plan a otro nivel. Otro paso. Otra jugada. Otro enemigo descubierto. Otra casilla.

Pero ella seguía allí. En el sofá, sola. Las imágenes del televisor discurrían, caóticas sin el guión sonoro, el hilo de una narración lógica. Volvió a coger el teléfono. Se sintió mejor al oír la voz.

13.Partes Templarios

La Jefa de Operaciones, Marisa, estaba sumida en profundas reflexiones sobre el posible nuevo cauce de la investigación. La llegada de Rashid había roto toda tensión, y por añadidura el clima, dándole un margen para examinar con más perspectiva las líneas de actuación sugeridas por Rembrandt.

A la veterana Templaria no le impresionaba la supuesta presión que la presencia del holandés suponía para el resto del equipo, pero un Jefe de Operaciones debe saber obrar con criterio, y cuándo pedir una pausa. Mucha información y muchos cambios de dirección. Así, elucubraba en su despacho, taza de café en mano, la siguiente línea de actuación.

Desde luego, la llegada de Rashid alejaría la hostilidad de Bastian hacia Rembrandt. Aquel acababa de volver de una misión en Calabria y estaba deseoso de entrar en el equipo, cosa que le permitiría, puesto que dos de sus efectivos estaban de baja. Aunque las capacidades regenerativas de León le permitirían reincorporarse en breve.

Toda la información vertida por el Templario, pese a la masacre de los taoístas —que ella debería comerse solita (no cabía duda de que reprendería duramente al Templario Rembrandt después de la misión)—, debía ser: a) contrastada; b) carecían igualmente de tiempo para actuar pues, si acataban los planes de Rembrandt, debían poner cerco a los proveedores lo antes posible.

Estuvo durante una hora sopesando posibilidades, medios, líneas de actuación, contingencias, personal, formación de equipos, capacidades personales y sus diversas combinaciones y variables, tras lo cual decidió que fuera lo que los dioses quisieran, pero la única vía abierta, por el momento, era la sugerida por el holandés.

* * *

Clytemnestra estaba entrenando en el gimnasio. Detestaba la inacción, pese a entender el receso pedido por Marisa. Mucho que ponderar, no le gustaría estar en su pellejo.

Aporreaba el saco con saña, dolida, por el estado de Kurt. Ciertamente era que los Templarios debían estar más que acostumbrados a los gajes del oficio, a su aspecto desagradable: las heridas, el dolor, los juegos mentales, las repercusiones psicológicas derivadas de lo sobrenatural. No todos lo soportaban. Ella lo había hecho. Junto con el ascético e impertérrito Kurt, que entró en la orden a la par que ella, a los seis años.

La presión era mucha, el entrenamiento era exhaustivo, muy exigente física y mentalmente. E incluso a nivel emocional. Era conocido el hecho de que existían renegados, caballeros ya consagrados al servicio de la orden que la dejaban, y desaparecían; otros la abandonaban. Muchos por presión, otros por los enemigos, por el mundo sobrenatural y la eterna amenaza del colapso; psiques destrozadas, espíritus semiarrancados, secuelas a todos los niveles; muchos de estos problemas desembocaban en trastornos mentales como esquizofrenia, autismo, paranoia, brotes psicóticos, manía persecutoria y, como consecuencias: suicidio, drogadicción, alcoholismo... Pero pese a ser renegados, a pesar de abandonar el Temple, con aviso o simplemente desapareciendo, de un día para otro, la Orden no los abandonaba. El caso pasaba a los Rastreadores, que seguían de cerca la evolución de los renegados en contacto con los Hospitalarios, por si se podían mejorar sus condiciones; a veces se les proporcionaba un empleo que tuviera que ver con la Orden, aun de manera marginal. Encubrimiento, suministros, pisos francos, fuerzas de la ley, periódicos y medios de comunicación, incluso política. En otras ocasiones se trataba de empleos que nada tenían que ver con el Temple, para aquellos que

querían o necesitaban un alejamiento mayor o total. Pero siempre había alguien vigilando. La patada no dio en el saco; este se había desplazado inesperadamente. Cly se puso en guardia. Se trataba de Romuald, un Templario con el que solía practicar en sus escasas horas libres. Una de las repercusiones y consecuencias derivadas del don que tenía era que estaba muy solicitada. Para misiones encubiertas, secretas o de choque, evaluación de enemigos potenciales o simplemente para identificar criaturas, pues su capacidad atravesaba en la mayoría de las ocasiones las coberturas ilusorias que pudieran enmascarar a los más diversos seres. Ahora, que los viera no quería decir que supiera lo que eran. Fue una lección que aprendió de pequeña. Y además, eso suponía más estudio para ella.

El inicio de su don se debió a que era la hija de un Lazareno y una Hospitalaria. Tales uniones no eran frecuentes, no estaban bien consideradas pero tampoco se prohibían. Aquellos descendientes de personas con los dones desarrollados tendían a manifestar sus propios dones a muy temprana edad, lo cual, por lo general no era nada bueno.

Cuando una niña pequeña, enteramente vestida de rosa con apenas cinco años y que no levanta más de metro y poco del suelo, empieza a berrear en pleno autobús que aquel señor no tiene ojos (se trataba de un Vishanti, un ser, efectivamente sin ojos, pero que percibía el mundo a través de las auras de los seres vivos que lo poblaban), o que aquella señora parecía una babosa gigante con cosas colgando (un Keltoro, un ser conocido por su sabiduría y erudición, y por ser, para los cánones humanos, realmente asqueroso, pues parecía... bueno lo que dijo la niña, una babosa tentaculada de ojos amarillos), lo más normal era que llamara la atención de los pasajeros, entes y padres allí presentes. Al poco tiempo aconteció el Gran Trauma.

Poco a poco se le instruía para inhibir y controlar su don precoz. Pero la adolescencia siempre es una mala época. Fallos de control, hormonas de por medio... dones usados indiscriminadamente, severas penas para ello, problemas con la autoridad de sus padres. Pero una buena educación, unas medidas correctivas adecuadas y mucha disciplina podían llegar a controlar el don con una destreza sin par.

Por consiguiente, el don otorgado a Cly por nacimiento se complementó con uno que le permitía afrontar sin tantos miedos su realidad cotidiana: un don para el combate. No en vano en la adolescencia se llevó una cantidad de sustos tales que todo su cabello se tornó blanco.

Simpatizó con el crío de *El Sexto Sentido*, y Bastian —a la sazón su mejor amigo y compañero— le enseñó el placer de ir al cine y reírse de las películas de terror. Ambos sentados, carcajeándose en los *thrillers* psicológicos, riendo y comentando las películas *gore*, y disfrutando las de temática satánica, cubo de palomitas en mano.

Saliendo de la abstracción de sus recuerdos, saludó a Romuald, un franco-canadiense fibroso y hábil, de sonrisa seductora y gestos fluidos. Llevaba un corte de pelo militar y las cicatrices de su cuerpo eran testimonio de sus duros enfrentamientos con lo sobrenatural. Empezaron a practicar lucha cuerpo a cuerpo para ir quemando problemas acumulados, y contándose sus mutuos casos.

* * *

Bastian, por su parte, estaba todavía en la Casa Azul. Había declinado volver a Acre II, para quedarse en la ciudad. Por un lado, para hablar con Rashid; por otro, tenía que esperar el veredicto de Marisa y ponerse manos a la obra de inmediato. Y, por último, quizás hubiera otra razón más personal que no le había confesado a nadie.

La reunión terminó con la entrada oportuna de Rashid en la sala. Después, Marisa pidió un receso y anunció que comunicaría su decisión más tarde. Rembrandt se retiró, enfurruñado, y desapareció. Cly, León y Marisa, al igual que él, saludaron efusivamente al recién llegado. Pero la Jefa Operativa se retiró de inmediato. Cly la acompañó. El veterano sargento no podía dejar

aún la Casa Azul; tras poner al día a Rashid, este y los dos Templarios fueron de nuevo a ver al malherido Kurt.

Había mejorado mucho, pues se le había administrado otra sesión de curación, y ahora, una vez finalizada, intentaba sumirse en un sueño que mitigara el dolor. Los miró, tumbado en su cama con sus ojos azul báltico vidriosos por las drogas. Su piel, ahora, tenía un tono rosáceo, nuevo y dolorosamente fresco. Muchas costras negras ya habían caído y el pelo volvía a crecerle en los puntos donde se había quemado.

—¿Se ha podido analizar el conjuro? —preguntó Rashid. Tenía los puños cerrados y su mandíbula, tensa, se abultaba rabiosamente bajo la oscura piel.

—Plasma Rojo.

—¿Marcas?

—Pocas, pero las hay. Ya sabes que ese hechizo lo borra todo, pero no así del marco de la puerta y del pasillo, donde no llegó del todo ¿Crees que podrás ver algo? —preguntó Bastian—. El lugar quedó hecho una pena...

—Podría sacar una impresión de algún objeto quemado de Kurt —aclaró Rashid.

El don más notorio del Templario Rashid Al Bakir era que poseía el Eco Espiritual. Una capacidad que le permitía ver escenas pasadas al concentrarse en un objeto. Ello lo cualificaba, además de su enfrentamiento como magnífico rastreador. Y no podía ser menos el llamado don de la Labia.

—Se los han llevado a Acre —apuntó León con su voz grave.

—Vamos a tomar algo. Esto me deprime. Y me cabrea. Prefiero salir de aquí.

El veterano Templario se había retirado para su última cura, así que los dos más jóvenes salieron hasta un bar cercano regentado por un Reconciliado —un Renegado al que la orden proporcionó medios para mantenerse en la vida “exterior”—. Era muy acogedor y bastantes Templarios solían acercarse hasta allí a tomar algo.

Saludaron, al entrar, al dueño, un hombretón de bigotes prusianos —unidos a las patillas— de unos cincuenta años, y se dirigieron a uno de sus asientos favoritos, en unos sillones altos de madera junto a la ventana.

Había amanecido nublado, y a lo largo de la mañana la espesa capa de nubes había seguido suspendida, sobre la ciudad. Amenazantes. Poco a poco bajaban, y los chapiteles y campanarios de la catedral empezaban a rasgarlas y a ser envueltos en los jirones de las nubes plomizas. El asfalto relucía por la humedad y los coches levantaban pequeñas gotas, creando ese característico sonido de ciudad pluviosa, ese sonido que insta al ser humano a llegar pronto a casa y ver la lluvia desde detrás de un cristal con una taza caliente en las manos.

Salvo que en este caso ambos Templarios tenían una cerveza y la promesa de un buen almuerzo en ciernes. Rashid miró a su amigo.

—¿Desde cuándo son bicolores? —le preguntó señalando levemente.

—Un... incidente con un Lazareno. El tío se pasó, hubo una sobrecarga o algo parecido... y desde entonces.

—¿Secuelas?

—Si yo te contara...

Por primera vez Bastian habló del problema. Rashid comprendía a su amigo, sus miedos y temores, su esfuerzo y los efectos. Era un estudioso de problemas con intervenciones de potencias extrañas, por lo que tranquilizó como pudo al Templario, aunque tampoco pudo hacer mucho: si algo lo distinguía era que podía ser hirientemente sincero con las cuestiones más delicadas.

—Pero el asunto del ojo —prosiguió. Ambos tenían delante un succulento plato de carne asada al estilo tradicional y una pinta de cerveza espumosa y dorada— puede arrastrar alguna secuela. Siempre sucede cuando hay necromancia de por medio.

—Lo imaginaba. Por ahora nada, pero igualmente no lo descartaba. ¿Sabes? No puedo evitar sentirme como el tipo aquel de la última película Alien, que sabía que tenía al bicho dentro y que tarde o temprano le reventaría el pecho para salir.

—Sí, lo entiendo. Pero hay que aclarar que tu engendro como poco, será mucho más mono —apostilló con una sonrisa.

Bastian no pudo menos que carcajearse con una nota nerviosa en la risa.
Hablaron un rato más hasta que el teléfono de Bastian sonó.

—Gorlais.

—Soy Marisa. Luz verde a la operación de Rembrandt. Reunión esta tarde en la Casa Azul en la sala de Juntas. Que venga Rashid.

—Oído —colgó.

—¿Marisa? —preguntó el aludido.

—Sí.

—Quiere que vaya.

—Sí.

—Ha autorizado la operación.

—Sí.

—Es lógico.

—¿Cómo? —preguntó Bastian.

—Vamos, sé objetivo: el tipo es un sociópata, eso es indiscutible, pero por ahora, pese a las formas en que lo expuso todo, es la única baza viable.

—Sí, pero...

—No ha dicho quién comandará la operación. ¿Temes que sea Rembrandt? —inquirió Rashid.

—Sí.

—No lo dejará. Es bueno, pero demasiado incontrolable. Lo hará ella, no delegará. Y menos si estáis los dos como gallos.

Su amigo lo miró con odio.

Pasaron el resto de la tarde en la Casa Azul. Cuando llegó Marisa, se establecieron los grupos de vigilancia. Bastian y Cly, Rashid con Rembrandt, León pertenecía a la escucha. Empezarían por la mañana temprano, revelando a quienes ella ya había mandado a vigilar.

La tarde se difuminaba rápido, dejándole al cobalto de la noche su dominio. Después de una cena rápida, Bastian marchó al piso franco donde había dormido ese día. Antes se entretuvo en el bar de la misma calle tomando una postrera copa con Rashid.

Cuando se despidieron y entró en el edificio, sonó el móvil.

—Gorlais.

Silencio. Tres segundos.

—Espero no interrumpir. Soy Andrea Saint- Luc.

—No, no interrumpo, en absoluto —sus neuronas empezaban a descorchar botellas de licor.

—Imaginé que me llamaría después de lo de mi edificio. El incendio y eso —repuso la voz con un cierto matiz desaprobador.

—Iba a hacerlo, en cuanto los de Pruebas Forenses hubieran acabado. Protocolo, ya sabe —dijo metiendo en cintura a las díscolas neuronas.

—Pero al menos una llamada...

—Le ofrezco mis disculpas, Andrea —*así que ahora es "Andrea"* murmuraron las neuronas—. Quizás pueda resarcirla. Tendría que hacerle algunas preguntas más, así que podríamos quedar...

—Me parece bien —convino la mujer—. Digamos... ¿el sábado? Para cenar, de nuevo. Recójame en mi oficina —dijo, dándole la dirección.

—¿Va a estar trabajando un sábado hasta tan tarde? —un grupo de neuronas tocaban jazz de

Nueva Orleans en pleno desfile triunfal, coreadas por una muchedumbre de hormonas bailongas.

—Levanté esta empresa sin hacerme concesiones tales como días de descanso, inspector —su tono se volvió algo duro—. Le espero. A la hora de cierre, digamos a eso de las siete.

—Sí, allí estaré.

—Lo sé.

Colgó.

Bastian parpadeó. Se había equivocado de piso. De pisos. Los tres que le separaban del suyo, pues había subido por las escaleras para que no se cortara la comunicación en el ascensor. Mientras lo esperaba, metió en cintura a las hormonas y neuronas díscolas. ¿Cómo podía ser que aquella mujer, con el solo tono de su voz, le provocara tamaño desbarajuste en la química cerebral?

A ver, él no era un santo y mucho menos célibe. No existían esos votos en la Orden. Al menos no obligatoriamente.

Entró en el apartamento. Fue a la cocina.

De hecho, meditó mientras sacaba un botellín de agua —tenía la boca seca—, era uno de los Templarios con más vida social en el mundo mundano. Iba a discotecas —se sentó en el sofá y puso la tele. Pasaba rápidamente los canales, pero su vista no reparaba más de unos segundos en cada emisora—, salía con mujeres. Y, bueno, si bien no se permitía ninguna relación larga, tenía un buen número de amigas de cama. Desde luego que conocía el tirón hormonal que producía la atracción sexual.

No se podía concentraren nada. Apagó la televisión. Encendió el equipo de música. Tenía puesto un disco compacto con las canciones más representativas de Pavarotti. La música lo envolvió. La voz del difunto tenor italiano aleteó por la sala, mientras cantaba aquella penosa canción, triste y doliente, dedicada a Caruso. Las luces ámbar indirectas de las paredes y de tonos anaranjados, suaves; los muebles modernos, oscuros y de líneas armoniosas; todo formaba un conjunto relajante, personal, agradable a los sentidos.

La mente de Bastian también aleteó, se evadió durante un rato, canción tras canción. Sabía que dentro de sí estaban las fuertes y casi incontenibles pulsaciones de poder del Malhim. No se engañaba: sabía que él no podría contenerlo mucho tiempo en caso de que quisiera salir. Pero la cuestión era que por ahora no lo hacía. Bastian creía intuir el porqué: si él salía de entre los pliegues del alma y cuerpo del Templario, rompería el Equilibrio y otra fuerza igual de poderosa y opuesta se manifestaría y así se iniciaría otra guerra más. Pero antes de eso, los Grigori los encadenarían y devolverían a su dimensión. Ello le permitió deducir a Bastian una cosa: ese Malhim que anidaba en él conocía las reglas del juego, luego ya había estado en este plano...

Curiosamente, reflexionaba mientras la música flotaba y miraba por el gran ventanal del salón, los Malhim, los supuestos “buenos de la película”, no eran tan inteligentes como sus contrapartidas oscuras. No agrupaban adoradores, ni cultos, servidores o partidarios. Tan solo observaban a los Oscuros, a los demonios, evolucionar y ejecutar sus planes a través de peones humanos, sin necesidad de materializarse. Ciertamente era que aparecían demonios de menor entidad, de hasta el tercer grado, y que estos campaban a sus anchas. Pero para que aparecieran las entidades mayores, se desgajaban en otras, dividiendo su poder y multiplicando su número. Sin embargo, los Malhim eran más conservadores y rara vez aparecía alguno por debajo del grado dos, pues para ellos era mejor tener más poder y así barrer a sus enemigos. Por eso aparecían muy escasamente. Solo cuando una cantidad suficiente de servidores menores, de demonios de menor entidad se agolpaban y suponían una violación firme de la Estela. Podía aparecer uno de los Malhim. Paradójico, cuando menos.

El disco compacto terminó. Bastian taladraba con la mirada la oscura noche; las formas perezosas de las barcas que se desplazaban río abajo, la cinta oscura del agua punteada por

las anaranjadas farolas. El casco antiguo, al otro lado del río, misterioso, con poca iluminación, salvando algunos edificios antiguos y notables que atraían el turismo aun a esas horas. De pronto enfocó la vista y vio su reflejo. Sus ojos bicolors. Esmeralda y negro. Apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre ello. La acción descuidada del Lazareno desató toda aquella energía que le alcanzó de pleno. Desde entonces, uno de sus ojos se volvió oscuro. Parecía marrón, pero en determinadas circunstancias se tornaba naranja, pasando del marrón al ámbar oscuro, whisky, miel, y el agresivo dorado del poder angelical descontrolado y desatado.

14. Junta Directiva

El aire acondicionado zumbaba quedamente sobre aquella lujosa sala de reuniones. Lujosa, pero a la vez parca, minimalista, habrían dicho los entendidos en interiorismo: la gran mesa, los asientos de piel y un televisor plano de fondo. Paredes ocre, suelo rojizo, y quince hombres de riguroso negro, traje elegante, quince carpetas negras con un logotipo en dorado y cuatro caracteres orientales.

Todos miraban a la cabecera, al hombre mayor, ignorando la magnífica vista de los bosques jironeados de niebla y mecidos por una fina lluvia temprana. Tenía un aspecto fatigado, tenso. Aparentaba estar metido en la cincuentena, cuando en realidad la sobrepasaba, y era complexión delgada pero ágil para su edad. Tanto la real como la aparente. Llevaba un bigote medio encanecido, lo mismo que su pelo, peinado con raya al lado. La placa que había ante él llevaba inscrito el nombre de Yoshimitsu Sakamura, a la usanza occidental, nombre y apellido, y lo identificaba como director de la Ookami Corporation Europe. Conocido por su rigidez y austeridad, sus reflejos en los negocios y su alta exigencia para consigo mismo y sus subordinados, familia incluida, así como por su agresividad en la mesa de negociación.

En lugar de escoger la promoción que sus superiores le ofrecieron, optó por cambiar de destino y sector empresarial: la industria tecnológica cerámica; de un ascenso en la sede de Osaka a las tierras desconocidas de la filial europea. Su finalidad: extender el poder de *sukeiretsu*, su coalición de empresas hasta lugares a los que su competencia no llegaba, y explotarlos.

«Los negocios son la guerra», decía una máxima nipona. Y así lo sentía él y actuaba. Cuando llegó, la sede no era más que una tímida factoría hasta la que llegaban contratos de poco calado, con un director dócil e incompetente que se conformaba con unas cuentas netas bajas y mediocres. Él transformó todo eso. Desplazó y devolvió a Japón al directorucho, ocupó la plaza y empezó una agresiva campaña con todos los medios de que disponía. En seis meses absorbió a dos competidores. Y en los años siguientes fue arrinconando uno a uno a los más importantes. Los seducía con su franca sonrisa; asustaba con su flamígera mirada y sus frases en japonés que sonaban en los oídos europeos como maldiciones o los rugidos de una ametralladora. Pero cuando los métodos legales no doblegan a su enemigo, los más oscuros lo hacían. Chantaje, extorsión, amenazas, sabotajes... *Mano oculto* llamaban. Los negocios son la guerra; y esta no es limpia. Para él, un descendiente de aquellos que lucharon y dieron su sangre en Edo, en la Restauración Meiji, hijo, nieto y bisnieto de los últimos samurái, todo podía justificarse cuando de guerra se trataba, si quien ganaba era *elkeiretsu*. Trocando las legendarias katanas —aun poseyéndola como objeto de veneración familiar— por estilográficas de lujo, los campos de batalla por las salas de juntas; las terribles y laberínticas calles por los iluminados pasillos y despachos. Pero el enfrentamiento era el mismo, y ancestral: dos voluntades, dos miradas, una retirada, reconociendo al contendiente como superior, o la muerte.

Salvo que ahora la muerte era la pérdida de activos, de clientes y contratos; la derrota era la anexión o fusión, con la pérdida de la entidad propia en los intestinos de acero y barro del monstruoso conglomerado de empresas.

Convirtió, pues, con el espíritu guerrero de sus antepasados, una débil sede en un poderoso titán. Y cuando todo aparentaba ser tranquilo, una empresa pequeña y familiar, débil, pero que poseía tres contratos de los más importantes, a saber: uno con el gobierno, otro con una empresa de microelectrónica y, el más importante, con el centro de investigación suizo que construía entrañas de la tierra un extraño aparato para fines relacionados con la física, en las, salió a la superficie, cuando parecía abocada al fracaso. Esto convertía a la pequeña empresa en un objetivo prioritario en la agenda de adquisiciones de Ookami Corp.

Las ofertas no fueron fructíferas. Las negociaciones cara a cara no avanzaron más allá de los saludos y la fría cortesía, seguidos de la negativa rotunda y absoluta.

«Somos un negocio familiar» —dijo aquel don nadie, remedo de negociante—; «no solo mi familia, sino además todas las de este taller que llevan años con nosotros. Valoramos la oferta, pero no, gracias. Aún en esa desproporción».

Así que se recurrió al segundo método, menos limpio, menos honorable. Pero era la guerra. Y ni por esas se pudo llegar al acuerdo. No quedaba más remedio. Si te enfrentas al ciclón, su poder te arrojará por tierra, te elevará y te hará caer. Con una llamada de teléfono Yoshimitsu Sakamura desató el ciclón.

El día del accidente él no estaba en el país. Una hábil maniobra lo había trasladado al país vecino para afirmar un contrato importante. Al volver, cinco días después, los estragos del ciclón desatado por su llamada le hicieron sentir como *unkami* vengativo y furioso, como un dios ante un ancestral enemigo derrotado y arrodillado.

A esto siguieron unos años de bonanza, casi de monopolio; pero existía una pequeña espina clavada en el pie de ese titán oriental. Dos de los contratos no habían peregrinado hasta su amoroso regazo; tansolo lo había hecho el gubernamental. Los restantes se aferraban aún a ese enemigo caído, como cachorros mamando del cuerpo de la madre agonizante, no importaba qué ofertas se les hicieran.

Y de pronto, tras un tiempo de silencio, surgió ella. Aquella mujer. La recordaba vagamente. Sobrevivió. Tomó las riendas. Izó el pabellón de guerra y se plantó en el campo de batalla, tocando arebato, sin piedad. Tratando de aplacarla concertó una reunión. Reunión en la que fue amable y educadamente insultado, acosado, agraviado y abofeteado, cuando en un arrebató inexplicable tocó la mano de la mujer. El estallido de la bofetada resonó en el despacho, en su alma, en su sentido de la vergüenza. Guerra, clamaba. Y todo empeoró.

Sabotajes invisibles, caos entre los empleados, maniobras interceptadas, reivindicaciones sindicales agresivas, huelgas. Todo se estaba convirtiendo en una compleja partida de ajedrez. Su calculado y definido sistema se estancó. Fueron atacados y respondieron, como guerreros. Pero no solo no existía piedad, sino que además se ignoraba toda cortesía entre enemigos, toda decencia en el arte de la guerra. Operarios heridos, proveedores que retrasaban la entrega de mercancía a fuerza de extorsión e incluso una aviesa lealtad al otro bando, repartidores torpes, accidentes en las cargas y descargas, grúas y cabrestantes que cedían o se desintegraban al tocar la carga.

Mientras tanto la pequeña empresa crecía más de lo imaginable. Les llovían contratos, se expandió, amplió la fábrica, compraron hornos, flotas de camiones, decuplicaron los trabajadores. Más allá de lo increíble, de lo lógico. Y según el contacto de Ookami Corp. sus cuentas cuadraban. Eran impolutas.

Finalmente, Yoshimitsu Sakamura tuvo que llamar a su casa madre. Ellos le escucharon y al cabo de cinco días de agónico silencio aceptaron sus disculpas. Viajó a Tokio a presentar el informe de viva voz, llevando la información recopilada por los detectives contratados: extraños movimientos, luces, fotografías borrosas, micrófonos detectados, cámaras destrozadas a distancia, más accidentes y muertes. Cuando levantándose de la mesa, el joven vicepresidente iba a pronunciar el veredicto, con su mirada plagada de suficiencia, asco, envidia, ocultos tras las gafas y un mohín desconsiderado, un fuerte golpe hizo vibrar la mesa, parándolo en seco. El presidente, hombre duro, descendiente de guerreros, igual que Sakamura reprendió muy suavemente a su hijo. Dijo unas breves palabras. Todos salieron de la sala de juntas, quedándose a solas el interpelado y el presidente.

Aquelse levantó y dijo a Sakamura que lo mejor sería hablar en el pabellón de té. Las cruciales palabras que se dijeron en aquel cuidado y perfecto jardín, bajo las nobles maderas que sustentaban la construcción, ante la antigua porcelana en la que se vertió la infusión verde, no

tuvieron más testigos. Cuando volvieron, caminando sobre las gruesas losas de piedra, los demás directivos los miraban por la ventana apiñados como vecinas en un ojo de patio o un corral. En el centro de todos ellos, con el pelo largo enmarcándole la cara, el vicepresidente, hijo primogénito y heredero natural del casi octogenario presidente.

Sakamura volvió a Europa, a su empresa. Dos días después llegó la ayuda. Un hombre feo, dentón, con la cara picada de viruela y sombrero negro, como su traje. Hablaron, pero de las palabras que se cruzaron no quedó constancia. El taoísta empezó a trabajar; se le vio por todo el edificio y las naves industriales, coches, salas de personal y aparcamientos. Un hombre que fumaba, más feo que un pecado, con su paso cansino y su continuo bisbiseo. Al poco tiempo informó de lo que había encontrado al mismísimo Sakamura. Evidencias de magia, encantamientos y maldiciones que, al parecer, era parte de lo que estaba detrás de los sabotajes. Por lo tanto, tras varias semanas de trabajo pudo contrarrestar la mayor parte de los artefactos, conjuros y talismanes diseminados por toda la empresa, incluyendo a dos trabajadores afectados por hechizos, que hacían las veces de «manos» del enemigo en el lugar. *Muy astuto, quien lo hubiera hecho*, pensó el taoísta. De ahí que planteara abiertamente al directivo un plan de enfrentamiento. Sabía que quien lo hubiera tejido todo, esa confluencia masiva de sabotajes y accidentes provocados debía ser, como poco, hábil. Por tanto, y había que ir trazando una trampa progresiva.

Y poco a pococomenzaron a desbaratarse los planes, hasta el punto de que las acciones se volvían más violentas, los accidentes, más espectaculares. Era hora de dejar actuar a la mano siniestra. Se elaboró una coartada y se dejó un trazo a la vista: se anunció a la prensa que la Ookami Corp. iba a traer una cadena de montaje especial para componentes cerámicos a la planta de la ciudad. La respuesta no se hizo esperar: en el momento en que el helicóptero de carga bajaba lentamente el potente horno nuevo, los cables saltaron, dejando caer las casi tres toneladas al suelo. Pero el acero tenía una trampa: el horno, y por extensión, cable y helicóptero —no sabían qué iban a intentar atacar específicamente—, estaban cubiertos de una serie de conjuros trazadores.

Cuando el hechizo hizo efecto, se activaron los dispuestos por el taoísta que, bajo la lluvia, en la azotea del edificio principal, esperaba. Y, realizando unos complicados cálculos, descubrió el emplazamiento de su oponente.

¡Cuál fue la sorpresa de Sakamura! Aquella pequeña, débil empresita que tanto había medrado, dirigida por la viuda desconsolada, la agresora, era quien manejaba los hilos de su perdición.

El taoísta y él elaboraron la estrategia final para eliminarla, ponerla fuera de juego, en definitiva, matarla. El hechicero puso la guinda: pidió quedarse con el alma de la mujer. Días antes, justo tras averiguar la procedencia del poder, el ocultista japonés había estado vigilando el lugar, tendiendo trampas sobrenaturales. Así descubrió que la mujer era la bruja que se les oponía. Seducido por el aura de poder que emanaba de las trampas, decidió que, si bien, tal como se demostró, el ejecutivo, la querría ver muerta, él necesitaba acceder a sus secretos: capturando su alma.

Y lo intentó. Tras la sutil estrategia del director, usando una filial para provocar un encuentro adecuado —el taoísta insistió en que debían darse unas condiciones muy específicas—, durante el colosal enfrentamiento intentó dañarla lo menos posible a fin de poder usar el talismán que había preparado para capturar el alma de la mujer. Talismán que quedó perdido en la refriega, así como el propio taoísta.

Sakamura degustaba los amargos pensamientos que llenaban su atribulada mente. Debían hacer algo. Sin el taoísta, ahora estaban a merced de aquella mujer, de sus poderes y su maldad. Las defensas creadas por el ocultista no durarían eternamente; de hecho le asombraba que en los pocos días que distaban desde su muerte aún no hubieran sido atacados de una

manera masiva y horrible. Y esa espera lo estaba matando.

Empero Sakamura era un hombre de recursos, un hombre práctico y sabía que debía usar ese tiempo para idear una estrategia que le permitiera obtener una ventaja, ya fuera un arma, otro ocultista o el plan idóneo que le permitiera salir airoso. Por ello estaba reunido con sus consejeros y directores adjuntos, jefes de departamento y ejecutivos.

Todos habían sido informados de la verdad: un competidor estaba recurriendo al juego sucio (chantaje, extorsión, sabotaje, espionaje industrial, sobornos, influencias...) para privar a Oookami Corp. de lo que en justicia le correspondía: su lugar preponderante y lógico en el mercado, o sea, el liderazgo.

—Propongo —sonó tímidamente una voz joven— algo un poco más... drástico, quizás no tan convencional.

Ese joven ejecutivo, un sobrino del director, venido desde Japón hacía apenas unos quince días, con su interrupción llamó la atención de toda la plana directiva.

—¿Qué hay exactamente de convencional en llamar a un taoísta para que se enfrente a una bruja, que es la responsable de que nuestra fábrica haya tenido un descenso operativo del 25% y un bajón de ventas de más del 30%, Fukioka-san?—inquirió Matsuo Toriyama, director de Recursos administrativos. Este era un hombre de mediada la cuarentena, con calva incipiente, gafas de montura metálica y gruesos cristales, y espalda ligeramente encorvada.

—Todo, Toriyama-san —afirmó el aludido desde el extremo de la sala. Sakamura asistía en silencio, pero con sus oscuros ojos brillando de interés, a la batalla dialéctica, calibrando las posibilidades de lo que aquel joven fuera a proponer. Se limitó a clavar sus muñecas un poco más en los bordes redondeados y pulidos de la carísima mesa—. Cualquiera puede recurrir a extremos, a contratar a un... experto para que... retire a nuestra competencia. En mi opinión, llamar al Taoísta fue acertado, pero previsible. Combatir a nuestro enemigo con sus propias armas. Estuvo bien, pero pudimos comprobar que fue ineficaz. ¿Y si aprovechamos el propio poder que esgrime esa mujer, esa bruja, contra ella misma?

—No estoy seguro de comprender eso Toriyama-san... —se vio súbitamente cortado a mitad de la frase.

—No me extraña —dijo, altanera y eficazmente el joven directivo, con un rápido gesto—. Me he permitido investigar en los ámbitos que en este lugar del mundo llaman esotérico. Y en él existen numerosas fuentes y recursos. Pero encontré, entre todo el ruido de fondo, la información sobrante, que existen varias organizaciones que combaten el abuso de poderes extraordinarios y de la vinculación de espíritus. Podríamos usar el celo de estas organizaciones para atraer su vista hacia el punto que nos conviene.

—¿Nosotros? —inquirió Fukioka-san.

—No. Ella. La bruja. Nos ha estado perjudicando a nosotros, honrados aunque competitivos empresarios. Situemos a esas organizaciones entre ella y nosotros. Que sean ellos los que enfrenten su ira y su poder. Además saldrá gratis, probablemente.

Sakamura alzó una mano. Reverentemente todos guardaron silencio, revolviéndose incómodos en sus sillones y alternando sus miradas entre el joven atrevido y el taciturno y pensativo director. Con el mismo gesto invitó a su sobrino a proseguir.

—Creo que un plan efectivo sería utilizar a sus propios enemigos en su contra. Interponerlos entre su poder y nuestra honorable empresa.

Los ojos de Sakamura brillaron, ahora, de expectación.

15. Sombras en la oscuridad

La consigna era esperar. Esperar a que en un punto impreciso del mercado negro se moviera algo que apenas sabían que existía. No decía que Rembrandt no tuviera razón. La tenía y eso le escocía a Bastian más que las hemorroides a un taxista. Sabía que aquello no era noble, esos pensamientos furibundos, hostiles, cuasi homicidas, contra un Hermano del Temple, pero tras lo pasado con él no podía evitarlo. O no quería.

Fogonazos de luz difusa, recuerdos de dolor, estallidos de energía; sus Hermanos cayendo muertos, las espadas repiqueteando en el suelo conformecían muertos sus dueños, desapareciendo a medida que los hilos de vida se desvanecían.

En ocasiones Cly tenía razón cuando lo llamaba niño. Ahora, para desfogarse, aporreaba con saña un saco de boxeo.

Su furia aumentaba. Su temperatura corporal también. Los puñetazos empezaron a cortar el aire, unos copos dorados se empezaron a desprender a cada golpe, y el saco empezaba a bambolearse, peligrosamente. Los dientes apretados, la mueca, apenas un gesto humano, con los labios retirados hasta las encías y los dientes fuertemente apretados. Puño, puño, puño, puño, patada, media vuelta, patada con giro, paso adelante, puño, puño, puño, rodilla, puño, codo, puño, codo, puñopuñopuño...

¡Cling!

La cadena se suelta. El saco permanece un segundo en el aire, antes de empezar a caer.

Giro y patada.

El saco vuela y se estrella contra la pared de enfrente. A diez metros de distancia.

Bastian se acuclilló con los puños en las sienes luchando contra el ser luminoso que bullía iracundo en su interior. En un espasmo de dolor, proveniente de su batalla contra las alas doradas que pugnaban por estallar y salir a la Realidad, apoyó las manos en el suelo, con tal brusquedad, que se resquebrajó en torno a sus palmas y dedos. La lucha era intensa. Sus emociones afectaban al huésped y lo alimentaban hasta el punto de hacerle bullir de impaciencia por salir y buscar a su ancestral enemigo. Para destruirlo, aniquilarlo. Eso era lo que Dios, los dioses, las potencias, o lo que fuera, habían creado: máquinas de matar. Sin cerebro apenas, sin una mentalidad: solo un propósito y el poder de llevarlo a cabo.

Eso era lo que Bastian tenía que sufrir, que confinar. Maldita fuera la hora en que entró en el apartamento del Alquimista.

—¡Bastian! —la voz de Cly le llegó desde un punto lejano, como cuando alguien te llama en la estación de tren mientras uno de ellos cruza a toda velocidad. Un rumor sordo al que te aferras para seguirlo entre la pléyade de sonidos.

Levantó la cara. Miró a su compañera, su amiga, su hermana, su Hermana en el Temple. Un sentimiento cálido inundó su mente obligando al furioso espíritu a retirarse. Recobró poco a poco el control, la serenidad inculcada mediante el entrenamiento, las enseñanzas y la práctica. Su pulso se atemperó; su respiración volvió a ser normal, y las venas se deshincharon, aliviando la presión. Cuando todo vestigio de la presencia ajena cesó, Bastian se atrevió a levantarse. Clytemnestra, Caballero Arcángel Templario, estaba allí, de pie, con una mano caída y la otra en la espada —a buen seguro con un arma presta, Bastian no se hizo ilusiones—. Su corto flequillo blanco a un lado de la cara, la frente preocupada surcada de arrugas inquisitivas, y los ojos atentos, calculadores.

—¿Cuántas probabilidades había? —preguntó el Templario. La garganta le abrasaba.

—No tengo apenas datos, pero no sé por qué marcaba un 98% —informó ella.

—Joder, ya tienes que haber mejorado para poder eliminar...

—De que me mataras pese a que me defendiera —Bastian se dio cuenta de que su compañera

no había retirado aun la mano del arma—. Un 86% si los quince que hay en la sala adyacente me ayudaran.

—¿Hay más caballeros en la sala de al lado? ¿Por qué? —quiso saber, en un burdo recurso para cambiar de tema.

—Pelea. Jun Long contra Cassidy.

—Interesante —su pulso ya estaba totalmente normalizado y se secaba el sudor con una toalla. Los fogonazos brillantes habían cesado, así como los latigazos en los músculos, la tensión en su espalda—. ¿Cómo están las apuestas? —preguntó.

—«*Los hermanos del Temple no se darán a...*»

—«*...vicios tales como el alcohol, apuestas o mujeres u hombres de mala vida.*» Ya lo sé, pero Rashid está aquí ergo hay apuestas.

—Cinco a una contra el oriental. Cassidy es precog y, como todos los precognitivos, una excelente luchadora, dada su ventaja.

—¿Y quién ganará? —quiso saber mientras iban hacia la sala.

Cly guardó silencio. Cuando se trataba de apuestas, no había forma de hacerla hablar.

En la sala los Templarios animaban a los dos contendientes. Rashid iba de un lado a otro recogiendo apuestas y jaleando a los luchadores.

Los contendientes se tantearon... El combate fue rápido. Ambos sabían que el otro era bueno en la lid. No había tiempo para florituras. Doble K.O.: el oriental había hecho un amago para engañar a la precog de Cassidy, cambiando de pierna en el último momento para propinar una brutal patada lateral en el cuello a la Templaria. Esta se había adelantado dos pasos cortos para burlar la patada que en realidad era el amago, y golpeó la cara del chino con la mano abierta, justo sobre la nariz. La pierna, aún en vuelo, de Tian Long golpeó a Cassidy con la rodilla en plena sien.

Cayeron pesada y aparatosamente. Por un segundo se hizo el silencio. Después subieron, disciplinadamente y sin alarma, varios hermanos al ring para ayudar a los dos luchadores inconscientes. Rashid fue el primero en entrar y examinarlos. Cly sonreía de través.

—Cuando hay demasiadas variables, cuando ambas partes se adelantan a la otra en un baile de cálculos y previsiones sucede lo imprevisible —murmuró por lo bajo. Le dio una palmada en el hombro a Bastian—. Dúchate, mocetón, tenemos que salir a vigilar.

Bastian gruñó algo ininteligible y se dirigió de mala gana a su habitación.

Una hora después, él y Cly estaban en el vehículo, rumbo a la ciudad. De nuevo se estaba aburriendo de tanta reunión, vigilancia y escaramuza estúpida. Miró de soslayo a su compañera que, concentrada, miraba a la carretera.

Era una mañana lánguida de nubes pesadas y llovizna pertinaz pero espaciada, apenas unas gotas en el parabrisas que descomponían en múltiples fractales las luces traseras de los demás vehículos.

Clytemnestra conducía, pero no estaba allí, sino más allá, en las brumas de los recuerdos, mientras su cuerpoconducía automáticamente. Bastian miraba por su ventanilla, sin ver el fantasma de la memoria revolotear. Días como esos, en los que la lluvia caía lenta pero pesadamente, sumada al tráfico, traían esos ecos casi olvidados, enterrados en lo profundo...

Una mañana en la que el colegio partía a una prometida y esperada excursión. El interior de un autobús en el que un grupo de niños cantaban canciones de viaje, desafinando alegremente, indiferentes al mal tiempo. Una profesora de pie en el pasillo mientras dirige el canto, palmeando. Niños felices, alegres. Emocionados. Y un conductor atento y diligente, con una sonrisa bajo el bigote canoso, consciente de que en sus manos está toda una nueva generación casi recién horneada.

Lástima que no pensara igual el conductorde la hormigonera que, ya sin cafeína en las venas,

cerró los ojos un momento, «total, estamos en una recta de diez kilómetros. Solo un momento. Abrir y cerrar.»

El bache. Impacto en la rueda delantera derecha. El conductor abrió los ojos, sobresaltado, y dio un volantazo. Pero llovía y el pavimento estaba mojado, con una pátina traicionera de agua y muerte futura. Y la gran cabeza blanca de la hormigonera se sacudió, como un dragón recién despertado. Frenó y las ruedas traseras, bloqueadas, se deslizaron lateralmente. El impacto fue brutal. El autobús, empujado a la cuneta y al bosque que crecía... cien metros cuesta abajo. La primera vuelta fue silenciosa.

En la segunda hubogritos, cristales y metal chirriante, hasta que con un estampido contra los árboles, que se astillaron, todo cesa. La hormigonera está panza arriba sobre el autobús, agitando sus grandes ruedas como un escarabajo de metal y caucho vulcanizado. La lluvia siguió cayendo, indiferente. Nadie sobrevivió. Ni el camionero sin cafeína, ni el conductor simpático y responsable del bigote canoso, ni la profesora. Ni los treinta y siete niños.

Una niña de pelo castaño y largo, con algunos mechones blancos dispersos y el flequillo enmarcándole el gesto serio, vio todo lo sucedido desde arriba, desde el borde de la carretera: el accidente, los árboles rotos y las ruedas retorcidas.

Había llegado tarde, y su madre la llevó en autobús, en el coche, para incorporarla a la excursión, ya en destino. Ahora mamá hablaba a gritos por el aparatoso teléfono móvil, con gruesas e incontenibles lágrimas rodándole por las acaloradas mejillas.

La niña no cambió el gesto. Había visto a la profesora de pie. Había visto la hormigonera. Había visto los números. Sabía, inconscientemente, el resultado.

Mamá ingresó en el psiquiátrico a finales de año. En octubre ya se sentaba en el sofá y no dejaba de hablar de los niños. Sabía todos los nombres, cantaba con ellos, muy bajito, con dulzura queda. Papá, que solo venía a casa muy de cuando en cuando porque el trabajo lo mantenía lejos, habló con Cly, la niña que el día después del accidente se sentó sola en el aula vacía.

Pasó varios meses con papá en casa y después, cuando le contó lo que los números le decían, fue al colegio. Pero no al de siempre. A otro. Otro... mejor. Allí la entendían. Poco a poco hizo amistades, habló con los profesores, y pasó a ser una Cruz Nueva de pleno derecho. Y papá le dio clases. Todo porque aquella mañana, el reloj de Pluto se había quedado sin pilas, y el de mamá tampoco sonó. Aunque estaba enchufado.

—Cly, la hormigonera...

—Sí, la hormigonera blanca como un dragón de...

—¡Cly, que nos comemos la hormigonera! —gritó Bastian.

La Templaria manipuló el volante rápidamente y corrigió el rumbo. Un bache hizo saltar brevemente la rueda derecha delantera. Pero se mantuvo rígida y no pasó nada. Seguro que los niños del autobús que acababa de adelantar habrían agradecido, de haberlo sabido.

Tomaron la salida que les llevó hasta el centro de la ciudad. Bastian le indicó que aparcara en la entrada al barrio antiguo.

—Vamos a ver a un amigo —informó el Templario escuetamente.

Caminaron calle arriba. El asfalto mojado relucía bajo el cielo de plomo. Sus pasos resonaban en las paredes de granito de las casas señoriales de la ciudad vieja, testigos mudos de la historia de la urbe. Pasaban pocos coches por las cada vez más estrechas calles que otrora recibían el sonido de los cascos de caballos y los pasos apresurados de quienes circulaban por sus estrechas rúas, buscando el anonimato de los umbríos soportales. Quizás en busca de oscuros conocimientos que se encontraban en las casas graves y pétreas de la ciudad vieja. Hablaban las leyendas al amor de la lumbre, de necromantes y alquimistas, cabalistas y magos de extraños nombres; maeses de largas barbas y apergaminadas pieles, manchadas de ácidos y raras

substancias obtenidas en sus búsquedas de secretos elixires y misteriosos arcanos.

El aire olía a humedad plagada de misterio junto a la áspera piedra. La luz gris arrojaba difusas sombras en los edificios de grandes sillares que amenazaban las calles. Conforme se adentraban en la antigua ciudad, el aire pugnaba por envolverlos en brumosos secretos. En aquellos desgastados sillares se entreveían símbolos grabados, glifos extraños y eruditos criptogramas.

Acababa la calle en una pequeña plazaelíptica en cuyo centro se erguía un pequeño obelisco de piedra oscura. Al otro lado de la plaza se alzaba, oscura y flamígera, erizada de púas y custodiada por gorgóneas gárgolas retorcidas, la Iglesia de San Olaf. La fachada se retorció hacia el cielo. El santo contemplaba con ceñudo ademán la plaza, hacha rúnica en mano.

—¿Tienes un contacto clerical? —inquirió Clytemnestra—. ¿Vienes mucho por aquí? ¿A confesar algún pecadillo? —se burló.

Bastian se limitó a sonreír torcidamente.

Se acercaron al oscuro pórtico en cuyasarquivoltas se arracimaban pasajes infernales, mártires torturados y ángeles vengadores de cruel y terrible faz. Las puertas ojivales estaban cerradas, salvo la portilla principal abierta a la oscuridad. En el interior, incienso y episodios en la vidrieras del santo Olaf, en su afán por cristianizar Noruega con su hacha. La iluminación provenía de dos grandes y arcaicos braseros cercanos al transepto e impregnaba paredes, tallas y pinturas acariciándolos con sus etéreos dedos, así como de la miriada de amarillentos cirios y lámparas de plata que colgaban desde el oscuro techo, afiladas puntas argénteas como dientes acechantes de un oscuro y sinuoso dios pagano y malvado.

Las tallas, iluminadas por los pesados velones, lloraban sangre pintada, sufrían eterno tormento en el momento de su propia elevación religiosa: despellejados, asaeteados, asados, hervidos y desmembrados. Sangre en los ojos, manos, costados, corazones y cuellos. Bastian siempre pensó que la iconografía cristiana podía competir y ganar en cualquier certamen de cine gore o en las galerías del terror de cualquier psicópata.

El suelo de la iglesia estaba compuesto por lápidas de eminentes y olvidados obispos, nobles, bastardos, amantes, cortesanos, príncipes oscuros y nonatos. Al llegar al crucero, Bastian miró a su alrededor mientras Cly reparaba en el extraño retablo, que parecía surgido de una pesadilla de El Bosco. Inadvertidamente, ambos se separaron. Las botas de la Templaria apenas hicieron ruido mientras caminaba sobre el lustroso suelo. Observó las columnas del triforio, las vidrieras. Por un momento las sombras parecieron alargarse. Cintas de oscuridad que reptaban por las paredes, deslizándose por las cadenas de las lámparas, parecían surgir de los tenebrosos confesionarios semejantes a antiguos instrumentos de tortura medieval o puertas oscuras a nuestros más profundos temores. Las estatuas, las imágenes y gárgolas que aparecían también en el interior de la nave ¿por qué? Eran creaciones decorativas exteriores, ¿por qué pendían del triforio y de las paredes? Parecían llorar oscuridad; pero cuando las observaban de cerca las tinieblas, estas ya no estaban ahí.

Cly empezó a ponerse nerviosa. Había visto cosas realmente horribles en sus años como Templaria, pero nunca había sentido esa sensación de acoso, vigilancia, hostilidad. Involuntariamente dirigió su mano a su espalda donde guardaba el arma dentro del abrigo tres cuartos beige, de piel.

Se puso a la defensiva, caminando hacia atrás, buscando un punto iluminado en el que situarse.

—Cly.

La Templaria respondió a una velocidad cegadora. Rodó a un lado y sacóla ballesta desplegable, que se montó con un chasquido en menos de un segundo. El arma había aparecido en sus manos desde la funda de la cintura. No sabía decir por qué había elegido ese arma. Instinto. Sexto sentido. Quizás tuviera algo de precog. Tendría que hacérselo mirar.

Ante ella estaba Bastian, con su largo y empapado abrigo negro. Junto a él, un clérigo. Era un

hombre que aparentaba unos cincuenta y tantos años, con el pelo cortado a cepillo y un bigote que le enmarcaba la boca. Aquella boca de gesto duro denotaba un cierto porte... ¿aristocrático? Pero sus ojos... sus ojos de obsidiana pura delataban, a una mirada entrenada como la de Clytemnestra, una edad mucho mayor, que tenía que ver más con los siglos que con los años.

La impecable sotana le cuadraba los hombros, una sobria cruz de plata colgada al pecho; un cura conservador. Pero la Templaria sentía algo. Se levantó de su posición agazapada. Sus sentidos se expandieron en apenas unos segundos y la imagen del cura, en una gama de azules y grises delató un brillo plateado y titilante. Su vista se enfocó de nuevo en la Realidad. La lectura de auras era una de las asignaturas que pocos llegaban a dominar totalmente sin el don, y Cly, sin embargo, lo había conseguido.

—Cly, baja ese trasto —le conminó Bastian.

La Templaria lo hizo, pero tenía la furibunda mirada clavada en el sacerdote. Bajó el punto de mira de la ballesta de la cabeza al pecho.

—Wampyr —murmuró entre dientes.

El cura sonrió, colmilludo.

—Te presento al pater Gustav Korvin, del Linaje de Korvin el Gris, Voievoda Wampyr de la casa...

—...Moldava y Valaca, ¿También es rumano? —inquirió, molesta, mientras bajaba el arma del todo, ante el ademán conciliador de su compañero.

—No —contestó el aludido—. Austríaco, en realidad.

—¿Y por qué hemos venido a verlo, Bastian? —quiso saber la Templaria.

—Porque tiene información.

—¿Sobre?

—Unos empresarios japoneses...

16. El Culto

Antiguamente el lugar había sido la residencia de un poderoso noble, conocido por sus hazañas estratégicas tanto en el campo de batalla como en las habitaciones de cortesanas y nobles damas. El maravilloso palacete había sido restaurado con gusto exquisito, así como reacondicionada la vasta y verde finca en que se encontraba enclavada.

Tras una miríada de estanques y fuentes, setos y cipreses, exuberantes parterres y silenciosas estatuas, se encontraba la construcción. Una amplia y sólida planta rectangular de la que emergían dos pabellones en sendos extremos. Todo el edificio estaba acristalado con amplios ventanales y pintado de un níveo blanco, y sus altos tejados a dos aguas eran de un azul profundo, surcado por los óculos blancos de habitaciones y buhardillas. Los oscuros y orgullosos cipreses se pegaban al edificio, estratégicamente, flanqueando las ventanas, mientras que un camino abovedado por frutales conducía al pabellón de caza, edificio este más pequeño y oculto tras un espeso y oscuro castaño. Contrastando con el silencio que emergía, sinuoso y etéreo del oscuro palacio, el pabellón estaba iluminado por un fulgor de ámbar que salía por sus ventanales formando un círculo de luz alrededor de la casa, imperceptible al ojo curioso, salvo por el camino de frutales, en cuyo final se veía el amarillo de las luces. De pronto, esta iluminación cesó a la par que una violenta ráfaga de viento sacudía la floresta, haciendo tremolar a los altos árboles. Poco a poco, en la brisa espectral, se distinguieron palabras susurradas. Lentamente en principio, sibilantes, hasta empezar añadiéndose capa tras capa, más susurros, que llegaron a conformar una suerte de tenebroso cántico en una que antaño, hace eones, sonó en un lejano desierto de arenas carmesíes.

Al igual que las luces ambarinas se vieron recortadas por una sombra que, una polilla gigante, gaseosa, compuesta de temor y maldad, aleteó, despacio, alrededor del pabellón de caza.

La ceremonia ya había empezado.

Una amplia sala. Una gruesa alfombra muy tupida de color carmesí con arcanos símbolos grabados a fuego, destrozando las fibras con el negro carbónico de la marca ígnea. Paredes con multitud de cornamentas: un cementerio de cráneos cuyas negras cuencas secolaban los dedos finos y naranjas de la iluminación proveniente del centro de la sala y el altar. En muchas de las astas había colgados pedazos de cristales diversos que multiplicaban caleidoscópicamente la luz.

Bajo aquel alto techo de vigas oscuras, catorce figuras ataviadas con túnicas escuchaban embelesadas a otra, de pie ante un altar. La voz salía de detrás de una máscara, una pesadilla hecha de un extraño cuero negruzco y piezas irregulares de metal. La boca hablaba tras un fino laminado con aberturas verticales. La capucha ocultaba en sombras los relieves reales de la máscara, pero en los claroscuros parecía cambiar. Las piezas de metal no siempre estaban en el mismo sitio y las aberturas cambiaban de posición. Al principio los cultistas se enervaban. Después lo tomaban como una muestra del extraño poder que esgrimía su líder. Líder al que conocían solo por un apelativo: el Archiduque.

En aquel remoto y escondido pabellón de caza se había formado ese conciliábulo, aquel grupo de verdaderos adoradores de Lo Oculto, de Lo Que Da Poder, Aquello del Otro Lado, el Benefactor de Almas. No eran un grupo de estúpidos esotéricos: cada uno de ellos había sido elegido por la Potencia. Cada uno de ellos había aportado su sangre y un pedazo de su alma y había observado y experimentado sus efectos.

A Jürgen Van Hólt, escritor, *cuyonom de plume*, era Clement Harris, su pacto le había conducido hasta el primer puesto de los *best sellers* de novelas de misterio. Su heroína, Katarina Hernst,

resolvía una miríada de complicados casos en más de quince novelas y dos adaptaciones cinematográficas.

Jürgen, una vez más, depositó, según el ceremonial, el cáliz lleno de un líquido oscuro junto al puñal, en el altar, bajo la atenta mirada del Archiduque. Percibió un asentimiento y volvió junto a su condiscípulo.

Edouard Moret, más conocido como *le petit Denis*, diseñador de moda, «tocado y bendito por las musas», habían dicho, como poco, las revistas de moda, junto a adjetivos como «visionario», «renovador», «Pitágoras del vestir», «avatar del Diseño», «guardián de la Vanguardia» o «león defensor del Gusto». Hasta sus enemigos se negaban a hablar mal de él. No se lo merecía. *le petit Denis*, con su largo cabello sujeto por una simple cinta de raso o seda y un fino bigote. Era fiel siempre a su pretendida imagen, la de un noble francés del siglo XVIII con el toque moderno consistente en una peluca gruesa de color azul eléctrico.

Ahora escuchaba a su Archiduque.

«El Tiempo de la Renovación se puede fechar. El Tiempo del Poder ya está aquí. Todos habéis obtenido recompensas por vuestra fe. No adoramos a un dios. Ni a un demonio. Estamos más allá de eso, pues nosotros adoramos...».

«A una Potencia, un Principio» resonó una voz en la cabeza de Eleanora. Su firma de acero, Vitrovna, era temida en todas las primeras planas. Su opinión: era una cátedra, un principio, susceptible de convertirse en unimperativo categórico. Su periódico era ahora el referente mundial en información crítica, un faro informativo y pilar de la objetividad y profesionalidad, siendo ella su mascarón de proa y enseña. En seis años de duro trabajo había conseguido pasar de los horóscopos a tener una media columna de sociedad. En un año, tras ingresar en el Culto, después de ser presentada a otro de los miembros, Edward Petrus, escritor de temáticas vampíricas, —creador de Ladislav Wampyr—, y después de haber tenido una visión mientras hacía el amor con él, logró recabar la atención de sus jefes tras cuatro demoledores artículos sobre temas candentes, presentados sobre sus mesas por aquella férrea periodista en cuyos ojos brillaba la Verdad Objetiva.

«Nuestros esfuerzos han sido muchos y nadie puede decir que persigamos y mendiguemos los dones y favores de un ente incognoscible, invisible, etéreo y tortuoso. Seguimos a algo que podemos ver y sentir, algo que está en nuestros corazones, trascendiendo incluso la carne y el espíritu, la lógica y la fe ciega. Así es. Lo hemos visto. Y nos ha bendecido. Todos tenemos pruebas de ello».

«Vaya si las tenemos», pensó Mónica da Ponte, hija de un millonario empresario italiano. Ella y sus tres amigas habían conseguido todo lo que anhelaban. Hombres, dinero, poder. Poco a poco, pero progresiva y empíricamente. Ella y Anna de García, empresaria de una cadena de tartas y postres de diseño; Hua Xiao Mei, que tenía el negocio de planificaciones de boda más solicitado y caro de toda Europa, y Lorraine du Fôret, heredera de una casa noble francesa y poseedora de una de las más cotizadas líneas de alta joyería, habían empezado como cuatro muchachas jóvenes acaudaladas que solo tenían por misión ir a los saraos y fiestas de *lajet set*. Y todas encontraron un propósito en la vida, tras escuchar los susurros de la Potencia en una fiesta de una galería de arte y descubrieron, morbosamente atraídas por esa cancioncilla oscura, el camino hacia el sótano, donde la ceremonia en curso se celebraba. Llegaron, y los susurros se incrementaron y la lengua bífida y dulce de la ambición y los deseos encendidos acarició sus corazones, visiones de promesas, miel y éxito. Solo unos leves susurros... y se postraron. Encontraron entonces la razón de la vida de cada cual, vidas antes huera, vacuas, insustanciales.

Las palabras reverberaron una vez más antes de agazaparse y ocultarse de sus mentes y sus almas. Los otros seis asistentes, tres nobles europeos, antes aburridos, dos asesinos profesionales y una actriz, ahora de éxito, sonreían tras sus capuchas, rememorando su buena

fortuna y los dones concedidos.

«Es hora de que traigamos ante nosotros al Maestro. La Potencia, nuestro Maestro en la Vida y que lo será en nuestra lejana e inevitable Muerte, nos ha comunicado algo. Nos ha revelado lo que necesitamos para que pueda traspasar los tupidos velos del Tiempo y el Espacio y así venir hasta este plano y bendecirnos con su presencia. Para poder servirle y ser recompensados. Imaginad» —dijo el Archiduque alzando los brazos; los pliegues de la túnica cayeron hasta sus hombros al elevar las manos, y los cultistas vieron lo que creyeron era otra revelación: la Trascendencia, un don alcanzado por unos pocos. Pues el Archiduque, director del culto, tenía un brazo rosado, lozano, fino, como el de una mujer joven; y el otro era negro, repleto de aristas y acabados en garras. Casi parecía tallado toscamente en piedra de lava. Fuera quien fuese el tal Archiduque, sin duda habría sido bendecido con el Poder, pudieron comprobar los cultistas—, «imaginad» —repitió solamente— «lo que puede representar su recompensa. Habéis recibido dones, el cumplimiento de vuestros deseos con tan solo asistir y comprometeros, con dar pruebas de vuestra fe. Todos y cada uno de vosotros porta la marca ritual que os erige por encima del común de los mortales» —bajó los brazos—. «Si solo por vuestra fe habéis obtenido la fama, el éxito, el dinero, la saciedad de vuestras ansias, ¿qué no recibiréis a la llegada de Nuestro Maestro?»

Enfervorizados, miraron cómo el Archiduque entraba en un pentáculo dobletrazado en el suelo, portando un artefacto con forma de pirámide y lo depositaba en el suelo. Cuando pronunció unas palabras, el aparato extraño empezó a abrirse por su cúspide y de ella brotó un pequeño brazo articulado en cuyo extremo se veía sujeto un facetado cristal naranja en con un punto brillante y móvil en su interior. El artefacto estiró el pequeño brazo hasta que llegó a la altura de la cara del Archiduque. Entonces este pareció susurrar algo. La joya se iluminó y proyectó el haz de luz que abrió un óvalo interdimensional. Y por primera vez desde la fundación del culto, vieron el rostro de su benefactor, el Maestro, el Poder.

No era así para Andrea, tras la extraña y alienígena máscara cambiante del Archiduque, lo veía en el óvalo interplanar una vez más. Pero también sabía cómo lo verían los cultistas. Un ser terriblemente bello, una criatura perfecta, de faz serena, que reflejaba su nobleza en el brillo penetrante y arrebatador a sus ojos. Estaban extasiados. Sin embargo, Andrea lo veía como una gran mole, poderosa, armada con una terrible espada, un látigo cuyos extremos acababan en múltiples cuchillas de mortal aspecto. Su rostro era de obsidiana pulida; sus ojos ardían con odio sin destilar, venganza. Andrea Saint-Luc no era idiota, y sabía a todas luces con quién se estaba jugando los cuartos: se trataba de un Diablo. Una entidad de energía destructiva y entrópica, a la que se había sometido voluntariamente. Para averiguar quién le había arrebatado la vida a su marido. Quién le había arrebatado la vida a su hijo. Y quién casi se la había arrebatado a ella. Y vengarse. Fue esta criatura la que le susurró en su debilidad, quien la dirigió hasta el oculto despacho de su abuelo y le reveló secretos y arcanos, quien le instó a crear este culto, gracias al cual un grupo de humanos le proporcionarían energía en forma de fe para poder recuperar su propio poder a través de los velos.

Andrea sabía que la imagen del ángel terrible, el ser inefable que los cultistas veían, no era el aspecto real de la criatura. Andrea sabía que lo que ella veía tampoco era su verdadera faz. Y de hecho no le importaba. Por ella, como si era una diablejo enano, paticorto, barbudo y con chepa. Le daba igual. La criatura tenía ahora, gracias a ella, los medios para ayudarla en su venganza. Ciertamente era que habría sido más fácil contratar a unos sicarios y señalar a la víctima, pero ¿dónde quedaba el sufrimiento que ella había pasado, el dolor, su alma desgarrada? Si alguien sabía de dolor, era un Diablo. La fase final de su venganza ya estaba en marcha.

* * *

Emmanuel Zaccariah era su último alias, medía metro setenta y cinco, corpulento. Cabello color cobre oscuro, rizado, con barba de tres días. Ojos ocultos tras unas discretas gafas de sol. Aquella mañana caminaba rápido, con paso depredador, por las calles del sector de negocios de la ciudad. La gente tendía a apartarse de su camino. A fin de cuentas, los corderos solían reconocer a los lobos aún instintivamente, cuando no los veían directamente. Con los humanos, con casi todos, ocurría lo mismo. Centrado como estaba en su misión, no se dio cuenta de que dos personas le seguían. Su misión. Tras la ceremonia de la noche anterior, el Archiduque le encargó algo personalmente. Ciertamente es que había recibido bendiciones y dones distintos: el primero residió en algo que le costó mucho, y lo segundo fue un don que apreciaba enormemente.

Dos años antes, en un hospital de blancas paredes y en una habitación en la que la luz del sol entraba a raudales, él aguardaba, en la cama, a que llegara el médico. Cuando este entró en la habitación, lo miró fijamente, tras unas gafas redondas de montura metálica. Tenía la frente vendada: un golpe en la última misión. Tras examinar la herida, el médico le miró a los ojos. La luz de la ventana incidía en los cristales, reflejándola, ocultando los ojos del médico. Así, parecía apenas una máquina, con su tono de voz monocorde y átono. Aun así, Emmanuel apreció cómo reprimía un escalofrío. *Cordero*, pensó. Y el médico le espetó la noticia. *Cáncer. De pulmón*. El tumor no era pequeño, y era lo que explicaba que hubiera empezado a escupir sangre. Había entrado en una fase muy agresiva. El médico se fue. La habitación ya no era, de repente, tan luminosa. Todo había cambiado.

Pero ahora, gracias al Archiduque, Emmanuel Zaccariah ya no tenía cáncer. Emmanuel. Asesino entrenado por el Mossad israelí, poseía un don otorgado por la Potencia, por el Maestro, por mediación del Archiduque. Sus balas ya no fallaban ningún blanco, mientras mantuviera la concentración en la víctima, añadiéndole a ese proyectil una fracción de voluntad. Si los hombres le habían convertido en uno de los mejores asesinos, ahora el Señor, a través de su Archiduque le había concedido ser mejor asesino de lo que nadie humanamente podría ser. Así es como Emmanuel Zaccariah veneró a su Señor y se enamoró de la Muerte.

Eso explicaría el rostro de soberana sorpresa cuando comprendió que ni siquiera sus expertos sentidos le alertaron de que al fin, se había convertido en la presa. Había salido, hacía unos segundos, de un bloque de apartamentos donde el Archiduque le había encomendado dirigirse. Allí habitaba una criatura. Un ser débil y estúpido que poseía algo que el Archiduque requería para el advenimiento. Entró, aniquiló a la criatura de forma limpia y eficaz —parecía una especie de gnomo de piel oscura; al parecer los cuellos de esta especie no eran especialmente resistentes—, cogió lo que le habían ordenado y salió. Fue entonces cuando una fuerte manaza le empujó contra una pared del callejón cercano. Cualquier intento de defenderse quedó anulado cuando una daga de hoja caliente y vibrante le atenazó el cuello.

—Si te mueves, hago un grafiti con tu sangre. Y si me apuras lo decoro contigo. ¿Lo pillas?
—dijo una voz.

Las gafas del israelí cayeron al suelo y su vista se enfocó mejor. Un hombre, negro, rapado, y con una blanca sonrisa que prometía violencia entusiasta se dibujó ante sus ojos. La daga, por alguna circunstancia, le empezaba a quemar en la piel. Tras el agresor había otro hombre. Este era blanco, con oscuros ojos que auguraban una violencia inmediata y desatada. No sabía aquel asesino entrenado y renegado del Mossad cuál le daba más miedo.

—¿Qué es lo que le has cogido al gnomo? —quiso saber el hombre negro—. Si me mientes, te dolerá. Bastante.

El asesino Emmanuel Zaccariah miró un poco hacia abajo.

—En mi bolsillo —dijo el israelí.

—R —llamó a su compañero—, cachéale.

—¿R? —preguntó Emmanuel Zaccariah a su agresor. Se estaba dando tiempo para tratar de

deslizar la mano y sacar un arma.

—Sí, palurdo. Somos R&R como los *Men in Black*. Yo soy el *blacky* si me tocas los huevos tú serás el *Bloody Mary* ¿lo pillas?

Rembrandt, molesto, cogió el objeto del bolsillo del israelí.

—El Cubo de Oro de Malkt, pone en la etiqueta —informó, tras sacarlo..

—Genial. Te vienes con nosotros, vamos a charlar.

—¿Pero quiénes y con qué autoridad? —gruñó el asesino.

El negro sacó una identificación.

—Interpol. División de tráfico de Antigüedades. Queda usted detenido por...

En ese momento, la mano entrenada del asesino sacó un arma, una pistola Glock 17 con silenciador y empezó a disparar. Pero se quedó atónito: el agente negro y rapado había esquivado las balas, que impactaron en la pared de enfrente, creando una pequeña nube de polvo de ladrillo. El otro agente fue por el lado, le golpeó secamente en la nuez y le hizo una luxación de muñeca, partiéndole, además, el dedo del gatillo, al coger el arma por la corredera y retorcerla.

El asesino gimió de dolor al sentir el chasquido y recibió además, dos puñetazos, un gancho en el estómago y otro en la cara que lo dejaron prácticamente fuera de combate. La fuerza aplicada fue más impresionante de lo que jamás habría supuesto, como si dos yunques hubieran sustituido los puños. Fue vagamente consciente de su caída al suelo.

Después fue levantado y arrastrado hasta el coche.

—¡Por tocarme los huevos, por eso está usted detenido! —escuchó bramar al negro—. ¡Pedazo de animal, la madre que te...!

La puerta del coche se cerró. Lo habían esposado y arrojado al asiento trasero de un coche. El vehículo arrancó y pusieron la sirena.

Desde el otro lado de la calle, un hombre miraba la escena en silencio. Era un rubio báltico, con un afeitado impecable y ojos de un azul profundo, boreal. Alto y fuerte, Carl Gustaffson tenía treinta y cuatro años y más de catorce de ellos como asesino profesional. Igual que su camarada israelí, era un agente encubierto experto en el uso de las armas. Por eso le costaba creer que este no hubiera podido deshacerse de los dos Interpol. Vista la velocidad a la que se movía el agente rapado y negro y la brutal reacción del compañero, supo que, una vez más, el Archiduque había acertado. Ahora le tocaba a él.

Cruzó la calle y entró en la tienda de la que momentos antes había salido su camarada. Vio el cadáver, una especie de criatura pequeña de poco más de metro veinte de alzada, con la piel de un tono pardo muy oscuro y la lengua, que asomaba entre los puntiagudos dienteillos afilados, larga y amoratada. Su cabeza estaba girada en el ángulo contrario a su desplazamiento natural. No había signos evidentes de pelea, así que el israelí había sido rápido y eficaz. Carl Gustaffson ignoró el cadáver y se dirigió hacia la trastienda. Allí encontró la señal dejada por su compañero, un *post-iten* un cajón de una estantería de casi cuatro metros de alto que iba de pared a pared y plagada de esos cajones, pequeñito pero profundos. Quitó el papelito y abrió con cautela. Visto que no ocurría nada, metió la mano y sacó hatillo de barras de metal, atadas con una serie de vueltas de alambre dorado; estaban recubiertas de extraños y pequeños caracteres. Sus instrucciones eran precisas: coger una bolsita de tela, guardarlos en ella y llevarlo hasta el punto de encuentro.

Cuando iba a salir a través de la cortina, vio entrar a dos personas.

—Asegura la zona —dijo uno de ellos—. Yo reviso el cadáver y aviso a central; una pena, me caía bien el gnomo este...

Carl Gustaffson sintió la adrenalina bombeando y acelerársele el pulso. Tener que huir siempre le cabreaba pero era vital no llamar la atención; se metió por los recovecos de la trastienda, tuvo que agacharse ya que algunos muebles, por aquellos estrechos pasillos, formaban una

suerte de puentes entre sí que a él —metro noventa de estatura— le quedaban a la altura del pecho. Aquello empezaba a parecer un laberinto, pero de pronto vio una puerta verde de metal, a su derecha. Tiró de ella. Estaba abierta. Daba al callejón. Podría saltar sin problemas por la tapia y dar a la calle trasera. Justo al salir sintió un brusco tirón de su chaqueta y un fuerte escozor en el brazo. Miró y vio un garfio de metal en la jamba que le había rasgado la ropa y la piel, abriendo una fea herida.

—Maldito enano —masculló.

Cerró la puerta y se fue, cumpliendo el plan trazado por el Archiduque.

La heridita de marras escocía. Bastante.

17. Interrogatorios con sorpresa

La sacristía estaba bien iluminada, sencillamente decorada, nada de muebles oscuros y tétricos, sino prácticos, de cristal y metal cromado. «Al parecer», pensó Cly, «el vampiro de las narices tenía gustos espartanos, lejos del estereotipo victoriano y recargado». Les invitó a sentarse en una mesa y les sirvió un refrigerio. Cly se descubrió cavilando de dónde obtendría el Páter su alimento: la sangre.

—No de mis feligreses, desde luego —dijo el vampiro.

Cly le dirigió una mirada hostil. No le gustaba que le leyeran los pensamientos. Reforzó su barrera mental tal como le habían enseñado en los cursos para protegerse de las intrusiones. Un Templario con una mente débil y abierta sería una presa fácil para criaturas que podían acceder a las mentes ajenas. Como toda respuesta, el religioso sonrió.

—Unos conocidos míos, del barrio oriental, al otro lado del río, cerca de esta iglesia, me comunicaron algo no hace mucho. Temían que la mala racha que atraviesa su empresa se debiera a una influencia no natural —informó el vampiro—. Examinando su historial —dijo sacando un dossier y dejándolo en la mesa— concuerda, pero si queréis investigar más profundamente, es cosa vuestra.

»La cuestión —continuó— es que llamaron a un experto de su país. El experto desapareció en extrañas circunstancias, creen que por obra de quienes tratan de perjudicarles. Han descubierto lo siguiente —en este punto abrió la carpeta y sacó unas fotografías—: existe un culto, una especie de congregación que se reúne para adorar a algún ente paranatural. Lo componen entre diez y quince personas —fotografías de cuatro niñas bien, dos escritores conocidos y una periodista de éxito saliendo de restaurantes, del coche o entrando en una casona antigua, y de un hombre con barba de varios días y ascendencia judía—. Todo esto son notas encontradas tras la desaparición del experto. Afirman que han visto a algunos de ellos rondando cerca de locales y empresas donde tienen intereses, siempre antes de alguna catástrofe. Hay grabaciones de seguridad que lo demuestran en el DVD adjunto.

»No saben quién los dirige, pero temen que se trata de alguien de extensos conocimientos sobre el campo de actuación de la empresa y sus filiales, dado que lo que se rompe, pierde, explota o falla catastróficamente es algo muy específico que causa un daño de tipo estratégico, nada al azar. También consta todo en el informe.

Los Templarios habían escuchado sin interrumpirle. El vampiro juntó las yemas de los dedos y esperó las preguntas. Estas empezaron a los pocos segundos.

—¿Cómo se llama la empresa? —empezó Cly.

—Akanawa Corporation.

—¿Quién le entregó el informe? —continuó la Templaria.

—Un ejecutivo.

—¿Cómo te conocían? —prosiguió.

—Eso no te importa.

—Pues yo creo que sí.

—Cly, serénate—susurró Bastian—. Gracias por la información, Gustav. ¿Nos vemos el lunes en el minigolf?

—Si por entonces sigues vivo... —respondió este con una sonrisa y un encogimiento de hombros.

Los templarios recogieron la documentación y se fueron de la sacristía, dejandolos al vampiro. Una vez sintió que habían salido, dijo, a nadie en particular, sin dejar de mirar la pared.

—Ya está. Entregado —su voz retumbó levemente en la vacía sacristía, áspera y gutural.

—Gracias —respondió otra desde detrás de una puerta. Tenía un fuerte acento.

—Ahora, largo —siseó el vampiro. El tono era peligroso, como un latigazo—. Nuestra deuda

está saldada.

—Sin embargoyo creo que...

—¡He dicho largo! —tronó el vampiro. Los colmillos brillaron por un momento y su voz se transformó en un rugido. Había estampado una mano con tal fuerza en la puerta, moviéndose más rápido que una serpiente, de manera antinatural, que su escondido interlocutor salió volando tres metros y cayó al suelo—. ¡Vete antes de que decida tomar una cena temprana! —bramó.

El hombre, un japonés trajeado, el joven que habló y sugirió el plan en la reunión directiva, se levantó. Había querido regatearle a n vampiro y casi descubre cuán craso habría sido su error.

Cuando supo queaqueel soplagaitas, que había llegado exigiendo el pago de un antiguo favor, se hubo marchado —olió su miedo durante toda la conversación con los Templarios—, meditó, sentado, durante unos minutos. Sin prisa. Lo último que tenía un vampiro era prisa. Se levantó. Entró en una habitación de suelo de madera y totalmente desnuda de mobiliario, salvo un crucifijo y dos candelabros. En un lado, en el suelo, había un pesado y antiguo arcón.

—Debes expiar tus faltas, tus pecados —murmuró, abriéndolo. Sacó una disciplina con esquirlas de plata y cristal, afiladas como cuchillas—. Y la mentira y la traiciónson terribles a ojos de Dios.

La sotana cayó. Las agudas puntas de plata cortaron el aire con un silbido múltiple y rasgado, para restallar fuertemente sobre la carne no muerta.

* * *

—Es incapaz de traicionarme —declaró Bastian acaloradamente.

—Eso dices tú. Pero yo, a título personal, me fío tanto de él como de un escorpión, Bastian: está en su naturaleza.

—¡PorDios, Cly! Pero si es cura y todo —argumentó, débilmente.

—*Touché*. Pero creo que la información es buena.

—Veremos.

Treinta minutos después estaban en el estudio del apartamento de Bastian —de la Orden, sí, pero prácticamente solo lo usaba él—, en el centro. Sentados ante la mesa de cristal, inspeccionaban la información. Cly consultaba en el ordenador.

—Akanawa se dedicaba a la microelectrónica de alto rendimiento. Al parecer desarrollaban nuevos prototipos de chips en distintos materiales. Bastian, ¿qué tiene esto que ver con el caso del Alquimista? ¿Están relacionados?

—Aún es pronto para saberlo, pero mi intuiciónme dice que algo tiene que ver, que esta información no nos ha caído del cielo precisamente.

En ese momento sonó el teléfono. Era Marisa. Bastian escuchó un momento, afirmó un par de veces y colgó. Rebuscó entre las fotos y escaneó una de ellas, en la que se veía a un individuo de mala catadura, que en el gesto congelado de la fotografía gritabaasesinotan claramente como si lo tuviera escrito en la frente. Lo mandó por correo electrónico y volvió a llamar.

—Marisa, soy yo, ¿lo tienes? En tu correo, una imagen. He tenido un pálpito... ¿sí? Vale, ahora vamos.

Cly lo miraba, esperando. Bastian por toda contestación sacó la foto del escáner y se la tendió.

—Lo tienen —dijo escuetamente, mientras apuraba su taza de café. Cly se levantó, echó el resto del café en un termo y cogió un par de bocadillos que se habían preparado.

—En marcha —dijo—. ¿Dónde lo tienen? —preguntó.

—Lo van a interrogar. Lo han llevado al Búnker.

* * *

Acre II era un complejo amplio y bien distribuido, pero se encontraba a varios kilómetros de la ciudad, oculto. Sin embargo las Tres Órdenes necesitaban un punto más cercano a la ciudad como base operativa práctica. No podían llevarse detenidos, artefactos ni pruebas a Acre II. Por ello, a varios kilómetros entre túneles de cada vez más difícil acceso, salvo por dos vías estrechamente vigiladas, se encontraba el Búnker. Una fortaleza suburbana creada por las Tres Órdenes, destinada a ser base de operaciones activa en la misma urbe. Bueno, concretamente a centenares de metros bajo ella. Fuertemente custodiada y defendida, solo se tenía acceso tras un minucioso examen identificativo.

Tras coger dos líneas de metro, Cly y Bastian enseñaron una identificación a un jefe de estación, y este les franqueó el paso por una puerta escondida a la vista. Tras ella había una sala de hormigón desnudo con cinco guardas: tres en la puerta y dos en la garita de cristales de seguridad. A los ojos entrenados se revelaban una serie de intrincados hechizos de defensa en el suelo y por toda la bóveda. Los dos Templarios trazaron sus runas identificativas, que brillaron levemente. Los dejaron pasar. Ignoraron las cámaras de seguridad, las telarañas y cortinas de hechizos, y cogieron un ascensor que bajaba hasta otro nivel.

Este era más agradable a la vista. Suelos pulidos de mármol verde y una recepción lejana, en la que cuatro personas trabajaban. Se presentaron y mostraron sus identificadores, los mundanos y los esotéricos. Uno de los conserjes les indicó dónde tenían que ir. Cruzaron una serie de pasillos y llegaron a una de las zonas del Búnker dedicada a la retención e investigación. Entraron en un despacho donde estaba el resto del equipo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Bastian.

—A un ladrón de artefactos —informó León—. Rashid y Rembrandt lo pillaron saliendo de la tienda de Christopher. Lo mató. Le partió el cuello y se llevó esto —señaló la mesa. Sobre una bandeja de acero cuadrada, había un cubo de oro que debía de tener unos seis centímetros de arista, y estaba surcado de una intrincada trama de glifos. Formaba dibujos de extraños patrones, y lo habían puesto sobre una plataforma de seguridad, un campo de contención.

—Creía que la consigna era esperar —dijo la Templaria.

—Ya sabes, si Rembrandt no me va más alto que nadie, no se siente apreciado —opinó Bastian. Marisa lo fulminó con la mirada.

—¿Piensas madurar alguna vez? —le preguntó Cly.

La jefa de operaciones cogió un mando a distancia y pulsó un botón. En la sala, que era entera de cristal con pequeñas vetas de metal que portaban hechizos, y un escritorio central lleno de papeles y un par de libracos antiguos. Se levantó un panel de cristal negro. Todos se acercaron, para ver la sala de interrogatorios que había al otro lado. En ella estaba el detenido, detrás de una mesa con grilletes a la espalda y los dos Templarios sentados. Rembrandt muy envarado; Rashid sentado cómodamente.

—¿Han empezado ya? —preguntó Bastian.

—Solo con los preliminares. Es un tío duro. Rashid le gastó una buena cuando le empezó a hablar en hebreo. El tipo es un asesino renegado del Mossad. Aparte de eso, es una estatua.

—¿Procedimiento?

—He llamado a Meleagro, para que nos allane el camino...

No acababa de pronunciar estas palabras cuando llamaron a la puerta. Meleagro, Caballero de rango Querubín del Hospital era un hombre de origen griego, como podía leerse en sus facciones. No muy alto, nariz recta, barbilla afilada, ojos oscuros y tez bronceada. Entró y se dirigió a Marisa.

—Querida Marisa, ¿en qué puedo ayudarte?

—Hola, Meleagro. Estos son los Caballeros Arcángeles Sebastian Gorlais y Clytemnestra y el Caballero Sargento León de Aranda. Templarios, os presento al Caballero Querubín Meleagro

Andros, supervisor de la zona sur de la Orden del Hospital.

Los Templarios se llevaron un puño al pecho y se inclinaron. Meleagro respondió de la misma manera, pero con dos dedos extendidos.

—Tengo a un retenido que se niega a hablar y tiene entrenamiento para resistir bastante tiempo, cosa que no nos podemos permitir. Necesitamos saber lo que él sabe. Tiene información sobre un culto que presuntamente tiene tratos con un paranatural de nivel cinco como poco, y existe la posibilidad de tratar de abrirle un paso hasta esta dimensión.

—Vaya. Esta gente nunca aprende —comentó—. Y quiere que lo saque, ¿verdad?

—Si me haces el favor...

—De acuerdo. Prepárame un café. Ahora vuelvo.

Salió de la sala y lo vieron entrar en la de interrogatorio. Los dos Templarios saludaron de igual manera que sus compañeros y se retiraron hasta las esquinas de la sala.

Meleagro saludó al hombre con un gesto de la cabeza. No medió palabra. Hizo un ademán a Rashid y este se levantó y se acercó por detrás al prisionero, y con un movimiento rápido y eficiente inmovilizó la cabeza del israelí. En honor a la verdad, debe constar que el hombre mostraba un gran aplomo. Apenas se alteró. Mas cuando las pupilas de Meleagro se abrieron antinaturalmente y encontró un eslabón en la mente del asesino en la que engancharse, el hombre boqueó, como falto de aire. Los Templarios conocían el protocolo y empezaron el interrogatorio de verdad.

—Nombre —exigió Rembrandt.

MosesBen Ismahil Ben Yaakob.

—Procedencia.

—Tel Aviv, Israel —el hombre respondía mecánicamente, con los ojos inexpresivos y su pupila tan abierta como la de Meleagro.

—¿Ocupación? —intervino Rashid.

—Elimino objetivos previo pago.

—O sea, asesino profesional —aclaró el holandés. El aludido asintió.

—¿Te manda el Mossad? —quiso saber.

Todostrás el cristal contuvieron la respiración. Hace años tuvieron un truculento escarceo con una agencia de seguridad y todo acabó en agrias palabras y una serie de intentos de asesinato como represalia. Los humanos ajenos a las Órdenes eran lo peor que podías tener como colaboradores. Tanto agencias de seguridad, como fuerzas armadas y agentes de la ley, eran simplemente incapaces de asimilar las verdades ocultas tras esa mascarada creada por las tres Órdenes que antiguamente se tapaba con el folklore. Y aunque sabían que los mundanos tenían secciones dedicadas a estudiar lo paranatural, pocas eran las veces en que coincidían. Y nunca para bien. Soltaron el aire al oír la respuesta: —No.

—¿Pertenece a algún culto o asociación secreta? —preguntó Rashid.

—Sí.

—¿A cuál?

—La Sinagoga de la Luz de la Palabra.

Los dos Templarios se miraron. ¿Sinagoga? ¡Maldita sea, les estaba vacilando, aun en pleno sometimiento mental!

—¿A quién sirves? —preguntó Meleagro, mientras los dos Templarios se calmaban. El control mental no era perfecto, y a veces la víctima u objetivo podía oponer resistencia de alguna manera.

—A mí mismo, a mi señor el Archiduque, a mi Señor Oscuro, Páramo de Silencio, Llanura del Pesar.

Todos quedaron impresionados por aquellas palabras. En silencio, trataban de desgranar el

significado.

La mente de León de Aranda, especialista del Templo en Demonología Activa y Cultos, trabajaba a toda velocidad intentando identificar al ente que se escondía tras aquellos epítetos, pues más valía saber la oscura estela de quien estaban siguiendo. Pero la información era huidiza, demasiado vaga. Con su camisa blanca remangada, los velludos y canosos antebrazos surcados de cicatrices —ya totalmente recuperados de sus heridas— y las manos gruesas y fuertes, sostenía varios volúmenes que fue consultando en busca de la clave, la referencia. Musitaba palabras, bien en griego o en latín, bien en otra lengua aún más arcana. «Llanura del Pesar» musitaba. No era el típico epíteto de un demonio, estaba claro. Si se trataba de un ajeno de mayor entidad, los dioses no lo quisieran, debería tratarse de un Diablo, un engendro mucho más poderoso y retorcido, o sea, el equivalente en la potencia antagónica del Malhim. *Llanura del Pesar*. Era un dato conocido el hecho de que algunas criaturas adoptaban el nombre de una localización determinada como *Montaña Sangrienta*, *Fosa Oscura* o *Colina del Llanto de los Cráneos*. Siempre eran lugares que tenían que ver con hechos relativos a su existencia. Lugares de batallas ganadas, emplazamientos donde murieron en alguna vida o se transformaron, o, incluso, donde lograron una evolución de su esencia. Y todos, también, pensó el viejo Templario, grandes nombres para grupos de *heavy metal*.

Páramo de Silencio. De esos había muchos. Él mismo podía enumerar no menos de siete; pero *Llanura de Pesar*... eso no le sonaba tanto.

Miró de nuevo la sala de interrogatorio, donde sus compañeros seguían tratando de sacar información al israelí. Bastian, a su lado, consultó su reloj de bolsillo. Tocó el codo de Marisa y la llevó aparte. Allí le entregó un expediente que ella miró con interés. Sacó una fotografía polaroid, la examinó y después dirigió la mirada a la sala de interrogatorio, donde Rembrandt continuaba la labor con un prisionero cada vez más pálido.

Fue entonces cuando León vio las marcas en el cuello del israelí. Un símbolo extraño. Un glifo. Los Sabuesos. Mierda.

León de Aranda, Caballero Sargento del Temple, conocido por su sabiduría y erudición, así como por su calma impertérrita y fría, su determinación implacable en combate, se levantó, tirando la silla, fue a la consola de comunicación y apretó un botón y mientras aferraba el micrófono que comunicaba con la sala.

—¡SALID DE AHÍ!

El prisionero, cada vez más pálido, tenía peor pinta. Y, de pronto, Meleagro volvió a su ser, soltando el anclaje de la mente del asesino. Al mirar sus ojos de nuevo, tuvo un escalofrío y se sintió observado, como si detrás de aquellos orbes, iris y pupilas latieran otras conciencias ajenas y hambrientas. Otros pares de ojos cazadores parpadearon un momento.

Rashid y Rembrandt se habían levantado. Meleagro lo estaban haciendo cuando vieron en la frente del israelí un hilo de sangre, que empezó a agrandarse, para acabar rasgando la piel y enseñando el hueso, que en un par de segundos chasqueó seco y repulsivamente.

—¡Protocolo Cero! —gritó Marisa al micro.

Los Templarios respondieron marcando la clave en la puerta, para salir, mientras el cuerpo del detenido se convulsionaba y crujía repugnantemente. Dos seres pugnaban por salir de los restos humanos, asomando dos negros hocicos poseedores de blancas hileras de dientes chasqueantes.

Rembrandt invocó su arma y lanzó un potente tajo a la más cercana de las criaturas. Su espada espiritual golpeó, la carne siseó. El sabueso infernal, salido de las carnes abiertas del asesino, lanzó un aullido que sonaba como los de cien demonios chillando a la vez. Bastian y Clytemnestra habían salido hasta llegar a la puerta de la sala que Meleagro mantenía abierta para que el Templario saliera. Este se apresuró a lanzar otro golpe cuando alguien tiró de su largo abrigo hasta sacarlo de allí en volandas.

Uno de los Sabuesos saltó. Lo recibió una andanada de cinco balas. Dos potentes proyectiles calibre .50 Action Express y punta hueca, procedente de la negra boca del arma de Bastian, con la fuerza suficiente para matar a un elefante. Dos veces. Tres balas más de menor calibre del arma de Cly; estas últimas cargadas de energía blanca y pura, y fueron las que más daño hicieron a la criatura, suficiente para lanzarla hacia atrás, deteniendo su letal salto. Rashid cerró la puerta Bastian activó el sello que la haría impenetrable. Marisa, desde el otro lado, abrió un cajetín y pulsó un botón con una runa grabada. Las pantallas protectoras se cerraron ante el cristal y, en el interior de la sala se desató un hechizo de terribles proporciones, capaz de destruir a una legión de demonios.

Los Templarios y el Hospitalario sintieron cómo la atmósfera se estremecía un instante. Algo en el interior de Bastian aulló de gozo por la destrucción de los demonios caninos. Por un momento su iris derecho, ahora marrón en lugar de verde, se tornó de un relumbrante dorado. Cruel, victorioso, salvaje, despiadado. El Templario se autocontroló. Todos achacaron el resplandor al hechizo de la puerta. Todos menos su compañera, su amiga, su hermana... que aún sostenía el arma en la mano y el dedo en el gatillo, mirándolo con ojos que apenas denunciaban una lágrima furtiva y una resolución brutal de detener lo que fuera que pudiera liberarse si él, su compañero, su amigo, su hermano, fallaba en dominar a... Eso.

Rembrandt estaba tirado en el suelo, jadeando. Con un movimiento experto se incorporó rápidamente, sobre su hombro derecho e impulsándose hacia atrás, en una hábil voltereta. La espada aún en la mano. Nadie dijo nada. El arma desapareció con un leve resplandor. Volvieron a la sala de observación.

—¿Todos bien?—preguntó Marisa.

Respondieron afirmativamente.

* * *

En la larga mesa, los templarios miraban sus tazas con una infusión —obligatoria— relajante.

—Hemos perdido al detenido —dijo Marisa—, pero tenemos más información disponible. Para empezar tenemos el objeto que robó. ¿León?

—Es el cubo Dorado de Malkt.

—¿Y eso qué es, para qué sirve? —inquirió Cly.

—Eso es lo curioso. Es un contenedor. En su interior no hemos hallado nada. Y el sospechoso solo reveló que tenía que coger ese objeto, no para qué se iba a usar...

—¿Un cacharro que no sirve de nada? Aparte de contener, ¿tiene alguna otra finalidad?

—preguntó Rashid.

—No —contestó León.

—Si no es el objeto..., ¿sería otro el objetivo?

—Puede ser...; esperad, voy a llamar a la unidad que mandamos allí.

Tras diez minutos de conversación y otros cinco de espera, León volvió.

—En la tienda de Christopher estaba todo bien salvo una cosa. Sabéis que era un tipo muy ordenado, y en la tienda encontraron uno de los cajones abiertos descuidadamente...

—Pero a nuestro hombre no le dio tiempo a entrar a la trastienda. De hecho tuvimos contacto visual todo el tiempo —dijo Rembrandt.

—Pudo ser un señuelo. Un tipo del culto, asesinando a un duende o gnomo traficante de mercancías de bajo rango para robar algo sin apenas utilidad... es el cebo perfecto —opinó Cly, en calidad de experta rastreadora.

—¿Qué contenía el cajón? —preguntó Bastian.

—Barras de bronce blanco.

—¡Entonces están desarrollando el Ojo de polaridad Yang! —se entusiasmó Rembrandt—. Solo

tenemos que recoger las piezas opuestas y tendremos la contramedida servida.

—O encontrar la Esfera de Xue y arrebátarsela —opinó León.

—No —cortó Rembrandt—. La esfera no se activará hasta el momento de la ceremonia y no solo no sabemos dónde la custodian, sino que desconocemos quién es el líder, el tal Archiduque.

—Ni a qué ajeno, ente o manifestación quieren traer a este plano, cuál es su identidad exacta —recordó Cly, con los brazos cruzados encima de la mesa.

—Entre los sobrenombres que mencionó el detenido, los tatuajes o marcas que le vi y la aparición de los Sabuesos del Tártaro, creo que tengo pistas suficientes para iniciar una búsqueda—declaró el veterano Sargento.

—El segundo punto —retomó la palabra Bastian— es que hemos obtenido cierta información. En apariencia el culto, por algún motivo, estaba ligado a las desgracias ocurridas a una empresa japonesa, hasta tal punto que contrataron a un experto en la materia. Dicho experto desapareció, pero dejó una investigación pendiente y bien documentada en su inicio. Aún no la hemos podido examinar totalmente, pero mirad esto —sacó una foto del israelí, ahora despedazado y vaporizado; la pasó a sus compañeros—: tenemos un claro indicio.

—¿No es demasiado... casual? —preguntó Marisa.

—Es posible —apuntó León—. Pero es un indicio. Sugeriría investigar los datos que nos han dado, pero también quienes nos los han proporcionado. No está muy clara la entrada en la palestra de un grupo japonés, ahora que investigamos un artefacto oriental con el nombre del dios de la muerte nipón. Esa es mi opinión, jefa de operaciones.

Marisa meditó en silencio, un momento.

—Mantendremos los mismos grupos. Clytemnestra y Bastian, os haréis cargo de la investigación y la metainvestigación, tanto de los datos como de los denunciantes; Rashid y Rembrandt, cazad las piezas que necesitamos y si de paso encontrarais a alguien más del culto informad y asignadles un grupo de seguimiento de Ángeles. León, busca con quién narices nos la estamos jugando. Por cierto —se volvió hacia Rembrandt—, ¿sabemos lo que necesitamos y lo que ellos requerirán?

—Sí —respondióeste—. El Ojo en su polaridad o alineamiento Yang necesita: barras de bronce blanco, cuerno de Ki-rin, escama de Tian Long y ascuas de hoguera de nueve árboles. En cuanto a la otra polaridad, Yin, necesita las mismas barras de bronce, pero negro, escama de Tian Long, igual que el otro, placas de flores de hueso, zafiro negro, agua de manantial, loto gris y cenizas de cadáver.

—Lo mezclamos today hacemos con ello una tarta bien grande —apostilló Rashid con una sonrisa. No le hicieron mucho caso, aunque Cly y Bastian sonrieron. Sabían que la irreverencia era parte de su carácter—. Sigo opinando que podríamos darles una paliza y decirles que con entes grandes y malignos no se juega.

»De todas maneras, los ecos que tenían sus posesiones del israelí indican frialdad y preparación. No se ve ninguna impresión ni reminiscencias de compañeros de culto o sentimientos determinados sobre la entidad. Un tipo frío. Muy frío.

—Aún no sabemos cuántos son con certeza, ni cuántos ingredientes tienen. Todavía estamos a tiempo, si tuvieran todos los artefactos, pues poner en marcha el Ojo lleva un tiempo, y su vibración, dada la potencia nos lleve hasta él con una simple brújula de Feng Shui, una Lou Pan modificada. No se puede desactivar, si no es cumpliendo el ritual particular que su líder utilice y que nosotros no sabremos, pues hay varios, y todos muy complejos, o bien usando un Ojo ya elaborado de polaridad distinta. Aunque identificáramos a todo el culto, sabes de sobra que esos grupos solo desaparecen si son eliminados de raíz y se corta su conexión con el ajeno en cuestión. Ergo se hará lo ordenado con diligencia y prontitud. Que la Luz del Temple nos guíe. Retírense.

Los Templarios se levantaron, saludaron con el puño en el pecho y se retiraron.

Ya en el pasillo, Bastian llamó a Cly.

—Oye, vamos a comer, ponemos unos puntos en claro y seguimos mañana, ¿vale? He quedado esta noche y...

—Bastian, ¿qué te pasa? ¡Mírate, estás nervioso! Nunca te había visto así, Casanova —añadió con una sonrisa.

—Lo disfrutas, ¿verdad?

—Enormemente.

Y Bastian, Sebastian Gorlais, Caballero Arcángel del Temple, matademonios y ajenos, cazador renombrado de fugitivos —su actividad favorita— y mago de combate, temible con la espada y ahora arrendador de espacio en su propio cuerpo de un Exterminador Malhim... se puso rojo. Bermellón. Azorado, miró a su compañera estúpidamente y buscó con la boca entreabierta, una mordaz réplica, un agudo comentario... algo.

Clyle subió la mandíbula con dulzura y le tiró de la chaqueta.

—Vamos, invitas tú. Quiero comida italiana, y de la cara. Si me dejas colgada esta noche, quiero un resarcimiento adecuado. Y chocolate. Llevo meses de celibato y me das envidia.

18. Conversación... y algo más.

Fue cerca del mediodía cuando Andrea, que tenía una cita con su contable, pasó con su vehículo por el centro de la ciudad. La tarde había mejorado bastante el principio de un día gris. Tras la fina llovizna templada, un sol renovado apartó las nubes y lo acarició todo con dedos primaverales ayudado por una fresca brisa de las montañas. Andrea, claro, ignoraba todo esto. Encerrada en su despacho, esperaba los mensajes de confirmación de sus planes. Y de los negocios. Salvo la cita con el contable, hoy solo había tenido una reunión con los jefes de departamento, que informaron puntualmente de sus actividades. Curiosamente, conforme avanzaba la cuenta atrás para la culminación del Plan, que había sido su objetivo final desde hacía cinco años, más alejada de todo se sentía. La partida de ajedrez que era el juego empresarial se encontraba ahora con una cierta indiferencia acorchada, brumosa. Decidió que en lugar del almuerzo en el despacho, iría al centro a comer en algún restaurante. Y bregando con el tráfico de la hora punta, pasó con su coche ante una serie de restaurantes, en uno de los cuales vio algo que le llamó la atención: el inspector de la Interpol. Comiendo. No estaba solo. Al otro lado de la mesa estaba sentada una zorra de pelo corto y blanco, reía mientras con el tenedor jugueteaba con lo que parecía ser *ungnocchi* clavado en él. Uno de los famosos y elogiados *gnocchi* de Mamma Adelaida.

Algo hervía en su interior. Algo rojo y visceral... ¡Y le servía más vino...! ¡El muy crápula! Si ya lo decía el refrán: no te fíes de los ojos hechiceros... No, ¿cómo era? Ojo por ojo... No, no, no. Bueno, como fuera. Que no debía fiarse, y ella lo había hecho. Pero qué tonta era. Su vista se nublaba, la ira y las lágrimas...

Y de pronto, la pena se apoderó de ella. Y se sintió muy, muy triste. Y cansada. Aceleró el coche. Dio la vuelta a la manzana y encontró, milagrosamente, una plaza donde aparcar. Se quedó allí un momento sentada. Se sentía tonta, engañada, pero sobre todo muy triste y, por azar, el destino o la mala leche de unos dioses con un sentido del humor muy retorcido, su vista se dirigió a en la acera de enfrente. Allá iban la zorra peliblanca y su Interpol. Las lágrimas amenazaban con derramarse, y ese corazoncito de cristal que había aparecido hacía unos días amenazaba con resquebrajarse y abandonarla, no roto, sino pulverizado. Un hombre se acercaba caminando muy rápido hacia ellos, por la misma acera. Los dos se separaron para dejarlo pasar, y de pronto la zorra alargó una mano y tiró de la chaqueta del individuo. Un camión le tapó la vista.

Al momento siguiente la zorra sacaba una identificación a la par que su Interpol. ¡Eran compañeros! ¡No era una novia, esposa, amante o rollo! ¡Compañeros! Una alegría de quinceañera y fresca la recorrió y golpeó rápidamente el volante con los puños, dando chilliditos tontos.

Ahí estaba su Interpol poniéndole las esposas a ese tipo —parecían un poco extrañas... y llevándoselo a empellones. ¡Bien por él!

Cuando hubo desaparecido, Andrea Saint-Luc se recompuso como si los minutos anteriores no hubieran existido. Se bajó del coche y se dirigió hasta uno de sus restaurantes favoritos.

Con el segundo plato llegaron todas las confirmaciones del culto. Todas salvo una. En el postre, Carl dejó un mensaje diciendo que el día anterior habían capturado a Zaccariah. No sabía quién exactamente, pero eran muy buenos. Andrea sabía que habían sido los Templarios, pero no podía ponerles rostro... aún. Debería tenerlos en cuenta ahora, dado que estaban entrometiéndose. Degustó el mouse de melón frío con arándanos y un café bien cargado. Esa fue su tregua. Cuando terminó, salió a la calle. La tarde avanzaba deprisa y dentro de sí, en su interior aún humano, que menguaba cada vez que se ponía la máscara del Archiduque, pero que todavía no había tocado aquel Diabolo que acicateaba inclementemente su más que justa

sed de venganza, sintió una punzada de nervios. En poco menos de cinco horas Sebastian Interpol iría a recogerla a la oficina. Menos mal que le dio la dirección del despacho de la ciudad. Así le daría tiempo a arreglarse decentemente.

Llamó a la oficina para decirles que regresaría para el cierre. Lo había decidido. Entró en su coche y puso rumbo a su casa.

Entró como una tromba. Abrió todas las ventanas para que el aire fresco y renovado de la tarde corriera por los pasillos y estancias. Fue a su habitación. Se quedó en la puerta mirando la cama perfectamente hecha, la pulcritud de la cómoda, armario, baúl, el sofá favorito de su difunto marido y la mesa redonda ante la chimenea, con un atril para libros, varias estilográficas, unos gemelos de plata y nácar suyos y varias carpetas. Subió la mirada y vio el tragaluz. Unas tiras de pintura seca y blanca habían caído sobre la cama. Se quitó los zapatos de tacón y saltó sobre el mueble y miró más de cerca.

Veía el cielo. Alzó una mano. No llegaba hasta la ventana, pero trazó un breve símbolo en el aire, creando un pequeño torbellino de calor, y con él desprendió la pintura. El mismo —y útil— encantamiento aglutinó todas las partículas y las lanzó por la ventana abierta como confeti blanco.

Se bajó de la cama, contenta. No sabía por qué, pero parecía haberse quitado un peso de encima.

Descalza, fue hasta el baño, abrió el agua caliente; con un gesto, mágicamente, encendió todas las velas de la casa, puso algo de música y se sirvió una copa de oporto.

Mientras su bañera se llenaba, acudió a su despacho privado para solventar un asunto pendiente. Entró, se dirigió hasta una estantería, abrió el sello mágico y la portezuela de cristal. Sacó de ella un objeto circular y plano, con una superficie negra, lisa y mate. Lo llevó hasta la mesa de trabajo. Puso sobre un pequeño atril y de un cuenco cogió un polvo rojo sangre, muy refinado, casi con la textura de la harina. Echó el polvo sobre el objeto extendiéndolo con movimientos expertos. Cuando quedó uniforme, trazó una runa abisal sobre él. Pronunció dos palabras, secas, y el símbolo relumbró. El polvo sufrió un cambio progresivo y empezó a volverse líquido, con el color del mercurio, gris, denso y pesado. Mientras el cambio sucedía, Andrea tomó un sorbo del oporto, fragante y amaderado.

La superficie ahora líquida no mostraba nada. Andrea hizo unos pases con la mano. Pero el extraño líquido apenas tremoló. Tras varios pases más, hizo aspavientos y la substancia acabó por derramarse por los bordes, en gruesas y densas gotas. La superficie del objeto, conocido como el Azogue de Baal, volvió a quedar opaca. Andrea lo devolvió a su sitio, y con el mismo conjuro usado en la habitación, elevó el polvo rojo, de nuevo transmutado desde el líquido plateado, y lo depositó en su cuenco.

Salió de la habitación. Justo en el último paso, antes de salir por el umbral del despacho, hizo un gesto y la protección, la telaraña de infaustos hechizos, volvió a caer y cubrir el mueble.

Caminó hasta el baño. Se desnudó y entró en el agua caliente, que besó su piel como si de un amante abrasador se tratara. Bebió otro sorbo del oporto y se relajó. Los Sabuesos habían sido eliminados. El Azogue debería haberle permitido comunicarse con ellos, ver lo que estuvieran viendo, pero no mostró nada. Habían sido destruidos.

* * *

Mûrk estaba nervioso. Mucho. Recibía muchas presiones. Por un lado sobre su cabeza pendía aún el asunto del castigo que el Ama le debía imponer por haber robado el anillo y excederse en su misión en el apartamento del Alquimista. Por otro, los asuntos infernales lo acosaban.

El Ama lo sacó de la camada. Lo educó y cuidó para que le sirviera. Y él había desobedecido flagrantemente. No eran remordimientos lo que sentía. Era miedo. Algo

inherente a todo demonio: el Castigo, poder, sumisión y traición.

Ahora Mûrk estaba en un oscuro y flamígero plano abisal, contemplando, con el rostro demudado de horror y el alma a punto de escapársele del cuerpo, la efigie de un Gran Diablo, una criatura cuyo poder legendario podía desatar las más crueles calamidades; la más atroz y brutal de las muertes la dispensaba su mano, así como podía llenar los campos de batalla de ángeles empalados, de alas rotas y humanos de voluntad quebrada y cordura destruida. El destino de la pequeña e ínfima vida del orco dependía del mero capricho y voluntad absoluta de Él. Era el Señor Diablo a quien su Ama servía.

Sobre un trono de basalto oscuro, surcado por vetas rojas como el odio, se alzaba una figura con un torso negro y brillante como la obsidiana, cuyo rostro se ocultaba bajo una capucha de la que salían dos cuernos retorcidos.

El orco le había informado de las últimas actividades de su Ama.

—¿Sabemos si su voluntad flaqueará? —inquirió la voz del Gran Diablo.

—Gran Amo, el Ama ha cambiado un poco hasta ahora. Creo... creo que siente algo. Algo muy humano. Ya no está tan consumida por la venganza... Bueno, a veces sí, pero otras veces se baña y... y se toca —el orco parecía azorado a la par que asqueado—. Y hace luego ruidos raros. Solamente lo vi una vez, pero luego duerme bien, y sonrío. Las pesadillas ya no flotan... No sé adónde han ido... Gran Amo —su voz se fue acallando.

El Gran Diablo hizo un gesto de impaciencia.

—Orco, te pregunto: ¿hará lo que debe?

Mûrk rumió algo por lo bajo.

—Si es pronto, sí —concluyó—. Si no, creo que volverá a ser demasiado humana y a plantearse cosas sobre estupideces morales. El Plan avanza, Gran Señor, y ella cumplirá su cometido. Puede que se haya distraído un poco, pero es capaz. Mi Ama podrá traerlos al mundo.

—Su venganza se cumplirá, y yo seré libre de esta dimensión desolada —sentenció el Gran Diablo.

Gormogoth, también conocido como Elrodel, Señor de la Desesperación, y otra larga serie de títulos rimbombantes y ominosos por igual despidió al orco. Esa pequeña criatura no era más que una extensión de su voluntad, nimia y ridícula. Pero era también su espía y, como tal, por ahora, valioso.

Hacía años —esa ridícula medida de tiempo forjada por los humanos se le antojaba efímera, pero torturante, ya que, si quería tenerlos como sirvientes, debía ceñirse a ella— que había encontrado a la humana a través de los juegos de su abuelo. Su abuelo, ese insidioso y maquiavélico ser que había jugado con él, obtenido favores y poder para más tarde no solo negarle su alma, sino trascender a otro plano de existencia y escapar de cualquier forma de poder que pudiera ejercer en su contra.

Pero una sucesión azarosa de acontecimientos creó una variable provechosa. Un grupo humano atacó a la nieta de aquel insidioso invocador. Dado que cuando era pequeña asistió, escondida, a varios rituales del abuelo, Gormogoth pudo crear una huella para anclarse en ella. Era práctica común entre los demonios y Diablos crear estos anclajes, esos pequeños zarcillos en los que atar parte de su voluntad y servirse así del humano afectado, tarde o temprano, creando un nexo con él.

Así, sintió la angustia de la criatura, y vio su oportunidad. Empezó asusurrarle palabras de venganza, promesas de resarcimiento, de aplacamiento de su dolor, afianzándose en el zarcillo creado años antes en el alma de la ahora doliente y apenas viva humana. Al poco tiempo, ella quiso morir, pese a todas las palabras de Gormogoth. Pero la esencia trascendida del abuelo intervino. Le habló de Poder, venganza y calma, paz, al final. Gormogoth escuchaba. La niña estaba casi a punto. Ciertamente era que él no podía atacar al abuelo, pero sí cortar su comunicación e incluso suplantarle, pues tenía más dominio en los planos. Adoptó entonces su forma e

identidad durante un tiempo, y trocó sus palabras en directrices que le beneficiaban a él, hasta que finalmente la convenció de acudir al Señor Diablo Gormogoth como recurso extremo y necesario. Ella nunca se dio cuenta.

Le dio poder y conocimientos, hasta hacer un pacto con ella. A cambio de su venganza, ella lo transmutaría y le daría entrada a su mundo. Para una mujer a la que ya nada importaba, la segunda parte del trato era insignificante, pues no esperaba sobrevivir mucho tiempo después de cumplida la vendetta.

El plan debía funcionar. Estaba harto de ese plano. De las conspiraciones de los otros Señores Diablos —que fueran parte de la misma Potencia no quería decir que se llevaran bien: de hecho también combatían entre sí para poder absorberse mutuamente y asimilar más poder. Pero hacía mucho que los demonios no acudían hasta su territorio en aquel apartado y desolado plano. Y dudaba mucho que otro Señor diablo apareciese.

Gormogoth, Páramo de Silencio, Llanura del Pesar, SeñorDiablo, Elrodel, Señor de la Desesperación, ansiaba conquistar otros planos, sentir la contienda y la lucha. Y además, se aburría.

* * *

Andrea Saint-Luc contempló su obra. Perfecta. Precisa. Comedida, pero prometedora. Las uñas de los pies habían quedado esmaltadas a un nivel casi profesional. Se había hecho una pequeña flor en el pulgar en blanco y negro, pequeñita y discreta. Suspiró. Esperaba que el señor Interpol se fijara.

La inspiración le llegó en la bañera, mientras, tumbada, justo después de depilarse, elevó una pierna para ver el fruto de su trabajo, y agitó los dedos de los pies. Así surgió la idea, viendo de fondo uno de sus jarrones con flores frescas. Además el agua se estaba quedando fría. Salió, encontró un bote de esmalte de uñas transparente en unas decentes condiciones y se aplicó a la labor.

Después se levantó, fue hasta su habitación y cerró la puerta. Se quitó la bata y empezó a escoger lo que se pondría. Eligió un elegante traje negro de corte al bias, con un escote profundo, un collar de oro blanco del que pendía un discreto granate y unos pendientes a juego. El pelo le había crecido lo suficiente como para peinar el largo flequillo a un lado. Una vez elegido el modelo con el que se vestiría más tarde, arregladas las uñas, ultimados los detalles femeninos —maquillaje, pinzas de depilar, pintalabios, bolso con el equipo necesario y un foulard negro transparente de gasa—, se puso unos vaqueros y jersey de lana de angora, blanco, pues debía conducir hasta la oficina donde esperaba que Sebastian Interpol la recogiera.

Se calzó las sandalias negras y, coquetamente, se aseguró de que se le vieran bien los dedos rosados y delicadamente cuidados, agitándolos graciosamente. Cogió el bolso, apuró la taza de té que se había servido entre el esmaltado de un pie y otro, y salió con el traje en una percha y embutido en una funda.

Por suerte la noche estaba despejada y aún se dejaba notar el olor de la lluvia del tenue chaparrón de aquella tarde. Subió a su coche y puso rumbo a su oficina del centro.

Llegó a las seis y media. Los trabajadores estaban impacientes por irse, se notaba en el ambiente. El retén del sábado, que había tenido que quedarse para cuadrar las cuentas, recibió con alegría la orden de la dueña, que entró taconeando y les dio la tarde libre.

—Es sábado, ¡fuera de aquí! Buen fin de semana —los despidió con una sonrisa.

Algo extraño y puntual y que nadie sensato rechazaría.

Se despidió igualmente de las secretarias, que agarraron sus bolsos y chaquetas en un tiempo récord, y la oficina quedó desierta antes de las siete menos cuarto. Cerró la puerta principal y

se cambió, poniéndose el vestido. Al mirarse en el espejo, sintió algo extraño; percibió la hambruna adormecida desde hacía siete años, antes del accidente. La joven con sueños e instintos de mujer. Le dolió. Una punzada añorante. Después se dio las últimas pinceladas de maquillaje. Diez minutos más tarde sonó en la mesa de su secretaria, el interfono de la portería. —¿Diga? —lo veía a través de la pantalla de vídeo. Sonrió a la cámara: había reconocido la voz de Andrea.

—Interpol. Abra, baje ahora mismo con las manos en alto. Está usted arrestada y condenada a pasar una agradable velada con este inspector.

—Enseguida bajo —convino. Y pese a que ya estaba lista, lo hizo esperar aún cinco minutos. Cuando salió a la calle, el Inspector Sebastian Gorlais luchó por que no se le abriera estúpida y bobaliconamente la boca.

—Si levanto las manos, este vestido pierde gracia, Inspector, y quedaría en evidencia.

Sebastian parpadeó como un búho ante una linterna.

—Está usted impresionante, señora Saint-Luc.

Ella le dedicó un vistazo crítico, el bolso en una mano, la otra, pensativa en el mentón. El Inspector llevaba zapatos negros, italianos, camisa y chaqueta negra y corbata fina color burdeos tornasolada; la chaqueta la llevaba cogida con dos dedos sobre el hombro. Los puños de la camisa se cerraban con unos discretos gemelos.

—Usted no está nada mal, Inspector. ¿Y la pistola?

—Guardada —dijo con una sonrisa—. Esta noche solo soy Sebastian.

—Y yo, Andrea.

* * *

Ella sonrío, mientras deja en la mesa la copa de vino blanco. Los ojos le brillan. Él sonrío también. Hace una observación. Y la conversación continúa tranquilamente. Platos ligeros y sabrosos: ella, codorniz deshuesada en salsa de setas alpinas; él, langostinos al coñac y aromas de eneldo y sal de roca con gotas de lima. Postres suaves: crema de pera almibarada y tartaleta de queso fresco y mermelada de naranja amarga.

Cuando salen, deciden tomar una copa cerca del río, en alguno de los muchos bares y terrazas allí dispuestos ahora que el tiempo empieza a permitirlo. Ella pide un martini blanco. Él, un gintonic. Charla intrascendente a ratos, trascendente en otros. Por primera vez, ninguno de los dos se escuda, ninguno oculta nada. Solamente evitan ciertos temas. Él intuye su dolor. Ella, su soledad.

Los dos miran una luna naranja y panzona, creciente, preñada de expectativas, cómplice, que se eleva más allá de donde se pierde de vista el río, una cinta de cobalto profundo surcada de luciérnagas eléctricas. Pasean, después, un poco más. Sus demonios personales —o incluso ángeles— quedan confinados bajo un torrente de hormonas, alcohol, emoción y una extraña química entre ellos. Un gato maúlla en la oscuridad de un tejado. Es un gato negro en cuya mirada se adivina una inteligencia superior observando y analizando la escena.

El reloj de la plaza, al otro lado del río, da la hora. El río fluye, el mundo avanza, un poco más lento esta noche. Ella atrae su rostro. Él se deja atraer, sintiendo su perfume casi escuchando los latidos pesados y emocionados del corazón de ella, y le pone las manos en la cintura.

Es un beso tierno, pero poseedor de un ardor contenido, abrasador, que toca el alma antes que los labios. Tan dulce como las uvas tardías al anochecer, tan fragante como el azahar en una noche mediterránea de verano.

Apenas recuerdan cómo subieron al coche. Cómo llegan hasta el apartamento de Bastian. Cómo ella se descalza y él le mira los pies. Se sonrén. Se quitan la ropa lentamente y, mecidos por el viento del este, se abrazan y se funden en una noche serena y complaciente, donde el

mundo está fuera y ellos dentro, el único lugar en el que la magia que existe es la de la piel y los labios, y los únicos monstruos y amenazas son el posible amanecer y el terrible Cronos.

19. Encuentros

El sol entraba a raudales. Bastian entreabrió los ojos. Está en su cama. ¡Bien! Desnudo. ¡Bien! El vestido de ella estaba a un lado, en el suelo. Por su mente pasó fotograma a fotograma la noche anterior. Miró a su alrededor. Escuchó cómo empezaba a correr agua en la ducha. Él se levantó y fue hasta allí. La vio tras los cristales, el cuerpo rosado, con sus buenas curvas, pechos pesados, pero no exagerados... y ese aroma, que le volvía loco... Abrió la mampara. Ella se dio la vuelta; tenía un ojo con el iris de color rubí, venas negras mapeando su mejilla, un brazo anguloso, negro, como de piedra sin desbatar, uñas afiladas y una brutal escarificación, obscena y sangrante, entre los pechos. Sonrió y mostró unos afilados colmillos y una luz anaranjada que surgía desde el fondo de su garganta. Antes de que todo se volviera negro, pudo escuchar un gutural rugido y una risa plagada de maldad...

...Bastian se incorporó tan rápido, que le dolieron los abdominales. A su lado, Andrea Sanit-Luc dormía plácidamente. La sábana apoyada en su cadera. La espalda sinuosa y su corto cabello despertaron ciertos recuerdos en el Templario que le hicieron olvidar la pesadilla en un torrente de hormonas. Aumento de la presión sanguínea, feromonas, latidos por segundos, la bandera bien alta...

Pasó la mano por el hueco de la espalda de Andrea, despacio. Ella, aún entre sueños, sonrió y gimió plácidamente. Abrió un ojo, ensanchó la sonrisa, se incorporó un poco, y entre ambos saludaron efusivamente al nuevo día.

* * *

Clytemnestra examinaba todo el archivo entregado por el vampiro. Se estremeció al recordarlo, a él y a las cifras que bailaron en su conciencia. Volvió a centrarse. La investigación era tan concienzuda que algo no cuadraba. Sí, había tablas de horarios, nombres, domicilios —todos, curiosamente, exactos a la par que inaccesibles—, pero lo peor eran los nombres. Aquellos nombres ligados a conceptos como poder, fama, influencias, reputación; eso los hacía intocables para una operación como la llevada a cabo con el israelí. Además, a buen seguro que si el ex-mossad había sido marcado con las Fauces del Sabueso, aquel ritual que había provocado la aparición de las brutales criaturas, el resto, sus compañeros de culto, estarían igualmente marcados con recursos parecidos en poder y violencia.

Las fotografías eran, en su mayoría, de una cámara digital, sin fechas ni marcas, así como realizadas a largas distancias con un teleobjetivo. Nada que sacar de ellas.

Cly se levantó, desentumeciéndose. La noche anterior, mientras Casanova Gorlais se dedicaba a sus asuntos, ella se había leído todos los informes con un par de cervezas como consuelo. Cuando ya no pudo más, se sentó en el sofá de su habitación de Acre II y puso una película tonta, mientras mordisqueaba una onza de chocolate amargo. A veces, para entrever algo —y Cly tenía la sensación de que había información oculta tras los organizados informes—, necesitaba dejarlo un rato y volver a verlo con más perspectiva.

Ahora, taza de café en mano, sentada en la encimera de la cocinay balanceando los pies, meditaba, mirando la información, esparcida sobre la mesa blanca junto con un cruasán a medio comer. Se había puesto cómoda esa noche, esto es, solo con unas braguitas y una camiseta de tirantes. Y ya casi le había dado el amanecer, así que durmió un par de horas y después se levantó, se duchó y preparó el café. Los papeles seguían donde los había dejado. Apuró la taza, frustrada, y se fue a su sala de prácticas, a ejercitarse.

Su cuerpo se cimbreaba al son de una música antigua como el hombre: tambores.

La percusión tronaba y ella, armada con una larga vara, describía giros, molinetes, saltos y patadas. Sus pies giraban rápidamente en una danza antigua: la del combate, mientras el sol entraba por una oquedad del techo, enmarcando sus movimientos con una cortina dorada y etérea. Movimientos entrenados que, a fuerza de repetirlos, ya eran suyos, expresiones propias. Puñetazos y golpes de vara, más saltos y barridos. Ver a la Templaria Clytemnestra era contemplar una máquina perfecta, inigualable, rápida y precisa. Cambios de ritmo, de guardia y de posición. La vara usada con las técnicas más depuradas. El bojutsu, josutsu, la lanza griega, *kali*, *escrima* de filipina, tambo y las complejas y floreadas técnicas chinas para el manejo de aquel elemento con el que ahora practicaba. El entrenamiento con ese arma le traía paz y tranquilidad. Evolucionaba y pivotaba hasta el punto de que el arma producía un silbido bronco.

Un último giro, después de casi una hora escuchando el silencio de su mente y el sonido de su cuerpo; la larga vara giró y apoyó un extremo contra el suelo, Cly en posición de descanso. Miró desde ahí los papeles.

Investigar la investigación. ¿Cómo obtuvieron los datos los japoneses? Investigadores privados y un supuesto especialista de su país. ¿Especialista en qué? No lo dicen. ¿Qué decía siempre el profesor Milano, el Caballero que daba clases de investigación? Primeros principios: cuando la información no te lleve a ningún sitio y la investigación se estanque, cuestiona lo que ves y acude a la fuente. Acudir a la fuente...

Rápidamente se duchó, se puso un mono negro y solicitó una moto en los garajes. Dejó antes una nota a Bastian en su correo y en el contestador, y se dispuso a cuestionar la información, la investigación y a los japoneses. Se puso el casco, aseguró la cámara de fotos y sus armas en los arcones de la moto, y partió con un brusco acelerón, que la disparó a la carretera, en busca de la verdad en el pajar de la confusión.

* * *

León de Aranda buceaba entre los libros y tratados sintiéndose nadar contra la corriente descendente de la clepsidra que adornaba su escritorio. Las palabras captadas al israelí, sonsacadas antes del incidente debían conducirlo a algún sitio, más allá de las referencias oscuras de los compendios demonológicos.

Páramo de Silencio, Llanura del Pesar. Dos gotas de información. Dos Sabuesos del Tártaro. Otra gota. Aquellos chuchos no eran fáciles de rastrear, no se les invocaba sin más: realmente vivían en jaurías en diversos planos malignos. Eran fuertes y letales. Buenos en combate y capaces de sanar asimilando el miedo de sus presas. No existían muchas criaturas y seres capaces de vincularlos en tatuajes o marcas condicionales, puesto que antes debían marcar al Sabueso en cuestión.

Los Sabuesos fueron creados por los Diablos, la *evolución* de los Demonios, o sea, la condensación de una gran masa de energía entrópica dotada de inteligencia y consciencia. Los Diablos utilizaron estas bestias en las oscuras noches de la Era Antigua y Medieval, hasta que los fueron cazando los Heresiarcas de la Estela, que los confinaron en los planos abisales con poderosas magias. Sería casi imposible obtener un listado de todos aquellos Diablos que crearon Sabuesos, pero sí de los planos donde se les confinaron. Y los Heresiarcas mantenían cordiales relaciones con el Nuevo Temple y más con los Lazarenos. Podría preguntar. Casualmente conocía a un Heresiarca que se reunía habitualmente con un amigo común, un Lazareno. No perdía nada intentándolo...

...Una hora después avanzaba bajo la fina y poco decidida lluvia que había seguido a la soleada mañana. Se encaminó hasta un café donde sabía que encontraría al Caballero de San Lázaro. Efectivamente, ahí, en la mesa, con otro hombre, un personaje que desprendía una extraña

aura de poder. León entró en el local y pidió disculpas por interrumpir. Habló clara y concisamente. El interlocutor del Lazareno escuchó en silencio. Al terminar su exposición, León aguardó respuesta. El Heresiarca le dio una tarjeta en la que escribió una dirección y unos números con una bella estilográfica. El Templario agradeció la deferencia, tanto al hombre como a su conocido, el Lazareno, y salió del local.

La dirección le llevó hasta una biblioteca de barrio. León de Aranda, Caballero Sargento del Temple y veterano ocultista, se sorprendió por un momento. Estaba en un barrio de clase media-obrera, junto a un parque y equipo municipal cedido por el ayuntamiento, con una pequeña biblioteca céntrica. Y el Templario traspuso aquellas sencillas puertas, dejando el cielo nublado tras de sí, los gritos de unos jóvenes jugando al baloncesto en una cancha pública, pese a la lluvia; el ruido de los camiones, que cruzaban por aquel barrio en dirección a los polígonos industriales.

Al entrar vio una biblioteca pobremente equipada, una mujer mayor, la bibliotecaria, que le observaba desde su puesto, mientras apuntaba en el registro, y un par de jóvenes que hacían sus deberes allí. Al fondo había una muchacha joven que leía ávidamente y con los ojos plagados de un bendito interés por las líneas que tenía ante sí.

León sacó la tarjeta y leyó los números. Vio que se correspondía con las signaturas que aparecían grabadas en pequeñas placas doradas en las estanterías. Recorrió las filas, tras saludar con un gesto a la bibliotecaria, hasta torcer en un pasillo sin salida. La estantería del fondo era la que se correspondía con el número. Siguió con las signaturas de los libros. La que constaba en el reverso de la tarjeta se encontraba a la altura justa de sus ojos. Era un libro de tapas azules y bastante grueso. *Legislación Operativa 74/76 del Código Tributario*. Sería normal que disuadiera a cualquier curioso.

Casi había esperado que se abriera una puerta secreta, pero encontró en el hueco dejado por el grueso tomo, al final, un timbre redondo con embellecedor de bronce y un botón blanco. Introdujo la mano y lo pulsó. La estantería que tenía a su izquierda se deslizó y reveló una puerta de metal de aspecto recio. Se abrió lentamente.

* * *

—Tienes un bonito apartamento, inspector —dijo Andrea.

Ambos estaban en la cama. Después del ejercicio matutino se habían preparado un consistente desayuno. Se habían duchado. Bastian maldijo en voz baja cuando descubrió un sujetador de Cly medio colgando en la cesta de la ropa; ya hablaría con ella.

Andrea se había paseado por el apartamento, descalza, llevando por toda vestimenta una camisa blanca de Bastian que le quedaba varias tallas grande. Ahora contemplaba la ciudad bajo los intermitentes chaparrones que se habían desatado, tras un inicio soleado del día. Habían abierto la ventana, y el olor de la lluvia entró rápidamente, impregnando el apartamento. Unas nubes bajas se arrastraban, jironeadas por las agujas de los campanarios y las aristadas moles de cristal y acero. No se escuchaba tráfico. Tan solo el sonido de la lluvia cuando lo llena todo, cayendo sobre tejados, cerchas, viejos campanarios, las calles adoquinadas y el follaje de los árboles del bulevar. Era una de esas deliciosas mañanas en las que el mundo da tregua, avanza más despacio, y no hay preocupación importante como para salir de casa, del refugio. Disfrutar el lento desgranado de las horas y el fluir pacífico del tiempo. La mujer se sentó en el sofá, junto a Bastian, mirando por el ventanal. No podía explicar por qué, se sentía bien a su lado. Su brazo desnudo —llevaba unos pantalones anchos, de lino, negros, y una camiseta del mismo color— estaba extendido por encima del respaldo. Se le veía pensativo, los ojos bicolors clavados en algún impreciso punto del pluvioso escenario de la ciudad vieja. Una campana lejana tañó unas melancólicas notas. Su sonido se extendió y llegó a

ellos como una nota clara, pesada y broncínea.

Podía sentir el fuerte latido, regular y tranquilo, del corazón de él, absorto como estaba en ese punto lejano e invisible. Alzó su mano. En la noche, se le antojó que era pequeña y fina, comparadas con sus grandes manos que apretaban sus blancos muslos. Giró lentamente la cara de él. Los ojos fueron lo último en llegar. Y cuando ella los vio se estremeció ardientemente. Lo besó. Se movió y se puso a horcajadas sobre él. La camisa no tardó en caer al suelo y, de pronto, ambos desnudos en el sofá, sintieron como la brisa envolvía sus cuerpos, entrelazándolos con cintas de frescor y olor a lluvia, y con pequeñas gotas que les besaron la piel.

Andrea sintió que se dejaba en sus manos, que cedía su férreo control. Bastian se entregó con un profundo suspiro. Y mientras los dos humanos comulgaban con la llamada de la carne, ancestral e irrefutable, dos naturalezas contrapuestas emergieron. Ellos no eran conscientes. Sus almas, que tal vez ya se habían encontrado, eones atrás, estaban poniéndose al día. Y aquellas energías, la esencia consciente de un Señor Diablo, obligada a salir por un acto tan puro como la entrega incondicional, se encontró con la esencia de un Malhim, un Ángel del Exterminio, bruscamente desplazado de su lugar, en el alma del hombre, tan solo manteniendo un débil nexo, un cordón dorado e intangible como anclaje.

Ambos se contemplaron durante un momento. Unos ojos brillantes y rojos como la sangre; unos ojos anaranjados y con tonos dorados como la ira divina. Se gruñeron. Se odiaron. Sabían que no podían atacarse sin sus peones, dado que ninguno estaba materializado. Dieron vueltas alrededor el uno del otro. Los humanos seguían abrazados y jadeantes, con su ritual natural. Así que esa parte de la esencia del Señor Diablo, o sea, el germen del poder de Andrea, y un malhumorado Malhim, carente de todo sentido del humor —para desgracia del primero—, se vieron obligados a esperar, como quien dice, sentados, a que aquellos humanos terminaran. Y parecía que iba para largo.

No pintaban nada entre ellos dos. No había sitio en aquella pasión. Bastian sentía que todos sus músculos se entregaban en una fuerte vibración. Andrea redescubría sus capacidades, como quien enciende una luz en un cuarto oscuro y no visitado desde hace tiempo y admira la decoración allí dejada, con emoción y ternura. El Señor Diablo se sentía profundamente asqueado: tantas contorsiones y ninguna muerte. El Malhim no sabía lo que estaba viendo: había sido creado para destruir, y lo que aquellos dos hacían no sabía ni cómo catalogarlo, por lo que tras un par de minutos, los ignoró y siguió gruñéndole al Señor Diablo.

Hasta que no pasó un largo par de horas, los humanos no dejaron de contorsionarse, finalmente, porque cuando uno desfallecía —o así lo veía el Señor Diablo—, el otro añadía más leña al fuego con algún jueguito tonto que normalmente significaba más gemidos y caras raras. Se durmieron cuando sus cuerpos, agotados y sudorosos, se habían paseado por toda la casa. Ambos, el Diablo y el Malhim, notaron que su nido volvía a ser accesible. Tantearon el terreno, y, sin dejar de mirarse, volvieron a sus cuerpos extasiados y endorrfínicos de sus esforzados y ahora plácidos anfitriones.

* * *

La moto se desplazó rápida por la carretera, ignorando la lluvia. El brillo rojo del faro trasero se reflejaba en el negro asfalto mojado. La motorista se detuvo en las cercanías de lo que se suponía era el edificio central de Akanawa. Una nave industrial era la dirección física tanto del complejo como de la oficina. Aceleró despacio, haciendo rugir el potente motor. Los escapes bramaron bruscamente, como un león expectante. La moto se desplazó lentamente hasta la puerta principal. Cerrada. Oxidada. Con un candado tan grande como inútil, encadenado. Se detuvo y le puso la patilla a la moto. Por precaución, no se quitó el casco, cuya visera, tintada,

ocultaba su rostro, pero no le impedía ver con claridad. Se acercó al grueso candado y lo forzó de manera rápida, experta y cuidadosa, con una barra de acero templado que encontró cerca y un golpe seco. La puerta corrió hacia un lado. Había sacado un arma, una pistola de grueso calibre del arcón de su moto.

El interior daba pena. Pocas cosas parecen más desangeladas que una nave industrial abandonada, salvo una mina cerrada o el Parlamento de cualquier país en vacaciones. A veces esto último no era imprescindible, en pleno también podía dar pena o parecer desangelado.

Un espacio enorme y abierto. Altas ventanas, rotas. Planchas de uralita que faltaban en la techumbre y le daban a la nave el aspecto de una boca cerrada y desdentada. Periódicos, plásticos y papelajos que volaban vagamente, con la pereza del abandono, por el liso suelo: algunos con la suerte de esquivar los charcos verdosos y estancados del lugar. Dos mesas volcadas y las lámparas a imposible altura, moviéndose con los fantasmales dedos del viento jugueteón.

Cly se acercó. Levantó la visera y rastreó con la mirada la gran superficie. Anduvo unos metros mirando en las paredes y vigas de metal esperando alarmas, trampas... ninjas,oficinistas psicópatas, no lo tenía muy claro. Un golpe de viento y un papelajo se pegó a su pierna. Con la mano libre lo cogió. Estaba indiscutiblemente escrito en japonés. No lo comprendía, pero parecía un memorándum de algún tipo. Lo más extraño era que el membrete no era el de Akanawa, sino de Ookami Corp. Tendría que comprobarlo.

Salió del lugar dejando la puertacerrada y se subió en la moto, poniendo rumbo a Acre II, para seguir investigando.

Fuepasados quince kilómetros cuando distinguió un coche que la seguía. Gris, un Mazda, a unos tres kilómetros de ella. Se trataba de una carretera muy poco transitada, así que Cly aceleró su potente máquina y, en lugar de ir por la ruta habitual hacia Acre II, decidió internarse en la ciudad.

El coche picó y empezó a seguirla. La Templaria se internó en la tranquila ciudad donde la vida de un domingo en curso marcaba un ritmo cansino y sosegado. En las proximidades del centro de la ciudad despistó al coche, y se metió en un parking conocido. Allí dejó la máquina. ¡Maldición! Iba con el mono negro y no tenía ropa para cambiarse. Por suerte el piso franco de Bastian quedaba cerca, y allí tenía ropa.

Caminó rápido por los bulevares y en dos ocasiones se encontró con el Mazda. En su interior vio a dos hombres trajeados. Sabía que su indumentaria, sumada a su color de cabello, la delatarían rápidamente, por lo que prefirió evitarlos antes que sacar las credenciales de la Interpol y detenerlos. Además, quería averiguar quiénes eran y para quién trabajaban. Su pelo blanco, pensó mientras callejeaba, era demasiado memorable. Si bien quizás ellos no sabían ese detalle, unido al mono negro —que, todo fuera dicho, le sentaba de infarto, pues tenía un buen cuerpo, definido y fuerte—, la haría un blanco imposible de olvidar.

Llegó al edificio, finalmente, y entró. Tenía su llave, así que subió hasta el apartamento. Se frenó en el momento de introducir la llave en la cerradura. ¿No había dicho Bastian que tenía una cita aquella noche? Bien mirado era casi mediodía y para entonces los ligues del Templario solían haber ahuecado el ala. Pero algo en su fino instinto cazador le hizo pensárselo. Decididamente algo no marchaba bien, no percibía la calma habitual. Había un elemento en el ambiente que le inquietaba, una sensación extraña, que la había invadido en la entrada y en los ascensores. Justo en ese momento se abrió la puerta, revelando la forma de la mujer que había al otro lado.

* * *

Lo primero que desconcertó al veterano Templario León de Aranda fue que la biblioteca estuviera abierta un domingo. ¿Acaso no iba contra los preceptos cristianos del funcionariado,

de los jóvenes bibliófilos y de la humanidad occidental en general trabajar en el último día de la semana según el calendario gregoriano? Del hecho de encontrarse una segunda biblioteca dentro de la biblioteca, bueno, aquello, después de la violación flagrante del domingo por parte del funcionario, se esperaba cualquier cosa.

Al entrar por el pasillo tras la puerta blindada, desembocó en un vasto complejo. Un centro de estudio de los Heresiarcas de la Estela. Rememoró lo que conocía de los Heresiarcas. Una sociedad formada por personas receptivas que eran iniciadas por sus captadores. Se les llamaba Heresiarcas porque no compartían totalmente la visión de la Estela. De ahí sus frecuentes roces con los Grigori. No permitían las intervenciones sobrenaturales en los alrededores de “su territorio”, ni sobre la gente a la que protegían. Ni de uno ni de otro bando. Con el tiempo, empezaron a acumular sabiduría y compilar todos los conocimientos que pudieran ayudarles en su labor. De ahí que, sabiendo el caso que ocupaba ahora a los Templarios, colaborarían... en la medida en que afectara a sus intereses.

Al final del pasillo le esperaba un hombre joven, de unos treinta años y cabello oscuro, bien peinado. Llevaba un sayo carmesí oscuro y lo recibió con una sonrisa.

—Nos avisaron de que venía, Hermano Templario. Bienvenido a la *Domus Suburbe*—le saludó cortésmente con una inclinación.

León, desconocedor del protocolo de los Heresiarcas se llevó una mano al pecho y se inclinó formalmente. El Templario expuso su cometido sin dilación. El tiempo era precioso, tanto como mortales y peligrosas las intenciones del Señor Diablo.

—Hermano Heresiarca, necesitaría acceso a una información que creo que resulta clave para identificar positivamente una amenaza, un Señor Diablo que tiene pretensiones para con nuestra dimensión.

El Heresiarca, sin hacersederogar, se encaminó hacia el piso de abajo.

—¿Tenéis algún indicio de la posible identidad de dicho ente Desequilibrador? —inquirió en tono profesional.

—Tan solo dos datos: uno, que tiene un par de sobrenombres sonsacados a un seguidor; y dos, que es capaz de transmutar condicionalmente a, por lo menos, dos Sabuesos del Tártaro a través de un portal de carne engarfiada, o sea, un humano al que haya concedido favores.

—Mal asunto, Hermano Templario. En los Listados de Hierro, creo, podremos encontrar algo en, espero, poco tiempo.

Dicho esto, llegaron hasta unas escaleras descendentes. Habían atravesado toda la parte central de la galería de estudio, flanqueada por altas estanterías plagadas de libros, y giraron tras la última de ellas. Allí unos breves escalones de piedra negra daban hasta una puerta cerrada con profusión de varios herrajes. El Heresiarca se detuvo y acarició con dos dedos una piedra. Apareció ante ellos una espesa maraña de hechizos poderosos, que brillaban con un tenue y palpitante color rojizo. Se abrieron por el centro como el diafragma de una cámara fotográfica. Sacó una placa de metal dorado, alargada y fina, repleta de glifos cuadrangulares y complejos y la introdujo. Los herrajes crujieron y se abrieron a lo largo de la puerta como una flor de metal negro. Pestillos, placas y agudas y afiladas contramedidas, aguijones de metal que estaban perfectamente ocultos a la vista, una vez preparada y montada la seguridad de la puerta, quedaron por un momento a la vista.

La puerta se entreabrió y el Heresiarca cruzó el oscuro umbral. Caminaron por un pasillo de piedra verdosa, hasta dar a una sala redonda y de una cúpula alta, cuya techumbre permanecía a oscuras; el suelo estaba cubierto de mullidas alfombras y las paredes por tapices. Todo estaba surcado de extrañas runas doradas.

A los lados se sucedían reliquias, urnas, escritorios antiguos, candelabros pesados de pie, una réplica en alabastro de la Estela de Elam —la de Acre II era de basalto—, y al fondo, sobre un pedestal, reposaba un grueso libro encuadernado en hierro negro, de aspecto pesado,

venerable y terrible.

El Heresiarca se aproximó. Musitó una breve plegaria y sacó otra lámina de metal, de color verdebronce. La insertó, realizó unos pases con la mano y otra maraña de hechizos protectores se abrió con un color azul eléctrico brillante y letal.

La placa de metal entró lentamente. Cada chasquido hacía caer otra red de protección. Al final, la urna se alzó en el aire. El Heresiarca, ceremoniosamente, y con otra plegaria, cogió el tomo y lo llevó hasta una mesa de mármol blanco y pulido, cercana a la urna. Invitó a León a acercarse. Hizo otro pase sobre el libro y, sobre las cubiertas de metal negro, depositó otra lámina, esta de color rojo, con una serie de glifos triangulares. Del tomo se levantaron unas varillas de metal que se flexionaron y, como marcadores de un sismógrafo, recorrieron la placa roja. Al acabar, y las cerraduras que aprisionaban el tomo se soltaron con un fuerte y rápido chasquido.

Lentamente, el Heresiarca abrió el libro. Estaba escrito en caracteres que recordaban a los cuneiformes cananeos, sobre delgadas láminas de metal. Los jeroglíficos brillaban, plateados. El metal era oscuro.

—Este libro —explicó el Heresiarca— fue forjado y escrito hace muchos eones. El metal es aquel que usaron los Diablos y los Malhim, demonios y arcángeles para sus armas y armaduras, y fue almacenado en un zigurat que quedó perdido en el espacio y el tiempo, en las arenas de las Realidades Distintas, azotado por ellas y evanescente en un horizonte difuso.

»En el tomo encontrarás mucha información. Pero no toda te compete. Escritos están los Nombres Verdaderos de seres que son y serán, que fueron y que pueden ser. Lo que tú buscas está en el Canto del Lamento.

Manipuló las hojas con precisión. No parecían pesar apenas. El Canto del Lamento era una sucesión de los atroces hechos de las batallas entre los dos bandos, antes de la conformación de la Tercera Fuerza y formación de la Estela de Elam, que puso fin al conflicto con la separación de las Realidades.

Múltiples y terribles eran los nombres de los Diablos, demonios, arcángeles, Malhim, humanos y otros seres que desfilaron ante los ojos de León de Aranda. Los nombres evocaban las acciones terribles llevadas a cabo milenios atrás. Llegó hasta la parte en la que se empezaba a mencionar a los Sabuesos del Tártaro, aquellas criaturas que finalmente quedaron libres, tras la llegada de la Estela, y que solo hacía quinientos años habían sido cazadas efectivamente y confinadas en sus planos, si no destruidas.

Los nombres seguían deslizándose ante la mirada del Templario. Terribles holocaustos, selvas y bosques de ángeles empalados, demonios carbonizados por las espadas flamígeras destruidos en brutales estallidos por las claras, puras y crueles voces de los Malhim. Los Diablos esclavizando a los humanos, ejércitos esclavos, táctica luego aprendida por aquellos. Arrojadados sin clemencia hacia las fulgurantes hordas doradas. Y una imagen: un astado Diablo con una trailla de más de veinte Sabuesos del Tártaro, arrojando uno de los hechizos más brutales y destructivos que se ejecutaron en aquellos tiempos, merced al cual creó a su alrededor un súbito páramo de silencio. Una llanura de pesar cubierta de cadáveres carbonizados, un trono de huesos ennegrecidos y plumas quemadas que flotaban en el aire quieto.

Y su nombre era Gormogoth.

20. Cerrando el círculo

Andrea miró directamente a los ojos a la mujer. La había visto antes, la tarde anterior, cuando iba a comer al centro de la ciudad. La vio correr con Sebastian y luego detener a alguien entre los dos. Era inconfundible, con su pelo corto al estilo paje y enteramente blanco. Sus ojos grises le devolvieron la mirada, penetrantes, calculadores, inescrutables.

—¡Oh, vaya! —exclamó la visitante—. Siento interrumpir.

—No, no interrumpes nada. Ahora ya no —afirmó Andrea, componiendo una mueca amable a la par que sardónica—. Sebastian —llamó—, una mujer con un mono de cuero negro acaba de llegar, ¿vas a proponerme algo raro? —bromeó. Habló en voz alta, para que el hombre pudiera oírle desde la ducha.

Sonaron unos golpes sordos. La mujer de pelo blanco había entrado apenas unos pasos, y alzó las cejas al oír las palabras de Andrea.

—Por cierto —dijo esta—. Me llamo Andrea, Andrea Saint-Luc, encantada —le tendió la mano.

—Agente especial Clytemnestra Montano —se presentó—. Normalmente no voy con estas pintas —dijo con una sonrisa—, pero es que hoy tenía el día travieso —bromeó tras comprobar el talante de su interlocutora.

Bastian apareció en este momento con una corta toalla en la cintura. Cuando fue a abrir la boca, se topó con las miradas chispeantes de las dos mujeres. Pensó muy cuidadosamente lo que iba a decir: un hombre se juega mucho cuando dos mujeres se compinchen traviesamente, aunque sea en un par de segundos. Es un terreno en el que ningún hombre está seguro.

—Veo que os habéis presentado. Cly es mi compañera de trabajo.

—Lo sé —se limitó a decir Andrea.

—¿Ah, sí?

Todo lo que obtuvo fue una risita traviesa. Andrea se acercó al hombre, le rozó los labios mientras cogía el bolso. Se dio la vuelta para poder salir. Conforme trasponía la puerta, murmuró algo para que solo la mujer lo escuchara:

—Bonito sujetador.

Cly se volvió, mirando directamente a Bastian, mientras la otra mujer se iba.

—Bastian, poner el tono de voz grave en plan macho no pega con la toalla en la cintura... y menos con espuma en la cabeza...—le informó mientras entraba en la cocina y encendía la cafetera.

* * *

Hacía doce horas que había pasado la del almuerzo, y Andrea Saint-Luc se dirigió a su casa. El poco tráfico hizo que pudiera llegar en tiempo récord. Cuando se bajó del coche, caía una fina llovizna, suave y plateada, como ese domingo tranquilo. Los árboles que rodeaban su casa restallaban en tonos de un verde intenso, casi eléctrico, y una brisa floja agitaba la hojarasca en un coro susurrante y leve. Por un momento la mujer se quedó quieta. Se quitó el largo abrigo. No lo había llevado el sábado, pero lo encontró en el coche, que recogió en las oficinas tras irse de casa de Bastian.

Una de las cosas que más le gustaba de aquella casa era que no tenía vecinos cerca, pues no solo estaba a las afueras de la ciudad, sino que además se enclavaba en unos terrenos propios a los que se accedía por una pequeña carretera flanqueada de hayas. Los vecinos más cercanos estaban monte abajo, a unos dos kilómetros.

Sintió un impulso. Miró al cielo. Nubes grises y claras derramaban sus gotas de preciosa lluvia, y estas, al caer, acariciaron la piel de Andrea, que, desnudándose en un arrebató la refrescó y

vivificó apartando el acorchamiento por un breve lapso. Una carcajada de alegría sin tapujos, de felicidad, creció desde su vientre, subiendo como una ola por su pecho hasta escapar por la garganta, por una boca que miraba al cielo. Las gotas jugaban en su piel, sus pechos y su ombligo, su espalda y sus piernas. Extendió los brazos, indiferente a los nerviosos rayos que empezaron a caer en las proximidades y, pasada la euforia, de pronto, bajadas sus defensas, un torrente de poder escapó por su piel.

Su iris derecho se tornó de rubí, la piel de aquel lado del cuerpo, brazo, pecho desnudo, el vientre, la pierna, todo, se arizó y se formó una costra negra, como la lava seca. Su mano surcada de ígneas venas y acabada en afiladas garras hizo que se fundieran las piedras de la grava al tocarlas, pues con un fuerte espasmo, el cuerpo rosado y negro de Andrea se dobló sobre sí mismo, y hubo de arrodillarse en el suelo.

«Recuerda nuestro trato, humana» susurró la voz del Diablo. *«Tú ansías la venganza inigualable, y algo tan nimio como un sentimiento no podrá detenerlo. Y a cambio me prometiste algo. Te toca cumplir. Con el plenilunio de aquí a tres días del insignificante calendario humano, la venganza será ejecutada en su totalidad. Y si no cumples tu parte, ni tu alma ni las de tus muertos que aún te rondan podréis escapar a mi justa ira».*

Cada palabra sonaba como un martillazo sobre el yunque del Destino.

A través de su ojo derecho, Andrea veía el Páramo del Pesar, azotado por los negros vientos de la incandescente voluntad del Diablo. Vio su trono negro. Vio su garra extenderse hacia ella. Y sintió la caricia.

La caricia suave de un Señor Diablo era el equivalente a una silenciosa motosierra saizando tu carne; a la caricia de un viento plagado de arena y cristales pulverizados sobre una parte desollada de tu cuerpo. Es como pasar una navaja por la cuerda de una guitarra. La navaja era el Diablo. La cuerda, tu alma expuesta...

...Andrea gritó. No se escuchó, pero supo que lo hacía. Sus cuerdas vocales vibraban, sus pulmones se vaciaron...

...De pronto abrió los ojos. Estaba helada. Desnuda, estúpidamente desnuda bajo la lluvia gris. Su ropa, empapada. Su cuerpo había vuelto a la normalidad. Recogió la ropa y entró rápidamente en casa.

Sentimientos enfrentados chocaron en su ser. Su silueta desnuda se recortaba contra el cielo plúmbeo, a través de la puerta abierta. Apoyó la cabeza contra la pared y apretó los dientes mientras reprimía la batalla interna. No podía dudar. No podía perder la perspectiva precisamente ahora.

Anduvo por el interior de la casa. Se puso un albornoz que recogió de un cuarto de baño, blanco y mullido, y entró en el despacho. Un aura de poder llegó hasta ella, como una atmósfera, pesada y densa, de calor y tensión. Cogió el teléfono, tras pensar un rato. Fuera la lluvia golpeteaba los cristales, como un amante pidiendo permiso para entrar y volver a acariciar su piel. Pero la implacable determinación vuelta a despertar, unida al sentimiento de vulnerabilidad, la tenían demasiado ocupada para delicadezas.

Algo la había preocupado y mucho: el Diablo tenía acceso a ella. A su libertad. Su albedrío. En un momento de participación había dado un paso en falso, demostrando que tenía una conexión más profunda con ella, más allá de trasladar su voz y hacerle un daño físico. Y había amenazado a... *«Esos dos muertos que te rondan...»*, o algo parecido. Dos almas a su alrededor... ¿serían?... No. Estaban muertos. Y ella conocía muy bien de qué se componían los fantasmas: recuerdos, dolor, voluntad y algo que los engrilletara a su plano origen. Sacudió la cabeza. Acabaría la venganza, el plan por el que casi había vuelto a la vida y cruzado las fronteras de la Muerte, de la Moral, de la Voluntad, por el que había luchado con demonios y saberes arcanos. A cambio de la promesa de liberarle bajo unas específicas condiciones imbuyó el poder necesario en su cuerpo, parte de su esencia. Sabía lo que implicaba aquello para

consigo misma, y era un alto precio.

Enfocó de nuevo la vista. Respiró hondo varias veces. Descolgó el auricular del teléfono que había sobre el escritorio. La baquelita de aquel antiguo modelo tenía un sello arcano con trazos muy finos, que parecían hechos con algo afilado y caliente. Este sello se iluminó tenuemente cuando Andrea hubo marcado.

—Mi Señor Archiduque —dijo una voz a través del aparato. Era una voz de hombre.

—¿Tienes lo que te encargué? —preguntó. Su voz sonó distinta, densa, como cuando hablaba a través de la máscara ceremonial. Como cuando se la ponía, experimentó un extraña sensación de desapego, de encontrarse en un segundo plano cuando el Archiduque hablaba.

—Sí, mi Señor. Ocurrió lo que predijisteis, y nuestro hermano fue arrestado.

—¿Quién fue? ¿Identificaste a nuestro enemigo? —inquirió.

—Creo que eran de la policía secreta, mi Señor.

—¿Lo crees? ¿Acaso no estuviste allí?

—Sí, mi Señor. Pero no pude más que observar de lejos. Se llevaron a Zacchariah a un callejón y después entraron en un coche. Yo entré posteriormente a la tienda y cogí el objeto.

—Bien. Habla con los demás. Queda menos de una semana para el plenilunio. En tres días haremos la ceremonia final. Os quedan esos tres días terrenales para meceros después las mieles de vuestros deseos realizados.

Andrea colgó el teléfono. El último empujón había sido dado. Ahora ya no se podía parar.

* * *

Carl colgó el teléfono. Inconscientemente se llevó la mano al antebrazo donde un pequeño escozor le mordió la piel por un momento. El asesino, natural de la fría pero histórica Trondheim, Noruega, maldijo por enésima vez al difunto gnomo que regentaba la tienda aquella. Bueno, ahora era pasto de los gusanos. Se frotó el brazo otra vez y llamó a un número de teléfono. Desde que conoció al Archiduque había sido su mano derecha, su ejecutor.

Él ya era un asesino profesional, frío, metódico, cuando, durante un trabajo, algo salió mal, rematadamente mal.

Ocurrió cuatro años atrás. Su compañía, el servicio de contratación, le había remitido un nuevo encargo. Por entonces él era un reputado eliminador que no era conocido por ningún servicio de inteligencia ni agencia de la ley y que operaba de manera muy personal, metódica y eficiente. Durante un tiempo incluso sintió deseos de recibir un apodo, algo como *el Fantasma*, *el Eliminator*, *ola Muerte Silenciosa*, pero su sentido común atajó esa idea.

Viernes noche, después del oficio religioso. El obispo visitaba una antigua iglesia del centro de la ciudad. Su víctima lo acompañaba. Él, desde su lugar, apostado en una azotea de una casa antigua, vio el frío y pétreo rostro de la futura víctima. Los dueños de la casa habían acudido a ver a un pariente enfermo —*enfermado* por Carl, por cierto—, con medio país de distancia por medio. El asesino no se cuestionó quién querría matar a un mísero cura. La paga era buena —la vanidad le impidió preguntar— y el trabajo bastante fácil. Peculiar, pero fácil.

Despacio, corrió el bien lubricado cerrojo del rifle, cargado con una peligrosa munición explosiva. Apuntó. La mira telescópica marcó a la víctima en la retícula. Tan fácil como eso. Y de pronto, ruidos en la casa. Habían vuelto. El motivo —algo olvidado, comprobar el gas, una pelea, lo que fuera— era lo de menos. Carl recogió el rifle. Hizo un gesto de fastidio por ver comprometida su tan trabajada posición y activó el plan secundario, saliendo por una de las balconadas laterales y subiendo hasta el tejado. Allí, saltó de una azotea a otra y llegó hasta su segunda posición.

Daba igual. Podría acertarle a través de una vidriera, o en cuanto tuviera un mínimo de carne

de la cabeza a la vista. A fin de cuentas, era el mejor. Así, tres horas más tarde vio movimiento en una puerta lateral de la iglesia. El cura salía. Corrió por los terrados. Justo cuando apretaba el gatillo, el hombre le miró. Antes del disparo. Directamente a los ojos. Nunca había pasado tanto miedo.

La bala salió con un ladrido amortiguado. Pero algo oscureció la mira. Y todo. Una flor obscena, una anémona de oscuridad se cerró en torno al cura, protectoramente, como si esas sombras estuvieran vivas. Percibió la amortiguada explosión de la munición. Se dio la vuelta, pálido. Algo le había producido un pánico cerval que nunca había experimentado.

Se levantó. La anémona tentaculada se abrió, y como un monstruo furioso empezó a trepar, dejando al cura quieto, anormalmente quieto en la calle. Carl se congeló de pronto. Había apartado una sábana tendida, iluminada por el suave fulgor de una luna cruel y el naranja de las farolas, cuando vio, tras el gualdrapeo de la tela, al cura. Su terrorífico rostro. Sus ojos eran dos pozos de negro horror, de muerte y desgarró. El asesino se dio la vuelta, en la cornisa, y su terror se desató al ver la gran flor de oscuridad tentaculada. Intentó moverse, como su instinto le gritaba, pero no pudo, pues una mano helada lo asió del cuello, como un cepo de carne y acero.

—Mal —musitó una voz en su oreja.

—¿Qué...? —pero no pudo seguir hablando. Los brazos empujaron con la fuerza de una catapulta hacia la negra fauce.

Estalo apresó y fue machacando sus huesos, metódicamente, contra todas las paredes, tapias, escaleras y contenedores del callejón. Finalmente lo arrojó, roto y sangrante, en un rincón.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo agonizando, pero una voz le sacó de su agónico dolor torturante. Le preguntó si quería seguir viviendo. Vengarse. Recibir dones increíbles. Recuperar su trabajo y su vida, esa vida que se le escurría por entre los tronchados dedos.

—Sí... —pronunciaron en un hilo de voz sus destrozados dientes y labios.

Su cuerpo se recompuso con estallidos de dolor, volviendocada miembro a su lugar y recuperando su integridad. Y pudo incorporarse, aunque tuvieron que transcurrir dolorosas horas, hasta que acabó de recuperarse de semejante trauma, de pisar la línea de la existencia, y obviarla. La voz, mientras su cuerpo sufría, siguió hablándole. ¿El blanco? No era tal. No era humano siquiera. Era un *wampyr* anciano y poderoso. Y el contrato que lo llevó hasta allí, una trampa que él no supo ver por su propia soberbia. Carl escuchó. Y bebió aquellas palabras, que solo en la frontera de la vida y la muerte, del dolor y el sufrimiento, tenían sentido.

Y el Archiduque le ofreció ayuda para, además, encontrar al responsable. Ayuda que condujo al asesino hasta el contratante, un directivo poco escrupuloso de un grupo inmobiliario que buscaba apropiarse del solar donde se asentaba la iglesia, comprándoselo al obispado. No le importaron lo más mínimo a Carl Gustaffsen, natural de Trondheim, Noruega, los gritos del ejecutivo. Simplemente las evidencias proporcionadas por el Archiduque encajaron en su sed de venganza, y el hombre, murió tras catorce estratégicas puñaladas y veinte escogidos huesos rotos.

El escandinavo llamó a sus compañeros de culto, para empezar a organizar la Venida.

* * *

Mûrk sonreía de través. Su Ama, a veces, merecía ser convertida en Demonio. Y aun en Diablo. Solo pensar en la habilidad desplegada para ganar la lealtad de uno de los mejores asesinos del mundo mostraba una formidable astucia... para ser humana.

Contratar sus servicios a través de varios niveles de intermediarios. Avisar a la víctima. Esperar la venganza del *wampyr* que le debía un gran favor y después ofrecerle la salvación y la

venganza. Venganza con la que eliminó a un potencialmente peligroso directivo del mismo *keiretsu* que Ookami, que pretendía acosar con ofertas económicas a los terrenos de la empresa del Ama, elevando las ofertas directamente a la Junta de Accionistas.

A veces, Mûrk no solo sentía miedo por su Ama, sino también un extraño sentimiento de... respeto.

Escuchó atentamente al escandinavo coordinar a los demás cultistas. El Ama lo había invocado hacía escasos minutos y le había ordenado vigilarlo. No sabía por qué. Y no le incumbía. Y odiaba que no le incumbiera. Que el Ama se mostrara tan paranoica era buena cosa. Indicaba que no había perdido el interés por lo que debía hacer.

La había dejado en el despacho preparando un potente hechizo de videncia oscura.

21. Equilibrio truncado

Rembrandt, Caballero Arcángel Templario, conocido y condecorado por sus acciones; temido, odiado y castigado por sus acciones; paradigma tanto del «se debe» como del «ni se os ocurra hacer como él», estaba sujetando a un hombre fofa y sudoroso con su oscura mirada clavada en él. La intimidación abría más puertas que una estúpida negociación, cuando se trataba de alguien más débil.

Él había nacido en el seno de la organización, había sido educado como un caballero, y a los seis años ya poseía arrogancia, fuerza y perspicacia. Su modo de comportarse y de trabajar era el de un noble medieval. Educado en una pequeña comunidad templaria de los campos holandeses, adquirió ese porte superior, la convicción de que el fin justificaba los medios del Temple, pues su lucha era sagrada. Ahí fuera acechaban demonios y perversos ángeles, quimeras, lobishomes, lamias, wampyr, duendes y hadas. Su existencia era permisible. Su intervención en la vida humana, no: podían arrastrar incalculables males a la lucha del Temple, y sus hermanos Hospitalarios y Lazarenos.

Por ello Rembrandt era directo, no pedía perdón por lo que hacía, aunque hiriera unos cuantos sentimientos, y luchaba por el Temple y el Deber; no reparaba en gastos ni modales superfluos más allá de la disciplina necesaria, debida y deseable para su labor. Era una máquina perfectamente engrasada y equilibrada para su trabajo.

Rashid, por el contrario, era un hombre sosegado, irreverente, gracioso a veces, otras, hiriente o cansino; diplomático cuando convenía. Criado en la Casa Madre de Estambul, era capaz de adoptar las costumbres de cualquier país en segundos, tras pisar sus tierras. Hablaba una miríada de lenguas y chapurreaba más. Caía bien instantáneamente. Tenía una blanca sonrisa capaz de desarmar a una mujer o un tanque. Ojos divertidos y chispeantes, pero escrutadores, brillantes y curiosos. Su piel oscura, color café, jamás fue motivo de discriminación. Nadie podría tener nada contra el bueno de Rashid. O de Abu. O Ali, Charlie, Lanford, Dipu, J.T., L-Cool, Frankie, Carlos, Darién, Leonardo u Ottavio. Asimismo podía afirmar con el acento adecuado proceder de Argel, del Bronx, Alcorcón, Luton, Sumatra, Sidney o París. Contemplaba ahora al reputado Templario sacarle información al pobre vendedor. Ambos sabían que aquel hombre contaba con un importante almacén de artefactos esotéricos, muchos de ellos difíciles de conseguir en este y otros planos. Lo que lo convertía, a su vez, en alguien preparado para eventualidades como esa. De hecho, mientras Rembrandt amilanaba al vendedor, Rashid pudo poner las manos en el mostrador de la tienda, y una rápida sucesión de acontecimientos pasados surcaron su mente. Vio al tendero, y lo que era capaz de hacer. Pero sabía que Rembrandt no le escucharía, así que aguardó a que el único argumento que calaría en el holandés-oh-Poderoso-Templario-Entre-Todos se manifestara.

Rembrandt enseñaba los dientes en una mueca agresiva y furibunda, mientras el hombre fofa y gordo se debatía inútilmente. Hasta que dejó de hacerlo. Sus brazos colgaron, laxos, mientras sus ojos se ponían en blanco. El Templario lo soltó y el hombre cayó, pesadamente. Miró a su compañero que, cruzado de brazos, le mostró una sonrisa blanca y algo afilada.

Las adiposas carnes del comerciante empezaron a temblar. De pronto se levantó. Ahora los brazos estabansurcados de venas, y la grasa inútil se había trocado en masa muscular. El engendro creció. La cabeza pasó a ser redonda, con una sonrisa plagada de dientes como una calabaza de Halloween. La manaza cogió del cuello a Rembrandt, que se debatió de golpe.

Tenso, y preparado para actuar, Rashid esperó.

Mientras no le ataque, vamos bien. Si no, la vamos a tener, y bien gorda...—pensó. Aunque por el momento no supo a quién se refería concretamente con lo del ataque.

Conocía a Rembrandt, así como su poder: el holandés era un combatiente brutal. Pero no porque tuviera una fuerza sobrehumana, como León, o magia de batalla, como Bastian. O aun la capacidad analítica de Cly. Rembrandt era un espejo cinético. Cualquier fuerza ofensiva lanzada contra él podía ser devuelta con el mismo impulso, más el que pudiera añadir el Templario. Tanto física como mágicamente. Los golpes los devolvía con la fuerza recibida más la propia. Con la magia siempre actuaba de la misma manera: la recibía con una mano, tuviera la forma que tuviera el hechizo ofensivo, y la devolvía con la otra como un haz de energía en bruto, restallante, explosiva y violenta. Por supuesto el manejo de tanta energía pasaba factura y el Templario podía acabar agotado. Pero mientras no empezara la pelea y él pudiera intervenir...

—Perdone...

El enorme bicho, con mucha carne musculosa trenzada de pura fuerza bruta, miró a Rashid. Después de la transformación, el asustado tendero gordo medía más de dos metros. Miró abajo, babeando entre los colmillos.

—Creo que mi compañero ha empezado con mal pie —dijo Rashid: y otro de sus poderes empezó a actuar—: es nuevo en la ciudad y tonto del culo, ¿sabe? A mi ni siquiera me cae bien. Verá, estábamos en la central, nos dieron un aviso y salimos, y el memo ese que tiene sujetopor el gznate lleva con retortijones de barriga todo el día, qué le voy a contar... Total, que atendemos a un par de dríades algo locuelas del parque que hay detrás de los bloques del final de la calle. Y ya sabe como son ¿no? —le puso la mano en el brazo con que sujetaba a Rembrandt, que empezó a bajar—. Total, que vamos hasta allí. Lluve, y ellas medio en pelotas. Imagínese qué plan. Y diles que se vuelvan al árbol. Y me miran, me dicen que hay que ver la buena planta que tengo, que mi cabeza rapada les da morbo. Pero miran a mi compañero, el que usted amablemente ha soltado, y dicen que tiene pintas de pichacorta, que pasan de él. Figúrese el cabreo que lleva encima.

»Conseguimos meter a las dríades en el árbol, un roble precioso. A lo mejorme paso más tarde a que me casquen las nueces. Tú no, te aguantas —dijo a Rembrandt, que se frotaba el cuello dolorido—. Y al entrar en el coche, ¡pum! Nos llaman de central. Que nos pasemos por aquí. Resulta que tenemos a un tipo raro allí que estaba haciendo alguna capullada, yo que sé, como si se trajina a una estrige, por mí ya ves. Pero nos dicen que necesitamos no sé qué guarrería para que se restablezca, un... una... ¿cómo era? —le preguntó a Rembrandt. Mientras el tendero volvía a ser el fofo hombrecillo de metro sesenta.

—Flores de hueso y loto gris.

—Eso. Geráneos de ésos y el loto. ¿Tiene? Seguro que en una tienda de comestibles como esta... —dijo, sacudiendo una mano—. O se las curamos o no testifica.

—Sí, sí, claro —balbució el tendero.

—¿Y para qué son? Porque el loto gris es peligroso.

—Almorranas, almorranas... inteligentes. Un duende le hechizó el culo. No se imagina. Con la mala leche que se gastan...

En cinco minutos tenía en la mano los ingredientes, hechos un paquete, y con un lazo.

—...Y lo peor es que el capullo de mi compañero se contaminó y ya sabe cómo se las gasta la lepra genital de los duendes: se te cae. Y a la mañana siguiente se te ha regenerado. Y así hasta que logres cumplir la pena impuesta por el duende. Y este —señaló a Rembrandt con el pulgar— tiene que trajinarse a una vaca virgen. Tendría que verlo perseguir a una con los pantalones bajados por mitad del prado.

—¡Ja, ja, ja! —lloraba de risa el buen tendero, fofo y seboso—. ¡Con los pantalones bajados!

—Sí, pero lo mejor era la cara del toro, ni se imagina. Bueno, Maurice, debemos irnos, ha sido un placer. Aquí tiene, por los desperfectos.

—Adiós, Rashid, vuelve cuando quieras. Adiós, Romuald, que se te mejore... la, ja, ja, ja,... eso...

ja, ja, ja... ¡Y suerte con las vacas!

Entraron en el coche. Evitaron a los dos pandilleros que entraban para atacar al bueno de Maurice.

—¿No se te ocurrió algo más humillante, Rashid? —preguntó, hostil, Rembrandt.

—Oye, que ha funcionado —dijoeste, con indignación.

Cuando el coche arrancó, los dos pandilleros salieron volando de la tienda, para estamparse contra los cubos de basura del callejón.

* * *

Rozando la media tarde, Bastian y Cly acababan de seguir al coche, anteriormente perseguidor, de aquella mañana. La Templaria no había dejado de hacer observaciones, divertida, a su compañero desde el encuentro en la puerta del apartamento. «Tiene buen tipo», «Se la ve maja», «Vio el sujetador mío caído por ahí»... Pero Bastian no reaccionaba. «Creo que es un hombre».

—¡¿Qué?! ¡No! Te aseguro que... —Bastian calló, por un momento, avergonzado. Luego miró a su compañera—. Clytemnestra, a veces eres puro veneno.

—Mmmmh... —gimió—, me pones cuando dices cosas malas —dijo, traviesamente, con tono juguetón—. Vamos Bastian, te gusta. Más que cualquier otro ligue que te haya conocido. Te besó. Con cariño. ¡No me mires así, es verdad! Esa mujer te gusta —repitió. *Y tienes la misma cara de pánfilo que cuando empezaste a salir con Amanda*, calló para sus adentros.

La tormenta había enmudecido, y en el capó mojado del coche tremolaban gotas de agua, que se reflejaban las luces del semáforo. Dos coches por delante, los perseguidores-perseguidos de Cly se habían detenido. La Templaria contó a su compañero los hallazgos, la nave industrial vacía por los supuestos denunciadores y la persecución. ¿Esperaban que alguien contrastara la información? ¿O todo era parte de un plan mucho más retorcido?

El Mazda avanzó y se dirigió hasta uno de los polígonos industriales. Pero no al que Cly había ido, como hizo notar, sino hacia uno de los más activos de la ciudad. Pasaron numerosas naves industriales, muchas, a esas horas de la tarde, apagadas y cerradas, a la espera de la mañana de lunes con la que el ciclo de actividad se reanudaría como las estaciones o la vida misma.

Por allí debían ir con más cuidado pues no había tanto tráfico y podían delatarse fácilmente.

Cuando el vehículo se detuvo, lo hizo para entrar en el aparcamiento de una gran empresa de nombre japonés: Ookami Corp.

—¿Una filial? —se preguntó Cly.

—Hay algo que no encaja: nos piden ayuda, pero nos dan información falseada sobre ellos mismos. Nos entregan exhaustivos informes con pruebas, fotografías, fechas, horas y costumbres de unos sospechosos de alto postín, ¿pero no pueden averiguar nada del supuesto líder? Es más —concluyó Bastian si contrataron a un especialista de su país, ¿qué ha sido de él?

—Bueno, hemos llegado hasta aquí. Se podría decir que tenemos uno de los cabos de la cuerda. Los hombres salieron del coche y entraron en el edificio.

—Vayamos a contárselo a Marisa.

Cuarenta minutos después estaban en las habitaciones de la Templaria en Acre II donde había ido a presentar su informe tras el accidente del búnker. Y en vistas de la situación, solicitar un operativo mayor.

Marisa estaba descalza, las uñas estaban pintadas de un color rojo oscuro, casi marrón; estaba vestida con una bata de seda negra y dragones dorados y rojos. Sus aposentos transmitían calma y serenidad, una agradable sensación de que todo estaba como debía. Cly hasta se sintió mal al tomar asiento, frente a la negra mesita de café donde estaban las dos botellas de agua mineral que les había ofrecido, junto a sendos vasos, y romper el encanto de serenidad que los

rodeaba.

Le expusieron brevemente lo averiguado.

La mujer meditó un momento.

—Señores —dijo, olvidando que estaban en su propia casa y teniendo en cuenta solo la misión, el objetivo—, este cabo es en verdad misterioso y muy sospechoso. ¿Por qué quieren que miremos en esa dirección? Nos tratan de utilizar para neutralizar algo que les amenaza. Nos infravaloran. ¿Son ellos los sospechosos? ¿Quieren que miremos a otro lado mientras realizan, por su parte, alguna otra acción de índole mágica o invocativa? De hecho, si ellos son japoneses, y el Vermillion Alquimista de la misma zona asiática, ¿estarán ligados, tienen conexión entre sí? Es algo contradictorio ya que el Alquimista trabajara en la invocación mediante un artefacto. Dejadme preguntar algo más: ¿de dónde vino el chivatazo que nos condujo hasta él?

—Un mensaje anónimo dejado en el pub irlandés de Molly —dijo Bastian.

—Y tras eso, cuando volvimos, atacaron a Kurt y a León con entes de nivel intermedio —puntualizó Cly—. Si fueron los japoneses, no tendría sentido que nos dejaran el diario del Alquimista tan a mano, casi como cebo, y que no me prepararan a mí una encerrona en la nave industrial por meterme donde nadie me llamaba.

—Porque no fueron ellos. No hay nexos. Es más, posiblemente tenga una pista —dijo León de Aranda desde la puerta—. Permiso para entrar, Marisa.

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ninguno de esos patanes tendría narices para invocar entes así, y menos Sabuesos del Tártaro. Nos han apuntado en esa dirección porque los sectarios son sus enemigos. Quizás no, obviamente, de los Akanawa, pero sí de la Ookami Corp. ¿Por qué una secta compuesta de gente bien provocaría eso? ¿Atacar a una empresa cerámica japonesa? Hay que averiguarlo. Por lo pronto traigo más información. Un amigo me ha permitido consultar más fuentes y he encontrado un nombre. El nombre de quien adoran y veneran, de quien les ha conseguido el éxito y el poder a esos sectarios. Y por el nombre... el dirigente de esos sectarios.

—El Archiduque.

—...Ese. A mí me daría mucho respeto enfrentarme a él, si tiene tratos con un Señor Diablo, clase dos —todos empalidecieron.

A Bastian empezó a latirle el cráneo. Una luz anaranjada iluminó tenuemente sus pantalones, sus manos y el suelo: eran sus ojos cambiando de color. Un silbido agudo le traspasó la cabeza de parte a parte.

—*Gormogoth*—tronó la voz de León, coreada por otra que salió de la garganta de Bastian, distinta de la suya, más fría, pura, clara y... cruel.

El nombre que le hizo desear arrancarse la cabeza de cuajo, pues las palpitations del cráneo amenazaban con partírselo. El Templario cayó de rodillas al suelo. Era lejanamente consciente de que estaba gritando. Mucho. Muy alto. Pero ahora tenía algo más importante que hacer...

...En una llanura cubierta de cráneos negros y pavesas rojizas que parecían ser plumas quemadas, una figura alta, imponente, con un par de alas terribles y una ardiente espada; alta como el temor y flamígera como la furia pura, lo contemplaba. Encima de ellos dos un cielo de nubes naranja y negro que formaban un apretado anillo, el ojo de una tormenta que daba vueltas, lentamente. Quien antes lo alcanzara sería quien tuviera el control; Bastian corrió por la llanura de plumas ígneas mientras el Malhim alzaba el vuelo con una sonrisa descarnada, de triunfo. Sus grandes alas formaron una funesta sombra sobre el Templario.

Marisa cogió la cabeza de Bastian con sus manos y la alzó. La cara se había demacrado, los ojos estaban en blanco, pero emanaban un extraño fulgor. Miró a Cly, que había sacado un arma y, preocupada, apuntaba con ambas manos, y le hizo un gesto de negación con la cabeza.

León tenía puestos ya sus guanteletes y a una mirada de Marisa cogió al Templario por debajo

de las axilas. No fue fácil levantarlo, pues todo su cuerpo estaba contraído de dolor. El joven apretaba los dientes, las manos abiertas, pero crispadas. La jefa de operaciones le volvió a coger la cara y se concentró...

«*Bastian*», resonó en la mente del Templario. Corría por una montaña de cráneos burlones y costillas que se alzaban como cepos o dedos dolientes de entre los cuerpos descarnados. El Malhim volaba ya alto cuando dos ojos gigantescos se materializaron como dos soles. «*Bastian, recomparte. No he entrenado a un pardillo que se deje arrebatarse el alma por las buenas*», tronó. «*No atravesarás el portal* —le dijo al Malhim—. *Si lo haces ahora serás destruido en nombre del Equilibrio*».

La criatura cayó. Cayó como cuenta la leyenda que el Lucero del Alba hizo. Y se estrelló contra el páramo con un golpe retumbante y una nube negra.

El Templario parpadeó con fuerza. Gruesos lagrimones le caían por las mejillas, abrasadores. Tenía la garganta en carne viva y el cuerpo como si le hubieran dado una paliza. Los pétreos brazos de Leon le apretaban en una presa de acero contra su pecho. La mirada dura y fría de Marisa se contraponía a la preocupada de Cly, que sostenía su pistola con el cañón apuntando al suelo.

La cabeza le dio un último latido, resentida. Ante el gesto, Cly le apuntó. Una lágrima rodó por la mejilla de la Templaria. Marisa alzó una mano y su compañera bajó el arma, lentamente.

León le soltó y le puso una gran y cálida mano sobre lo hombro.

—Sebastian Gorlais —dijo una voz fría tras ellos, en la entrada de la residencia de la jefa de Operaciones—. En nombre del Equilibrio y por la autoridad de la Estela, nosotros los Grigori le detenemos y confinaremos por suponer un peligro para el Equilibrio mismo; será despojado de los rangos templarios, de sus armas y capacidades. La sentencia se ejecuta de inmediato.

Y unas manos heladas lo cogieron, sacándolo a rastras del complejo.

22. Frustración, traición, ensalada

Lunes. Dos días para el plenilunio.

02:00 horas.

Andrea se revolvió en la cama. Estaba agotada, y no podía dormir. Tras el lunes de trabajo, había vuelto temprano, para ejecutar el primer gran conjuro, el primero de los sellos abrirían el portal sobre la Esfera de Xue. Por no hablar del que le esperaba la noche siguiente.

Pero ahora estaba cansada. Y un eco reverberaba en su mente: el eco de un cuerpo junto al suyo en una noche suave y una mañana de lluvia. Una compañía que le tocó el alma y un corazón que creía ya incapaz de sentir. Había tenido su pequeño Edén antes del final. Ahora ya...

Parte del agotamiento provenía a su vez del otro conjuro realizado aquella noche: tras el ataque del Señor Diablo sobre su propia alma, la mañana anterior, al llegar a casa, descubrió hasta qué punto él tenía poder sobre ella, mediante un nexo. Rebuscó entre los papeles de su abuelo y encontró en un ajado cuaderno el método que el anciano había utilizado: había creado unos lazos en espejo y dejó más pulidos los verdaderos, una sola hebra en torno al garfio oscuro que descubrió en una marca antigua, en el fondo de su alma. De modo similar, ella sustituyó aquella cadena fina y oscura del Señor Diablo por otros ilusorios que rodearon el real. Cuando ella rompiera la conexión, la criatura infernal tiraría bruscamente, pero su alma ya no estaría ligada a ese eslabón. Andrea sabía que dos veces no funcionaría el mismo truco, por lo que debería esmerarse. Debía dejar creer al Diablo que seguía teniendo el poder, con lo cual no podía romper el nexo totalmente. Lo que hizo fue crear un encantamiento que le permitiera romper esos lazos en caso de necesidad.

Dejó el hechizo preparado para ser ejecutado en un momento específico. Por si acaso, imbuyó ese mismo hechizo en un objeto. Si ella no podía hacerlo, el objeto lo haría por ella... si se lo clavaba. Apretó en su mano, hasta que los nudillos se le pusieron blancos, el buril para cerámica que había encontrado en el abrigo tostado, olvidado en su coche. Después, Mûrk apareció con más noticias. Había capturado a los seis diablillos menores que su Ama había solicitado. En el círculo que contenía la estrella de siete puntas, el sirviente infernal, siguiendo instrucciones de su Ama, ejecutó a tres de ellos. Andrea se fue, dejando disfrutar al pequeño demonio de la atrocidad, para luego recoger la sangre.

Los hechizos de efectos infernales requerían de este elemento, ya fuera para mezclar la sangre con la tinta o el objeto foco del conjuro. Normalmente, la sangre de demonio menor, también llamado *trasgos rojos*, era difícil de conseguir, pero dado el avanzado nivel de Andrea en las artes oscuras, aquello ya no era un problema, mandando a sus sirvientes a por los trasgos. Los otros tres quedarían en reserva. Eran pequeños, ninguno llegaba a los cincuenta centímetros. La cabeza se les incrustaba en los hombros, y tenían los brazos largos y las piernas arqueadas, además de una hirsuta pelambarrera roja, una boca desproporcionadamente grande y plagada de colmillos pequeños y amarillentos; en su mirada de pupila partida se adivinaba malicia y un odio profundo hacia todo y todos, ellos mismos incluidos.

Andrea miró la luz de la luna, panzona, no llena del todo aún, dejando que su luz plateada bañara su rostro. Y un peregrino pensamiento cruzó su mente. Y si... El reloj despertador marcaba las dos de la madrugada. Hora intempestiva, a todas luces. Pero quizás..., quizás él... ¡No, no, no, no! ¡No seas tonta, Andrea, por todos los infiernos! Se regañó a sí misma, al margen de su mano derecha que estaba marcando ya el número de Sebastian por su cuenta y riesgo, desentendiéndose de lo que su cerebro opinara.

Un tono. Dos, tres, cuatro, cinco, contestador.

Andrea colgó, maldiciéndose a sí misma... ¡Cómo iba a coger el teléfono a aquella hora!

Se apoyó en el cabecero de la cama, enfurruñada y con los brazos cruzados, mirando el teléfono.

—¡Idiota! —gritó: no sabía si a sí misma, al teléfono por no poder comunicarle con él, a Sebastian por no cogerlo, aunque fueran las dos de la madrugada, a su corazón por haber vuelto a latir sin su consentimiento o al mundo en general por hacer las cosas tan complicadas. Y en cuanto al apartado demoníaco, mejor ni mentarlo.

Se levantó, enfadada con el mundo. Posó sus pies descalzos en el cálido parquet y fue a la cocina, en busca de una tableta de chocolate que había comprado hacía un par de días, ni siquiera recordaba cómo. La encontró en una de las estanterías y volvió a la cama, mordisqueando el chocolate, caminando por el pasillo con todo el pelo en la cara, penosa y triste, sintiéndose desdichada.

Se quedó dormida un par de horas después. La luz de la luna se desplazaba ahora por una de las paredes, lentamente. La tableta de chocolate a medio comer estaba en la mesilla de noche, el teléfono junto a su cara.

Algo iba mal... Buscó en su mente y captó que la red de hechizos que protegía los umbrales de cada puerta de su casa, y concretamente los de su habitación, estaban siendo manipulados. Un asaltante. El segundo en dos semanas. No iba a consentirlo. En un solo pensamiento se aglutinaron cinco formas distintas de matar al intruso, al que sentía hurgar afanosamente en la tela de conjuros. Pero decidió ser cauta y averiguar un par de puntos sobre aquellas intenciones. Se levantó despacio. Su brazo derecho cambió de nuevo, y su iris, rojizo, arrojó una funesta luz. Con un solo gesto, a distancia, se abrió la puerta, de golpe. La figura agachada, y de cuyas manos tridáctilas emergía una luz azul, tenue y cristalina, miró al frente con el espanto dibujado en sus dos grandes ojos amarillos. Andrea volvió a gesticular y la red de hechizos cayó como una malla sobre el asaltante. En ese momento, una figura agazapada en la sombra del pasillo saltó, puñal en alto, dispuesta a matar. Lo recibió una infernal llamarada surgida de la palma negra de la mujer, que sonó broncamente, encontrando ecos en las habitaciones vacías de la casa. Al atacante no le dio tiempo ni a pensar. Fue reducido a cenizas en segundos. Tras el fulgor, Andrea volvió a mirar a su prisionero. Sonrió. La criatura se estremeció. Una presa siempre reconoce la sonrisa de la muerte en la boca de su depredador.

* * *

—Solo te lo preguntaré una vez más, engendro —Andrea, de pie en el centro de un círculo, miraba con los brazos cruzados a la criatura—. ¿Quién es el contratante? Si no me lo dices... bueno, de ti puede que no lo saque, pero cuando hayas muerto, quizás alguien de tu camada sí lo sepa. Y créeme, tu espíritu atado lo verá todo, el sufrimiento de los tuyos, sus gritos, su agonía...

Y el engendro se estremeció. El olor del miedo azotaba la habitación, junto al de la carne quemada y el ozono. Andrea se incomodó por un instante. Había algo que no le hacía sentir bien del todo: el hecho de que le gustara aquello. El miedo y el sufrimiento de la criatura.

Finalmente, a las siete de la mañana, habló. Soltó un torrente de palabras en un extraño idioma que ella no conocía. Hizo un gesto, y un cráneo de demonio, surcado de glifos, que tenía en una de las mesas de trabajo se iluminó empezando por la maraña de runas y acabando por las dos cuencas, donde dos llamitas, como dos fuegos fatuos, bailaron.

«Es abisal, en un dialecto de una subcapa negra, mi señora», dijo una profunda voz.

—Traduce —ladró Andrea.

«Mi hermano fue contratado hace trece estaciones. Se nos señaló vuestro olor y vuestra aura,

color y tamaño de capa y lugar; pero no nos hablaron de la seguridad. Nuestro hermano murió, por eso nosotros acudimos a acabar el contrato».

—¿Quién es el contratante? —preguntó por última vez. De su brazo negro y aristado empezó a salir una serie de ondas de calor. La lava siseaba.

Otra amalgama de sonidos.

«El sirviente» tradujo la calavera. «El sirviente de pelo rojo del Señor Diablo Gormogoth. Aquel que responde al nombre de Mûrk».

El ser empezó a humear. El enfado de la mujer iba en aumento. Los filos y bordes de las aristas que cubrían su oscuro brazo empezaron a ponerse al rojo vivo.

* * *

—El Ama lo sabe —dijo una voz entre las sombras.

—Ya lo he oído, imbécil —dijo otra voz, igual que la primera, pero más áspera—, para que luego digan que los Ashgaelon son los mejores. Infalibles.

—El Ama es muy poderosa —dijo la primera voz, casi en un susurro, con miedo.

—Es precavida. Ese es el problema —opinó la segunda.

De entre las sombras de aquel lugar, ese semiplano, surgieron dos criaturas iguales. Ambas eran Mûrk. La tierra que pisaban era negra y sucia, y el cielo rojo y uniforme. Un viento lastimero lo surcaba, caliente y desagradable.

—Ya lo sabrá. Se lo habrá figurado. ¿Qué hacemos ahora? Ya no seremos más sus lacayos —gimoteó el primero.

—Calla, idiota. Iremos con el Amo. Él nos juntó. Así que sabrá qué hacer.

—No deberías haber contratado a los asesinos. Deberías haber esperado a que el Ama hiciera el ritual y muriera para ser libre.

—¡Estúpido! Si ella muere, tu culo apestoso y gimoteante se quedará aquí, conmigo, en este sitio informe. Nadie nos convocará ni liberará. Si la matamos, si muere mientras estamos fuera, podríamos ser libres. Si usamos la máscara del Archiduque, los esclavos no se darán cuenta; y podríamos liberar al Amo de su prisión y ser recompensados.

—Pero ahora no podremos hacer nada. No nos invocará. O, peor, lo hará y nos castigará.

—No, ella es más precavida. Nos matará. Pero no podrá. Mira lo que tengo —y sacó de debajo de sus harapos, que le cubrían la cintura, una daga negra, de hoja ligeramente curva; el puño representaba un esqueleto negro y lustroso con las manos cruzadas en el pecho y los pies grotescamente separados como los gavilanes de la fina cuchilla. El pomo era la calavera sonriente, con dos ónices en las cuencas.

—Si acabamos nosotros con el Ama y completamos el ritual, el Amo estará tan agradecido que nos dará cualquier cosa que le pidamos.

—¡Incluso los poderes del Ama! —gritó entusiasmado el primero.

—Sí —confirmó, el segundo—. Por eso el Amo nos reunió. Por eso te sacó a ti también de la camada. Para que uno se sacrifique y el Ama ya no sospeche. Y si el cadáver queda en el Otro Lado, el que esté aquí podrá cruzar en el momento adecuado.

—¡Síiiii! ¡Y así podrá... espera... ¿sacrificio? ¿Pero quién...?

El segundoorco usó un pequeño cuchillo sacado del mismo sitio que la daga y lo colocó en la mano del primero. Con el arma negra hizo una cruz en el aire.

—Los idiotas primero —dijo. Y el primer Mûrk se desvaneció.

En su plano, Andrea sintió las alarmas crujir. Era una sensación parecida a cuando a un durmiente en su cama le cae un balde de agua fría. Pero sin agua.

Inmediatamente se incorporó —estaba en el cómodo butacón del despacho— y preparó la

defensa. Creó un poderoso conjuro demoníaco, hastiada de los ataques en su propia casa. Una brecha se abrió y el ser entró. Debía de ser increíblemente poderoso para poder atravesar la densa capa de hechizos entrecruzados y trampas y defensas mágicas que rodeaban el lugar, tanto el despacho como la casa en sí. Sintió las ondas de malevolencia en los límites de su percepción. Un cuchillo y maldad en unos ojos amarillos...

Cuando la figura se materializó de espaldas a ella, liberó el brutal hechizo, que se abrió como una flor azul, y lo último que vio fue la cara sorprendida de Mûrk y en su mano, un cuchillo. La flor lo engulló. Era demasiado tarde para detenerlo. La energía crepitó y el sirviente infernal se consumió.

La ira de Andrea era aún grande; pese a que encontraba extraño el hecho de que Mûrk hubiera aparecido así, una parte de ella se alegraba de haberse deshecho de él. Últimamente se estaba volviendo tan... personalizado. Tenía cambios de humor y de actitud, cosa que debía estar fuera de lugar en un sirviente así. Y a fin de cuentas, restando un día para la Venganza, no lo necesitaría. Además, estaba el asunto de que le había robado el anillo hechizado, algo impensable en un siervo. Estaba mejor así. Pero... ¿por qué había aparecido de tal manera? Activando las alarmas y con un cuchillo en las manos, nada menos. ¿Qué pretendía? Mûrk conocía los sistemas que protegían el despacho. El Sanctasanctórum. Obviarlos no era fácil, y si no llega a encargarse ella personalmente, las contramedidas lo habrían hecho. No. Aquello no estaba bien. Un sirviente orco no tenía el poder ni los conocimientos suficientes para crear esa brecha. Pensándolo bien, no tenía ningún sentido.

Se acuclilló, observando los restos de cerca. Los huesos estaban negros. Apenas quedaba carne, y la poca que había estaba carbonizada, con la misma textura que un leño calcinado. Miró el arma. La hoja era de apariencia normal, con un grabado al ácido que representaba un triángulo con esferas en los vértices. No le resultaba familiar. Las cachas estaban entorzaladas con un cuero negro y raído. La mujer lo analizó a través de su iris rojo, pero no detectó ningún residuo indicativo de magia u otro tipo de energía.

¿Pensaba matarla con una simple hoja? Solo por si acaso, dejó el cuchillo en una caja de contención, donde no podría estallar, deflagrar, robar un alma o cualesquiera de las mil perrerías de las que un demonio menor enojado era capaz de hacer.

Cerró la cajay se fue a prepararse un café bien cargado. Conforme encendía el aparato, decidió que aquel lunes no iría a trabajar. Tenía mucho que pensar y ultimar.

* * *

Mûrk contempló, en la pequeña esfera que tenía en la mano, lo acontecido.

Su otra mano aún acusaba la pérdida del dedo, y no fue fácil despellejarlo para poner el trozo de piel en la empuñadura del arma de su alter ego. Pero valía la pena. Debía valerlo. El Amo lo compensaría. Así, con la muerte de su hermano de camada, que le entregó para darle una oportunidad como su fiel sirviente paliaba las sospechas del Ama. Estaría tan entretenida haciendo suposiciones —Mûrk había comprendido que ese era uno de sus grandes puntos flacos, el exceso de control que la conduciría a la confusión—, que no estaría preparada para su reaparición con la Daga Sacrificial.

La imagen se desvaneció cuando la humana —ya no más Ama: ella había matado al Sirviente— depositó la hoja en la caja. Protecciones y más protecciones. Pero daba igual, lo que necesitaba ya estaba hecho: tenía un punto de referencia. Y conociendo la impronta del alma de la humana podría, una vez, solo una oportunidad, desplazarse al lugar donde estuviera.

Empezó a contar.

* * *

Andrea se había dormido. Estaba en su acogedor sofá. Los ojos trémulos de los dos fantasmas miraban desde la oscuridad queriendo transmitirle algo. La mujer dormía profundamente. Los ojos se miraron, y en un supremo esfuerzo, que haría que se desvanecieran durante horas, dieron forma a su voluntad y tiraron de la manta para cubrirla. Refrescaba, y ella se estremeció, metiendo los pies dentro (aún con las florecitas en las uñas de los pies) y murmuró un «gracias chicos» inconsciente y onírico.

El fantasma mayor trató de alargar un dedo con el que acariciar la mejilla de la carne viva, pero finalmente, con un tenue aullido, se desvaneció junto al fantasma pequeño que derramaba lágrimas plateadas. Una leve corriente agitó la estancia. El televisor siguió hablando sin emitir sonido alguno y pasando imagen tras imagen.

Pasado el medio día, se despertó. Acudió a la cocina y preparó una ensalada de lechuga, col lombarda, espinacas, rúcula, cebolla, tomate, mozzarella fresca, nueces, piñones y vinagre balsámico de Módena. Se llevó el enorme bol, un tenedor, y en el último momento unas lonchas de jamón ahumado sajón en tiras y caminó hasta su habitación. Allí se cambió en un instante: mallas largas, calcetines de lana y un grueso y cálido jersey con el cuello ya tan deformado, que asomaba un hombro por él. Cogió de nuevo el bol, tenedor y botella de zumo y salió al balcón del salón.

Allí contempló un panorama gris, nubes bajas y una cortina de lluvia pertinaz que volvía irreales los contornos mientras el olor a lluvia acababa de sazonar la ensalada.

Comía mirando al horizonte, viendo los tejados, de tanto en tanto iluminados por un rayo, punteada la sonata del agua al caer, envolvente, por el profundo retumbar del martillo de Thor: el trueno profundo y vibrante.

—¿Y qué me das a cambio? —preguntó la joven y recién casada Andrea Saint-Luc a su marido, asiendo el bol de ensalada.

—¿A cambio de un poco de ensalada, hecha con tus dulces dedos, tus suaves manos y la mirada de ninfa? Mmmmh... —meditó con la mano en el mentón. Se puso de pie y abarcó con el brazo—: ¡Te regalo un día de lluvia! —dijo.

Andrea, extasiada, enamorada, dio un grito de felicidad.

—Debes aprovecharlo, si lo quieres —le informó.

Y la mujer le entregó el bol y entró en la casa. Él, extrañado, abrió la puerta y salió. El agua la empapó de inmediato. La parte trasera de la casa tenía un amplio césped y un blando mantillo. Ella bailó para él, bajo la lluvia.

Él acabó saliendo. Ella lo desnudó e hicieron el amor allí, en el verdor, mientras él le susurraba una palabra al oído: ¡Ninfa!

Andrea sonrió ante el recuerdo, y por vez primera, no sintió la necesidad de llorar por él. No sintió sangre en la herida de su dolor y desesperación. Simplemente sonrió y se alegró de haber vivido algo tan bello.

—Ninfa —dijo en voz queda. Y volvió a sonreír. Una sonrisa. Triste, sí, pero sonrisa.

Y tomó otro bocado de ensalada, pensando en él. En Sebastian.

23. Averiguaciones

Lunes, de 9:00 a 17:00 horas.

Cly sorbió el café. Horroroso, era horroroso. El café no la información que tenía ante sí: investigando un poco en la hemeroteca, había encontrado algo. Ookami Corp. Una reputada empresa se veía acosada por la pérdida de clientes, accidentes industriales, demandas civiles, pleitos por monopolio sectorial y prácticas deshonestas, espionaje industrial y sobornos.

Pero esto había sido durante un tiempo, los últimos cinco años. Antes todo habían sido halagos de diferentes políticos y economistas. Un ejemplo. Un paradigma, nada menos, de Empresa Que Funciona. Empleados bien pagados, fieles, leales. Directivos inteligentes —foto de la plana mayor—, serios, eficaces, entendidos.

Reconstruyendo, tal como hizo la Templaria halló que:

Hacia diez años Ookami era una filial mediocre.

Hubo un cambio. Vino un director de Japón.

Empezó a enderezar la empresa.

Absorbía la competencia. Rebuscando, se encontró que, o se fusionaban o quebraban: problemas económicos, motivos oscuros de cierre, abandono.

Ookami crece. Empezó a conseguir grandes contratos nacionales y extranjeros.

Las cinco últimas empresas: una cambió su línea de productos hacia la decoración, dos cerraron, las otras dos fueron sometidas a un sistemático acoso. De la primera, el dueño muere en accidente de coche. La segunda cierra tras una cruel inspección fiscal y el dueño es acusado de malversación.

Y durante dos años, Ookami crece. Hasta que algo ocurre. Se anuncia a bombo y platillo que la viuda de la penúltima empresa se hace cargo de ella tras una desastrosa gerencia de la junta de gobierno.

Realizó una apuesta arriesgada. Le salió bien y se reforzó. Ookami trató de reaccionar, pero ni las estrategias de OPAs hostiles ni las menos confesables parecieron surtir efecto. Y la pequeña empresa se convierte en un David contra Goliat. Y el gigante filisteo-japonés retrocede, cualquiera diría que asustado. El nuevo competidor crece. Empiezan los problemas para Ookami: accidentes, pérdidas inesperadas de contratos, un incendio, siniestros en sus camiones de reparto y, finalmente, auditorías crueles y despiadadas.

La presión aumentó con la pequeña empresa convertida en un monstruo, una Némesis de faz irreprochable.

Hasta unos meses atrás, en que cesaron el crecimiento de una y las pérdidas de la otra para pasar a un *status quo*, un breve receso, una... ¿tregua?

Clytemnestra, intrigada, rebuscó en la hemeroteca. Quien estuviera detrás de aquello podía muy bien ser un experto. ¿Cómo se ligaba esa nueva información a la que ya tenían? ¿Qué relación tenía la secta con la empresa que plantó cara a Ookami Corp., si llegaba a tener alguna relación? Ninguno de los sectarios tenía que ver con una empresa de cerámicas. ¿Casualidad? Los Templarios sabían que no existía. Tenía información, pero necesitaba otro par de ojos que lo miraran desde otra perspectiva.

Se le hizo un nudo en el estómago cuando se descubrió yendo camino a las habitaciones de Bastian. ¿Cómo se encontraría? Para ella el Templario era lo más cercano a un hermano—con el que además te llevas bien— que tenía y conocía. ¿A quién recurriría?... León estaba en conciliábulo con Marisa y el Senescal, hablando de la situación de Bastian con el enlace de los Grigori. Se acodó en una de las barandillas que daban a los patios centrales del complejo. A veces le parecía que tenía el diseño de un centro comercial. Gente pululando, macetas,

balaustradas que daban a las calles comerciales... vio a un hombre cargado de bultos. Podría parecer un consumista más que había derretido la tarjeta de crédito comprando. Y al lado de este un hombre negro que... ¡Rashid!

Clytemnestra corrió por los pasillos presta a interceptar al Templario. Apartó a la gente hasta llegar ante él.

—¡Rashid, te necesito! —le dijo, entre jadeos, por la carrera, tras bajar cuatro pisos corriendo.

—Lo sabía—se jactó—. Soy irresistible. ¿Oyes, Rembrandt? Por eso siempre te presento como el piltrafilla. ¿Cuántas mujeres te lo han dicho alguna vez? No, déjalo, no me contestes, no hagas tu vida más miserable mintiendo. Pero mírala, ¡si hasta viene corriendo! Eso es magnetismo y no lo de los polos terráqueos. Dime, querida, ¿en qué puedo ayudarte?

Cly, sobreponiéndose, tratando de asimilar que en treinta segundos Rashid hubiera reducido a escoria el ego de Rembrandt, el Templario más prepotente que había conocido nunca, contestó:

—Necesito tu opinión, ¡oh, macho, entre los machos! —dijo cogiéndole de las solapas y arrastrándolo.

—Rembrandt, sé bueno y deja todos esos chismes en la sala de operaciones, llama a León y empezad a montar el mecano ese... Lo que sea.

Los dos ignoraron las amenazas de muerte del holandés, así como las promesas de dolor y desmembramiento, por otro lado totalmente justificadas y fueron hasta un salón de té común, en una de las galerías.

Rashid miró en derredor. Butacas cómodas, mesas de alpaca, vasos de té moruno y lámparas deforja con luces titilantes en el interior. Había una pequeña fuente cantarina cerca, y el olor de pastelillos con miel inundaba el ambiente.

—Bonito —murmuró—. Este salón no lo había visto.

—Oye, déjate de murgas. Necesito otro par de ojos. Estoy saturada de la misma información y seguramente no veo con perspectiva.

—¿Bastian se ha quedado ciego?

—No. Se lo han llevado los Grigori —le informó, con un brillo en los ojos a medias entre el dolor y la violencia, y el tono de voz más frío y profesional que pudo componer.

—¡¿Qué?! —Rashid se levantó de un salto.

—Lo que oyes. Ahora céntrate, luego te lo explico. Esto es importante.

Rashid asintió, confuso.

—¿No habrá sido su ex, esa perra rencorosa...?

—No. Bueno, sí. Pero el caso es que tenía motivos. Rashid, esto es muy serio. Necesito tu mente en funcionamiento —y puso toda la información sobre la mesita.

El Templario se concentró durante unos minutos mientras su compañera le relataba lo que había compilado y las conclusiones a las que había llegado. Miró las notas de Cly y las informaciones disponibles.

—Una pregunta: ¿quién dirige la empresa renacida de sus cenizas? La viuda esa, ¿cómo se llama?

Cly rebuscó entre los papeles. Encontró una hoja de periódico con una fotografía.

—¡Leche puta! ¡Es ella!

* * *

Blanco. Aséptico. Relativamente castrante.

Bastiansolo fue consciente de que lo trasladaban, engrilletado y con un cinto de contención (un desagradable artefacto que inhibía las capacidades sobrenaturales) hasta algún punto alejado geográficamente de Acre II. Posiblemente a tres o cuatro horas en coche —lo llevaron en un

monovolumen que olía a nuevo—. La pesadez y somnolencia no eran normales. Alguno estaría aprovechando el cinturón de lo lindo, usando, ahora que no tenía escudos ni forma de protegerse, algún tipo de don contra él, para aturdirlo.

Las palabras de Marisa volvieron a su mente, rebotando en la nube de algodón que le parecía tener por cerebro.

—Mal, Templario... Dependes en exceso de tu magia. Fortalece tu espíritu, no te escondas en capas de escudos, porque un día no podrás hacerlo, y serás una presa fácil.

Pues ya está, se sentía como un idiota. Ahora lo habían agarrado y bien: sus posibilidades de evadirse eran mínimas. ¿Que por qué querría evadirse de los Grigori, los que velan por el Equilibrio por encima de los Templarios y el resto de organizaciones, tanto neutrales como de cualesquiera de los otros dos signos contendientes? Porque iban a encerrarlo. Contenerlo, lo llamaban ellos. Era cierto que los Templarios, Hospitalarios y Lazarenos combatían por el Equilibrio. Uno podía llegar a presuponer que, entonces, no hay tanta diferencia con los Grigori. El problema derivaba del poder de las tres Órdenes: de uno de los bandos contendientes, mientras que los circunspectos y misteriosos Grigori recibían sus dones de la emanación Tercera, aquella que apareció como síntesis del enfrentamiento dicotómico de las Potencias. Por lo tanto los Templarios y demás Órdenes no son vistos como neutrales totalmente, sino como un bando bienintencionado y cumplidor de los preceptos de la Estela, pero que nunca acabarían de ser neutrales, pues no es esa la esencia de su poder. Por ello los Grigori, los Observadores, los tienen como a hermanos pequeños y de buena voluntad que, a veces, se meten en asuntos demasiado grandes para ellos.

Sí, los Grigori eran los verdaderos guardianes del Equilibrio, y solo actuaban con unos meditados parámetros, que muchos no entendían, pues en alguna ocasión dejaron campar a sus anchas a un Señor Diablo, o su homónimo Contrario.

¿Por qué detenían y arrastraban a Bastian, pues? El Templario también se hacía esa pregunta, pero en primera persona. Bastian sabía que los Grigori tenían mejores fuentes de información. Además de un sistema de inteligencia inigualable.

Suspiró. Hacía dos horas que lo habían arrojado en la celda. Era cierto, debía reconocer que ni era una mazmorra ni un lugar de mala muerte. De hecho era una copia de sus aposentos de Acre II, salvo que las paredes eran luminiscentemente blancas y estaban surcadas de anaranjadas líneas de hechizos que nunca había visto. Sin embargo a aquel lugar le faltaba... espíritu, esencia. Los hechizos inhibían no solo los poderes de Bastian, sino también al propio Malhim, que ahora estaba retirado en un rincón del alma del Templario, como un niño de guardería contrariado: enfurruñado y de cara a la pared.

¿Qué se suponía que debía hacer?—se preguntaba—. ¿Esperar a que el Malhim pusiera un huevo?

Sin sus poderes se sentía indefenso. Siempre había tenido ahí sus percepciones, sus capacidades mágicas, que eran como apéndices, como un juego distinto de dedo, manos y brazos a su disposición. Una vez que te acostumbras a ver la realidad en varios planos a la vez, estar encadenado a uno solo no resultaba más que frustrante. Así, tan limitada, tan... mundana. El hombre sin poderes especiales. El Templario con un don antimagia. Ahora Bastian, como un claro entre nubes, vio, entendió muchas cosas. El porqué de su preferencia por observar la vida mundana correr y fluir: porque era algo que él jamás comprendería, porque se sentía como quien observa hormigas en un terrario de cristal.

Y el tiempo pasó en la celda blanca. Bastian se quedó tumbado en el tatami de la sala de entrenamiento mirando la claraboya luminiscente que la coronaba.

Al otro lado, dos Grigori contemplaban al sujeto, rendido al desespero. La mujer no lo creía desesperado, ni mucho menos, pero si su compañera y superior más experimentado lo decía, debía ser porque era capaz de mirar más profundamente que ella. A fin de cuentas, el Malhim

podía ser un factor que alterara el carácter de aquel nombre que durante un año y medio había sido su pareja. Amanda se dio la vuelta y siguió con la vista la gabardina gris del otro Grigori mientras desaparecía por el pasillo.

Amanda pensó en ese hombre con el que había compartido unos años de su larga vida. Como Grigori se le desaconsejaba tener relaciones con humanos, pues ellos eran algo más que eso: una vez que la Esencia de la Estela les tocaba, esa energía tremenda crepitaba en su interior hasta que estuvieran lo suficientemente cansados como para abandonar y finalizar su existencia tranquilamente. Se les desaconsejaba en pro de una necesaria neutralidad, pero todos los maestros afirmaban que era inevitable, pues su propia parte humana siempre acababa prevaleciendo en algún momento determinado, reclamando un compañero. Y Amanda lo reclamó.

Fue un tiempo bonito y dichoso, pleno. En ningún momento dejó ella de cumplir con su deber, el de Observar, pero finalmente comprendió que se estaba debilitando: sus poderosos sentimientos por Bastian, junto con la alteración que suponía estar junto a él, por estar tocado por la magia de manera tan poderosa, estaban alejándola del Camino de la Estela. Y finalmente, demasiado pendiente y comprometida con su labor como Grigori, algo que iba más allá de lo físico o la mera realización personal, y que estaba más cerca de la predestinación y lo inevitable, abandonó la relación. Como lo hacen todo los Grigori, le acusó Bastian una vez: en silencio, sin decir nada, desapareciendo y manteniéndose lejos.

Su labor, como la de todo Grigori, era Observar el cumplimiento de lo Escrito por la Estela. Y ahora, el hombre que una vez amó, había transgredido uno de los Preceptos. Por ello estaba confinado. Debía ser así. Ciertamente ese confinamiento había supuesto una Intervención por parte de Amanda.

Marisa había hablado con ella hacía unos días. Le había comunicado la situación del Templario. Hablaron largo y tendido, cosa rara en un Grigori. Lo estudiaron, y Marisa, la Jefa de Operaciones, le hizo ver que la solución, que se podía separar al Malhim del hombre, con un poco de investigación y buena voluntad. Técnicamente aquello no transgredía la Estela. Siempre y cuando Bastian no liberara a la criatura, ni esta tomara el poder. Y por ello Amanda apeló a la Disposición. Alegó que era mejor investigar y sacar la criatura del Templario que destruirlo, puesto que al hacerlo, se perdería la vida de un humano que había servido bien al Equilibrio, y el Malhim, simplemente, se recompondría en otro plano. Los Superiores no vieron defecto en sus palabras, y Bastian fue entonces confinado y no destruido.

Las palabras de Marisa aún resonaban en la mente de los Grigori mientras caminaba por el oscuro pasillo, al lado de su Superior. Tenía la impresión de que la Templaria no había sido totalmente objetiva, de que había conseguido influenciarla mediante sus palabras, apelando a su parte humana. Pero la verdad es que Amanda se aferraba a ello. No quería que Bastian muriera por culpa de un Anidado. Le sacaría esa criatura y después amonstaría al Templario por haberse dejado anidar.

* * *

A media tarde recibieron una llamada interna de la Jefa de Operaciones. Marisa los convocó para pedir la intercesión del Senescal ante los Grigori y traer a Bastian de vuelta, a la luz de las pruebas presentadas por sus compañeros. De hecho, un rato antes Clytemnestra había realizado una sentida, pero profesional y coherente, alocución sobre el tema con la documentación por delante. Marisa lo examinó y sopesó todo en su despacho, sobre su mesa de cristal, y los despidió —a ella y a un silencioso Rashid, silencioso dado que todo lo que dijera sería puesto en duda: su poder era en ocasiones una baza en contra—, para meditarlo de manera consecuente. Tardó una hora en sopesarlo fríamente, pero acabó descolgando el

teléfono y marcando la extensión del Senescal Duncan.

—¿Qué se supone que debemos hacer?! —bramó Clytemnestra, a punto de saltar sobre el escritorio del Senescal—. ¿Esperar a que Bastian ponga un huevo?

—Lo creo capaz —murmuró Rashid por lo bajo.

Duncan el Senescal miró con gesto duro a la Templaria. Su mejor rastreadora. Su boca compuso una fina línea enmarcada por una perilla oscura pero vetada de canas, que acababa, unos dedos más abajo de la barbilla, en punta. No era propio de Clytemnestra perder los nervios así. Sabía de lo que era capaz bajo presión. Había apuntado dos veces y no habría vacilado en disparar a Gorlais, así su alma se rompiera en pedazos, durante la... ¿indisposición? de este. A fin de cuentas, resumir en una palabra el hecho de que uno de los peores ángeles exterminadores tratara de desplazar el alma del Templario para transmutarse impunemente en las Tierras de la Piel y atacar a todo rastro infernal podía ser un duro ejercicio de lexicología.

Tras la llegada de los Grigori y la detención de Gorlais, la situación se había vuelto peliaguda. Clytemnestra era fría y eficaz, pero ferozmente leal. León de Aranda era un carácter en sí, y tenía la determinación de una avalancha en cuanto decidía su curso de actuación, y su lealtad estaba igual de anclada a sus compañeros. El *Canon Templari* trataba de enseñar el desapego, la objetividad; pero era inevitable que, en situaciones en las que unos individuos se juegan el alma, además de la vida, desarrollen vínculos profundos de lealtad y camaradería. Sabía que si uno de ellos estuviera perdido de alguna manera, por una posesión sin alma, contaminación de algún tipo o Marca de Mal, sus amigos, leales camaradas, con todo el dolor de corazón, actuarían en consecuencia y con piedad, ejecutando al sujeto.

La situación de Gorlais podía ser reversible. Y, aunque los inescrutables Grigori hubieran actuado a la fuerza con el consentimiento tácito del Gran Maestre, los compañeros y hermanos del Templario estaban sumamente contrariados.

Se habían presentado en su despacho tras la llamada de Marisade la Cruz, todos los del grupo de operaciones: León de Aranda, Clytemnestra, Rashid, y un Kurt en muletas y con el rostro cerúleo, pero que demostraba su férrea determinación. Incluso Rembrandt, conocido por sus roces y en ocasiones enfrentamientos frontales con Gorlais, estaba allí, con los labios apretados. Debía poner las cosas en su lugar.

Duncan Ashmoor, Senescal y Serafín Templario se levantó, lentamente. Los ánimos se aquietaron.

—Marisade la Cruz, Mariscal y Trono de la Orden Templaria, hasta mi mesa han llegado los informes correspondientes a la operación en curso. Tú y tu sargento, León de Aranda, así como los Caballeros Arcángeles bajo tu mando, ibais por el buen camino hasta que os distrajisteis con un asunto que no es de vuestra incumbencia —alzó una mano para que la protesta no saliera de los labios de Clytemnestra—. Esta misión es prioritaria. Poneos a ello. No quiero réplicas, ¿acaso no recordáis lo que nos jugamos? Sois Templarios. Cumplid con vuestro deber —acabó violentamente apoyando las manos de golpe en el escritorio—. La reincorporación de Gorlais está fuera de toda cuestión.

Los aludidos, no sin reticencia, y con gran indignación, salieron del despacho tras el formal saludo.

Poco después Cly caminaba por los pasillos amplios y cuidados del complejo, oliendo los grandes macetones de tierra fresca y aromas fragantes, y escuchando el familiar trajín diario de sus compañeros. Despachos, grupos de combate, con las largas gabardinas preparadas para la acción, con hechizos y protecciones; otros se reunían en los múltiples salones a trazar líneas de acción de sus diferentes misiones, todas igual de importantes todas que amenazaban en mayor o menor medida los preceptos de la Estela.

—Centrémonos —dijo Marisa fríamente, distanciando sus sentimientos de lo que debía

hacerse. No por nada era Jefa de Operaciones—. Rashid, Rembrandt, ya que habéis conseguido los ingredientes, que deben de estar medio preparados; id con León y montad el maldito cacharro. Cly, Kurt, necesitamos saber dónde será el ritual. Seguid a Saint-Luc y averiguadlo. Si veis que es mejor, id a por alguno del culto y se lo sacáis. Sin contemplaciones, en el peor de los casos. Llevaos a un Extractor si hiciera falta. Yo misma iré a ver a los japoneses y ajustaré cuentas. Nadie juega con el Temple ni nos toca las pelotas sin lamentarlo.

Conforme se adentraban en el pasillo, pero, a una señal de Cly, Kurt se adelantó dejándola sola con la Trono Templaria.

—Marisa, tengo algo que contarte ¿puedo...?

La Jefa de Operaciones le hizo un gesto y la invitó a entrar en el despacho.

Ya en el interior, le relató todo lo que sabía sobre Andrea Saint-Luc y su relación con Bastian. Marisa lo sopesó, fríamente, y le agradeció la información, y sobre todo que se la hubiera dado en privado. Cly saludó y salió de allí, mientras la Jefa de Operaciones, en la penumbra de la habitación, rumiaba aquellos datos, pensando en Bastian y en cómo afectaba aquello a la operación en conjunto, en una valoración crítica.

Finalmente salió de su despacho tras coger un arma de fuego y una espada corta y curva de una pared (allí las panoplias no eran solo para adornar), sacó las llaves de un coche de su cajón y fue hasta las cocheras. Una vez allí subió a un vehículo todoterreno y metió la llave.

Abrió la carpeta y miró las notas de Clytemnestra. Decidió hacer una comprobación. Marcó el número de Akanawa. Sonaron tres tonos.

—Akanawa Ceramics. En este momento todas nuestras líneas están ocupadas. Si desea dejar un mensaje, pulse uno...

La Templaria colgó. Sacó un listado en el que Bastian y Cly habían estado trabajando antes de la intromisión de los Grigori. El nombre del jefe de división de Akanawa y Ookami coincidía. Además de mentirosos, idiotas.

Llamó y pidió una cita. Arrancó el coche. Al salir vio a dos Grigori entre los árboles del bosquecillo cercano, inconfundibles con sus gabardinas entre las ramas de los árboles.

—Más os vale no hacerle daño —murmuró Marisa, sombríamente—. Más os vale.

Una cosa era lo que debía hacerse, y otra muy distinta lo que ella sintiera.

24. Ajuste de cuentas

Plenilunio. Martes.

Era un atardecer de lavanda y azafrán. Rumiko contemplaba el antiguo bosque de cedros que se extendía, como una compañía de gigantes silenciosos y oscuros, ante las faldas de su jardín. Sentada de rodillas en el atrio abierto al bosque, sobre una bella y encerada pasarela de madera antigua y con el cuidado jardín a sus pies, primorosamente decorado y recreado, sin un pétalo fuera de sitio, frente al salvaje bosque, Rumiko Sakamura era la orgullosa mujer del director de Ookami Corporation en Europa. Ella, como mujer tradicional y abnegada criaba a los dos orgullosos retoños, los vástagos de Sakamura. Tenían seis y ocho años, y eran aplicados, trabajadores y cariñosos. Vivían a las afueras de Osaka, la populosa ciudad en la que estaba la central de Ookami Corporation, el centro de poder.

Empezaba a hacer frío, por lo que decidió levantarse e ir a atender a sus hijos que, como siempre, regresaban a esa hora de sus lecciones *dekendo*. Fue al incorporarse cuando de soslayo, mientras veía ya a sus hijos entrar en el salón, le pareció ver unos ojos relumbrando en la oscuridad. Un brillo verdoso entre la ya negra espesura de los cedros.

* * *

Ya había comenzado. Inmersa en una corriente de emociones, Andrea debía hacer soberanos esfuerzos para controlarse. De madrugada se desplazó por las carreteras desérticas hasta la residencia privada de Yoshimitsu Sakamura, un lujoso apartamento en una alta torre de cristal oscuro y acero en el centro de la ciudad, con vistas al gigantesco parque verde y cuidado.

Usando sus dones entró en el edificio,—paredes y suelos que mostraban riqueza y poder—, una hora antes de lo que Sakamura acostumbraba a salir para cenar. Quería encontrarlo en casa. Quizás la mala suerte, los dioses o las puñeteras coincidencias hicieron que el japonés no estuviera allí.

Andrea deambuló por el domicilio. Un lugar de paz, un remanso de tranquilidad. Decorado con lujo, pero espartanamente. Muy japonés: tatami, paneles *fusamayshoji*, biombos lacados, pocas sillas (solo una sala de reunión con mesa de cristal y patas negras a juego), una cocina con poco aspecto de ser usada pese a tener el equipamiento más completo que la mujer había visto. Dos pantallas de plasma, un sofisticadísimo sistema de seguridad que Andrea burló con un displicente gesto de la mano. Todo ordenado, cuadriculado. Las caligrafías de la pared, el *daisho*, el conjunto de espada larga y corta, katana y wakizashi, respectivamente, ante un *kamiza* con ofrendas de frutas y verduras para los ancestros, y los retratos de dos japoneses ancianos de rostro muy severo y clásico presidiendo la estructura; la habitación con bonsáis y una mesa baja de escritura sobre tatami con papel, piedra de tinta y un hatillo de pinceles. Varios libros en japonés sobre finanzas y periódicos nipones, entre ellos el *Osaka News* y el *Asahi Shimbun*.

En el despacho, una mesa funcional, con un ordenador, notas en japonés, una agenda, dietario y tarjetas. En la agenda no escribía en japonés, y un ordenado montón de libros, revistas e informes mostraban escritura occidental. Se esforzaba en dominar el idioma. No le extrañaba que hubiera tenido tantos problemas para neutralizarlo: era metódico, duro, decidido e implacable.

Con tranquilidad, pese a que el gusano de la impaciencia y el dolor de la cercanía de su meta le roían el corazón, contempló escrito en los papeles de la agenda de mesa que esa mañana tenía masaje de *shiatsu*, que regresaría a casa y luego iría a la oficina. *Regresaría a casa*. Cogió un

libro, respiró hondo y se sentó. Empezó a meditar en lo que sucedería cuando llegara Sakamura, pasando, sin mirar, las páginas del libro...

...Cuarenta y tres minutos después el japonés llegaba al edificio. Le saludaban con exquisita cortesía en el control de la portería y subía en el ascensor. Le acompañaban tres hombres guardaespaldas, con aspecto de saber muy bien su oficio y jugarse a las cartas las ropas de sus víctimas.

Sakamura entró en su casa y desconectó la alarma. En ese momento la puerta se cerró con un brutal golpe y sus hombres fueron aplastados por una mano invisible contra las paredes. En cuestión de segundos sus vértebras estallaron con un chasquido apagado y los cuerpos se desplomaron, desmadejados.

El hombre miró en derredor, aterrorizado, y corrió hacia el dormitorio, sin ver la lobuna diversión de Andrea Saint-Luc. El japonés asió *lakatana* con experto movimiento y desenvainó el acero ancestral. La hoja refulgió, brillando pulidamente, devolviendo el resplandor breve del ojo de rubí. La posición era correcta. Debía de ser un hábil luchador con la espada. Cuando se dio la vuelta para enfrentarse al enemigo, el humano chilló. La mujer allí sentada tenía la mitad del rostro surcado de venas negras, un ojo de carbunco taladrándole el alma, una sonrisa de demonio. Parecía una de las doncellas de la muerte de la mitología antigua. Su brazo, ¡su horrible brazo!, en lugar de carne era un negro amasijo plagado de aristas afiladas cuyos bordes y dedos acabados en largas uñas aparecían iluminados en un tenue color rojo. Rojo ígneo. Tembló en sus manos expertas la hoja, devolviendo el borroso reflejo de aquella monstruosidad con cuerpo de mujer sonriente y malvada. Su rostro resultaba familiar... ella... ¡ELLA!

—Sí, yo —dijo Andrea, viendo los pensamientos cruzar, veloces, tras la oscura mirada del nipón. Un grito, y Sakamura se lanzó para asestarle un mortal tajo con el arma ancestral. Apenas dio dos pasos cuando Andrea se levantó, entrecerró la mano negra y cedió el control. La fría esencia del Archiduque se hizo cargo. La mujer se quedó como espectadora detrás de sus propias pupilas.

El hombre se detuvo, paralizado. El arma cayó de su mano y su aguda punta, terror de las caóticas noches del Edo de la Restauración, se clavó teatralmente en el suelo de madera, teatralmente clavada en el entarimado, meciéndose lentamente. La sonrisa despiadada e inhumana se acrecentó. Sakamura se clavó de rodillas en el suelo, las piernas paralizadas al borde de la asfixia. Ella, en un alarde de control, haciéndole ver que con su poder disponía de la vida y la muerte, *su vida y su muerte*, le permitió respirar.

Se acuclilló un momento, juntó sus labios al oído del japonés y le habló con voz helada, ácida, cargada del dolor de años de pesar, angustia y desesperación de un alma rasgada por un hijo muerto ante ella y un marido destrozado por el metal:

—Llega la hora, Sakamura. Ahora sentirás lo que yo sufrí hace siete años. la muerte de lo que más quieres en el mundo, sentir cómo una parte de tu alma se marchita, se ennegrece y trasciende el dolor, como un miembro amputado. Todas las acciones tienen consecuencias, y las tuyas, tu responsabilidad final en la muerte de mi marido y mi hijo, te acaban de alcanzar. Ahora contempla y desespera, pues yo llevo el aliento de la Muerte en mí.

Dicho esto, apareció un recipiente de metal ante el japonés, con un palmo de agua. Poco a poco empezó a tremolar el líquido hasta que se formó una imagen. Una casa. El entarimado del jardín. El bosque de cedros oscuros y unos ojos brillantes y feroces en la negra foresta...

* * *

El miedo clavó primero los fríos colmillos en la espalda de Rumiko. Eso fue instantes antes de que el primer Sabueso infernal se materializara allí. Entró precipitadamente en la casa y varios segundos después la puerta *defusamay* madera saltó en pedazos mientras aquellos dos

Sabuesos del Tártaro ponían sus negras pezuñas en el tatami del suelo, haciéndolo humear.

* * *

Sakamura tardó apenas unos segundos en asimilar lo que estaba viendo. Aquel paisaje... Los ademanes de la mujer... ¡Rumiko! El grito de horror se produjo cuando vio a la criatura irrumpir obscenamente en la casa. La brutal zarpa de Andrea le sujetó la cabeza, obligándole a mirar.

Aquellas criaturas, negras como el temor, empezaron a gruñir. En la habitación no quedaba nadie. Solo su esposa, la bella Rumiko, la compañera de quien se había enamorado el día de una célebre festividad a la que acudió representando a su empresa, años ha. Ella había acudido acompañada de su padre y de su hermano, vestida a la usanza tradicional, con un kimono azul con bellos dibujos y un grueso cinturón *obicon* con su lazo en la espalda en forma de alas de mariposa, indicativo de su doncellez. La cortejó. Se casaron. Se amaron y tuvieron aquellos dos vástagos, dos varones, orgullo de su padre.

Ahora la mujer se había escondido en algún lugar de la casa, con sus hijos, a buen seguro. Sakamura imploraba por que hubieran podido llegar a la habitación del pánico, el refugio blindado de la casa, oculto en el sótano.

Los hombres del servicio de seguridad llegaron. Vieron a las bestias y desenfundaron, sobrecogidos de pavor, las armas. No les dio tiempo a disparar: las dos criaturas los despedazaron sin problemas y ambos Sabuesos oliscaron.

—Ya tienen su olor —dijo Andrea. Cada palabra suya era un martillazo en el alma y la conciencia del japonés—. Dime, ¿valió la pena intentar hundir mi empresa, una pequeña fábrica artesanal? ¿Tanto como para matar a un padre, a un hijo y a una madre? —preguntó.

Las criaturas avanzaban por el pasillo.

—U... usted... usted está viva... No murió... —balbució.

—Sí, sí lo estoy. La mujer murió. La madre murió. Ahra solo quedamos mi venganza y yo. Mire. Creo que los Sabuesos han encontrado el refugio.

—¡NO!

* * *

Rumiko huyó por el pasillo. Encontró a sus dos hijos cerca de la puerta. Chilló a los de seguridad.

—¡Lobos! ¡Lobos en el salón! —dijo mientras empujaba a sus vástagos.

Los dos la precedieron a la carrera. Bajaron atropelladamente unas escaleras. Luego otras, no ya de pulida madera, sino de piedra. La madre, sin dudar, entró en el sótano, a oscuras. Tropezaron. Se cayeron. Llegaron hasta una pared, al final de la tenebrosa habitación. Rumiko encontró el panel disimulado, se descolgó del cuello la llavecita y la introdujo. Una puerta se abrió con un chasquido. Empujó a los niños y cerró.

El corazón le galopaba en el pecho. Sus dos hijos la miraban, pálidos, asustados, pero callados, apretando los labios. El mayor sujetaba con fuerza *sushinai*, la espada de entrenamiento, de bambú, con sus pequeños nudillos blancos de tensión. Su hermano pequeño, aguantando las lágrimas, le tomaba de la manga, mientras veían las gotas de su madre rodarle por las mejillas. Esta abrió los brazos, caía en el suelo apoyada en la pared, y ellos respondieron.

* * *

—Qué tierno. ¿Sabes?, cuando aquel coche nos apartó de la carretera, mientras el nuestro se descontrolaba, intenté llegar a mi hijo, mi pequeño. Cuando nuestro coche rodaba, vi cómo su

cabeza se estrellaba contra el techo, en un ángulo raro. Cuando se detuvo, allí abajo, en el frío y oscuro barranco, mientras oía alejarse al otro coche, vi cómo mi mano no llegaba a la suya. Mi garganta estaba medio estrangulada por el cinturón. No pude darle consuelo cuando su corazón amenazaba con pararse. Cuando casi no podía respirar. Cuando su cabeza colgó, inerte, sobre su pecho, sobre su camiseta favorita, una azul *delronman*. Su mano estaba lejos... tan lejos... mi niño...

Los ojos de Yoshimitsu estaban desorbitados. La zarpa negra le obligaba a mirar. La voz de la mujer sonaba ausente... con la última palabra, se rompió suavemente, en un quejido.

Mientras Andrea, con la mirada ausente, veía con los ojos de la memoria el rostro de su hijo amoratarse, y luego tornarse de un doloroso azul violáceo, el Sabueso tartárico llegó hasta la puerta.

* * *

Escucharon los tres, en la oscuridad contrapunteada por las lucecitas parpadeantes de la consola de control, las fuertes aspiraciones en el quicio de la puerta. Se suponía que eran blindadas, herméticas. No podían estar escuchando aquello. Una respiración lobuna y ultraterrena, pesada, amenazante.

Un aullido profundo, que se les clavó en el alma, traspasó los gruesos muros a prueba de terroristas, de bombas y terremotos. Pero aquellos eran Sabuesos del Tártaro. Criaturas que había catado la carne de los ángeles. Y a los que ahora se les había encomendado una misión: matar. Devorar. Desgarrar. Aniquilar. Y su objetivo estaba tras aquella puerta.

Sus zarpas se afilaron. Sus gruesas patas se posaron sobre la superficie de metal disimulada como piedra. Sus garras sobrenaturales chillaron arrancando esquiras con facilidad. Hasta sus oídos llegaron los gemidos de horror del interior. El otro Sabueso retrocedió y se lanzó en una corta y potente carrera, destrozando la capa de piedra en un punto, el marcado por la garra del primer Sabueso.

* * *

Yoshimitsu se estremeció con el primer golpe que vio en el recipiente de agua. Vio el rostro de su mujer desfigurado por el miedo. Su hijo menor se había orinado encima. El mayor se encaró con la puerta interponiéndose entre el peligro y su madre y hermano, con el *shinaien* las manos, en guardia, tal como le habían enseñado. Un acto de valentía, digno del mayor guerrero de la historia de las islas.

Cuando la puerta cedió, abriéndose por el centro, dejando entrar aquellas horribles criaturas, el corazón del japonés, que gritaba hasta dolerle la tráquea, ulcerada ya por el esfuerzo, de repente estalló. La adrenalina, el miedo, el dolor. Su combinación y el infarto. Se le nubló la vista. Los mocos y la saliva le colgaban. Apenas vio el umbral de una de las muertes más desgarradoras, la muerte por impotencia de acto, cómo su mujer saltaba y su pecho era destrozado de un brutal zarpazo; no vio cómo los monstruos se abalanzaban sobre los niños, carne de su carne. Solo escuchó un grito. Detrás de él.

* * *

Andrea vio al monstruo, aquel Sabueso infernal, saltar hacia adelante para completar su venganza. Muerte por muerte, dolor por dolor. ¿Por qué no sentía la dulce ambrosía de la venganza? ¿Y la paz y la serenidad? Sí, durante estos años había disfrutado cada pequeño paso vengativo. Comerles terreno, arrebatarles su poder, su notoriedad y su lugar. Lo que era más

que justo, el juego natural de la presa vengativa y durante ese tiempo había vislumbrado la catarsis de la ejecución final, del ojo por ojo.

Los Sabuesos eran la máxima expresión de su odio. Aquellas criaturas desgarraban la misma existencia demoliendo los hilos del ser, destruyendo el antes y el después en un acto de masticación. Tal era su poder. Y el súmmum al que podía aspirar para vengarse: Sakamura registraría, desfalleciente, cómo cada hilo de existencia unido al suyo se pelaba, se estiraba y, con un chasquido frío, brutal, como una supernova que implosionara en el cerebro, como se cortaban. Uno a uno. Ni siquiera la propia Muerte le libraría de ese dolor atroz.

Pero eran niños, como el que ella perdió. Aquel cuyo fantasma acunó en años de catatonia y dolor agónico y solitario. Eran niños, y ella era una madre. Hizo un gesto con la mano.

* * *

Los Sabuesos se abalanzaron. Sus fauces blancas de marfil y rojas de sangre materna se abrieron como las Cizallas de la Perdición. Los dos rostros orientales de los niños, que para ellos no eran más que dos objetivos que masticar, quebrar, romper y comer.

Así, las dos manchas negras avanzaron, enfrentaron aquellos dos diminutos seres y sus mandíbulas chasquearon, acompañadas del chillido agudo y la sangre conocida al derramarse.

* * *

Andrea respiró profundamente. Tras los primeros mordiscos los Sabuesos miraron tras de sí, al infinito, y dejando la casa como una imagen de un sacrificio dantesco, se volvieron a internar en el bosque. Aquella noche aún les quedaba varias víctimas para completar la venganza.

Yoshimitsu Sakamura estaba ahora en el suelo con los ojos desorbitados, la boca abierta; el corazón le había estallado a la par que su mente se rompía de tensión y dolor. Muerto. Había muerto y los demás miembros de Ookami llevaban el mismo camino: sus familias muertas, masacradas en una misma noche. Tal era el precio que debían pagar.

Y ahora Andrea Saint-Luc, mientras recuperaba el control absoluto, debería pagar el suyo.

25. Posiciones

*Plenilunio.
Madrugada del lunes al martes.*

Marisa acababa de llegar. Enseñó al guardia de la puerta su identificación de Interpol para abrirse paso y aparcó en la vasta explanada de asfalto. Caía una tardía y fina llovizna de un cielo oscuro y pesado.

La puerta de OokamiCorp. era un rectángulo de luz amarilla, un punto de referencia en la oscuridad purpúrea de un anochecer temprano. La Templaria se encaminó hacia la entrada con paso resuelto.

Al entrar encontró un lobby agradable, de ricas maderas, luces indirectas y moqueta beige. Varias caligrafías adornaban las paredes paneladas, así como urnas de piezas cerámicas. Al final le esperaba una secretaria japonesa tras la recepción. Esta se puso en pie. Llevaba un traje azul oscuro y el pelo recogido hacia atrás en una discreta coleta.

Marisa se acercó. La secretaria hizo una cortés y formal reverencia. La Templaria le entregó los datos que le habían dicho presentara como justificación de su cita. Conforme la secretaria introducía los datos, el tiempo pareció ralentizarse. El gran reloj que daba la hora local (dos más de ellos marcaban la hora de Hong Kong y la de Tokyo) desplazaba su segundero hasta dar las seis en punto. El tiempo pareció acelerarse. Y los teléfonos empezaron a sonar. Por todas sus líneas, parpadeando las luces, histéricas. Las dos secretarias, estupefactas, miraron los aparatos como si se hubieran vuelto locos. Las luces parpadeaban, los contestadores saltaban; chasqueando en sus auriculares una miríada de voces gritonas trataban de hacerse entender.

De inmediato ignoraron a Marisa y se concentraron en esa crisis telefónica. El personal de Ookami Corp. empezó a corretear a su alrededor con expresiones desde el desconcierto al espanto.

La Templaria, mujer resolutiva por principios, se encaminó al directorio electrónico que había en una terminal al lado de los ascensores y buscó algunos de los nombres relacionados con Akanawa. Encontró uno de los requeridos. Los ascensores se abrían, vomitando personal nervioso y confuso con rostros desconcertados o preocupados.

Escuchó tras de sí, a unos metros, las rápidas palabras de dos hombres del equipo de seguridad que le hablaban con un fuerte acento. Se dio la vuelta.

—¿Podemos ayudarla, señorita?

Tenían pinta de expertos. Actitud relajada, casi servil, sin chulerías ni machadas tan típicas de otros cuerpos de seguridad privada.

—Subo al piso 18, tengo una cita con el señor...

—Lo siento —la atajaron—. Se han cancelado todas las citas.

Marisa se esforzó por no gesticular.

—Vaya, ya veo —dijo. Escuchó la campanilla de unas puertas abrirse a su espalda. Salieron tres ejecutivos con prisas. La Templaria contó los segundos y se deslizó en el interior conforme se cerraban las puertas.

—Adiós, chicos —dijo a los de seguridad, que corrieron los últimos metros, para acabar palmeando las puertas de metal.

La Jefa de Operaciones pulsó el interruptor. Una voz empezó a hablar dulcemente en japonés. No sabía si la estaban amonestando o pidiéndole por favor que se bajara del ascensor. Con un susurro lubricado, la caja subió hasta el piso indicado. Las puertas se abrieron.

El pasillo estaba desierto. Un llanto de mujer se escuchaba, lejano. Las puertas de los despachos estaban abiertas y en varios de los cubículos se oían voces hablando rápidamente en japonés. Decidida, la Templaria avanzó hasta el despacho de quien tenía fijado como objetivo, y entró.

Al abrir la puerta de cristal—Kano Watanabe, Director de Producción, rezaba el cartel de la puerta—, vio al susodicho, rodeado de dos guardaespaldas que inmediatamente sacaron sus armas y apuntaron. Aquí puso Marisa en juego su otro don:

—¡Alto! —gritó.

Tenía la mano abierta, extendida, hacia los pistoleros. Su tono fue brutal, terminante. Los hombres se congelaron. Sus brazos se negaban a obedecer. Imposible. Sus mentes lo rechazaban. Las mandíbulas apretadas, les empezaron a doler las encías y un gruñido escapó de sus atezadas gargantas.

El ejecutivo estaba detrás de la mesa. Marisa, con calma, se acercó. Al llegar a la altura de los guardaespaldas, con gesto experto, pulsó los resortes adecuados y quitó las correderas de las pistolas semiautomáticas.

—Señor Watanabe —dijo al asustado ejecutivo—, usted y yo tenemos que hablar.

En ese momento los dos hombres se acabaron por desmayar. Y Marisa vio, en una jarra de agua transparente, una imagen evocada: una casa con las paredes manchadas de sangre, y el cadáver de una mujer siendo grotescamente devorado por un can infernalmente grande.

* * *

Clytemnestra miró con preocupación a su compañero, el inescrutable y siempre circunspecto Kurt.

—¿De verdad estás bien?

—Sí.

Habían sometido a Kurt a una última sesión de curas, para dejarlo como nuevo. Un poco cansado, pues para él una cura era un ejercicio extenuante, dada su resistencia a la magia, y debía concentrarse enormemente para que los hechizos de curación pudieran enlazar con él.

Después de aquello, el Templario estaba totalmente operativo, así que cogieron un coche y se dirigieron al centro de la ciudad. Depronto, la Templaria redujo la marcha. Su compañero —diez veces más callado que Bastian—, miró en dirección a la acera. De una tienda de ropa salieron dos chicas: una rubia y otra oriental. Ambas identificadas en el dossier del páter como afiliadas al culto.

—Mira eso, ¡oh, casualidad de casualidades!, con quién nos topamos...

—La casualidad es el hilo con que el Mal teje sus obras, así como...

—*Su propia zancadilla...* ¿No olvidas las viejas lecciones, eh?

—Siempre presentes, en la mente y el alma. Lecciones para ser un buen Templario y cumplir mi deber. ¿Las detenemos? —inquirió tras la sentencia.

—No. Mejor las seguimos.

Maniobraron y pudieron seguir sin mayores problemas a las dos mujeres. Estas se dirigieron a un aparcamiento y allí subieron al vehículo de una de ellas, un carísimo todoterreno para la ciudad, tan de moda en esos momentos entre la gente bien. El típico regalo que papaíto hace a la nena para dormir tranquila, sabiendo que la cría conduce lo más parecido a un tanque urbano.

El coche puso rumbo a una mansión de que debía de ser una de ellas. Los Templarios aguardaron en el exterior de la finca.

Era una amplia propiedad, bordeada de extensos jardines. Cly sacó los prismáticos del maletero y escrutó el lugar. Kurt hacía lo propio con los suyos.

—Segundo piso —informó brevemente.

Cly dirigió hacia allí sus potentes binoculares.

—Una ventana con celosía abierta. Se están cambiando. Luces de velas. Una de ellas sale a la ventana. Lleva una... túnica. Verde. Curioso. Seguramente saldrán así.

Pasaron unos minutos más.

—Apagan las luces. Creo que se disponen a salir.

Efectivamente, bajo el techado de hiedra donde habían dejado el coche estacionado, vieron encenderse una luz.

—¿Qué fase lunar tenemos hoy, Kurt?

—Plenilunio. Saldrá a las 21:30.

—Un esbat.

—Posiblemente.

Unesbat, una reunión en conciliábulo de varios *magi*, gentes diestras o interesadas en la magia, en un periodo fuera de las fiestas rituales marcadas, el *Sabbat*. En muchas religiones coincidían con los cambios de estación y los cuarenta días anteriores a estos. *Unesbat*, por lo tanto, era una circunstancia especial. Y en algunas ocasiones se observaban las fases lunares por sus connotaciones esotéricas y energéticas. Y, según Cly, a todos los pirados les daba por hacer cosas en luna llena porque hay más luz.

Con la oscuridad en avance —el sol se había puesto hacía una hora, y la luna aún estaba para salir—, les fue fácil pasar inadvertidos hasta que el vehículo con las dos mujeres en su interior pasó de largo. Las siguieron a distancia por la circunvalación, sintiendo por a poco cómo la atmósfera empezaba a cargarse de energía. Bueno, Cly lo sintió. Kurt seguía impasible sin quitarle ojo al todo terreno.

Rodearon por ese curvo y largo tramo de carretera secundaria pero bien asfaltada. La calzada estaba bordeada de álamos y hayas reverdecidos que, pese a la ligera brisa y la turbulencia creada por los coches, no movieron, las ramas, que permanecieron antinaturalmente quietas, congeladas en un momento del tiempo.

Se habían acercado demasiado. Cly temió juzgó oportuno meter el coche por un camino de servicio y dejarlo allí aparcado, oculto en un recodo, tras una puerta de corral de estilo holandés.

Muy despacio siguieron la carretera entre los árboles. Tenían la sensación de estar caminando a través de un decorado pintado. Las ramas ni oscilaban. Tampoco las hojas del suelo se movían. Las podían alterar, pero era como si para ellas la gravedad planetaria, la inercia y otros tantos principios físicos fueran ignorados para quedarse en el mismo lugar y el mismo momento. Este extraño efecto era lo que se conocía como Condensación de Energía del Manto. Y solo ocurría cuando alguien muy versado en los caminos de la invocación ejercía su poder de manera efectiva.

Pasó un coche por la carretera, con los faros encendidos y a toda velocidad. Pese a conocer los efectos de la CEM, los Templarios siguieron experimentando esa sensación extraña al no ver moverse la hojarasca.

No tardaron mucho en llegar a destino: después de llegar a una gran casona, con todas las luces apagadas y sin seguridad aparente, y continuar unos minutos más por un camino de tierra, vieron los coches concentrados, y un grupo en procesión acercarse a lo que parecía ser un pabellón de caza. Los miembros del cortejo llevaban entre las manos un armatoste circular rodeado de energía crepitante. Solo podía ser la Esfera.

Cly miró a Kurt.

—Llama a la caballería. Esta noche hay un baile y no nos han invitado. Aprovecha, antes de que la CEM anule la cobertura.

Elnórdico abrió la tapa del móvil justo en el momento en que un pedazo de corteza de árbol estallaba bajo el impacto de un disparo dirigido a ellos.

* * *

Harto de hacer flexiones, abdominales, katas con la espada de madera y cantar canciones obscenas de taberna, Bastian decidió darse una ducha. Detestaba ese encierro.

Cuando el agua caliente mordió su piel, apretó los dientes y aguantó un poco más antes de regularla. ¡Maldita sea! Él no pidió aquello. Cuando el estúpido Lazareno hizo aquella invocación sobre el Vermillion, ambos vieron cómo algo no salía bien. En lugar de los resplandores verdosos habituales, la sala restalló. Al parecer la criatura tenía un sello de protección. En una sala tan protegida, múltiples hechizos de contención actuaron. El sello de la criatura rebotó en ellos, pero siguió buscando una brecha, y la encontró. De alguna forma dio con un pliegue, derivado de la falta de defensas del Lazareno, y abrió la brecha.

Bajo el agua ardiente, recordó la luz anaranjada, igual a la que su ojo derecho emanaba. El rostro del Lazareno fue alcanzado por un brutal haz de energía que restalló por la sala, finalmente absorbido por los sellos de las paredes. Con un grito, el Lazareno cayó al suelo muerto. Y Bastian vio el cruel rostro, carente de piedad. Iluminado por el poder imbuido.

Ajustó los mandos de la ducha. Relajó su mente. Terminó de ducharse y salió. Cuando estaba poniéndose los pantalones reparó en algo. Un espejo. Le habían dejado un espejo... parecía de aficionados.

Sabía que a esas horas sus compañeros debían estar terminando la investigación. Como alguien con los ojos vendados y sacado a la intemperie, sabía que algo estaba ocurriendo, pues sentía el sol, la presencia de una fuerte concentración de poder; a fin de cuentas la habitación evitaba que pudiera realizar magia o liberar su poder, pero no por ello dejaba de sentir el exterior. Y sentía lo que estaba ocurriendo. Apretó los dientes. Miró en el espejo. Las líneas anaranjadas de los conjuros de contención lo circundaban.

Bastian se miró en el azogue. Su ojo verde brillaba con chispas de decisión. Pero el otro ojo simplemente refulgía con el brillo de la lava pura. Se concentró en el brillo, y este formó tras de sí una imagen etérea del gigantesco Malhim, que, torvamente, sonrió. Sus colosales alas se extendieron hasta salir del espejo, espectralmente.

Y el Templario habló con la criatura. Si bien los Malhim no se caracterizaban por sus capacidades de negociación, pues preferían la debacle del combate, en ocasiones lo hacían. Así, Bastian, escuchando la voz del ángel exterminador, flamígera, dura y prístina, forjó un pacto. Él obtendría el poder necesario del Malhim a cambio de liberarlo cuando Gormogoth fuera sacado de su dimensión para poder enfrentarse a él y erradicar todas sus obras, y todo mal en el mundo.

Bastian suscribió el pacto. Sabía que estaba violando los preceptos de la Estela, aquello en lo que había creído y que había defendido capturando aquellos que pretendían obtener favores de los espíritus poderosos de otros planos. Ahora era como ellos. Pero debía ayudar a sus compañeros. Ya pensaría luego en las consecuencias para con el Temple. Y pronunció el nombre de la criatura.

LIRAEEL

Y el grito liberó el poder contenido de uno de los ángeles exterminadores más poderosos de las Antiguas Guerras. Bastian se dobló sobre sí mismo, y casi se sintió estallar: entre los resplandores encontró un momento para maldecirse a sí mismo.

La carne del Templario empezó a surcarse de símbolos en un lenguaje olvidado en el principio de la humanidad. Dibujos extraños cubrieron su pecho, sus brazos y la mitad de su rostro. Un enorme brazo acorazado en un color dorado-naranja cubrió su lado derecho. Entre los dibujos que tatuaron su piel en la espalda brillaron dos alas ígneas que lo encerraron en un capullo protector mientras el poder se ajustaba a su cuerpo mortal. Las alarmas empezaron a sonar, las líneas de conjuros se activaron, pero de un soberbio manotazo hizo saltar las protecciones que tintinearón como un fluorescente estropeado hasta apagarse.

Destruir las paredes de un manotazocargado de poder, una vez se incorporó fue...

suggerentemente fácil. Los *grigorino* iban a estar nada contentos. Por ello erigió una muralla de encantamientos con un solo gesto. Para que se entretuvieran y poder ganarles algo de ventaja. Los *Grigori* que estuvieran fuera tardarían en dar con él.

Bajo su nueva visión, el mundo ofrecía un extraño aspecto; en el horizonte, una gran pared de luz de un remoto color oscuro. Hacía allí debía dirigirse.

* * *

Dos disparos más. Las estadísticas eran malas y aún no habían visto al tirador. Cly sacó el móvil, puesto que el de Kurt había saltado en pedazos con el primer disparo, al impactarle una gruesa astilla. La energía aumentaba en concentración hasta crear un ambiente opresivo. Conectó con León.

—Venid aquí cagando leches —y le dio la localización exacta. Disparo— ¡Y traed el cacharro! Astillas volando. Pero en la oscuridad vio el destello del arma. Y sonrió torvamente mientras sacaba una pistola, y de su mochila, una mira telescópica. Kurt seguía dedicándole una mirada de censura al arma. Por último la Templaria sacó un acople láser para la pistola.

26. La Ceremonia

Plenilunio.

Carl volvió a apuntar en la oscuridad. La mujer del pelo blanco estaba detrás del árbol. Dos disparos. El tercero acertaría de pleno. Apuntó... falló. El asesino rechinó los dientes y cargó otra bala en su arma. Estaba usando una curiosa pistola de cañón largo, capaz de disparar balas de rifle, lo que le daba una potencia increíble al arma. Acomodó el cañón una vez más encima de su codo doblado, desde su posición, tras un gran tronco caído y medio podrido, cubierto de húmedo musgo oloroso. Pero la hojarasca seguía sin moverse.

Una luz. Una luz roja. En un lado del árbol vio el puntero, arrastrándose lentamente, como un rayo de sol olvidado. De un sol rojo y vengativo. Aficionados. Torció la boca con desprecio. Apuntó en una fracción de segundo, siguiendo el puntero, y disparó.

Una luz blanca, potente, lo cegó. Sintió un fuerte empujón en el hombro que lo hizo caer hacia atrás, arrancándolo del suelo en una brusca acrobacia increíble, y lo tumbó sobre la hojarasca; todo quedó a oscuras.

—¿...muerto? —preguntó la voz fría de un hombre.

—Lo parece, pero yo no me fiaría mucho —sentenció la mujer con un chasquido del arma.

El Archiduque, su salvador, no solo le había rescatado de la muerte, sino que le había entregado un don por el que muchos matarían. Conforme se adentraba de nuevo en la consciencia, empezaba a sentir de nuevo su cuerpo. Alarmado, escuchó el sonido, tras un leve fulgor blanco, de una hoja de metal.

Dio una rápida voltereta hacia atrás, para ver a la mujer del pelo blanco que le apuntaba con un arma directamente a la cara, y a otro hombre, un tipo enorme de rostro pétreo báltico con una enorme espada en la mano. Carl tenía el arma descargada. La chica le disparó. En el pecho, y voló hacia atrás quince metros, estampándose contra la dura corteza de un añoso árbol, que crujió, descontento. Vio de nuevo un fognazo blanco. «*Trazadoras*» pensó su mente ligeramente aturdida, mientras su espalda golpeaba contra el árbol.

Por puro instinto, antes siquiera de tener la vista enfocada, movió el cuerpo a un lado, escuchando el ruido seco de la espada del hombre clavándose en la madera del tronco con un crujido espantoso, se agachó y dio un par de volteretas laterales mientras veía los disparos envueltos en luz blanca de la mujer.

De pronto fue consciente de varios datos.

Uno, estaba huyendo como un animal perseguido.

Dos, la coraza de aquel material pétreo pero ligero que el Archiduque le hizo crecer en el pecho era realmente eficaz como blindaje. Aunque pareciera piedra laminada y flexible injertada en la carne.

Tres, el brazo derecho, justo en la mordedura del gnomo, le estaba palpitando, volviéndole loco de dolor.

Cuatro. Empezaba a tener un hambre voraz, realmente corrosiva...

Cinco. Estaba... cambiando.

Carl Gustaffson perdió la conciencia de sí mismo cuando las primeras esporas del veneno acabaron de abrirse paso por su piel y reventaron, enroscando raíces negras en torno a sus huesos como negros tentáculos cuasi vivos.

Dio un salto antinatural, perdiéndose en la espesura, rugiendo con una garganta que ya no era la suya. Su pecho de piedra empezó a mutar, cubriéndose de una sustancia extraña en los boquetes que habían perforado los fulgurantes disparos de la mujer.

Sus perseguidores se detuvieron, nerviosos. Podía volver, dejarse caer desde lo alto de la rama donde estaba y matarlos a zarpazos, o huir, con las promesas de la noche en ciernes por

delante. Además, la concatenación de energía circundante lo agobiaba. De su cerebro desapareció toda traza de pensamiento racional, su cerebro cambió... y la figura se esfumó en la oscuridad plateada del plenilunio.

Una rama se movió, alta, cerca de la copa. Los Templarios registraron la zona, y tras unos minutos volvieron al camino. La piedra azul y pulida que llevaba el hombre dejó de parpadear.

Moraleja: nunca asaltes la tienda de un gnomo.

* * *

El pabellón era el lugar de confluencia de la energía condensaba que inundaba la foresta. La luna llena, gorda y oronda, observaba prestando su luz anaranjada al suelo del bosque, a la oscura carretera, a los ventanales de vidrio soplado. Varias antorchas de latas negras de queroseno iluminaban los quince metros anteriores a la entrada. Todas ellas tenían grabados símbolos arcanos en rojo.

La puertafranca, sin temer enemigos, dejaba entrever una alfombra pesada y unas paredes altas repletas de cornamentas-trofeo y cráneos de herbívoros. En lo más profundo del pabellón, en una sala amplia, coronada por una claraboya por la que iluminaba el astro nocturno, tenuemente, un altar blanco repleto de extrañas piezas. Sobre un trípode, en el suelo desnudo de madera oscurecida, descansaba un poliedro de metal surcado de glifos orientales. En el interior la Esfera de Xue palpitaba, casi con ansiedad.

Andrea se había puesto la máscara del Archiduquey su conciencia se amortiguó esta vez más profundamente que antes. Quizás de una forma definitiva. Ya no importaba. Había dejado atrás el punto de no retorno. Llevaba varias horas preparándose. Tenía ya la mitad del cuerpo transformado en aquella suerte de piedra volcánica surcada de venas magmáticas. Bajo la máscara relumbraba el ojo de rubí. Curiosamente, Andrea siempre empezaba a distanciarse de todo cuando se la ponía. Uno de sus últimos actos conscientes fue comprobar los anclajes de los hechizos de su alma. Todo debía salir bien... Tanto la túnica amplia como la pesada capa de terciopelo eran absolutamente innecesarios... pero ayudaba, sabía bien, a sus acólitos. La imagen y lo que ellos creyeran importaba, a fin de cuentas.

La venganza se había cumplido, tal como el Señor Diablo prometió veintiséis cadáveres destrozados en Japón, ocho directivos de Ookami, la plana mayor europea muerta brutalmente. Los periódicos se iban a cebar inventando historias sobre *yakuza*, intrigas mafiosas y brutales, así como disparatados castigos. Pero todo eso le sonaba ya lejano. En su mente, ahora, supuestamente vacía de todo propósito, tronaban los llantos contenidos de aquellos dos niños, el temeroso pequeño abrazando los restos de la madre muerta y destripada y los sollozos, contenidos e iracundos del mayor, aún con el *shinaien* las manos. Los sollozos...

Sintió una leve perturbación. Problemas menores. De hechos sabía que todo estaba en marcha. Salió del despacho y se encaminó a la sala del ritual, descalza. Todo acabaría pronto. Aún llevaba la florecilla blanca y negra en la uña del pulgar de su rosado pie.

Un silencio emocionado le aguardaba en la sala. De sus inicialmente quince acólitos solo quedaban trece. Se puso tras el altar blanco donde reposaban todos los ingredientes y artefactos que iban a necesitar. Los trece allí presentes vestían de distintas guisas: las mujeres optaron por vaporosas túnicas y amuletos. Algunos de los hombres también se habían decantado por túnicas talares, mientras que otros, más prácticos, preferían ropas normales e incluso elegantes. Si bien Andrea les daba lo que esperaban con su atuendo, en la silla cercana reposaba su abrigo color crudo y sus ropas púlcramnete dobladas en una bolsa de piel, tras un biombo de celosía.

Debía comenzar.

—Hace años, la voz del Señor del Páramo de Silencio me habló. No me pidió nada, solo me

concedió dones tras mirar en mi alma —una mentira. Levantó los brazos; las anchas y pesadas mangas cayeron hacia atrás y vieron de nuevo el brazo rosado y otro negro con aristas y esquirlas aguzadas sobresaliendo—. Me dijo que encontrara gente a la que favorecer en un mundo extraño y descreído. Pero no creáis que todo fue gratuito—hizo una leve pausa, sintiendo a medias la ansiedad y desazón de los adoradores. Retomó la palabra con aquella voz grave, distorsionada, que provenía del encantamiento-filtro de la máscara—. Quería y quiere algo a cambio.

—¡Dinos qué es! —el diseñador de moda, con una extravagante túnica talar de su propia factura, toda plena de encajes y entorchados, no pudo contenerse más.

—Fe.

Una ráfaga de viento suave, cálida y antinatural se desplazó perezosamente por la sala, agitando levemente la capa del Archiduque. Este hizo un gesto. A su lado se alzó un gran espejo, que había estado antes boca abajo en el suelo. El azogue relumbró y mostró de nuevo una imagen del señor Diablo tal y como sus pobres, lerdas y limitadas mentes lo concebían. Podía ser un ángel benefactor; una criatura de etérea belleza, un dios olímpico o un bello y misterioso espécimen andrógino.

—Esta noche —volvió a reclamar la atención de los acólitos, la fe que en ese momento suministraban era, para la visión de Andrea, un torrente de energía en bruto— con vuestra ayuda Él —señaló el espejo con su mano humana— será liberado. Si os ha otorgado esos dones desde su lugar, ¿qué no os dará cuando, agradecido, vea que por vuestra fe, tesón y esfuerzo ha podido acceder a este nuestro mundo?

Embobados, estaban simplemente embobados. Había trabajado mucho tiempo con ese grupo. Sabía manejarlo perfectamente. Tanto en conjunto como por separado.

—Para este último ritual, antes de comenzar, necesitaremos una prueba. Una prueba de fuego que os marcará como los elegidos, pues fácil sería arrogarse ese derecho cuando Él esté aquí por tanto, y como muestra final de vuestra disposición...

El Archiduque hizo un gesto y su palma oscura y pétrea brilló. En ella apareció un símbolo arcano al rojo vivo. A los acólitos se les abrieron los ojos como platos.

La mano, con aquella señal ígnea, siseaba ominosamente, restallando al contacto con el aire. La luna, a través de la claraboya, se ocultó avergonzada, tras un oscuro jirón púrpura.

Salió de detrás del altar y se acercó a la primera persona que encabezaba el extremo del semicírculo. Con la mano rosada acarició la mejilla de Eleanora Vitrova, talentosa periodista. Esta mujer, una polaca dura y de fríos ojos, que llevaba un elegante vestido azul, sin dejar de mirar la máscara, descubrió su antebrazo derecho, sin pestañear. Cuando el Archiduque puso la negra palma, acorazada de púas que rechinaban con los rebordes al rojo vivo, la mujer, el *Dragón Polaco* como la habían bautizado colegas de profesión, se sobresaltó. Esperaba el brutal latigazo del calor, del rojo-naranja de la palma. Quizás olor a carne quemada y un valiente desvanecimiento por el shock. Pero no. Sintió frío. Un frío que quemaba, sí, que taladraba y parecía incrustarse y grabar el mismo hueso. Entonces, cuando ya se había retirado la zarpa negra y marcaba a la hija del millonario francés que estaba a su lado, vino el dolor. La francesa miraba el brazo de lava aristada con una fascinada sonrisa casi orgásmica. La polaca sintió el agarrotamiento progresivo de los nervios y sus sentidos. Era como si una ola de hielo oscuro y glacial recorriera el brazo paralizándolo; los dedos se crisparon, los nudillos no podían moverse.

El Archiduque ya iba por la cuarta marca —el diseñador de moda— cuando la sensación le llegó a la espalda y tuvo que postrarse de rodillas.

Solo quedaban cinco por marcar —los anteriores empezaban a sentir los efectos del sortilegio impuesto— cuando el Archiduque percibió el cambio de Carl; fuera, en la espesura de aquel bosquecillo, el potente conjuro de dádiva que se enroscaba en el corazón del asesino —todos

los dones concedidos eran así, artefactos anclados en los receptores— había sido matizado por algo, otro elemento que había cortado la conexión y control y lo había... transformado de alguna manera. Hubo unos minutos de desconcierto y entonces dos potentes energías se dirigieron hacia allí. Debía apresurarse. Marcó a los demás sin tanta ceremonia. De todas maneras, los primeros ya estaban acusando la impronta del sello.

Volvió hasta detrás del altar y abrió la primera parte del cántico. Los diversos artefactos que yacían inertes, en el ara, relumbraron por un momento. Las fuerzas contrarias se habían apostado en la puerta. El Archiduque —Andrea estaba ya muy lejos en ese momento— trazó un símbolo en el aire y preparó un muro de contención en la entrada. Eso le daría tiempo. Tiempo para que los acólitos se recuperaran, hacer la primera invocación de servidores, y tiempo para que ellos, los Templarios, no pensarán que había sido demasiado fácil.

Veinte minutos después, el Archiduque tenía una invocación en pleno curso. Usando los sellos grabados en los acólitos, trajo al primer séquito. Abisales. Unos seres poco agradecidos —humanoides de piel gris, flacos y con unas funestas zarpas ponzoñosas— que la ayudarían en el momento preciso.

Los trece cuerpos se convulsionaron y los sellos grabados empezaron a hincharse y a rezumar un icor pegajoso. Los humanos se miraron y, demasiado tarde, como siempre, comprendieron que habían sido finalmente traicionados, tanto como utilizados. Trataron de gritar. Y esa fue la invitación. Contorsionándose grotescamente, los Abisales tiraron del hilo que los unía con las marcas de aquellos humanos.

De haberlos invocado simplemente, los Grigori se habrían presentado allí, reclamando y ajusticiando al Archiduque por romper los Preceptos de la Estela. Pero lo que había hecho era más inteligente. *Quid pro quo*. Prometió trece almas humanas, todas manchadas de ambición, al Señor de los Abisales a cambio de trece sirvientes incondicionales que él tenía por manadas.

Tardaron dos minutos en estabilizarse, examinando sus cuerpos humanos que rápidamente empezaron a transformar con fuertes chasquidos y gruñidos.

El Archiduque sentía cómo más enemigos se acercaban. A su alrededor se hizo el silencio; su concentración era total. Como un leve zumbido detectó que las primeras barreras del perímetro empezaban a ceder. Un poco más lejos llegaban los últimos componentes de su plan. La luna llena se estremecía en el frío cielo, ahora sin los últimos vestigios de nubes, obligada a mirar. Su luz se derramaba por aquella sala, bañando de plata a las figuras en transformación, así como a los Templarios que caminaban en derredor del recinto, y al coche que avanzaba recortando a a toda velocidad los kilómetros restantes hasta el pabellón.

El Archiduque escuchó el frenazo sobre la grava, bronco, chirriante. Si pudiera, si aún albergara emociones humanas, habría sonreído por la increíble sincronización del plan y sus antagonistas. Lo único que pudo hacer bajo la máscara fue una mueca, enseñando los dientes. El ojo de rubí brilló potente. Y acometió el inicio del último cántico, mientras los Abisales saltaban en todas direcciones, para converger en la entrada.

27. Abisales

Cuando León de Aranda llegó hasta el lugar marcado por Clytemnestra con balizas espectrales —unos conjuros de localización que todo Templario llevaba en un disco de metal, para facilitar el acceso a sus compañeros—, sintió la potencia de aquellos escudos de bloqueo presentes. El viejo Templario de anchos hombros y cicatrices antiguas, barba recortada gris y ojos agudos, olió el lugar mientras Rembrandt y Rashid salían del vehículo e iban al maletero para sacar el artefacto. El aroma, tras el chispeante ozono de la magia, que tenía cierto matiz sulfúrico por añadidura, provenía del bosque mojado, la brisa fresca que luchaba por soplar entre las espesas vetas de magia condensada —siempre se volvía la atmósfera tremendamente pesada cuando se ejercía una gran actividad sobrenatural—. Era un lugar bonito. Un buen sitio para morir. Muy romántico, en el sentido decimonónico del término. Árboles, una casa antigua, unas ruinas añosas y enigmáticas en la espesura, musgo y algunas setas aquí y allí... Se embutió los guanteletes. Estaban cubiertos de sellos y glifos, y dos de esos signos le revelaron la presencia de un escudo potente en la puerta del pabellón, un edificio de dos plantas, fachada blanca de madera y ventanales encortinados. Al darse la vuelta, conforme sus compañeros portaban el artefacto hasta el capó del coche, vio a Cly y Kurt salir del bosque, con trocitos de madera y astillas en la ropa, y hojas pegadas. Parecía que se hubieran dado un revolcón entre la hojarasca y el mantillo del bosque. Y así se lo dijo Rashid a sus compañeros, que se limitaron a contestarle con miradas cargadas de odio.

—Sí, claro. Revolcones con balas del 7,62 —declaró Cly.

—Anda, eso no lo he probado todavía —opinó Rashid con una sonrisa.

La Templaria le dedicó una mirada fría.

—Esa es la entrada principal. No hay otra, salvo el tejado del invernadero. Han puesto una protección en la entrada bastante potente.

Nadie dijo nada, pero todos pensaron en el compañero ausente, en Bastian, que podría haberse ocupado de ese extremo.

En ese momento escucharon otro vehículo llegar. Cly desenfundó un arma y Rashid preparó igualmente sus dos dagas curvas bajo su chaqueta. Los otros tres Templarios se pusieron delante del capó, donde descansaba el Ojo Yin de Emma-O.

Era un todoterreno verde oscuro. Una mujer salió del interior. Marisa.

—Veo que estamos todos —dijo en tono serio—. He traído corazas, ponéoslas. ¿Quién se va a ocupar del sello de la entrada? Hay una confluencia de las gordas aquí. ¿Alguien ha visto ya a los Grigori?

Los Templarios fueron hasta el maletero del coche de la Jefa de Operaciones y sacaron las corazas. Eran unas armaduras pectorales de color gris oscuro con la cruztemplaria dorada en el centro. Estaban diseñadas para aguantar una gran cantidad de castigo mágico y físico. Otro invento de la división de I+D del Temple.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —quiso saber Cly—. Y no, ni rastro de los Observadores —informó.

—Fui a Ookami Corp., que es la madre de Akanawa en *sukeiretsu*. Y allí me contaron un par de verdades —explicó mientras se ponía la armadura—. Resulta que Ookami se cargó a la familia de esta mujer. Marido y niño. Solo querían asustarla con fines de acoso empresarial para que les cediera la empresita del marido, pero la cosa se descontroló. Ella estuvo en coma. Quizás en ese momento Gormogoth aprovechó para colarse y corromperla. Puede que totalmente, puede que solo de manera parcial. Seguramente le ofrecería lo único que puede traer a alguien de las garras de la muerte: venganza. De eso hace unos años. Ahora Ookami Corp. no solo está a

punto de quebrar por las acciones y medidas de Saint-Luc, sino que al parecer la venganza se ha ejecutado: cuando llegué, en Japón estaban muriendo las familias de los directivos implicados y ellas lo estaban *viendo*. Usaban instrumentos de videncia con agua.

»Ookami Corp. contrató a alguien para tratar de enfrentarse a ella, pero fue un desastre —continuó mientras Cly le ajustaba la coraza—. Presumiblemente se lo cargó y no dejó huellas, y todos sabéis cuánto cuesta eliminar a un taoísta, pues ese era el renombrado experto. Por lo que debemos tener en cuenta que tratamos con alguien listo y poderoso. No sabemos si está esclavizada o solo cumple un Trato.

»En cuanto al *Vermillion* esto lo aclara todo: era un especialista en Transmutaciones. De ello trataba el diario suyo encontrado en el apartamento. Quien nos pusiera sobre la pista quería impedir lo que ahora va a ocurrir. De ahí que en lugar de un portal se haya recurrido a un artefacto como el Ojo: un portal habría puesto a los *Grigoris* sobre aviso, pero un artefacto no.

León iba a replicar algo cuando una fuerte ventolera se levantó a la par que una luz verdosa salía en tromba desde el tejado de la casa. El Templario se guardó las apreciaciones.

—¿Cómo rompemos el sello de la entrada? —quiso saber Cly.

Hubo un doloroso segundo de silencio.

—Nuestras capacidades no nos dan para algo tan complejo y la burbuja rodea la casa...

—Rembrandt, ¿tú no podrías hacer algo? A fin de cuentas es una fuerza opuesta, ¿no?

—preguntó Rashid.

—No funciona así. No, si no resulto atacado.

—¿Necesitas que te ataquen? —preguntó León.

—Sí.

—Vale.

Acto seguido, y sin mediar más palabras, agarró al Templario de la chaqueta y con su descomunal fuerza lo arrojó en dirección a la puerta. Rembrandt chocó y se visualizó una hemiesfera blanquecina que cubrió el edificio. El Templario rebotó y cayó presa de unos brutales haces de energía que le recorrieron entero. Acabó cayendo al suelo entre una débil humareda. Se levantó de golpe clavando una rodilla en el suelo, y con la furia afincada en su mente, como una suegra pesada en una visita de domingo por la tarde. León de Aranda le señaló el sello.

—¿Tienes bastante energía? —le preguntó.

La lucidez de la bárbara propuesta le hizo darse la vuelta, rabiosamente. Rembrandt crepitaba de energía —era el único que no se había puesto la coraza— y señaló la puerta con los puños cerrados. Un violento chorro de energía en bruto surgió de él y se estrelló contra la barrera, abriendo un gran boquete que empezó a cerrarse conforme el Templario agotaba la energía acumulada.

—¡Entrad! ¡Entrad ya!

No hicieron falta más aclaraciones. Los Templarios corrieron hacia allí, León y Kurt portando el artefacto. Cuando hubieron cruzado, Rembrandt hizo un esfuerzo más y lanzó en una brutal tromba toda la energía restante, e ignorando totalmente el cansancio saltó al interior, antes de que la barrera se cerrara con un funesto crepitar

* * *

—Cly, controla el perímetro; Rashid, ayúdame con el Templario —ordenó Marisa cogiendo a Rembrandt por debajo de la axila y alzándolo. Lo metieron en una habitación que parecía ser un despacho. Cly sacó dos armas que relumbraron un momento al imbuirle su energía y chasquearon al montarse; salió al pasillo.

Kurt y León, entre tanto, llevaron el artefacto hasta una mesa y lo depositaron con cuidado. Lo

cierto es que no tenía mucho aspecto de artilugio mágico. Parecía más bien un cuenco a medio terminar, grande como un casco de moto, abierto por un lado y con una gran piedra, el zafir negro, en el centro, rodeado de las flores de hueso. El cacharro estaba hecho con cenizas de cadáver amasadas con agua hasta espesarlas y el humo de loto gris era la pasta, usada a modo de arcilla. Unas varillas de bronce negro rodeaban la estructura como un armazón. Lo cierto era que los dos Templarios habían hecho un gran trabajo de artesanía. Pesaba como si estuviera hecho de plomo, así que diseñaron unas angarillas para transportarlo dentro de una caja de madera labrada.

Marisa examinó al Templario, junto con el sargento.

—¿Te he dado muy fuerte, muchacho? —inquirió con su voz bronca.

—N..., no..., solo déjame respirar un par de minutos. Nunca había manejado tanta energía de un solo golpe... ni la había recibido —añadió con una mirada a medias astuta y enfadada.

—Vale. Dos minutos —dijo Marisa. Llamó por el comunicador—. Cly, informa.

—Marisa, estoy en el extremo norte, en una puerta que da a un gran salón. Veo a un grupo de acólitos encapuchados en pleno ritual en el invernadero. Cuento diez adoradores y el maestro de ceremonias.

—¿Es Saint-Luc?

—Negativo —respondió—. No le veo la cara. Lleva máscara. ¿No hablaron de un Archiduque? El israelí...

—Sí, pero por lo que sabemos puede tratarse de la misma persona. ¿Ves alguna otra zona de acceso?

—El aura no se corresponde. Afirmativo. Tres puntos. Parece que no esperan visita, pero no me fío.

—Vuelve y traza un mapa rápido.

—De camino. Cly fuera.

* * *

Rembrandt ya se sostenía de pie. Estaban todos trazando el plan para ejecutarlo en unos minutos. Antes de que invocaran a lo que fuera que adoraban. Kurt guardaba la puerta, con su gran espada en la mano y un escudo templario en la otra. Con la coraza de metal ajeno (de otro plano) sin su habitual abrigo largo, dos brazaes del mismo metal, escudo y espada, realmente parecía, con su gesto adusto, un caballero medieval en la muralla de Acre o Jerusalén. A Rembrandt siempre le había parecido demasiado esperpéntico llamar a la organización Orden del Temple. A fin de cuentas, ¿qué templo guardaban ellos?

—La Realidad. Esta Realidad. O plano, si lo prefieres —contestó Marisa a los pensamientos del Templario—. Tenías las defensas demasiado bajas y la pregunta flotaba en letras de neón —dijo con una sonrisa—. Ya estamos listos, Rembrandt. Entraremos en grupos de a dos por los tres accesos. Tú y Kurt por el de las cocinas.

—¿Y los demás?

—Yo iré con Rashid por el pasillo que es el acceso central. Cly y León por el otro salón, la más alejada.

—Lógico. Tres bandas. Veamos qué resulta.

—Esperemos que un buen plan. Ya he avisado al Senescal, vienen refuerzos.

—Genial, con un poco de suerte les dejaremos recoger los restos de la fiesta.

—¡Caballeros Templarios! —llamó Marisa. El tono no era lo bastante alto como para denunciar su posición pero igualmente sonó como lo que era: la llamada a la guerra de los del Temple—. Ahora nos enfrentaremos a un enemigo poderoso y cruel —dijo. Los Templarios, todos los Arcángeles salvo ella misma y León, que era sargento, enarbolaron sus armas ante sí—.

¡Debemos preservar el Equilibrio! ¡En marcha! ¡Protocolo azul!

El Protocolo Azul era un conjunto de órdenes y directrices marcadas para situaciones de combate con posibles entidades invocadas y ayudantes de grados seis a cuatro. O sea, considerablemente poderoso. Parte del protocolo reglamentaba también el comportamiento: si tu Hermano cae, protege su alma. Decapítalo. Cuando un superior ordenaba el Protocolo Azul, el asunto era serio. Muy serio.

Los Templarios abandonaron la habitación. Rembrandt y Kurt portaban el Ojo de Emma-O. Se distribuyeron por la casa, con la intención de acabar de una vez con aquel molesto caso de informaciones falsas y demonios sueltos.

* * *

Clytemnestra y León de Aranda se abrieron paso hacia su acceso. Un Abisal les había salido al encuentro con tres desdoblamientos. Los Abisales tenían la capacidad de crear copias exactas de sí mismos durante un breve lapso de tiempo, lo cual podía ayudarles a acabar fulminantemente con un enemigo más poderoso.

La Templaria abrió fuego, y sus balas de energía pura estallaron en el aire como pequeños cometas. Alcanzaron a uno de los Abisales de pleno, tres veces, volándole la cabeza tras los dos primeros impactos en el pecho —eran muy duros los jodidos— y a un segundo le cercenó el brazo al impactarle en el codo, hiriéndole de paso en la cintura y el abdomen. Todo esto lo hicieron los mismos tres proyectiles, que se desviaron tras atravesar al primero de los Abisales. El cuerpo de la criatura acusó los disparos al vientre, que quedaron emitiendo un resplandor blanquecino y ardiente en interior del cuerpo ajeno.

El Abisal que atacó a León se llevó la peor parte. Sus garras arañaron el aire con un siseo ácido cuando el, al parecer viejo y pesado sargento Templario, se hizo a un lado más rápido de lo que la criatura calculó. Quedó ofreciéndole la espalda, que el puño acorazado y cubierto de energía blanca del Templario destrozó de un calculado y brutal golpe descendente, rematándolo con el otro puño, que le hundió el cráneo alargado y gris. El cuarto Abisal, el origen del ataque, copia original, intentó aprovechar para enzarpar al viejo sargento, pero se encontró con un balazo en un ojo y otro en la frente, que le reventaron efectista y grotescamente la cabeza. El Abisal herido por los tres balazos de luz entrevió la oportunidad de acabar con la Templaria, al estar esta disparando a otro lado, pero, muerta la copia original, sus garras desaparecieron, evaporándose mientras trataban desgarrar la cara de la humana.

Mientras tanto, y camino de las cocinas, Rembrandt tuvo que sostener el pesado artefacto cuando la criatura emboscada se dejó caer del techo. Kurt se la había pasado en una fracción de segundo; se adelantó, cortó de un preciso y perfecto tajo descendente dos garras lanzadas hacia adelante, bajó el centro de gravedad de su cuerpo, y a continuación, volteó la espada, cercenando las rodillas del Abisal. Una vez en el suelo, le atravesó el cráneo con la punta del arma. Limpio. Efectivo. De manual. Menos mal que la cocina dejaba operar con libertad.

—Te aplaudiría, si no estuviera cargando este chisme —declaró Rembrandt.

—¿Eso es humor? —inquirió secamente el noruego.

—Me lo habrá pegado Rashid —dijo el Templario holandés encogiendo un hombro en la medida en que el peso se lo permitía.

Marisa se encaminó hacia su punto de acceso con un ahora sombrío y concentrado Rashid. Este tocó paredes y suelo con una mano sin guantelete.

—Lectura cero —informó quedamente.

Cruzaron un pasillo alfombrado en cuyas paredes pendían erizadas cornamentas y torvas calaveras herbívoras. Finalmente llegaron a una puerta de estilo hindú-imperio inglés, con pesados goznes y el picaporte de forja. Cuando la Trono Templaria fue a abrir, una puerta

disimulada se abrió de sopetón, justo en su flanco derecho, y un Abisal blandió sus zarpas, con la boca abierta, desdentada y babeante, aullando. Marisa abrió mucho los ojos, y el acero cantó.

La Trono Templaria hizo un quiebro de cintura, elevando su espada en horizontal y haciendo la punta con su mano para detener al atacante. Rashid dio un paso lateral y usó sus dos dagas curvas para eliminar al Abisal.

—Adiós, guapo —dijo mientras le clavaba una de las hojas en la sien.

Marisa suspiró, aliviada. Había estado cerca. Demasiado tiempo en los despachos, se recriminó. Hizo un gesto a Rashid para que abriera la puerta. Este obedeció de inmediato, viendo a la criatura descomponerse en un limo burbujeante.

Marisa sintió un escozor tras la oreja izquierda, donde la zarpa había raspado su delicado cuero cabelludo.

Demasiado cerca.

28.El huevo de Pan-Ku

Desde su puesto tras el altar, el Archiduque vio cómo entraban los Templarios. Primero llegaron un hombre negro y rapado y una mujer armada con una espada. Después una pareja de hombres, uno de los cuales portaba el Ojo de Emma-O, de la polaridad opuesta, que daría al traste con el que él tenía, curiosamente sin montar todavía. Si usarlo fuera su intención, claro. Y por último entraron dos más: un hombre mayor armado con unos guanteletes de funestas runas brillantes y una mujer de pelo blanco. Pelo blanco. Algo llamó la atención, al fondo de la conciencia del Archiduque, de Andrea. Ese destello blanco. El pelo. La chica. La cálida despedida de... ¡NO! El Archiduque, aquel ser impío creado para llevar a cabo la venganza prometida y ya ejecutada, puso una barrera a esa calidez.

Ahora no; tan cerca no... siseó una voz poderosa en la mente del Archiduque.

Y fue ante eso por lo que Andrea reaccionó. Cuando pudo, porque la barrera del Archiduque era poderosa. Y no caería hasta dar respuesta a aquella pregunta que la atenazaba desde su regreso a la vida, desde el coma, y cuya respuesta creía conocer, pero que nunca le aportó paz ni consuelo. Y ya todo estaba hecho.

Los atacantes invasores, los Templarios —había que ser muy idiota para no darse cuenta de que eran ellos, de que finalmente, pese a todas las distracciones, habían llegado; tampoco es que fueran discretos, con aquellas grandes cruces en el pecho de la armadura de extraño metal— entraron en la sala, armados y brillantes.

Conforme avanzaron unos pasos, unos imponentes sellos brillaron bajo sus pies. Los seis gritaron al estallar sus colgantes con un rápido fulgor. El sello los inmovilizó a todos. A todos menos a uno. Un rubio báltico, alto y duro que opuso una enconada resistencia. Aquel Templario caminó, como lo haría un hombre bajo dos gravedades más de presión, forzando el hechizo al límite.

El Archiduque le señaló. Sus compañeros no podían moverse, furiosos. Los Abisales que quedaban se dirigieron a él y, siguiendo órdenes no habladas de su Señor invocador, tomaron una malla metálica de caza y lo cubrieron, tirando fuertemente hasta que clavó las rodillas en tierra.

—Encomiable —dijo el Archiduque, con su voz alienígena.

—¡Andrea Saint-Luc! —bramó Marisa—. Soy la Trono Templaria Marisa de la Cruz. Venimos a detenerte por violación de los preceptos de la Estela de Elam y alteración del Equilibrio. ¡Has roto el primer Precepto que prohíbe la invocación y evocación de criaturas Ajenas en este plano!

El Archiduque no se movió. Los diez Abisales allí reunidos siseaban ansiosos, chasqueando las garras. Estaban congregados alrededor de lo que debía ser la Esfera de Xue, esa especie de balón líquido y tremolante, suspendido sobre los pétalos metálicos de su contenedor. Los demás ingredientes estaban allí, prestos para formar el Ojo de Emma-O de polaridad Yang. Pero, ¿por qué no estaba montado ya, recibiendo el flujo de la esfera?

El Templario viejo parecía calcular algo. En los breves segundos de silencio que siguieron a las palabras de la Trono Templaria hizo las cálculas pertinentes, llegando a la sombría conclusión. Ahora el plan se rebeló a sus ojos, claro y menos complicado de lo que parecía en un primer momento. Casi... básico. Y ellos habían picado.

—¡Rembrandt, Kurt, destrúidlo! ¡No va a usar su Ojo, quiere los componentes del nuestro! ¡Va a montar el Huevo de Pan-Ku!

El Archiduque movió una mano, y el viejo Templario fue estampado contra una pared por una oleada abrasadora de energía. Después, los Abisales se movieron, acercándose a los sellos inmovilizadores. El enmascarado Archiduque hizo otro gesto con la mano y el artefacto que

Rembrandt sujetaba y trataba de destruir con sus crispadas manos y su voluntad concentrada voló de su agarre. Suspendido en el aire, a la orden de los gestos del invocador empezó a soltarse pieza por pieza. Las requeridas: las flores de hueso, el zafiro negro y las varillas de bronce, volaron hacia el altar: el resto cayó al suelo, desintegrándose en una nube gris. Gris por la ceniza de cadáver, que, al caer en espesas volutas, interfirieron en el dibujo de los sellos de inmovilización que atrapaban a los dos Templarios, Rembrandt y a Kurt.

El Archiduque dio venia total a los Abisales para que eliminaran a los Templarios mientras él se dedicaba a construir con movimientos precisos y arcanas salmodias el temido y transmutadorHuevo de Pan-Ku. Sobre el altar, todas las piezas empezaron a moverse. Tras el Archiduque, un gran espejo de bronce pulido restalló y Gormogoth, sentado en su negro trono, en el Páramo del Silencio, contempló cómo, a manos de su manipulada sierva, su liberación se acercaba. El artefacto empezaba a tomar forma, ensamblado por las antiguas palabras rescatadas del verdadero diario del especialista, el difunto Vermillion. Los ingredientes traídos por los Templarios en un intento de oponer el Ojo de Emma-O se movían en órbitas con respecto a la Esfera de Xue, aquel globo rojizo, color sangre, que constituiría el núcleo del Huevo Transmutador.

Mientras tanto Rembrandt, Caballero Arcángel Templario, partió en dos alAbisal que se lanzaba hacia él, garras por delante. Con un rápido molinete tras una caída lateral decapitó al segundo, que aprisionaba a Kurt bajo aquella espesa red. El segundo Templario se alzó cuan alto era, frío pero furibundo, y cargó hacia el sello que inmovilizaba al viejo Templario y a la muchacha guerrera. Con un esfuerzo de voluntad, mientras Rembrandt protegía el tercer sello de atacantes, con Marisa y Rashid allí inmovilizados, descargó el arma tras eliminar al Abisal desdoblado contra el suelo. El sello se apagó, tras tintinear un momento mientras las energías que lo alimentaban buscaban los trazos de flujo, y disipándose al no encontrarlos. Dos proyectiles blancos volaron por ambos lados de su cabeza, para impactar en un Abisal que le flanqueaba en ese momento. Los impactos sisearon, enfureciendo a la criatura.

El Templario pivotó, cubierto por sus compañeros, para desbaratar el último hechizo. La cosa pintaba mal, ponderó mientras atravesaba a la criatura. CincoAbisales aullaron conforme se desdoblaban y triplicaban su número, a la vez que sus réplicas volvían a hacerlo. Las copias solo podían fabricar otra más, pero de pronto, de cinco criaturas restantes pasaron a treinta y cinco contra seis Templarios. Demasiados incluso con sus dones. Y aun así les hicieron frente, pues ellos eran Templarios, y para eso habían sido entrenados.

Las garras volaban en increíbles saltos, losAbisales se movían rápidamente desde ese natural punto ciego, corcoveándose en el aire para alcanzar así a sus enemigos, solo para encontrarse con el filo de una espada aguardando. De alguna manera, merced a un entrenamiento constante y una dedicación férrea, los Templarios habían formado con rapidez un círculo defensivo. Rembrandt, tras haber drenado el sello del suelo, respondía a los ataques con cortos proyectiles de energía en bruto y salvajes mandobles. Kurt era pura eficiencia. Estocadas precisas, económicas, pero continentes de una experta energía destructiva derivada de la pericia y la destreza entrenada. La muchacha de pelo blanco era la única que no usaba espada. En una mano blandía un cuchillo corto de hoja triangular, pero letal y fulgurante y preciso en sus corte, y en la otra una pistola lanzaba restallantes proyectiles blancos, que arrancaban chispazos y carne por igual al impactar.

A su lado el Templario viejo usaba sus nefastos guanteletes descargando unos golpes tan tremebundos, que incluso el aire se ondulaba y reverberaba, y la estructura, el gran salón, acusaba esos impactos con sordos retumbes. Sabio en su experiencia, golpeaba a los Abisales de tal manera que los hacía volar varios metros, con un repugnante crujido, siempre intentando alcanzar al Archiduque, para interrumpir el ritual. Pero las defensas eran potentes y rotundas y los que se estrellaban contra ellas se desintegraban en llamas, atrapados en la brillante malla

de hechizos entrelazados. El Templario negro de cráneo rapado giraba como un derviche, letal con sus dos dagas curvas, cubriendo los flancos. Por su parte, la mujer más madura estaba defendiendo a sus compañeros por arriba, pero sin quitar ojo a la evolución del artefacto.

De pronto se escuchó un violento golpe metálico. La atmósfera se volvió agobiante, pesada, densa. Casi parecía que empezaban a moverse bajo el agua. La mujer Templaria que comandaba el grupo gritó. Gritó que ya estaba ensamblado. Cambió de objetivo. Y algo más, pero al Archiduque no le importaba. Solo quedaba por pronunciar la última fórmula que liberaría al Señor Diablo de su plano para transmutarlo a este en un cuerpo forjado a su medida, imparable, para alimentarse de toda la energía contenida, pero sin violar el Equilibrio. La invocación era ilegal. El invocado no. Esa era la genialidad del plan. De lo contrario aparecerían los contendientes en cantidad. Los odiados Malhim... puede que se presentaran varios a la vez... y para reservar ese Equilibrio los Grigori deberían ponerse de su lado para eliminarlos. Mientras no desbocara su poder, su presencia podría ser tolerada, pues no rompería la Norma.

El Archiduque sonrió, sin humor, debajo de la máscara. La humana líder tenía el gesto fatigado. Sudaba, su vista, apostaría un año en el Averno Gris, debía de estar nublada e imprecisa. Ponzña. Ponzña abisal. Quizás sin la cabeza esos Templarios dejarían de incordiar.

Y hablando de incordios —refunfuñó para sí el Archiduque—, a ver si esa conciencia humana bajaba la voz de una buenavez. Había reaccionado al ver a la mujercita de pelo blanco, y empezaba a cobrar fuerza. Más le valía darse prisa. De sus labios manaron unas palabras milenarias cargadas de poder.

En el fondo de la mente del Archiduque, Andrea se debatía. Había reconocido a la agente especial Clytemnestra Montano, y ello le había traído el recuerdo de Bastian. Los abrazos, los besos, las caricias que creía que su cuerpo había olvidado. Su plan había sido mantenerse alejada de todo aquello y reaccionar cuando su alma se viera en peligro. Pero pudo atisbar la extrema situación de Clytemnestra y el recuerdo de Bastian la acicateó para que actuara. No todo estaba podrido en el mundo. Puede que aún quedara algo que valiera la pena. Como verse reflejada en aquella mirada bicolor. Valía la pena. Concentró su voluntad. Aunque el Archiduque era fuerte, en realidad no era más que su mente funcionando con los residuos psíquicos de tantos años de búsqueda y anhelo de venganza. No llegaba a ser, en absoluto, su personalidad completa sino, más bien, una especie de programación mental destinada únicamente a este fin en curso.

Desde donde Andrea se encontraba podía entrever lo que sucedía, los Templarios —el Enemigo— luchando para perder contra una marea de Abisales locos de furia por sangre, pues eran muy inestables una vez injertados en carne humana. Y también podía sentir la vieja letanía salir de sus labios, incrustando patrones de la Realidad y alterarlos —principios fundamentales de la magia de invocación—, y el huevo de Pan-Ku tomar forma poco a poco, con su redonda y metálica superficie funesta y ominosa.

Y unos ojos brillantes de ambición contemplaban todo esto desde una esquina, manoseando con palmas sudorosas la empuñadura de una daga curva. Los motivos esqueléticos adornaban el pomo y el mango. Sus ojos no se apartaban de la espalda del Archiduque. Casi podía saborearlo. Dos estrofas más y actuaría rápido como una serpiente. Una estocada desde atrás, en sentido ascendente. Ya tocaba interrumpir, dejar el último par de versículos para él, que trabajosamente los había memorizado. Sacó una esfera de color rojo sangre, del tamaño de una canica grande, que había robado del despacho sagrado. La estrelló contra el suelo y se extendió un fuerte vapor rojizo. Las volutas empezaron a concentrarse y espesarse hasta formar tres terribles figuras. Eran humanoides, tridáctilas, con terribles garras serradas, la piel rojiza y, en lugar de cara, una suerte de pico horticado que se mostró serrado y pavoroso cuando emitieron un feroz grito de guerra, sangre y muerte.

Entonces, la daga sujeta por la infernal criatura, el orco sirviente, mordió la carne.

* * *

El grito despistó a los Abisales, que sintieron la llegada de criaturas poderosas, superiores a ellas; circunstancia que los Templarios aprovecharon.

Andrea sintió zumbas en sus oídos y un agudo dolor en su cuerpo. La consciencia del Archiduque tembló en su determinación. A través de la espiral de acontecimientos que arrollaban sus sentidos escuchó un grito.

—¡Cargad! —gritó, seguido de un jadeo, la líder.

Los humanos embistieron a sus aturridos enemigos. La Templaria más joven, la del pelo blanco, vio al invocador de la máscara sufrir un fuerte espasmo y caer a un lado, revelando a una pequeña criatura detrás, un tipo de orco con un puñal en las manos. La máscara rodó sobre sus bordes y quedó apoyada en una esquina del altar. La Templaria disparó a la cabeza a un Abisal todavía despistado, y lo remató de un tajo en la garganta. Entonces los vio: tres engendros caminaban hacia ellos. Uno se detuvo, al ver a la ahora revelada Andrea Saint-Luc en el suelo y con un charco de sangre a su espalda. La Templaria apuntó y disparó certeramente a la mano. El proyectil de energía pura se estrelló contra una delgada película protectora, una suerte de aura restallante y color carmesí. Aun así, la criatura lo acusó y el impulso casi la hizo caer. Se recuperó, anormalmente rápido, gritó y se lanzó al ataque ignorando a la humana que tenía al lado.

—¡León! —gritó la Templaria— ¡¿Qué narices es esa cosa!? —preguntó disparándole tres veces más y viendo cómo solo uno de los disparos acertaba el blanco, pues la criatura se retorció para esquivar dos de ellos a una velocidad prodigiosa.

El sargento Templario le contestó:

—Ashdûrs, demonios combatientes. Son muy duros. Nivel cuatro. ¡Marisa, cerremos filas!

La Trono Templaria miró, desenfocada, al viejo guerrero. La piel rasgada tras su oreja le escocía y notaba la cabeza abotagada y palpitante.

—¡Mierda, Rembrandt, sujétala, se va a caer! ¡Rashid, cúbrenos!

Los Templarios maniobraron, al borde del agotamiento por el rápido y extenuante combate —hay un momento en que la adrenalina deja de fluir y los instintos y reacciones se acorchan, sobre todo pasados los veinte minutos—, con diez enemigos restantes y un durísimo trío en camino, hasta ponerse de espaldas a una pared y cerca de una puerta. La misión estaba resultando un desastre. Rembrandt dejó a la envenenada Templaria en el suelo apoyada en la pared y respirando trabajosamente. Dos gruesas gotas de sangre salieron de los ojos de la mujer, espesas y pesadas. El Templario holandés cuadró la mandíbula de pura ira. Se dio la vuelta, musitando entre dientes un «*cuidala*» a su compañero, y se abrió paso. Empezó a acumular energía, deteniendo golpe tras golpe de los Abisales, sin devolver ninguno. Un rojizo Ashdûr, de mirada fulminante y oscura lanzó un golpe capaz de partir en dos un buldócer, que el Templario detuvo en el último momento con la espada en horizontal, sujeta por los extremos, punta y puños. Acusando el impacto, se desplazó hacia atrás, quemando por rozamiento la madera del suelo. El golpe iba además impregnado de restallante energía destructiva, pues así peleaban los letales Ashdûr, imprimiendo hechizos a su fuerza de combate, y las manos del holandés empezaron a brillar de un azul fatuo y peligroso. Acumuló energía, casi al borde de su capacidad de aguante, y forzándose al límite, focalizó y creó un cono de llamas a través de su espada en el que volcó la energía capturada, su furia, su dolor y la mala leche, que carbonizó a cinco Abisales y cubrió de llamas al sorprendido Ashdûr.

* * *

Gormogoth ardía de impaciencia. Había sido una dura prueba para su autocontrol el hecho de ver al pequeño orco apuñalar a su trabajada creación, al ser dentro del ser, a quien se hacía llamar Archiduque, esa extensión sutil de su voluntad. Ahora, en un imperfecto dialecto abisal negro, el idioma de las invocaciones, el orco llamado Mûrk acababa la letanía, a la espera de una recompensa futura. Lo de invocar a los Ashdûr había sido una locura, pues ahora se había roto el Equilibrio de pleno y los Grigori intervendr... *¿Y los Grigori? Ya deberían haberse personado.* No se demoraban más de cinco segundos, y habían transcurrido unos minutos del tiempo humano...

...Fue entonces cuando la claraboya estalló en mil pedazos y un ser de alas de fuego descendió con una espada de llamas puras en la mano apestando a...

29. ¡MALHIM!

Marisa yacía inconsciente, pero entre las brumas de su mente envenenada escuchó el sonido de la claraboya al estallar. Rembrandt, agotado por la explosión de energía, tenía una rodilla clavada en el suelo, apoyado en su espada con la punta clavada en el suelo de madera; sintió una tremenda ola de calor que casi lo estampó contra la pared.

Los cálculos de Cly simplemente cesaron. Aquel ser de alas de fuego que bajaba entre la inmóvil constelación de cristales rotos no podía ser medido.

Kurt sacó su espada templaria del vientre del Abisal, y con un giro experto, sin inmutarse por la aparición flamígera —*un Caballero Templario debe ser crítico con todo lo que se ve, pues las Fuerzas tratarán de distraer su atención del objetivo*—, decapitó a la criatura. Solo entonces alzó brevemente la vista e identificó a su compañero.

León de Aranda había visto muchas cosas en su larga experiencia como Templario. Y ninguna tan hermosamente efectista. Alas de fuego, espada de llamas, cuerpo surcado de runas celestes —eso dejará cicatriz, seguro— y dos orbes magmáticos como ojos, taladrantes y cegadores. Desde luego el muchacho había aprendido bien. Y tenía estilo. Visto esto, se dio la vuelta y le llenó la boca de metal a un Abisal con un brutal directo de su mano acorazada.

—¡Ya estabas tardando, cabrón! —gritó Rashid—. ¡Cárgate a ese bastardo! —señaló al orco con la daga, que acababa la última estrofa del complejo hechizo.

Bastian, inundado del flamígero poder de Lirael, miró en aquella dirección y vio a un asustado lacayo ante el artefacto. Cerca de él estaba el cuerpo de Andrea, junto a una silla y una mesa derribadas en su caída. Y tras el pequeño orco, un espejo bruñido en el que aparecía el rostro furibundo del odiado Diablo.

Necesitó de toda su voluntad para no lanzarse contra el espejo, tal como el Malhim clamaba en su interior perentoriamente. Con un brusco movimiento de su mano proyectó una brutal y descontrolada energía que golpeó al orco y a la esfera de metal por igual, estrellándolos contra una pared. A continuación miró a un lado y vio cómo los infernales invocados enfrentaban a sus compañeros. Pero, cuando bajó hasta el suelo, levantando otra bocanada de calor estos se olvidaron totalmente de los Templarios y se lanzaron a por él, tal como la sangre abisal clamaba. La espada bailó, brilló, cortó la carne demoníaca. El Malhim aullaba, el Diablo bramaba desde su trono negro. El último Ashdûr trató de evitar la espada con un hábil salto carpado, alto y preciso hacia atrás, pero un giro inesperado le estampó una de las alas en el pecho. Trató de asirla, pero sus garras se carbonizaron. Ni siquiera vio el filo dorado venir hacia él y segar su cuello sin piedad.

Se dio la vuelta, lentamente. Vio a Marisa en el suelo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió. Su voz tenía el eco de otra. Otra más poderosa, fría e inhumana.

—Ponzoña abisal —dijo León acercándose hasta una distancia prudencial.

Bastian abrió una mano y lanzó hacia Marisa un hechizo. Kurt se sobresaltó y alzó su espada. Rembrandt se acercó lentamente.

—¿Qué le has hecho, monstruo?

—Todas las criaturas han sido eliminadas. Ella estará ahora en estasis. Aunque es probable que muera. Llamad a la Segunda Orden. Aún hay cosas que hacer —dijo secamente.

Y se encaminó hacia Andrea.

Cly observaba la escena como si fuera a cámara lenta: su querido y viejo compañero se dio la vuelta y dio unos pasos hacia el altar; los cadáveres de los demonios se carbonizaban a su paso, arrojando gruesas pavesas de rebordes anaranjados. Notó un movimiento en un lado y vio a Andrea Saint-Luc incorporarse sobre un codo, sacar algo que relumbraba del bolsillo de un abrigo caído y arrojarlo por el aire. Pero no en dirección a Bastian, sino hacia el otro extremo. El

orco no había muerto. Se había arrastrado sobre sus piernas rotas y puesto las manos sobre el artefacto, murmurando de nuevo la última estrofa ritual. La postrera sílaba fue murmurada mientras un buril para cerámica preparado para la traición esperada unos días antes se le clavaba en un ojo y le llegaba hasta el cerebro. Al mismo tiempo, Bastian lanzaba un terrible hechizo que arrojó al orco y a la bola en direcciones opuestas, mientras el primero era devorado por unas atroces llamas.

Andrea Saint-Luc cayó otra vez al suelo viendo brillar el Huevo de Pan-Ku.

—¡No! —tronó la doble voz del Templario y el Malhim.

Debía anular el hechizo que vinculaba al Demonio con el Huevo antes de que este lo transmutara. Examinó a Andrea de cerca. La sangre le manaba lentamente de su herida, formando un charco oscuro.

—¿Cuál es el hechizo de invocación? —inquirió con toda la serenidad que pudo, arrodillado a su lado, mientras en su interior el Malhim chillaba, clamando por su muerte.

La mujer murmuró algo. Bastian se incorporó mientras los ojos de ella se apagaban y su alma se retraía. Vio la estela neblinosa que empezaba a emerger del espejo reptando hacia el Huevo. El Diablo se acercaba, y por el camino debía cobrar fuerza: para ello requería el sacrificio. Su conciencia oscura reptaba hacia el cuerpo de la mujer. El alma de Andrea Saint-Luc, el sacrificio que necesitaría para mantenerse en el camino al elemento Transmutador y crear un nexo con ese plano. Como una serpiente brumosa se enroscó en torno a la mujer, pero algo ocurrió. El último hechizo de Andrea Saint-Luc se activó, privando al Señor Diablo de lo que anhelaba desde que empezó su periplo con la humana: su alma. El jirón blanco de voluntad emitió un chillido y se movió rápidamente para enroscarse en el último ser agonizante de la sala. Capturó el alma que aún pululaba en ese plano: la del sirviente orco. Con esto, se hizo más gruesa y se acercó al Huevo. Pero Bastian hizo girar la espada en su mano y la clavó en medio del velo neblinoso al tiempo que bramaba un rápido sortilegio de gran poder. Sus compañeros se estremecieron mientras sentían la Realidad al borde de la fragmentación líneas rectas y geométricas, surcadas por rayos sometidos a ecuaciones lógicas. Había mucho poder en esas palabras y tanta energía volcada de repente hizo temblar la atmósfera. Hasta la luz del plenilunio que entraba por la claraboya rota parecía temblar.

Una explosión siguió a la última palabra. Un brillo cegador. Los Templarios vieron volar e repente a Bastian como un muñeco de trapo en un huracán.

Humo, polvo, picor en los ojos y muebles destrozados y la luz lunar convirtiendo las motas de polvo en luciérnagas breves.

Los Templarios se incorporaron. El altar había desaparecido. La mujer, Andrea Saint-Luc, estaba boca abajo unos metros más allá de su primera posición. Ni rastro del Templario. De pronto el espejo de bronce brilló y volvió a reflejar el ahora furibundo rostro del Señor Diablo.

Vieron como su gran mano se agitaba y el cuerpo desmadejado de Andrea se alzaba en vilo.

—Humana... Te dije que si no cumplías el trato pactado, serías mía, tú y tus patéticos fantasmas. Dos veces no funciona el mismo truco, el que hizo tu abuelo. Tu alma me pertenecerá y tú sufrirás...

Con otro gesto, el fantasma de la mujer fue arrancado de su cuerpo por un gancho con cadena de oscuro y afilado metal que emergía del espejo. Los párpados de la mujer se agitaron levemente. Se abrieron. La cabeza se irguió, vacilante.

—Ellos no querían venganza —murmuró entrecortadamente, al borde mismo de la muerte—. Querían que fuera feliz.

Y su brazo negro, transformado, trazó, aún con media alma fuera, una runa en el aire. El buril que había matado al orco y yacía ahora, negro, entre las cenizas, voló y cruzó entre ella y la cadena, provocando un chasquido metálico y después se dirigió, girando, hacia el interior del espejo. Antes de introducirse en él, se detuvo un momento en el aire. El retazo del alma que le

faltaba a Andrea, que evitaba que pudiera ser absorbida totalmente por cualquier ente se desprendió. Ese era su as en la manga.

El conjuro funcionó. El cuerpo de Andrea cayó al suelo mientras la herramienta salía despedida hacia la dimensión del Diablo y se le acabó clavando en uno de sus ojos, haciéndole bramar como un toro furioso.

* * *

León los organizó. Mandó a Rashid a comprobar el estado de Andrea mientras Kurt y Rembrandt asistían a Marisa y él llamaba a los Hospitalarios. Un brillo reclamó su atención antes de que pudiera moverse. El Huevo. El Huevo de Pan-Ku. Sus glifos relumbraron y el artefacto flotó en el aire. Como una flor de metal, se abrió, y una forma angelical, perfecta y terrible emergió de ella. Una forma que inspiraba miedo y adoración a partes iguales. Una concentración de energía y voluntad puras.

—*Ahora la Tierra de la Piel será purgada*—dijo abriendo una mano; de sus dedos salieron varios haces de energía que abrazaron e inmovilizaron a los Templarios. A todos, no importara su fuerza, voluntad o capacidad, con un poder fuera de escala—. *Os purificaré con el fuego*—sentenció el Malhim sin un ápice de emoción en su voz, pura como una trompeta celestial—. *Así...*

Nunca acabó la frase. Dos palmos de acero plateado emergió de su pecho. Lo miró estupefacto. Su hechizo se rompió, pero una sonrisa cruel asomó en su rostro.

—Tu arma no puede nada contra mí, humano. Es ineficaz porque...

—No pretendía matarte, alitas —dijo la voz extenuada de Bastian, saliendo de entre los escombros tras el Malhim encarnado. El Templario sangraba por multitud de cortes y tenía cristales clavados por todo el cuerpo. Los glifos celestiales le brillaban aún tenuemente en la piel, quemándole y provocándole fuertes dolores—. El hecho de que hayas salido de mi interior y tengas un cuerpo, solo me lo facilita: no te puedo matar, pero sí enviarte a otro lado.

Giró su espada, desplazando al Malhim inmovilizado y lo apuntó hacia el espejo de bronce. Se asomó desde detrás del Ángel Exterminador y miró a Gormogoth.

—Todo tuyo, majo —dijo. Sacó la espada, y las runas celestiales de su cuerpo se apagaron con un siseo y se tornaron negras, despidiendo humo, emitiendo descargas de dolor. Propinó, antes de que le faltara las fuerzas una patada en la espalda alada del Malhim, que lo lanzó contra el azogue transplanar—. ¡Hay que conservar el Equilibrio! —bramó con rabia y dolor, pero como una sentencia ineludible.

Gormogoth, el Señor Diablo, tiró con todas sus fuerzas y trajo al Arcángel Exterminador a su dimensión de dolor, desespero... y de letal aburrimiento.

Clytemnestra alzó su arma, cargada al máximo de energía y disparó. Al contactar con la bala, iluminada de un centelleante fulgor blanco, el espejo estalló en mil pedazos, con un sonido retumbante que reverberó en la Realidad, haciéndola ondear... y en los largos abrigos pardos y algo chamuscados de los Grigori, que ondearon pesadamente.

Epílogo

Bastian y Rashid contemplaban el cuerpo de Marisa, tumbado en estasis, demacrado y cerúleo, a través de la ventana de grueso cristal y marco repleto de runas.

Bastian llevaba un brazo en cabestrillo y grandes candidades de apósitos en el cuerpo sobre las cicatrices que le habían quedado en forma de cascadas de escritura celestial. Rashid tenía varios moratones en la cara y dos dedos rotos.

Un hombre alto y de cabellos color arena, largos hasta el hombro, salió de la habitación. Llevaba una sobreveste blanca con una cruz hospitalaria en el pecho.

—¿Cómo lo ves, Angus? —preguntó Bastian con urgencia.

—Mal. La ponzoña está muy extendida y purgarla no va a ser fácil, además del alto riesgo de contaminación que tiene.

—¿Y... Andrea? —preguntó en un hilo de voz. La frente de Rashid se frunció.

—En coma. Ven —le invitó con un gesto. Le guió por un pasillo hasta otra habitación—. Usaron un puñal drenador de extraña factura. Los últimos esfuerzos agotaron sus fuerzas. Dependerá de ella si quiere vivir o no. Si quiere recuperar o... dejarse morir.

* * *

Rashid y Bastian caminaron hacia la salida.

—Tenemos que volver a Acre II... Te va a caer una buena, ¿lo sabes?

—No, —adujo Bastian—, no creo que sea para tanto.

—¿No? —se sorprendió—:dejaste incomunicados a los Grigori...

—Solo a un pequeño número en su oculta fortaleza...

—Liberaste a un Malhim que luego se transmutó...

—Pero lo eliminé en pro del Equilibrio. Defendí los preceptos de la Estela, rotos tanto por el Exterminador como por los Ashdûr que ellos no pudieron detener...

—Porque los aislaste...

—Semántica.

—No creo que lo vean igual.

—Ya veremos...

Salieron de la Casa Azul, y sintieron el fresco aire de la mañana y el cálido sol del inminente verano en sus rostros, como un beso agradable de calor y vida.

Dos gabardinas pardas ondearon en la azotea.

* * *

—¿Qué crees que harán los *Grigorisi* se recupera? —preguntó Bastian con preocupación.

Tomaban ahora un refresco en una de las salas acogedoras y llenas de macetas de la Casa Azul, con altas lámpara en pérgolas negras y una fuente gorgoteante rodeada de bambú por un lado.

—Quién sabe lo que piensan los Neutrales. Pero sí sé que no suelen ser ni malvados ni retorcidos. Estrictos, sí. Malintencionados, no. Ella estuvo en todo esto para vengarse de quienes le arrebataron a su marido y su hijo. Y casi arruinan su negocio. Pero los de Pruebas y Rastros me dieron una sorpresa mientras tú dormías —informó Rashid—. Al parecer su instinto maternal, su instinto de lo Correcto, más allá del Bien y del Mal se impuso a *su vendetta* más puro estilo Hammurabi: salvó la vida de los hijos de su peor enemigo. Los encontraron en su casa, dentro de unos sellos de contención.

—¿Dos niños?

—Sí. En casa del japonés solo encontraron los cadáveres de los guardaespaldas y de su mujer. En lugar de los niños estaban los restos de dos demonios sacrificiales de los que se usan para los arcanos negros. Por su sangre y esas garrerías.

* * *

Cinco días después, León llamaba a la puerta de la residencia de Bastian en Acre II. El Templario tardó unos minutos en abrir. Lo hizo vestido con un pantalón de entrenamiento y la espada de madera en la mano. Sudaba. Sus cicatrices parecían estar sanadas totalmente y eran apenas visibles como hilos en la carne, de un tono diferente al de la piel sana.

El Sargento, Jefe de Equipo en Funciones durante la ausencia de Marisa, observó las finas y pálidas marcas.

—Buenos días —saludó. Fue invitado a pasar y se sirvió una taza de café de la pequeña cocina integrada en el saloncito de la vivienda—. No has usado la magia para abrir, ¿por qué?

—Marisa tiene razón. Debo hacer más cosas por mí mismo, no confiar tanto en mis dones. Es algo que aprendí en la prisión... retiro, en el retiro de los Grigori.

—Por cierto, ¿te han citado?

—No. Misteriosamente no. No sé si eso es bueno o malo. Lo mismo me han puesto a prueba. Sin decírtelo.

—Cierto. A la vez que los humillaste en su propia casa, lo hiciste por un fin que benefició al Equilibrio. Aun así te pasaste. Y mucho. El Consejo está deliberando sobre eso. Es posible que NOSOTROS te sancionemos primero por desacato, después, ya veremos, con respecto a ese tema de haber mantenido relaciones con el enemigo.

Bastian se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en la de León, negándose a sentirse ofendido o afectado por la acusación.

—Veremos —siguió el viejo Templario—. Por cierto, tengo la transcripción y una imagen de quien dio el soplo del Alquimista —le tendió una carpeta marrón. Dentro había un folio con la transcripción exacta del mensaje y una fotografía grande en blanco y negro.

En la imagen se veía a un cura católico con bigote y pelo canoso. Tras él había una extraña masa oscura, como una sombra indefinida. Para los conocedores, ello denunciaba la presencia de un vampiro. Para Bastian era más que evidente que se trataba del páter Gustav.

* * *

Dos semanas después de la operación, los Templarios Rashid, León de Aranda, Rembrandt van der Reis, Clytemnestra Montano y Sebastian Gorlais, contemplaban el duro rostro del Senescal Duncan.

—Caballeros del Temple, es mi penoso deber, tras recibir noticias de nuestros hermanos de la Casa Azul, comunicarles que su Jefa de Operaciones, la Trono Templaria Marisa de la Cruz, ha fallecido esta mañana debido al efecto de la ponzoña abisal. Su cuerpo está siendo atendido por nuestros hermanos de San Lázaro.

Todos acusaron el golpe. Salieron en silencio, estoicos. Esa misma tarde, como en trance, Cly y Bastian limpiaron el apartamento de la Trono Templaria mientras en la Casa Azul, una Hospitalaria y un Lazareno velaban el cadáver y lo preparaban.

Mientras en la Casa Azul, una Hospitalaria y un Lazareno velaban el cadáver y lo preparaban...

...Las exequias fúnebres fueron solemnes. Contaron con la presencia del Gran Maestre, ataviado con armadura pesada y capa que le embozaba el rostro. El féretro fue recibido con las espadas en alto, cruzadas; el gran maestre ofició el responso mientras los demás, con las armas

clavadas ante sí y las manos en los pomos, miraban el féretro cubierto de bellos dibujos rúnicos.

Ahora trabajarían sin red, sin muleta, nadie les cubriría ni entendería como Marisa. Bastian se sentía como si hubiera acabado una dura transición a otro mundo. Otro mundo más adulto, donde las decisiones dependerían de sí mismo, sin la sonrisa de Marisa esperándole para pedirle explicaciones y cubrirle ante el Senescal. Igual se sentían Cly y Rashid, los más afectos.

Después del funeral, según la tradición desde los tiempos del primer Gran Maestro, fueron a emborracharse a un pub irlandés en honor a Marisa. El dueño, un ex-Templario, recibió la noticia con pesar y antes de servirles dedicó a la Templaria fallecida una triple salva de tres grifos: cerveza negra, roja y rubia.

* * *

Había transcurrido un mes desde el funeral de la Jefa de Operaciones cuando Clytemnestra encontró a Bastian volviendo de hacer un arresto. Traía a un infiltrador que no dejaba de parlotear en su jerga demoníaca sobre su inocencia y la de toda su familia.

—Bastian. Está despierta. Pregunta por ti. Y eso es lo único que recuerda. Meleagro la ha sondeado. Dice... dice que volvió por ti...

El duende detenido sorbió, mientras Bastian hacía un gesto con la cabeza y sentía en su interior rugir la tormenta, emocionado.

FIN

*Plenilunio del 28 de Mayo, 2010.
Málaga.*

Damián G. Ponce.